



**EL JUEGO
DE CLAYTON**

JAQUE

MIRIAN G. BLANCO

EL JUEGO DE CLAYTON:

JAQUE

Mirian G. Blanco

Título: El Juego de Clayton: Jaque
© 2019, Mirian G. Blanco
©De los textos: Mirian G. Blanco
©Ilustración de portada: Mirian G. Blanco

©**Todos los derechos reservados**

Esta primera parte de la bilogía, El Juego de Clayton, se la dedico a todos los lectores que me han apoyado desde un principio y a mi familia.

Gracias por seguir confiando en mí.

Y por supuesto, también se la dedico a los que me critican porque cada día hacéis que sea más fuerte y tenga ganas de seguir escribiendo.

P.D. ¡Mamá, por Dios, no leas las escenas de sexo! ¡Gracias!

SINOPSIS

Cuando Regina Jones conoce a Marc Clayton, su vida da un giro tan inesperado como arriesgado.

Marc es intenso, impredecible y lleva la palabra peligro marcada a fuego por todo su cuerpo.

Armas, persecuciones policiales, conflictos entre bandas, asesinatos...

Ella sabe que tiene que mantenerse alejada de él, pero su corazón no se lo permitirá. Porque con Marc, Regina descubrirá que no todos los héroes llevan capa y aprenderá a impartir justicia a la manera de Clayton. Y con Regina, Marc descubrirá el verdadero amor y se verá obligado a cambiar las tácticas de su juego porque, ahora, su prioridad será proteger a la reina.

«Gina, si algo aprendí del amor es que has de morir por tu reina».

Una historia cargada de acción, misterio y, por supuesto, amor... muchísimo amor.

1

REGINA

Inspira, expira, inspira, expira...

Tragué saliva a pesar del nudo que tenía en la garganta. Nadie sabía cuánto odiaba las reuniones sociales, pero allí estaba sentada, con los codos apoyados en el borde de la mesa y mirando fijamente la botella de vino tinto.

¡Maldita sea!

Ni siquiera podía beber alcohol. Tenía veintisiete años. Era una mujer adulta y suficientemente madura, pero mi padre aún no lo aceptaba.

«Tienes que mantener una buena imagen. Eres la hija de uno de los mayores magnates internacionales», recordé la frase de mi madrastra.

En el enorme salón ya se respiraba un ambiente bullicioso mientras una empleada del hotel tocaba el piano. Apoyé la espalda contra el respaldo de la silla y resoplé mientras la gente hablaba de negocios. La mayoría eran empresarios acaudalados del sur de Estados Unidos y del centro de Europa. Y alguno de ellos, no todos, eran la clase de gente que se sentían superiores al resto del universo.

Desde pequeña, en mí, todo era refinado y estaba bajo un continuo control. No podía jugar, no podía ensuciar las manos, no podía estar despeinada, no podía tener la ropa arrugada...

¡No podía hacer nada!

Fruncí el entrecejo cuando observé a mi madrastra, Isabella White, hablando melosamente con un hombre trajeado y mucho más joven que mi padre. Apreté el borde de la mesa con fuerza, reprimiendo el deseo apremiante de insultarla como se merecía.

Cuando mi padre rehízo su vida con Isabella, me alegré muchísimo por él. Ethan Jones necesitaba a una mujer que lo quisiera de verdad y que no lo abandonara como lo hizo mi madre biológica, la cual nunca conocí. Pero lo que menos esperaba era encontrarme con una loba disfrazada de cordero inocente. Isabella White era astuta, ambiciosa y le gustaba mucho el dinero. Cuando ella y su hija Olivia se mudaron a nuestra casa, mi vida cambió radicalmente. La verdad es que mi hermanastra sabía qué decir exactamente para cabrearme y

hacer que reaccionara.

Ellas dos eran «de tal palo tal astilla».

—Regina —dijo mi padre apareciendo por detrás. Me sobresalté cuando apoyó su mano en mi hombro—. No estés aquí sola. El hijo de Oscar dice que eres muy hermosa —comentó, guiñándome un ojo con gracia.

—Me extraña que no hayas sacado una pistola para amenazarlo.

Mi padre enarcó una ceja, totalmente sorprendido.

—La escopeta es más grande, pero no me cabe en el bolsillo —dijo con aire adusto.

Negué con la cabeza sin dejar de sonreír. Ethan era demasiado protector conmigo. Según mi padre, me parecía mucho físicamente a mi madre y sabía que él tenía miedo de que yo también lo abandonase. Pero debía comprender que yo ya no era una niña y que, tarde o temprano, iniciaría una nueva vida.

—No quiero que te vuelvan a herir, Regina.

Apoyó la mano contra mi cara y yo la cubrí con la mía.

—Papá, no todos los hombres son como Marco. Esta vez, elegiré bien —le dije, recordando la mala experiencia que tuve con mi antigua pareja.

Marco Abante era un empresario italiano muy apuesto y educado a simple vista. Parecía el hombre perfecto, pero su personalidad fría, casi insensible, me causaba náuseas. Marco era un hombre machista, egocéntrico e inmaduro. Tuvimos una corta, pero intensa relación. Once meses fueron suficientes para conocerlo y darme cuenta de su lado oscuro.

No iba a volver a permitir que ningún hombre me humillara, me tratara como una basura, ni que me obligara a ser su esclava.

¡No!

—Si ese idiota aparece en el hotel, iré a casa por la escopeta.

—Papá...

Me incorporé y lo abracé con afecto. Quería a mi padre. Le debía la vida. A pesar de lo mal que se portó mi madre con la familia, él siguió cuidándome y en ningún momento rehusó de mí.

¡Era un padre diez!

—Vamos, nos están esperando en la mesa —murmuró él y yo asentí con la cabeza.

Giré sobre mis talones y caminé detrás de él, hasta que unos suspiros femeninos captaron mi atención. Frené en seco y observé a un hombre realmente hermoso en la entrada del hotel. Era alto, más de un metro noventa, pelo negro azabache, ojos color miel verdosos y tenía unas facciones duras y muy atractivas. Vestía un traje negro con chaleco, adaptado a su bien formado cuerpo.

Tragué saliva con dificultad mientras el corazón me martilleaba el pecho.

Nunca lo había visto, y yo solía asistir a todas las reuniones de negocios.

¿Quién era aquel hombre?

Antes de seguir fantaseando con cómo sería el torso que había debajo de aquella camisa blanca, él giró la cabeza y se dio cuenta de que lo estaba observando.

Sentí un nudo en el estómago y me sudaron las manos. En esos momentos quería desaparecer.

Sin esperármelo, él enarcó una ceja y sonrió ladino.

«¡Mierda!».

Me llevé la mano a la frente y cerré los ojos tratando de calmarme. Sentí arder las mejillas a pesar del aire acondicionado del hotel.

Sacudí la cabeza, bajé la vista y caminé hacia el salón para cenar con mi padre y sus socios. Pero estaba tan ensimismada en mis pensamientos y en la situación, que tropecé con una silla y estuve a punto de caerme.

Ahora sí, ¡tierra trágame!

Olivia, quien ya estaba sentada en la mesa, carcajeó a mandíbula batiente. En mi interior sentí vergüenza cuando la mayoría de los presentes clavaron sus miradas en mí.

Intenté disimular mis nervios, aparentando indiferencia, y me acerqué a la mesa para tomar asiento.

Me senté al lado de Olivia porque era el único asiento libre que había. Mi padre me escrutó con preocupación, pero hice un esfuerzo y sonreí para tranquilizarlo.

—Siempre tienes que dar el espectáculo —murmuró mi «querida» hermanastra por lo bajo.

Yo rodé los ojos, una mala costumbre que a mi padre no le gustaba, y me serví una cucharada de sopa.

Olivia tenía una lengua viperina y no dejaba títere con cabeza. Sabía buscar los puntos débiles de las personas para luego atacarlas sin piedad.

La observé de reojo, muy disimuladamente.

¡Puff! Era jodidamente hermosa.

¡Maldita sea!

Ella era muy alta, con un cuerpo tonificado, pelo largo castaño y unos ojos azules como el océano.

¡Sí, Olivia era todo lo contrario a mí!

Yo era más bien bajita, un metro sesenta y cinco aproximadamente. Tenía el pelo oscuro, cortado a la altura de la clavícula, y unos ojos negros como el carbón.

Esa noche, Olivia llevaba puesto un vestido largo de encaje rojo con un

escote muy pronunciado, en pico, que bajaba casi hasta su cintura. Era la «la reina del baile». Isabella era quien se encargaba de comprar los atuendos para este tipo de ocasiones especiales. Olivia y su madre siempre llevaban los vestidos más caros y bonitos del mercado, en cambio yo no. Los primeros días me afectaron muchísimo estos desprecios de mi madrastra. Quería decirle a mi padre que Isabella era muy injusta conmigo y que no me gustaban sus actitudes, pero él era feliz, estaba enamorado, y yo no podía ser egoísta con él.

Si mi padre estaba contento, yo también lo estaba.

Cuando terminamos de cenar, varios socios de las empresas de mi padre sacaron unas carpetas para hablar de negocios.

Había pasado una hora, pero para mí fue una eternidad.

—Ethan, déjame felicitarte por la maravillosa hija que tienes. Regina, esta noche estás deslumbrante —comentó uno de los socios españoles de mi padre.

—Gracias —respondí con educación.

Llevaba un vestido corto, color blanco y con la espalda totalmente descubierta. Era un vestido sencillo, pero elegante.

Reprimí las ganas de echarme a reír cuando las fosas nasales de Olivia se dilataron.

Ella siempre tenía que ser la número uno en todo, algo que me preocupaba enormemente. Olivia y su madre eran capaces de hacer cualquier cosa para conseguir sus propósitos.

—Fui yo la que le compró ese hermoso vestido —añadió Isabella, batiendo sus pestañas postizas.

—Señor, dame paciencia... —murmuré por lo bajo, pero Olivia logró escucharme.

—¡Sí! Brindemos todos por mi hermana favorita —expresó ella, incorporándose del asiento con una sonrisa forzada.

Fruncí el ceño sin comprender la inesperada reacción de Olivia, pero cuando ella alzó la copa el líquido de su interior cayó sobre mi vestido.

¡Uff!

El vino tinto hizo un estropicio en la tela blanca de mi vestido.

Los comensales me observaron con una mezcla de tristeza y preocupación, entre ellos mi padre.

—Cariño, ¿estás bien?

—¡Lo has hecho aposta! —acusé a Olivia, evadiendo la pregunta de mi padre.

—¿Qué? —expresó ella con fingimiento en la voz—. ¿Cómo puedes pensar eso de mí, Regina? Eres mi hermana, nunca haría algo así —dijo con las lágrimas en los ojos.

¡Olivia era una buena actriz!

Escurté a mi padre y a sus socios, y me di cuenta de que discutir con mi hermanastra no me favorecía en nada.

Al final, si entraba en el juego de Olivia, quedaría como la mala de la película.

—No pasa nada. Si me permiten —dije, levantándome del asiento—, iré al servicio.

Caminé por el pasillo, limitándome a escuchar el sonido que mis tacones provocaban en el parqué. Abrí las puertas de cristal que conducían a los jardines, saboreé el silencio y dejé que mi mente divagara.

Cerré los ojos con fuerza y rabia. Mi garganta dolía ante el esfuerzo que hacía para no llorar.

¿Por qué? ¿Por qué me estaba sucediendo esto a mí? Simplemente quería vivir la vida, ¡maldita sea!

Me abrigué el cuerpo con mis propios brazos e intenté caminar, hasta que se me clavaron los tacones en la hierba y tropecé.

—¡Mierda, joder! —exclamé destrozada.

—Una mujer como tú no debería hablar así —comentó una voz masculina detrás de mí.

Me di la vuelta.

¡Oh, no!

Era el dios griego de antes. El hombre más hermoso que jamás había visto. Él estaba apoyado contra la pared en una pose desafiante. Mis ojos recorrieron su cuerpo, desde su rostro hasta sus piernas cruzadas. Llevaba los tres primeros botones abiertos, dejando a la vista un poco de vello en su pecho y una cadena de plata que llevaba colgada al cuello y de la cual pendía un anillo y una cruz.

En medio del humo del cigarro su boca sonreía y yo sentí un bochorno en las mejillas.

¡Adiós dignidad!

Aquel desconocido se estaba burlando de mí.

—¿Y a ti qué coño te importa? —le espeté con tono mordaz y me incorporé sacudiéndome la tierra de la ropa.

El dios griego se llevó el cigarrillo a los labios e inspiró con deleite, entrecerrando los ojos. No dijo nada. Solamente se limitó a contemplarme y yo sentí un estremecimiento cuando me repasó con la mirada.

Negué con la cabeza, suspiré con cansancio y pasé por su lado para dirigirme a la puerta. Pero de repente, él apoyó su mano en el marco impidiendo que saliera de allí y tiró el cigarrillo lejos.

Siguió observándome sin dejar traslucir la menor emoción.

Yo, incómoda por su silencio sepulcral y su mirada fija en mí, retiré el cabello en un gesto que esperaba que fuera retador.

—Déjame pasar —le dije, intentando que la voz no me temblara.

—¿Y si no quiero hacerlo? —preguntó en un suave susurro que me erizó la piel.

—Pues lo lamentarás.

De repente, su semblante molesto se transformó en una sonrisa. Él se acercó a mí, pero no me tocó. Agachó la cabeza hacia mi oreja y contuve la respiración cuando su aliento chocó en mi cuello.

—No, princesita —murmuró cálidamente en mi oído, consiguiendo estremecerme por dentro—. Te juro que lamentarás haberme conocido.

Se apartó de mí lentamente, al tiempo que nuestras mejillas se rozaban. Fruncí el ceño y esperé a que estallara en risas, pero su mirada no dejaba lugar a dudas de que iba en serio.

Tragué saliva con nervios mientras el miedo me invadía desde el pie, hasta la punta del cabello de la cabeza.

—¿Quién eres? —le pregunté, intentado que mi voz no delatase lo asustada que estaba.

Me humedecí los labios bajo la atenta mirada de sus ojos color miel verdosos.

—Voy a ser tu peor pesadilla, princesita —respondió con voz ronca.

Comencé a reír, por los nervios y por lo ridículo que me parecía.

—No tienes ni idea de quién soy y me da igual si eres un socio importante de las empresas de mi padre —le dije con los ojos entrecerrados—. Así que, por tu bien, te recomiendo que me dejes pasar.

El dios griego alargó la mano y enredó un mechón de mi cabello alrededor de su dedo. Me quedé boquiabierta, observándolo, mientras él me sacaba una ramita del pelo.

—No, no sé quién eres... pero no me importaría saberlo.

Sentí un nudo en el estómago. Estaba nerviosa. Aquel hombre tenía una mirada increíblemente profunda, muy intensa.

Intenté hablar, pero las palabras no me salieron.

Él sonrió ladino y volvió a hablar:

—Hagamos un trato —dijo con una sonrisa pícaro—. Si me dices tu nombre, te dejaré marchar.

Lo observé con curiosidad, perdiéndome en sus ojos, hurgando en ellos como si fuera encontrar algo de humanidad ahí dentro. Apostaría que aquel hombre era el típico empresario ricachón que creía que el dinero lo podía arreglar todo y que el mundo entero estaba a sus pies.

Suspiré, rendida, y alcé la barbilla para observarlo.

—Te tomo la palabra —le dije con la voz temblorosa.

Él enarcó una ceja y se pasó la lengua despacio por el labio inferior.

—Me gustaría tomarte de muchas maneras, princesita —confesó con picardía, consiguiendo que mis mejillas ardieran.

Sentí el corazón latiendo a mil por hora, sin saber muy bien si era por el comentario o por qué.

«¡Demonios, Regina, ten un poco de dignidad!», reclamó la voz de mi interior.

—¡Eres un asqueroso! —grité, empujándolo en el pecho con ambas manos.

Aproveché para salir de allí corriendo, pero pude escuchar perfectamente las últimas palabras que aquel desconocido me dijo:

—Mal hecho, princesita. Pagarás las consecuencias —gruñó por lo bajo, consiguiendo erizarme el vello de todo el cuerpo.

Entré en el salón, lleno de gente, con la respiración entrecortada. Me llevé la mano al pecho intentado calmar mi corazón que latía alocadamente.

¿Qué demonios acababa de suceder allí afuera?

¿Quién era aquel hombre?

«Pagarás las consecuencias», recordé la frase y sentí un escalofrío.

—Regina.

De pronto, alguien apoyó la mano en mi hombro y me volví sobresaltada.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó mi padre con la preocupación reflejada en la mirada.

No respondí nada. Solo asentí, moviendo la cabeza de arriba hacia abajo.

—¿Quieres que llame a uno de los empleados del hotel para que te consiga otro vestido? —volvió a preguntar sin dejar de escrutarme con intensidad.

¡Mi padre me conocía como la palma de su mano!

—No —dije, negando con la cabeza—. Estoy bien. No te preocupes.

—Olivia te está buscando. Se veía muy triste y preocupada —comentó él, y el vello se me puso de punta como un gato.

¡Olivia era una falsa!

—Señor Jones, perdone por interrumpirlo —habló uno de los empleados del hotel—. El director me ha pedido expresamente que lo invite a un café. Espero que acepte su invitación.

Mi padre me observó con el ceño fruncido y le dije moviendo los labios: «estoy bien».

Él me acarició la mejilla, me besó en la frente y se largó hacia la mesa donde lo esperaba el director del hotel.

Me llevé las manos a las sienes y conté mentalmente hasta cinco, tratando de

relajarme, pero saber que el dios griego estaba en el mismo hotel que yo no me tranquilizaba mucho. De repente, Olivia apareció en escena. Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo, mientras ella carcajeaba con un grupo de hombres. Caminé con paso firme hacia ella, intentado buscar las palabras correctas para decirle que era una bruja sin sentimientos.

Pero, a medida que me acercaba al grupo, pude reconocer a uno de los hombres. La peor de mis pesadillas estaba a unos metros de mí.

¿Qué hacía él hablando con Olivia?

Cuando me vio, su semblante se puso serio y sus ojos chispearon llenos de rabia.

¡Oh, oh!

«¡Aborta la misión! ¡Aborta la misión!», gritó la voz de mi interior.

—¡Hermanita! —gritó Olivia, consiguiendo que el resto del grupo clavaran sus miradas en mí.

¡Genial!

—Ven, quiero presentarte a unos buenos amigos que acabo de conocer —me dijo, rodeándome los hombros con el brazo y acercándose al grupo.

«¿Los acaba de conocer y ya los llama amigos?», pensé para mí misma.

—Intenta no avergonzarme delante de ellos —murmuró lo suficientemente bajo para que los tres hombres no la oyeran.

Yo la observé perpleja por su clara sinceridad, la mía parecía estar indispuesta a revelarse con tanta facilidad.

¡Uff!

El día que mi paciencia explote...

—Estos dos son Liam Blake y Bryan Donson.

Yo los observé con tensión. Liam era un hombre de unos treinta y pico años, rasgos marcados y el pelo corto con dos entradas a los lados. Por otra parte, Bryan era un poco más joven que Liam y de tez oscura, más bien mulato, y tenía una cicatriz sobre su ojo derecho. Sinceramente, su rostro me asustó.

—Son los dueños de las principales empresas petrolíferas nacionales —terminó de hablar Olivia con una sonrisa triunfante.

A ella solo le gustaba relacionarse con gente acaudalada. Para Isabella y Olivia, entre la gente rica y la gente pobre existía una clara distancia que había que respetar, sí o sí.

—Bueno, también somos los dueños de varias panaderías —dijo Liam en tono sarcástico—. Trabajamos con la mejor «harina» del mundo.

Liam y Bryan estallaron en risas cómplices y silenciosas. Me aclaré la garganta e intenté disimular mi sorpresa. Olivia, quien no se había enterado de nada, también se unió a ellos. Observé de reojo al dios griego, quien fulminó con

la mirada a sus dos compañeros consiguiendo que estos dejaran de reír al momento.

De repente, el silencio volvió a apoderarse de nosotros. Estaba nerviosa. Aquella gente hacía trabajos sucios.

¡Vendían «harina»!

¿Con qué clase de gente se relacionaba la idiota de mi hermanastra?

Mordí el labio inferior con nervios. De algún modo, sabía que el dios griego me estaba observando. Podía sentir su mirada clavada en mi rostro. Tragué saliva con dificultad. No quería mirarlo a los ojos.

—¡Regina, no seas maleducada y preséntate! —Olivia me dio una palmada en la espalda que casi me dejó rezando en el suelo.

Traté de mantener el equilibrio y sonreí forzosamente.

—Ella es mi hermana Regina.

—Hermanastra... —la corregí por lo bajo.

—Regina Jones... —habló Liam, mostrando cierto interés—. Encantado de conocerte. —Me agarró la mano y la besó.

Yo carraspeé y la limpié con disimulo. Por otra parte, Bryan no dijo nada. Solo me observó con frialdad.

—Bueno, chicos —habló Olivia con una sonrisa radiante—. ¿Por qué no nos presentan a su amigo?

«¡No! ¡No!» gritó la voz de mi interior.

Estaba claro que Olivia también le había puesto el ojo al dios griego. ¿Y quién no? Si hubiera nacido hombre, me habría hecho homosexual para estar con él.

Liam observó a su amigo, quien parecía cabreado con el mundo. Oh, y yo sabía perfectamente por qué el dios griego estaba enojado.

¡Yo, señores, era la culpable!

—Nuestro jefe no suele hablar con nadie en las reuniones de negocios —contestó Liam.

Espera... ¿el jefe?

Giré la cabeza y lo observé fijamente, con sorpresa. El dios griego seguía con la mirada clavada en mí. Sus ojos refulgían de rabia.

La espeluznante idea de que aquellos hombres fuesen narcotraficantes, asustaba. Pero la idea de que el dios griego fuese el capo, atemorizaba.

«Acabas de cavar tu propia tumba, Regina», dijo la voz de mi interior.

Lo había llamado asqueroso. Me había reído de él en su propia cara. Y, para colmo, lo había empujado.

«Mal hecho, princesita. Pagarás las consecuencias», recordé la frase y sentí el vello erizarse en mi nuca.

—Gina... —murmuró él por lo bajo, pero perfectamente audible.

¡Oh, Dios mío!

Tenía que reconocerlo. Mi nombre en su voz era música para mis oídos. Nunca nadie había usado aquel diminutivo conmigo. Para la gente, incluido para mi padre, era simplemente Regina.

¡Nada más!

Liam lo observó con el ceño fruncido mientras Bryan me analizaba de arriba abajo. Olivia se interpuso entre mí y el dios griego, cuando se dio cuenta de que la estábamos ignorando.

—Encantada de conocerte. Me llamo Olivia White —dijo, dándose aires de grandeza. Esbozó una sonrisa radiante mientras se retiraba el cabello de la cara y se lo colocaba detrás de la oreja.

De pequeña vi muchos documentales de fauna y sabía que Olivia estaba usando todas las posibles técnicas de seducción para atraer al macho alfa. Y yo sabía que el dios griego caería rendido a sus pies. Olivia era una mujer muy hermosa, pero los hombres no sabían que ella, en realidad, era una mantis religiosa.

Él la observó con las manos en los bolsillos y con cara impasible.

—Me estás tapando las vistas —le dijo con tono acerado.

De repente, le hizo un gesto con la cabeza para que se apartara. Olivia, confusa por aquel extraño comportamiento, hizo caso a la petición del desconocido.

—Así mucho mejor... —murmuró él con una sonrisa ladina.

Yo ahogué un gemido cuando volvió a clavar su mirada en la mía. Sentí las piernas líquidas e inestables. Si salía de allí corriendo, no daría ni dos pasos.

El nudo de mi estómago se hizo más fuerte y se me formó otro en la garganta, casi ahogándome.

La expresión en la cara del dios griego no auguraba nada bueno. Sentí la adrenalina correr por mis venas y me olvidé de todo cuanto me rodeaba.

Solo éramos él y yo.

El cazador y la presa.

—Has roto tu palabra... Gina —volvió a susurrar aquel diminutivo, haciendo que mi corazón latiera más rápido—. No tienes ni idea de lo que has hecho.

Abrí la boca lentamente, sorprendida por sus palabras. Sentí que el aire en la habitación no era suficiente.

—Regina, ¿qué demonios es todo esto? ¿Acaso ya os conocíais? —preguntó Olivia, de brazos cruzados y con los orificios de la nariz dilatados.

—No —respondió Liam al mismo tiempo que sacaba un teléfono móvil del bolsillo—. Es imposible que se conozcan.

Yo hice caso omiso a lo que ellos hablaban. Centré toda mi atención en el dios griego y en sus ojos intimidantes. No quería que él pensara que estaba asustada, aunque fuese cierto.

¡No quería caer tan bajo! ¡Tenía mi dignidad!

«Por Dios, Regina. Es un narcotraficante. De qué valdrá tu dignidad cuando estés muerta. Sal de ahí. ¡Corre!», gritó la voz de mi interior.

—¿Por qué dices eso? Mi padre tiene muchos contactos. Tal vez hayamos coincidido con vosotros en otras reuniones —habló Olivia.

Bryan empezó a carcajear a mandíbula batiente.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella, casi perdiendo los papeles.

¡Oh! Aquellos tíos iban a despertar el lado oscuro de Olivia.

Liam negó con la cabeza y habló:

—Ya te he dicho que es imposible que nos conozcáis, porque esta es la primera vez que aparecemos públicamente en una reunión de negocios. —Yo fruncí el ceño sin retirar la mirada del dios griego—. Y ahora mismo tenemos que atender un asunto importante. Un gusto conocerlas, señoritas. Tengo la sensación de que nos veremos pronto... muy pronto —dijo, haciendo una reverencia y contestando al teléfono móvil, al mismo tiempo que se alejaba de allí para que nadie lo escuchase hablar.

Bryan no se apartó de su jefe mientras éste seguía observándome en la misma posición, con la ceja aún en alto, aguardando a que hablase o hiciese algo.

—Ey... —murmuró Bryan al dios griego, mostrando cierta preocupación—. Nos quedan cinco minutos. Tenemos que irnos.

Aquellas palabras llamaron su atención porque, por unos segundos, el dios griego rompió nuestro contacto visual para observar fijamente a su compañero.

—Diles que el trabajo queda suspendido. Esta noche no se hará nada de lo que teníamos planeado.

Yo fruncí el ceño con fuerza, visiblemente confusa, mientras prestaba atención a aquella conversación.

Bryan, quien se dio cuenta de que yo los estaba escuchando, me fulminó con una mirada terrible, llena de furia. Tragué saliva con dificultad. Tenía la boca seca por los nervios.

Carraspeé nerviosa y me pasé las manos por la ropa en un gesto muy inquieto. Le agarré la mano a Olivia y ésta hizo una mueca de desagrado cuando notó el sudor en la palma de mi mano.

—Un gusto haberlos conocido, señores, pero nosotras también tenemos asuntos más importantes que atender —dije, con la voz temblorosa, dispuesta a largarme de allí como alma lleva el diablo. Pero, en el fondo, quería recuperar mi

dignidad y no me iría de allí a gusto sin antes decirle al dios griego lo que pensaba de él y de sus amiguitos—. «Señor X», espero quedar otro día con usted para que pueda explicarme cuántos tipos de «harina» usan para la venta. Bueno, a no ser que os cierren las «panaderías». Como sabrán —dije, sonriendo maliciosamente antes de seguir hablando—, en este país todo tiene que estar legalizado.

Los dos me observaron con atención y sorpresa. Podía sentir mi adrenalina fluyendo mientras pensaba en lo que había dicho.

¡Qué cojones!

Me sentía liberada. Después de tantos años callada e intentando mantener una imagen de hija perfecta, ahora mismo me sentía genial.

Yo no podía de buenas a primeras decir lo que pensaba porque eso supondría problemas para el negocio de mi padre. A mí me daba igual caer bien o mal. Siempre me mordía la lengua para no expresar lo que verdaderamente pensaba, y ya estaba harta de estar callada.

Pero, por desgracia, mi felicidad duró lo mismo que un simple parpadeo cuando vi cómo los puños de Bryan se cerraban visiblemente. Nunca había estado involucrada en una pelea y ahora mismo debería sentirme asustada, pero la verdadera Regina Jones que estaba atrapada en el más fondo de mi ser quería salir para defenderse. Era como una leona salvaje disfrazada de una dócil y domesticada gatita.

Pero cuando desvié la mirada hacia el dios griego, todo acto de valentía que sentí desapareció. Aquel hombre tenía una mirada tan intensa que asustaba. No soportaba sentir sus ojos puestos en mí.

Levanté el mentón, lo observé con los ojos entrecerrados y me largué de allí junto a Olivia. Con cada paso que daba, podía sentir su penetrante mirada pegada a mi nuca. No quería volver la mirada atrás porque si lo hacía, sus ojos color miel verdosos me hipnotizarían y caería bajo el influjo de su hechizante voz.

—¿Qué coño te pasa? —preguntó Olivia, soltándose de mi mano cuando nos alejamos de allí lo suficientemente lejos—. Quería ligarme al tío bueno que supuestamente conoces. No entiendo por qué se ha fijado en ti.

Yo fruncí el ceño, conteniendo la rabia, mientras la escrutaba de arriba abajo.

Estaba tratando de mantenerla a salvo, ¿y ella me lo iba así?

—Perdona, Olivia, no me había dado cuenta de que querías seguir conversando con unos narcotraficantes —contesté con tono acerado, consiguiendo que sus ojos se abrieran como platos.

—¿Narcotraficantes? —volvió a preguntar y yo asentí lentamente sin dejar

de mirar a mi alrededor—. P-pero...

—No hay peros que valgan, Olivia. Si quieres volver junto a ellos, allá tú, pero si por tu culpa consigues poner a mi padre en peligro... —pausé, tomando una bocanada de aire antes de continuar—. Te las verás conmigo.

Ella enarcó una ceja, visiblemente confundida con mi contestación. Todos los días, en casa, me sentía aplastada por ella y su madre. Siempre era la sumisa, pero esa noche me sentía fuerte y poderosa.

Busqué al dios griego con la mirada para cerciorarme de que estábamos a salvo, pero Olivia me agarró de la muñeca y yo la observé con confusión.

—Espero que no seas tan tonta como para amenazarme, Regina. No me conoces de nada, ni tienes la menor idea de lo que soy capaz de hacer —murmuró y, de repente, su mirada se volvió más oscura—. Si quieres que tu padre siga con una sonrisa dibujada en la cara, intenta no enojarme. ¿Está bien?

Yo abrí la boca, estupefacta.

¿Ahora era ella quien me estaba amenazando a mí?

—¡Contesta! —exclamó, casi perdiendo los nervios.

Yo asentí lentamente sin dejar de observarla con rabia.

—Olivia... —murmuré, al mismo tiempo que me soltaba de su agarre—. Espero que tú tampoco seas tan tonta como para amenazarme.

Nos observamos durante unos segundos, los ojos entrecerrados, mientras la rabia invadía nuestros rostros.

Esto ya era el colmo. A parte de aguantar la convivencia en casa con ella y su madre, ¿ahora tenía que aceptar amenazas?

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo y, a punto de recriminarle un par de cosas, se escuchó una fuerte explosión en el salón del hotel. Una de las paredes se derrumbó e inundó el habitáculo de polvillo. Todo el mundo empezó a gritar cuando sonaron disparos.

Yo reaccioné y me agaché rápidamente, cubriéndome la cabeza con los brazos. Con el corazón a mil por hora, fui a gatas hasta una de las mesas e intenté observar qué demonios estaba sucediendo.

¡Había un montón de hombres trajeados con pasamontañas y armas!

—¡Todo el mundo al suelo! —gritó uno de ellos—. ¡He dicho que todos al puto suelo! —exigió nuevamente, vaciando el cartucho de su pistola contra las paredes.

Grité, llevándome las manos a la boca, cuando una veloz bala atravesó el hombro de una pobre anciana. Su cuerpo cayó al lado de Olivia, quien gritaba aterrada echa un ovillo en el suelo.

—Si cooperáis, no os sucederá nada —habló otro de ellos—. Os quedaréis tumbados en el suelo sin levantar la cabeza. Si incumplís esta sencilla orden,

terminaréis igualmente tumbados en el suelo, pero sin vida. ¡Así que, al suelo, ahora! —volvió a gritar, disparando contra el techo.

Busqué a mi padre con la mirada, desesperada, y lo encontré tirado en el suelo, cubriendo la cabeza de Isabella con su brazo. Expulsé todo el aire contenido en mis pulmones cuando me di cuenta de que él estaba a salvo. Traté de gatear hacia ellos, pero de repente, todo sucedió en cámara lenta, como si estuviera en una secuencia de cine. Uno de aquellos hombres se acercó a la mesa y cuando me observó, sentí la amargura de la bilis subir por mi garganta.

¡Tenía una cicatriz en el ojo derecho! ¡Era Bryan Donson!

El corazón me golpeó el pecho con fuerza y, en reacción, me escondí debajo de la mesa sin dejar de temblar.

Cerré los ojos con fuerza, tratando de concienciarme de que aquello era una simple pesadilla. Pero cuando los abrí, se levantó el mantel y apareció la cara de Bryan, cubierta por un pasamontañas, mientras sus ojos chispeaban de ira.

—Sal de ahí —murmuró y su voz, áspera y ronca, consiguió atemorizarme.

Yo quedé quieta, sin apenas pestañear, consiguiendo enojarlo más de lo que ya estaba.

Sin volver a pronunciar otra palabra, levantó la pistola y me apuntó con ella.

—Si piensas que con ese pasamontañas puesto no puedo reconocerte, lo llevas claro conmigo, Bryan. Si es que ese es tu verdadero nombre... —susurré con la voz entrecortada.

Por unos momentos a su rostro asomó una expresión de perplejidad y, sin ambos esperarlo, la mesa voló por los aires.

Grité, esperando a que la bala saliera del cañón, pero cuando alcé la mirada observé a otro hombre, más alto que Bryan y de constitución más fuerte. Aquel individuo con pasamontañas me escrutó con una intensidad que casi me atraviesa el alma.

Tragué saliva con dificultad sin dejar de observar sus ojos color miel verdosos.

—Gina...

Cuando murmuró el diminutivo de mi nombre, noté el pulso acelerado de mi corazón en la garganta. Aunque el dios griego no llevaba ningún arma encima, no significaba que él no fuese peligroso, pero extrañamente su mirada me transmitió protección.

—¡Dejadla en paz! —gritó a lo lejos uno de los socios de mi padre—. ¡Mi mujer es sorda! ¡No os va a escuchar! ¡Por favor, tumbadla en el suelo! ¡Os juro que no se moverá de ahí, pero por favor, no le hagáis daño!

El dios griego desvió la mirada hacia la esquina para darle una señal con la cabeza a su compañero, quien tumbó a la mujer al suelo tal y como se lo había

ordenado. Pero el marido de la mujer se levantó y sacó una pistola del bolsillo de su chaqueta. Antes de que llegara a disparar, aquel hombre recibió un disparo en la pierna.

Todo el mundo volvió a perder la calma y a chillar como en el principio. Entre tanto caos, aproveché para salir corriendo de allí y pedir ayuda a la policía. Pero lo que menos esperaba era que me disparasen. Noté la velocidad de una de las balas cuando rozó mi cabello, pero sin llegar a tocarme. Caí de rodillas al suelo y observé una pistola. Con manos temblorosas agarré el arma y seguí gateando hasta la salida mientras los disparos se escuchaban a lo lejos y las sirenas se hicieron sentir.

Sonreí cuando varios coches patrulla aparcaron enfrente del edificio. Observé el parpadeo de las luces azules en la ventana, esperando a que los agentes entraran y terminaran con esto de una vez por todas.

Me levanté y corrí por el pasillo cuando escuché voces masculinas acercándose a mi dirección.

La puerta de la entrada se abrió de un golpe y aparecieron una decena de policías de fuerzas especiales. Yo quedé quieta en mitad del pasillo, reprimiendo las ganas de llorar.

¡Había llegado la caballería!

Cuando di un paso hacia la salida, los policías reaccionaron al mismo tiempo y me apuntaron con sus armas.

—¡Quieta ahí! ¡No te muevas! —gritó uno de ellos, agitando la pistola con nervios.

¿Qué?

¡No!

Yo no era el enemigo.

Negué con la cabeza y traté de explicarme, gesticulando con las manos.

—¡Tira el arma al suelo, joder!

Su grito acerado hizo que mi estómago se encogiera. Con los ojos nublados por las lágrimas observé el arma que sujetaba en mi mano derecha. Entonces, entendí todo.

«No existe nadie más gafe que tú, Regina», comentó la voz de mi interior.

¡Mierda!

Ni siquiera sabía usar una pistola de juguete.

—E-está bien... y-yo... la d-dejaré en el suelo —dije con la voz temblorosa, mientras me acuclillaba para dejar la pistola en el suelo.

Los policías no bajaron las armas, esperando a que cumpliera con mi palabra.

Pero de repente, se escuchó el potente ruido de un metal rodando por el suelo. Cuando algo chocó contra el talón de mi pie, desvié la mirada y observé

una pelota de tamaño mediano. Tenía un temporizador y quedaba menos de tres minutos.

—¡Mierda! ¡Retirada! —gritó el mismo policía de antes, dejándome sola en mitad del pasillo.

Yo me incorporé lentamente, sin dejar de observar el temporizador, hasta que escuché unos pasos detrás de mí.

Giré la cabeza, con la respiración completamente agitada, y observé al dios griego.

Él se quitó el pasamontañas y una mirada extraña arrugó sus facciones mientras observaba la bomba que tenía entre mis pies. Pero cuando sus ojos color miel verdosos conectaron con los míos, sus hombros se relajaron un poco y caminó hacia mí con decisión.

Yo, por unos instantes, pensé en retroceder, en salir de allí corriendo o en coger el arma y dispararle.

¡Pero no pude reaccionar! ¡No pude hacer nada!

—Para ser tan pequeña e inocente, das mucho trabajo —comentó él, consiguiendo erizarme el vello de la nuca.

«Joder, Regina. Tienes una puñetera bomba en tus pies. ¡Deja la tensión sexual para luego!», me regañó la voz de mi interior.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo —me ordenó, instándome a seguirlo, pero yo permanecí quieta sin mover ni un músculo de mi cuerpo.

Él me escrutó con intensidad y frunció el ceño cuando se dio cuenta de lo asustada que estaba.

—¿Cómo puedes asegurarme de que estaré segura contigo? —pregunté con un hilo de voz—. ¡Eres un capo! ¡Un asesino! —grité.

Él sonrió de medio lado, provocando que el nudo en mi estómago subiera a mi garganta.

—Gina —murmuró, acercándose más a mí—. Si hubiera querido matarte, ya lo habría hecho en el jardín. Has incumplido tu palabra y ahora tienes que compensarme.

Sentí que las paredes se estaban cerrando sobre mí cuando escuché su contestación.

Él volvió a observar el temporizador. Faltaba menos de un minuto.

—No voy a razonar más contigo —dijo, sacándose la chaqueta de traje y cubriéndome la cabeza con ella—. Intenta no sacártela.

Sin apenas pestañear, me cargó y corrió lo más rápido conmigo en sus brazos. Cerré los ojos en el momento que se escuchó un pitido y, posteriormente, la explosión...

2

REGINA

Me despertaron unas voces: un hombre discutiendo, luego los improperios de otra voz y las risas de una mujer. Parpadeé varias veces e intenté enfocar la mirada. De las tuberías roñosas del techo caían gotas de condensación. Estaba en un sótano húmedo, cubierto de telarañas y lleno de armas.

Espera... ¿armas?

Observé un montón de escopetas en los rincones, pistolas colgadas de las paredes y cuchillos sobre la mesa.

Negué con la cabeza, nerviosa, e intenté levantarme, pero algo me rodeaba las muñecas y descubrí que tenía ambas manos atadas con una cuerda. Fruncí el ceño cuando me di cuenta de que llevaba puesta una chaqueta de traje, bastante grande.

Cerré los ojos y traté de recordar lo que había pasado:

«Hotel. Bomba. Dios griego».

¡Mierda!

Me quedé helada cuando escuché voces detrás de la puerta. Apoyándome contra la pared logré levantarme. Observé nerviosa uno de los cuchillos de la mesa y me acerqué. Intenté cortar las cuerdas con el cuchillo, pero se me caía de las manos constantemente.

—Quiero ver qué tiene de especial esa chica para que el jefe la haya traído aquí. Espero que la mate o nos pondrá a todos en peligro. Nos ha visto las caras —murmuró una voz masculina, acercándose al sótano.

—No creo que al jefe le haga mucha gracia que entres ahí —murmuró la voz de... ¡Liam!

Yo sacudí la cabeza, pensé con rapidez y corrí hacia la esquina de la habitación. Agarré una de las escopetas y apunté hacia la puerta, esperando a que entrase aquel hombre.

El pomo se giró, la puerta comenzó a abrirse y me encontré con un hombre de constitución corpulenta, casi exageradamente grande, y con un traje negro cuidadosamente planchado.

—¡Joder! —exclamó, aguantando la risa, y se acercó a mí con los brazos en alto—. ¡La tía tiene ovarios!

—¡Quieto ahí o disparo! —grité, perdiendo los nervios.

¡Maldita sea!

Estaba encerrada en un sótano, probablemente secuestrada. No tenía ni la menor idea de cuáles eran las intenciones de aquella gente, pero después de ver lo que sucedió en el hotel me podía esperar cualquier cosa.

Él silbó con gracia y enarcó una ceja.

Liam apareció en escena y me observó con una mezcla de preocupación y sorpresa.

—¿Acaso el jefe quiere entrenar a «Sheena» para que trabaje con nosotros? ¿O simplemente se ha encaprichado con ella? —le preguntó el mismo hombre a Liam, ignorándome por completo.

—Es la hija de Ethan Jones —respondió contundente Liam.

—¿Qué? —expresó aquel hombre, casi en un grito—. Estamos jodidos. Nos van a pillar. Lo mejor es deshacernos de ella cuanto antes.

Yo abrí los ojos como platos y sentí ganas de vomitar. La idea de que me asesinaran, para luego envolverme en una alfombra y arrogarme a un río, me atemorizó por completo.

—¡No dejaré que me envolváis en una maldita alfombra! —chillé, al mismo tiempo que agitaba el arma entre mis manos.

Los dos hombres se observaron con confusión y estallaron en carcajadas estridentes. Yo abrí la boca lentamente, sorprendiéndome por aquella reacción, mientras la cólera hervía en mis venas.

Iba a matarlos, aunque me costase la vida. Ni siquiera sabía si mi padre estaba bien. Necesitaba llamarlo.

De repente, el sonido de unos tacones aproximándose hacia nosotros me sacó de mis pensamientos. En el sótano entró una mujer alta, rubia e increíblemente guapa, con unos jeans apretados, botas altas de tacón y top corto que dejaba a la vista el encaje negro de su sujetador.

—¿Quién es ella? ¿Otra furcia del jefe? —preguntó la chica rubia con desprecio, observándome de arriba abajo.

¿Furcia? ¿Yo? Estaba claro que aquella mujer no se veía en los espejos.

—¡Ya basta, joder! Marc se va a enojar. Nos dejó bien claro que no quería a nadie en el sótano —habló Liam, llevándose las manos a la frente.

«¿Marc?», pensé sin dejar de entrelazar aquel nombre con el dios griego.

—¿Marc está protegiendo a esta tía? —siguió con las preguntas aquella rubia.

Yo apreté con fuerza la culata de la escopeta. Aquí no era Regina Jones, la hija refinada del magnate más poderoso del mundo.

¡No!

Aquí era Regina Jones, una mujer luchadora y que iba a defenderse con uñas

y dientes.

—Es la hija del empresario Ethan Jones —contestó el corpulento hombre, acercándose más a mí.

—Bien. Pediremos un rescate. Por lo menos la muchachita nos dará dinero —comentó la chica con una sonrisa maliciosa.

—No. Si la soltamos, irá corriendo a la policía. —Yo sentí el pulso acelerado cuando me di cuenta de que el corpulento hombre estaba más cerca de lo que hubiera imaginado.

Alcé la escopeta, apunté a su cabeza y volví a gritar:

—¡Voy a disparar! —chillé, tomando puntería, mientras el sudor corría por mi espina dorsal.

Nunca había matado a nadie y desde que era pequeña estuve convencida de que nunca pecaría contra el quinto mandamiento.

No, yo no era una asesina...

¡No podía hacerlo!

El hombre volvió a carcajear sin dejar de negar con la cabeza.

—No, no lo vas a hacer.

—No la subestimes, George —musitó la voz del dios griego, quien apareció por sorpresa bajo el marco de la puerta.

Todo el mundo quedó petrificado, como si hubieran visto a un fantasma. George apretó las mandíbulas y la rubia no volvió a levantar la mirada del suelo.

Yo fruncí el ceño con fuerza, y lo fulminé con la mirada.

¡Él me había traído aquí!

¡Todo esto era culpa suya!

—Es una niñita de papá. Mírala —dijo George, señalándome con la cabeza—. Nunca ha cogido un arma en su vida. Le tiemblan las manos. — ¡Y era cierto! Las manos me temblaban mucho—. No va a disparar —volvió a afirmar su teoría, clavando su mirada en mí—. Ella no es esa clase de mujer. ¡Es una sumisa!

Clic.

Apreté el gatillo, pero se escuchó un chasquido.

¡La cámara de la pistola estaba vacía!

Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro de Liam, aunque también divisé un atisbo de perplejidad.

Clavé la mirada en George y mis nervios ascendieron vertiginosamente.

¡Estaba enojado!

—¡Ibas a dispararme! —exclamó él, agarrándome por el cuello de la americana—. ¡Puta refinada, ibas a matarme!

De repente, George cayó al suelo. Observé con la boca abierta al dios griego,

quien había golpeado a George en la cabeza con la culata de su pistola.

El corpulento hombre se llevó las manos a la cabeza, palpando la sangre caliente que caía a raudales por su frente.

—Os he dado una orden —habló el dios griego, y entonces confirmé que él era Marc... ¡El jefe!

—No tienes el derecho de pegarme. Eres el jefe, pero sin nosotros no eres nadie —dijo George, levantándose del suelo y clavando la mirada en mí—. Tú, al igual que yo, sabes que debemos matarla. Si la sueltas, a la primera de cambio irá junto a la pasma. Nos ha visto las caras, Marc. No voy a arriesgarme, yo no quiero ir a la puta cárcel —argumentó con los puños cerrados.

—Si la tocas, te dejaré el culo como un colador —murmuró Marc con voz amenazadora, consiguiendo asustarme más de lo que ya estaba.

George gruñó como un animal salvaje, listo para atacar, pero Marc no se movió ni un ápice de allí, mientras yo me resguardaba detrás de su cuerpo.

George maldijo por lo bajo y salió de allí hecho un energúmeno. La chica rubia se le habían bajado los humos en el momento que Marc apareció en la habitación y, sin decir nada, también salió del sótano corriendo.

Liam fue el único que no se mostró asustado.

—Los advertí, créeme, pero de vez en cuando está bien darles un pequeño toque de atención para que no se olviden de quién manda —habló él, guardándose las manos en los bolsillos—. Ronald ya ha llevado el cargamento a los barrios del Este y del Noroeste.

Marc asintió con la cabeza y me observó por encima del hombro.

—Bien hecho, Will. Ahora, déjanos solos.

—Está bien —contestó Liam... ¡Mierda, Will!

Joder, estaba claro que aquellos hombres habían mentido a todo el personal del hotel.

Liam Blake y Bryan Donson eran nombres ficticios.

Yo sentí un nudo oprimiéndome el estómago y se me encogió el corazón al pensar en la idea de quedar a solas con el dios griego.

—William —lo llamó Marc, antes de que su compañero cerrara la puerta—. Que nadie entre aquí, porque la próxima no será un toque de atención, sino un balazo en el entrecejo.

Will asintió con la cabeza y salió del sótano, cerrando la puerta tras de sí.

Yo me sobresalté con el portazo, volviendo a la realidad. Estaba encerrada en el sótano de unos criminales.

¿Qué posibilidades tenía de sobrevivir?

«Marc te acaba de salvar la vida, idiota», me dijo la voz de mi interior.

—¿Marc? —dije en voz alta, sin darme cuenta.

Él se volteó para observarme y cuando sus ojos color miel verdosos se clavaron en los míos, sentí aquel maldito hechizo.

¡Aquel hombre tenía que ser un brujo!

—Gina... —murmuró con voz angelical, como si no fuese el jefe de una banda criminal.

Suspiré con nervios cuando sus nudillos me rozaron la mejilla. Le aparté la mano de un manotazo y lo observé con la rabia reflejada en la mirada.

Él sonrió ladino y se pasó la lengua por el labio inferior, sin dejar de escrutar mi boca.

—Eres arisca como una gata.

—No te confundas conmigo, Marc. Yo no soy una gata. Soy una leona.

Él enarcó una ceja y asintió con la cabeza.

—Espero que no pierdas esa actitud, Regina. Porque en mi mundo nos devoramos de un bocado a las gatitas como tú.

Intenté tragar saliva, pero mi boca estaba seca como la arena del desierto.

—¿Eso es una amenaza? —pregunté, tratando de sonar firme y no asustada.

Él negó con la cabeza:

—No, más bien es un consejo —me dijo, al mismo tiempo que me sacaba la escopeta de las manos y la dejaba encima de la mesa—. Si soy honesto, nunca pensé que llegarías a apretar el gatillo —comentó con gracia, mientras sacaba una cajetilla de tabaco del bolsillo trasero de su pantalón y encendía un cigarrillo entre sus labios.

Yo lo observé atenta, sin perder detalle ninguno de sus movimientos.

—¿Qué me vais a hacer? —lo interrogué, yendo directa al grano mientras él cogía un cuchillo.

Marc expulsó el humo con parsimonia y volvió a clavar su mirada en mí.

—Dirás... qué voy a hacer contigo.

Mi corazón latía tan fuerte que parecía querer salir de mi pecho.

Marc se acercó lentamente a mí, con el cuchillo en la mano, y me acorraló contra la pared. Lo tenía tan cerca que podía oler el aroma de su gel de baño y del champú.

¡Uff, olía demasiado bien!

—Creo que te has equivocado al escogerme. Mi padre hará lo que sea para buscarme y, tarde o temprano, la policía vendrá a por vosotros.

Marc aó el cigarrillo contra la pared y lo arrojó al suelo. Se acercó más y apoyó el antebrazo sobre la pared junto a mi cabeza, inclinándose hacia mi rostro.

—Oh, yo no he sido el que te ha elegido a ti —murmuró a milímetros de mi boca—. Tú me has elegido a mí, Gina —dijo, y mi confusión se hizo visible en

mi rostro—. Tenías que haberte visto devorándome con la mirada cuando entré en el hotel.

—Narcisista —espeté sin preámbulos y sin importarme que él tuviese un cuchillo en la mano—. Nunca tendré nada contigo. Tu mundo no tiene nada que ver con el mío.

¡Y era cierto! Yo no era como ellos.

—Vaya... Discúlpeme, alteza. Me había olvidado de que usted se relaciona con la gente de clase alta y no con la plebe —dijo con sorna, consiguiendo enojarme más.

—Si no dejas que me marche, haré todo lo posible por escaparme —le confesé sin miedo.

—No gastes tus energías planeando cómo fugarte —dijo y mi corazón se paralizó—. Porque te llevaré a tu casa ahora mismo.

Yo parpadeé varias veces, atónita por su contestación.

—¿Qué?

—Lo que has escuchado —volvió a hablar con aire adusto, consiguiendo erizarme la piel.

Yo tragué saliva cuando él alzó el cuchillo y lo acercó a mí. Cerré los ojos y, para mi sorpresa, Marc cortó las cuerdas de mis muñecas.

—Aquí no estás segura. No puedo estar las veinticuatro horas vigilándote —murmuró con suavidad, despertando las mariposas de mi estómago.

¡Maldita sea! Tenía que fumigarlas cuanto antes.

Yo sonreí con nervios y él enarcó una ceja con gracia.

—Sabes que, si me sueltas, iré directamente a la policía, ¿verdad?

—Sí, lo sé —respondió él con parsimonia—. Y aunque lo hicieras, no te mataría.

Yo fruncí el ceño, desconcertada con su confesión.

Iba a intentar que la policía lo atrapara y lo encerrara en la cárcel. ¿Por qué no me lo impedía?

De repente, me agarró por la nuca atrayéndome hacia sí y me susurró encima de los labios.

—Pero si abres esa boquita tan tentadora para contar lo que ha sucedido, haré que Ethan Jones, Isabella White y tu querida hermanastra uen las consecuencias. Antes de matarlos, los haré sufrir.

Su aliento chocó contra mis labios entreabiertos, y su mirada me hizo sentir extrañamente vulnerable.

—¿Lo has entendido?

Yo asentí lentamente sin poder pronunciar una palabra. Su semblante duro delataba que hablaba en serio... muy en serio.

—No me mires así, Gina. Ni los buenos son tan buenos, ni los malos son tan malos. Acuérdate de lo que te estoy diciendo porque, con el tiempo, terminarás dándome la razón.

Tragué saliva con dificultad.

Parecía que tenía un nudo en la garganta, como el nudo de una sogá al que no podía alcanzar.

—Ahora voy a sacarte de aquí. No quiero que tu padre denuncie tu desaparición. Eso me traería problemas —dijo, agarrándome la mano con firmeza—. No levantes la vista del suelo y no mires a nadie hasta que lleguemos al coche.

Yo volví a asentir con la cabeza y salimos del sótano. Cuando subí el primer peldaño de la escalera, sentí que las piernas eran de gelatina. Traté de caminar, pero me fue imposible.

Estaba nerviosa. Por primera vez en tanto tiempo, tenía la mente en blanco y no era capaz de pensar en nada.

Esto solo sucedía en las películas de Hollywood. Lo que me estaba pasando no podía ser real...

Sin decir nada, Marc me tomó en brazos y subió las escaleras del sótano.

Me embriagué de su olor varonil mientras observaba sus facciones.

¿Cómo un hombre con esa cara angelical había terminado así?

¡Marc era un demonio!

Cuando llegamos a la primera planta, me dejó en el suelo y sentí sus dedos entrelazarse con los míos. Caminamos por un estrecho pasillo que nos llevó a una enorme sala.

¡Estábamos en una discoteca!

Aún había gente bailando y bebiendo como cosacos. Levanté la cabeza porque sentí que alguna mirada podía haberse posado sobre mí, pero Marc me apretó la mano haciéndome recordar que bajara la vista al suelo.

Cuando salimos afuera, me di cuenta de que aún era noche. Caminamos hacia los aparcamientos y Marc abrió su coche con el mando a distancia. Yo observé el lujoso deportivo, un Audi RS5, mientras él abría la puerta del copiloto.

—Entra en el coche, Gina —me ordenó y yo observé detrás de mi espalda, buscando alguna vía de escape—. Si lo haces, no te perseguiré. Ya te he dicho que no te castigaré a ti, sino a tus seres queridos.

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo, refrenando la cólera que borboteaba en mi interior.

Entré, tomé asiento y esperé. Marc se deslizó detrás del volante, encendió el coche y se incorporó a la calzada. El silencio se apoderó del coche y ninguno de

los dos volvió a hablar. Me mordí la lengua y esperé a ver qué pasaba, hasta que me di cuenta adónde me llevaba.

—No... —musité con la voz rota—. No diré nada, te lo juro. No les hagas daño, por favor.

Marc siguió observando la carretera con el semblante serio, mientras nos acercábamos a mi casa.

La idea de perder a mi padre, el único familiar que tenía, me corroía el alma.

—Marc, por favor. Te daré lo que deseas: dinero, acciones, coches... ¡lo que quieras!

Él aparcó enfrente de mi casa y el corazón se me subió hasta la garganta.

—Hace menos de una hora, los policías escoltaron a tu familia hasta casa. No intentes hacer nada raro, Gina, porque siempre me entero de todo.

—No... —dije, casi sollozando. Esto era serio—. No diré nada. Te lo prometo.

Con la mano temblando, abrí la puerta y salí afuera con náuseas mientras me temblaban las piernas. Pero de repente, sentí el ruido de una puerta cerrarse, miré hacia mis espaldas y observé a Marc fuera del coche.

¿Qué estaba haciendo?

Yo abrí los ojos como platos cuando me tomó en brazos.

—Creo que te estoy malacostumbrando, princesita —dijo Marc, acercándose al portalón de mi casa.

—Hay un montón de vigilantes de seguridad en cada rincón de la vivienda. Si ellos te ven... —murmuré con la voz temblorosa.

—Si usamos pasamontañas es para que nadie nos reconozca, Gina. Calla y déjame hablar a mí.

Él apretó el botón del telefonillo y, momentáneamente, habló uno de los vigilantes de la casa por el altavoz:

—¿Diga?

—Buenas noches, mi nombre es Mathew Connor. Estaba cenando en el Hotel Empire, justo cuando sucedió el trágico suceso. Traigo a Regina Jones.

Yo lo observé boquiabierto por su facilidad para mentir.

¡Incluso yo me lo había creído!

Los tres rottweilers de la casa se acercaron al portalón, sin dejar de ladrar como locos. La cámara de vigilancia giró hacia la izquierda para enfocarnos.

Pum.

El motor del portalón empezó a funcionar y las puertas se abrieron. Los tres perros salieron afuera, haciendo que los músculos de Marc se tensaran.

—No te harán nada. Ladran mucho, pero no muerden.

—Entonces, son como la dueña —dijo, mientras los perros lo olisqueaban

sin dejar de mover la cola.

¡Maldita sea!

¿Acaso los animales no tenían un sexto sentido?

—¡Regina! —gritó mi padre, corriendo hacia nosotros.

—Papá... —murmuré con las lágrimas corriendo por mis mejillas.

Había intentado no derrumbarme delante de Marc, porque no quería demostrarle debilidad. No quería satisfacerlo ni darle el gusto de verme asustada.

Mi padre me abrazó con fuerza, sin dejar de besarme en la coronilla.

¡Él también estaba llorando!

—Pensé que te había perdido, cariño. ¡Pensé que nunca más te volvería a ver!

—Tranquilo, estoy bien —dije, acariciándole la mejilla y besándolo en la frente—. ¿Tú estás bien? ¿Te ha pasado algo? ¿Olivia e Isabella también están bien?

—Sí, todos estamos bien. Ellas están en casa intentando descansar.

Vale. Al parecer, a ellas dos les daba igual que yo estuviera desaparecida o muerta.

De repente, mi padre clavó la mirada en Marc y sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

—Señor Connor —dijo Ethan, acercándose a él.

Marc estiró la mano para estrechársela, pero mi padre lo abrazó con afecto.

—Le debo la vida, señor —murmuró mi padre con la voz entrecortada.

Yo observé a Marc, quien quedó estático sin saber qué hacer. Él frunció el ceño y, sin dejar de observarme, correspondió al abrazo de mi padre.

—Tranquilo. Cualquiera habría actuado como yo —explicó, y yo me mordí el labio inferior para callarme.

—No, señor. Nadie arriesgaría su vida para mantener a salvo a un desconocido. Déjeme compensárselo.

—Por favor, Ethan, puedes tutearme —comentó Marc con una sonrisa—. Y no quiero nada. Regina está a salvo, eso es lo importante.

Cuando me di cuenta, tenía los puños cerrados, los dientes apretados y la musculatura tensa.

¡Quería gritarle a mi padre que Mathew Connor era, en realidad, Marc, el jefe de una banda criminal! ¡Que él era el culpable de la explosión del Hotel Empire!

—Por favor, déjame invitarte a cenar mañana en mi casa —dijo mi padre.

—¡No! —chillé despavorida.

Los dos me observaron con confusión, pero la mirada de Marc hizo que sintiera un escalofrío en la columna vertebral.

—No creo que Mathew esté de ánimos para quedar mañana. Todos hemos vivido una experiencia demasiado intensa. Creo que lo mejor es que descansemos durante unos días —dije, mientras me abrazaba a mi padre.

—Sí, aún no me puedo creer que haya sucedido esto. Aquellos delincuentes con pasamontañas robaron dinero y joyas a ciertos huéspedes del hotel, como si los hubieran elegido a dedo. Fue una locura —La voz de mi padre sonó desgarradora—. Pero quiero que el señor Connor cene con nosotros, Regina. Él te ha salvado la vida.

¡No!

«Sí, sí que lo ha hecho», dijo mi voz interior.

Vale, teóricamente me había salvado la vida.

¡Pero él era el culpable de lo que pasó en el hotel!

—Sí, ojalá encuentren a esos cabrones y los encierren en la cárcel. Pero creo que va a ser complicado. Nadie ha visto sus caras y no hay ninguna pista sobre sus identidades —murmuró Marc, sin quitarme la mirada de encima. Yo tragué saliva con dificultad, captando sus indirectas en el aire—. Ethan, respecto a tu invitación, mañana vendré a cenar a tu casa con mucho gusto.

Yo me ahogué con mi propia saliva y empecé a toser. Mi padre me rodeó los hombros con el brazo y me observó con preocupación.

—¿Estás bien, cariño?

Yo asentí con las lágrimas en los ojos. Marc me observó con el ceño fruncido y con una mirada impenetrable. Los dos no dijimos nada. Nuestras miradas hablaban por sí solas y, a través de aquellos ojos color ámbar, pude verlo todo otra vez. Las balas volando por los aires. La explosión. La bala en el hombro de la anciana. La bomba. Y a Marc sacándome en brazos del hotel.

—Espero que descanses bien, Regina —habló Marc, consiguiendo despertarme de mi ensimismamiento. Sentí el vello erizarse y me enojé conmigo misma. No quería que su voz causara ese efecto en mi cuerpo.

¡Él era un jodido criminal!

Abrí los ojos como platos cuando dio unos pasos al frente, con la vista clavada en mí.

—Hasta mañana —murmuró él, al mismo tiempo que me limpiaba una lágrima de la mejilla con el dedo pulgar. En su rostro, por unos cortos segundos, se dibujó una mueca de tristeza cuando me vio llorando. Pero, tan pronto volví a parpadear, su semblante se puso serio como de costumbre—. Encantado de conocerte, Ethan —dijo, estrechándole la mano a mi padre—. Buenas noches.

—Buenas noches, Mathew. Estaré en deuda contigo toda mi vida. Gracias.

Marc me repasó con una fugaz mirada y, por fin, se dio media vuelta para largarse de allí.

Cuando el portalón se cerró, sentí un gran alivio. Aún no era consciente de la gravedad del asunto. Marc no parecía la clase de hombre capaz de matar a alguien, pero si George y aquellos hombres mostraban respeto a su jefe... ¡era por algo!

«Si abres esa boquita tan tentadora para contar lo que ha sucedido, haré que Ethan Jones, Isabella White y tu querida hermanastra vean las consecuencias. Antes de matarlos, los haré sufrir», recordé sus palabras mientras un escalofrío me recorría la espina dorsal.

—Cariño —murmuró mi padre, volviendo a rodearme con su brazo—. Vamos adentro. Necesitas descansar. Ya estás a salvo, Regina. Nadie te hará daño.

Un sollozo se escapó de mi boca.

«¡No! A mí no me sucederá nada, pero a ti sí», pensé.

—Ya está, mi vida. Vamos —comentó él, instándome a entrar dentro de casa. Sentí la calidez del hogar y el olor a comida, reconfortándome por unos instantes.

Sí, estaba a salvo...

—¡Ethan! —gritó la chirriante voz de Isabella, consiguiendo romper mi tranquilidad en menos de un minuto.

Cuando Isabella apareció en la entrada, su rostro palideció y su entrecejo se frunció.

—Estás viva... —murmuró con voz poco convincente—. Creí que estabas...

—¿Muerta? —pregunté, reflejando en mi voz la rabia que me estaba consumiendo por dentro—. No, Isabella. Estoy viva, y pienso seguir viva por muchos años más.

—Sí, gracias al cielo, Regina está bien. Mañana quiero que me cuentes todo, pero ahora quiero que cenes algo y te acuestes —dijo mi padre, ignorando la perplejidad de su novia al verme con vida.

—¿Qué sucede? —preguntó Olivia, apareciendo en escena.

De igual manera que su madre, su semblante se transformó velozmente, desbordante de confusión.

—Regina, estás viva —dijo ella, acercándose a mí como si no lo creyera.

Apreté los puños con fuerza, sabiendo que las dos estaban fingiendo. En el fondo de mi ser sabía que, si aquella noche me moría, a ellas dos les daría absolutamente igual. Ni Olivia, ni Isabella sentían el más mínimo afecto hacia mí.

Para ellas, yo era un estorbo.

¡Y eso era una realidad que mi padre no la estaba viendo!

De repente, Olivia carraspeó antes de hablar:

—¿Cómo has conseguido salir ilesa de allí? Te vi correr hacia la entrada de la puerta principal, minutos antes de que ésta explotara.

Yo la observé seria, sin apenas pestañear. No quería hablar con nadie, y mucho menos con ellas dos.

—Mathew Connor, un hombre que estaba de casualidad en el hotel, la salvó —habló por mí mi padre.

Olivia asintió con la cabeza, llevándose las manos al pecho como si de verdad estuviera preocupada.

Yo negué con la cabeza.

—Voy a intentar dormir algo —dije, antes de darle un beso a mi padre en la mejilla.

Subí las escaleras a toda prisa, mientras me secaba las lágrimas que empapaban mis mejillas. Entré en la habitación, me tiré encima de la cama y sollocé contra la almohada.

Estaba asustada. ¡Sentía impotencia por no poder hacer nada!

«Si abres esa boquita tan tentadora para contar lo que ha sucedido, haré que Ethan Jones, Isabella White y tu querida hermanastra uen las consecuencias».

¿Isabella y Olivia?

¡Ja!

Me daba igual si a ellas dos les hacían algo... ¡Mierda! No, no era cierto. Ellas no me agradaban. Les tenía rabia. A veces, incluso, quería desahogarme verbalmente con ellas. Pero nunca desearía que alguien les hiciese algo malo.

Me levanté de la cama, entré en el vestidor para coger ropa limpia, pero cuando me observé en el espejo de la pared, los latidos de mi corazón golpearon más fuerte en mi pecho.

Acaricié lentamente la manga de la americana negra, mientras pensaba en Marc. Aquella prenda llevaba su olor impregnado en la tela. Una mezcla de olores varoniles que activaron todos mis sentidos, consiguiendo erizarme la piel, otra vez.

Desde pequeña, siempre había tenido una fuerte atracción por el peligro. Me habían encerrado en una pequeña burbuja, con una vida tan perfecta, que lo único que quería era romperla y ver qué había más allá del entorno que me rodeaba.

Pero la idea de fijarme en un criminal, ser secuestrada e intentar matar a un hombre... se alejaba de todas mis expectativas.

¡Esto no estaba bien!

Una cosa era querer hacer puénting, kayak, nadar con tiburones o ir jugar al paintball. Y otra muy distinta era usar armas de verdad y entablar una relación con un criminal.

«Con un criminal condenadamente sexy», rectificó la voz de mi interior.

¡Uff!

Marc era como un dulce para un diabético. Tentador y delicioso, pero mortífero y dañino.

Cerré los ojos tratando de calmar mi adrenalina.

Sentir el peligro correr por mis venas me excitaba, ¡mucho! Pero la idea de poner en riesgo a mi padre no me agradaba tanto.

Haría todo lo que Marc me pidiera, y lo haría para mantener a mi padre a salvo.

3

REGINA

A la mañana siguiente, me levanté de la cama y abrí las cortinas. Ese día el cielo amenazaba tormenta, y eso no era un buen presagio.

Caminé hacia mi baño privado, entré y tomé una rápida ducha para despejarme. No había pegado ojo en toda la noche porque si lo hacía, las pesadillas se abalanzaban sobre mí como trenes a toda velocidad.

Las lágrimas se mezclaron con el agua y no me importó derrumbarme allí sola en la ducha. Yo prefería callarme y guardarme todo lo que llevaba dentro, aunque eso me supusiera dolor.

No me gustaba que la gente se compadeciera de mí. De pequeña fui una niña blanda y débil, pero había eliminado esa parte de mí misma hasta convertirme en una mujer fuerte y dura como una roca.

Salí de la ducha, entré en el vestidor y vestí unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca básica. Descalza, salí de la habitación y bajé las escaleras. Todos se encontraban en la cocina desayunando. Mi padre se levantó del asiento y me sonrió con dulzura. Por otra parte, Olivia y Isabella me observaron fijamente sin decir nada.

—Buenos días, cariño —habló mi padre, acercándose a mí para darme un beso en la frente—. No quise despertarte. ¿Has descansado algo?

Yo negué con la cabeza rehusándome a hablar, porque si lo hacía, terminaría llorando.

Lo observé a los ojos y se me instaló un nudo en el pecho que se deshizo un poco cuando él sonrió.

—Le he dicho a Giselle que prepare tu desayuno favorito. Tortitas con chocolate. —Mi padre me puso la mano en la espalda, guiándome hacia la mesa.

Observé el asiento libre al lado de Olivia y fruncí el ceño cuando ésta clavó su mirada en mí. Ella me observó sin mostrar ni alegría ni desilusión. Apática y sin interés.

Tomé asiento, haciendo caso omiso a todo cuanto me rodeaba, e intenté saciar mi hambre.

—Cada vez que pienso en lo que sucedió anoche, se me cierra el estómago —murmuró Isabella, dejando el tenedor en el plato—. Estoy muerta de miedo.

Yo mastiqué la tortita lentamente sin dejar de observarla.

—Estamos a salvo, cariño. Aquella gente no nos quería a nosotros, sino el dinero y las joyas de otros empresarios. No tienes de qué preocuparte. Ahora estamos bien —dijo mi padre, calmándola con su voz serena.

Yo bajé la vista a mi plato, sin dejar de revolver el chocolate con el tenedor y sin dejar de pensar en todo.

¿A qué se dedicaba exactamente Marc? ¿Era narcotraficante? ¿Asesino? ¿Ladrón? ¿O ambas cosas?

—Regina —habló Olivia, despertándome de mis pensamientos—. Me alegro de que estés bien, de verdad. No quería que nuestra última conversación fuese una discusión —dijo ella, posando su mano en mi brazo.

Intenté controlar mi sorpresa como pude, pero no fui capaz. Olivia, por veces, me desconcertaba hasta tal punto de hacerme enloquecer. Pero, en el fondo, quería creer que ella y su madre no me querían tan mal.

—He preguntado por Mathew Connor, pero el director del Hotel Empire dice que no lo conoce —habló mi padre y yo abrí los ojos como platos—. A ese hombre le debo la vida.

Yo tragué saliva con dificultad.

No quería que mi padre se pusiera a indagar información sobre Marc, porque eso sería muy peligroso. Si Marc descubriera que mi padre desconfiaba de él...

¡Dios Santo, no quería ni imaginármelo!

—Yo tampoco pude preguntarle mucho, ayer no era el momento para interrogarlo —hablé con rapidez, tratando de mantener la cuartada de Marc.

Todos clavaron sus miradas en mí, esperando a que siguiera hablando. Yo alcé los hombros en alto y los dejé caer pesadamente.

Mi padre asintió con la cabeza sin dejar de observarme. Esperé unos segundos, sintiendo la tensión en mi pecho.

—Bueno, trataré de informarme para mantener una conversación fluida con el señor Connor. No quiero que se sienta incómodo durante la cena —dijo él con una sonrisa débil.

Yo masajé las sienes, tratando de relajarme. Me dolía la cabeza y lo único que quería era acostarme, intentar dormir y prepararme mentalmente para la larga noche que me esperaba.

Prepararme para volver a ver esos ojos color ámbar que conseguían excitarme y, al mismo tiempo, asustarme. Una reacción que, sinceramente, nunca antes había experimentado con ningún otro hombre.

—¿Mathew Connor? —preguntó Olivia, casi en un murmullo, mientras mi padre e Isabella hablaban de otros temas. Yo giré la cabeza y la encaré—. No me lo digas. ¿El jefe de Bryan Donson y Liam Blake?

Se me paró la respiración y esperé para ver si podía hablar sin que me

temblara la voz. Si decía que sí, sería una buena cuartada porque Olivia los había conocido en el hotel, pero también la alarmaría ya que le había dejado claro que aquellos hombres eran unos narcotraficantes.

¡Mierda!

—Sí... —respondí con voz casi inaudible.

Ella enarcó una ceja, totalmente sorprendida. Marc estaba perdido. Su mentira no iba a durar ni veinticuatro horas.

¡Joder, iba a poner en peligro a mi padre!

—¿Ese bomboncito te ha salvado la vida? —volvió a preguntar ella, consiguiendo confundirme más de lo que ya estaba.

—Olivia, sabes que él y sus amigos son...

—Sí, pero calla la boca —murmuró con una sonrisa maliciosa, observando de soslayo a mi padre y a su madre, quienes seguían hablando de otros temas ajenos a nuestra conversación—. No querrás que ellos se enteren.

Yo parpadeé varias veces, con la boca abierta.

—¿Te da igual que un hombre como él venga a nuestra casa? ¿Eres consciente de la gravedad del asunto?

Olivia hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Regina, no seas tan ingenua. Si supieras cuánta gente se dedica al trabajo sucio, te sorprenderías. Si Mathew Connor se dedica a vender droga, créeme, no es tan grave en comparación con otras cosas que he escuchado de algún socio de la empresa.

Yo observé a mi padre con los ojos llenos de lágrimas, mientras él trataba de tranquilizar a Isabella.

Negué con la cabeza, me levanté de golpe y todos me observaron con los ceños fruncidos.

—L-lo s-siento —tartamudeé un poco—. Necesito intentar dormir. Espero que no os parezca mal.

—Tranquila, cariño. Te entiendo perfectamente. Intenta descansar —dijo mi padre, también levantándose del asiento.

—Gracias.

Giré sobre mis talones y subí a la segunda planta para encerrarme en mi habitación hasta que me llamaran para cenar.

Hasta que Marc viniera a mi casa...

Suspiré de un golpe y me tiré en la cama boca arriba, con los brazos en cruz. Observé el techo en silencio mientras sentía los párpados pesados como dos sacos de cemento fraguado. De repente, la imagen de Marc volvió a materializarse delante de mí, con sus ojos color miel verdosos observándome fijamente.

Cerré los ojos suavemente y me rendí al cansancio mientras la oscuridad me llevaba a un sueño junto a Marc... ¡junto al causante de todos mis problemas!

Aturdida, por el sueño del que acaba de despertar, gruñí y me estiré a lo largo de la cama, aún con los ojos cerrados. Había soñado con el tiroteo, la explosión en el Hotel Empire y, por supuesto, con Marc.

En otro momento, quizás en otra situación, tal vez me hubiera fijado en él.
¡Qué demonios!

Ya me había fijado en su boca, en sus ojos, en su escultural cuerpo... ¡en todo! Pero nunca estaría con un criminal, ni mucho menos con un hombre que había amenazado con hacerle daño a mi familia... ¡a mi propio padre!

Sonreí inconscientemente cuando sentí cómo una caricia recorría mi mejilla izquierda, al mismo tiempo que la cama se hundía bajo el peso de alguien. Abrí los ojos, parpadeando para enfocar la vista, y observé aquellos ojos color miel verdosos escrutándome con ojos depredadores.

¿Aún estaba soñando?

—Buenos días, princesita —murmuró Marc con voz ronca y a cuatro patas encima de mi cuerpo.

Yo fruncí el ceño por lo real que parecía aquel sueño. Alcé la mano con lentitud e inseguridad, y con las puntas de mis dedos toqué su mejilla.

Su boca descendió hacia mi rostro y, a milímetros de mis labios, susurró:

—Llevo más de media hora esperándote para cenar —dijo, haciendo que mis cinco sentidos se activaran.

Abrí los ojos como platos y abrí la boca para chillar, pero él me la tapó con la mano.

¡Marc tenía buenos reflejos!

Intenté zafarme de su agarre, pero él me sujetó las muñecas con la mano libre y las presionó contra el colchón, encima de mi cabeza.

Traté de respirar, sintiéndome totalmente expuesta ante él.

—No hagas ningún ruido o estaremos en problemas. Tu padre piensa que estoy en el servicio cuando, en realidad, estoy acechando a su preciosa hija mientras duerme. Me gusta contemplarte. Dormida parece un ángel caído del mismísimo cielo.

Fruncí el ceño e intenté hablar con los ojos.

Él sacó la mano de mi boca y cuando me sentí libre, solté todo de golpe, sin preámbulos:

—Eres un jodido acosador, narco, asesino, asqueroso, narcisista...

Marc me observó fijamente con la rabia reflejada en su cara, y supe que había puesto la pata. Él era un hombre peligroso, no podía hablarle de aquella

manera.

De repente, él me tapó la boca de nuevo, pero esta vez con sus labios. Sus labios acariciaron los míos como si necesitase de ellos y yo me quedé estática mientras notaba cómo él empezaba a impacientarse por mi reacción.

No podía hacerlo, ¡no podía besarlo!

¿O sí?

Se me escapó un gemido involuntario cuando él siguió besándome con una intensidad desenfrenada. Atrapada bajo el efecto del beso, le rodeé el cuello con los brazos, obligándolo a pegarse más contra mí. Estaba perdida. No tenía control sobre mí misma. Había estado con varios hombres, el último Marco, y ninguno había conseguido excitarme tanto con un simple beso.

—Te dije que eras una dócil gatita, princesa —susurró con voz casi inaudible en mi oído, mientras su delicado aliento golpeaba mi cuello y me erizaba la piel de la nuca.

Parpadeé varias veces, sintiendo los labios hinchados por el beso, y lo observé fijamente a los ojos. La sonrisa de su boca se elevó hacia un lado en un atisbo de sonrisa picarona, al mismo tiempo que se humedecía los labios para saborear el vestigio de nuestros besos.

—Estás muy equivocado... —murmuré con voz ahogada, jadeante—. Nunca te fíes de una mujer por muy asustada que parezca... —le dije, al mismo tiempo que doblaba la pierna y lo golpeaba allí abajo con la rodilla.

Marc se inclinó hacia adelante, llevándose las manos a su entrepierna e intentando ahogar un grito contra la almohada.

—Al final, la dócil gatita ha decidido jugar con tus pelotitas —dije, intentando mantener firme la voz, aunque mi excitación me lo impedía.

¡Ni siquiera me reconocía a mí misma!

Marc me observó, contrayendo el rostro con los dientes apretados. Yo tragué saliva con dificultad, cayendo en la cuenta de que la había cagado.

«Muy bien, Regina. Tú misma has cavado tu propia tumba», habló la voz de mi interior.

¡Mierda!

Marc se irguió. Metro noventa de fibrosos músculos que podrían hacerme mucho daño, si él lo quisiera. No hizo falta que él hablara, porque su expresión lo decía todo.

¡Su semblante no auguraba nada bueno!

Cuando dio un paso al frente, yo reaccioné y salí de mi habitación corriendo. Bajé las escaleras a la velocidad de un rayo, tropezándome y casi cayéndome, con el ruido de los pasos de Marc a mis espaldas.

Corrí por el pasillo sin dejar de mirar atrás y, entonces, lo vi pisándome los

talones.

Él, sin borrar su semblante serio, frunció el ceño e hizo un gesto para que me detuviera.

—¡Regina, para! —gritó, consiguiendo llamar la atención de todos.

Cuando volví la mirada al frente, me golpeé el cuerpo de lleno contra la pared y me caí de culo.

Marc corrió hacia mí, al mismo tiempo que los empleados de la cocina y mi padre salían del salón para observar qué demonios había sucedido en la entrada de la casa.

—Gina, ¿estás bien? —me preguntó Marc, fingiendo interés y preocupación por mi estado.

Mi reacción fue apartarle la mano de un golpe cuando me intentó ayudar, pero me contuve. No podía actuar así delante de papá, quien nos estaba observando con atención. Ya había hecho mal las cosas. Marc iba a castigarme o, peor aún, iba a hacerle daño a mi padre.

¡Debía fingir y portarme bien, o de lo contrario, la noche terminaría mal!

—Por Dios, Regina, ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien, cariño? —preguntó mi padre, acuclillándose para estar a mi altura.

—Y-yo... Y-yo...

¡Joder!

Parecía tonta.

¿Por qué no podía articular bien ni una sencilla palabra?

—La he asustado sin querer. Escuché un grito, salí del cuarto de baño y entré en su habitación. Creo que ha tenido una pesadilla —habló con parsimonia Marc, como si aquello hubiese sido real.

¡Maldito sea!

Mi padre, con el semblante triste, dejó de mirar a Marc para centrarse en mí.

—Regina, estás a salvo. No tienes de qué asustarte. No dejaré que nadie te haga daño —murmuró mi padre, al mismo tiempo que me ayudaba a levantarme del suelo.

Yo observé a Marc, pero él parecía impasible. Deslizó sus manos por los bolsillos de su pantalón y aproveché aquel movimiento para escrutarlo con intensidad. Aunque me costara reconocerlo, Marc no tenía nada que envidiar a los modelos de revista. Apostaría que aquel hombre se veía sexy con un mono de trabajo. Era imposible que una prenda de ropa le quedase mal.

«¿Y desnudo? ¿Cómo se verá desnudo?», habló la voz de mi interior consiguiendo sonrojarme como un semáforo en rojo.

Él enarcó una ceja cuando se dio cuenta de que lo estaba observando fijamente. Yo retiré la mirada a un lado.

Había visto suficiente, ¡y sí!, Marc estaba deslumbrante en su traje negro, como si fuera un hombre de negocios y no el jefe de una banda criminal.

—Ethan, ¿tu hija se ha despertado o tenemos que seguir esperando? —preguntó Isabella, al mismo tiempo que aparecía en la entrada—. ¡Ah, vaya! Ya estás despierta, menos mal.

—Tampoco lleváis tanto tiempo esperándome. Media hora —dije de brazos cruzados, y mi padre enarcó una ceja.

—¿Cómo sabes cuánto tiempo llevamos esperándote? —preguntó él con curiosidad y yo observé de soslayo cómo las comisuras de Marc esbozaban una sonrisa ladina.

El silencio se cernió sobre nosotros y yo, inconsciente de mis actos, me acaricié los labios sin dejar de recordar el beso.

—N-no lo sé... —dije con voz poco convincente, haciendo que Marc soltara una risa.

—Da igual, ya estamos todos reunidos —dijo Ethan, rodeando a Marc por los hombros e instándolo a entrar en el salón—. Olivia ya está sentada en la mesa. Mientras dormías, Mathew y yo hemos aprovechado para hacer las presentaciones y conocernos un poco más.

—Sí. Tenemos muchos gustos en común —comentó Marc, regalándole una sonrisa a mi padre.

Yo sentí un escalofrío cuando observé a Marc, el mismo hombre que había amenazado con matar a mi familia, abrazando y sonriendo a mi padre.

Por unos segundos sentí náuseas y la bilis elevarse por mi garganta.

Cuando llegamos al salón, mi mirada se escapó hacia mi hermanastra. Olivia llevaba puesto un vestido de lentejuelas violetas y se había hecho unos rizos estilo tirabuzón que caían por sus hombros desnudos.

Luego me observé a mí misma con cierta dosis de incredulidad. Un vaquero, una camiseta básica y, aun por encima, descalza.

—Hermana, ya estás despierta —dijo ella, acercándose hacia mí. Con aquellos tacones, Olivia me sacaba dos cabezas—. Papá, creo que debemos esperar a que Regina se cambie. A mí no me importa —comentó ella con un deje de sorna que yo entendí perfectamente.

¡La conocía!

Giré sobre mis talones y me dirigí a mi habitación para cambiarme de ropa, pero Marc me agarró por el brazo e impidió que me moviera de allí.

Nuestras miradas chocaron y sentí un estremecimiento raro mientras algo que no pude descifrar se encendía en sus ojos.

—A mí me parece que estás perfecta... —murmuró él, suavemente, consiguiendo que el vello de mi brazo se erizara visiblemente.

Olivia se acercó hacia nosotros y apoyó su mano encima del brazo de Marc, tratando de que éste me soltara.

—Bueno, pero deja que por lo menos se maquille algo. Tiene una cara horrible —confesó sin ningún tipo de reparo, pero mi padre clavó la mirada en ella con cara de pocos amigos—. Quiero decir, Regina no ha dormido nada. Tiene unas ojeras que le llegan al cuello.

Marc hizo un gesto con el brazo, consiguiendo que Olivia dejara de tocarlo.

Él la observó con su típico semblante serio y habló:

—Ella no necesita pintarse la cara —dijo, clavando la mirada en mí y haciendo que el nudo en mi estómago se apretara más de lo que ya estaba—. Además, los pintalabios son incómodos y manchan mucho.

Ahugué un gemido cuando me di cuenta de su indirecta.

Me mordí el labio inferior mientras él observaba mi boca con interés y ganas. Por unos instantes, cortos y rápidos, nos olvidamos de todo cuanto nos rodeaba.

—¿Perdona? —preguntó Olivia, mientras mi padre nos observaba con el ceño fruncido e Isabella negaba con la cabeza.

Marc carraspeó, se desabotonó la americana y comentó con parsimonia:

—No creo que sea cómodo comer ni beber con la boca pintada.

Olivia desvió la mirada de Marc para posarla en mí. Yo bajé la vista, intentando ocultar mis mejillas sonrojadas con el pelo.

—Eso mismo le digo yo a Isabella. Las mujeres son igual de bonitas con y sin maquillaje —habló mi padre, volviendo a agarrarle el hombro a Marc como si fueran buenos amigos desde toda la vida.

¡No, no y no!

—Señor Jones, la cena ya está lista —habló uno de los empleados, apareciendo bajo el marco de la puerta del salón.

—Perfecto. Tomaremos asiento ahora mismo, muchas gracias.

—Con su permiso —dijo él, retirándose nuevamente hacia la cocina.

Me acerqué a la mesa, sintiendo la mirada de Marc en mi nuca. Ethan e Isabella se sentaron juntos. Olivia escogió la esquina de la mesa, esperando a que Marc se sentara a su lado. Él tomó asiento y luego me observó con una mirada de advertencia.

Yo inspiré con fuerza, me acerqué a la mesa y me senté a su lado, a menos de veinte centímetros de separación.

De repente, solté todo el aire contenido en mis pulmones cuando apoyó su mano izquierda en mi rodilla.

—Si aprieto más de lo debido, podría hacerte mucho daño. El mismo daño que tú le has hecho a mis «pelotitas» —susurró lo suficientemente bajo para que solo yo lo escuchara, mientras apretaba con suavidad mi rodilla—. Pero no

puedo hacerlo, no soy capaz... —dijo, ahora acariciándome el muslo—. Si fueras otra persona cualquiera, Regina, ahora mismo no estarías respirando.

Grité horrorizada para mis adentros y me ahogué con mi propia saliva cuando intenté tragar. Mis manos temblaban tanto que me costó trabajo sostener la copa de agua y beber sin que el líquido me resbalara por el mentón.

—Cuéntanos, Mathew, ¿dijiste que tenías treinta y... —preguntó Olivia, con una sonrisa cautivadora.

—Treinta y cinco —contestó y yo lo observé fijamente.

¿Estaba mintiendo o realmente esa era su edad?

—Cuando yo tenía tu edad aún era un mero aprendiz en el mundo de los negocios —comentó mi padre mientras uno de los empleados de la casa nos servía la cena—. Pero tú has conseguido hacerte un pequeño hueco en este mundillo de los negocios.

Marc asintió con la cabeza sin borrar aquella sonrisa actuada.

—Sí. Eres un hombre guapo y educado. No entiendo cómo no tienes una mujer a tu lado —habló Olivia, cruzando los dedos bajo el mentón y escrutándolo con intensidad y ganas.

—Yo también opino lo mismo —comentó Isabella—. De hecho, ahora que os veo a ti y a mi hija juntos, debo de decir que hacéis una buena pareja.

Yo sentí un pinchazo en el corazón. Observé de soslayo a ellos dos, y era cierto.

¡Olivia y Marc encajaban perfectamente! Guapos, altos y esbeltos. La pareja perfecta.

Marc apoyó un brazo en el respaldo de mi silla, puso el otro sobre la mesa, se inclinó y me escrutó con una intensidad que casi me atraviesa el alma.

—¿Has escuchado, Regina? —me preguntó él con una sonrisa ladina—. Hacemos una buena pareja. ¿Qué opinas tú sobre ello?

Negué con la cabeza sin dejar de fruncir el ceño. Isabella no hablaba de mí, sino de Olivia. Y por supuesto, él era consciente de ello.

¿A qué demonios estaba jugando?

Desvié la mirada a mi padre cuando lo escuché reír. Tenía una sonrisa dibujada en su cara y su mirada irradiaba felicidad.

—Debo decir que no soy partidario de que mi hija tenga pareja —comentó Ethan y yo me llevé una mano a la frente, intentando ocultar mi bochorno—. Es mi niña pequeña, y siempre lo será —dijo, haciendo que Marc sonriera con dulzura—. Pero tú le salvaste la vida y creo que no hay mejor demostración de fidelidad y amor que esa. Ella necesita a un hombre de verdad que la proteja, y no a un niño inmaduro que no sabe ni lo que quiere en la vida.

Yo observé la mezcla de emociones que reflejaba su rostro, mientras él me

escrutaba con atención.

Me quedé en silencio. Sus palabras me habían emocionado.

—Entonces, ¿habría algún inconveniente si decidiera salir con tu hija, Ethan?
—le preguntó directamente Marc a mi padre.

Mis nervios se tensaron como la cuerda de una ballesta, y solté mi dardo cargado de rabia:

—Eso tiene que ser algo recíproco, Mathew —dije, haciendo hincapié en su nombre ficticio.

Él me observó, sin borrar aquella sonrisa que hacía revolucionar las malditas mariposas de mi estómago.

—Hace menos de una hora te veía muy convencida cuando nos bes...

—¡Giselle! —grité, interrumpiendo la frase de Marc, antes de que mi padre lo escuchara.

Giselle, una de las chefs más veteranas de nuestra casa, apareció al momento, mientras mi pecho subía y bajaba con rapidez.

—Señorita Jones —dijo ella, esperando a que hablara.

Yo la observé con la boca abierta, sin saber muy bien qué decir.

—Gracias por la comida. Todo está riquísimo.

Giselle enarcó una ceja, parpadeó un par de veces y sonrió forzosamente sin comprender mi reacción.

—Gracias, señorita Jones. Con su permiso —dijo, retirándose del salón para volver a la cocina.

Mi padre me observó con curiosidad, mientras Marc sonreía de oreja a oreja.

—Pues para mi gusto, la comida no tiene sal. ¡Esto es una mierda! —habló Olivia, captando la atención de todos.

Estaba rabiosa, y yo sabía el motivo. A Olivia le gustaba Marc, pero él no parecía mostrar ni un ápice de interés en hablar con ella. Olivia no podía entender cómo un hombre como él la estaba ignorando.

Y, sinceramente, yo tampoco lo entendía.

—Olivia, Giselle lleva trabajando aquí más de veinte años. Es una gran chef —habló en su defensa mi padre, quien no le agradó nada aquel comentario.

—¿Vamos a tardar mucho? Porque he quedado con un chico —dijo ella con tono acerado—. Pss. Está claro que Mathew y mi hermanita ya se conocían de antes. Seguramente ya os habréis acostado.

Mi padre apretó el tenedor con fuerza, controlando la cólera. Olivia se estaba comportando como una idiota, pero podía entenderla. Se había arreglado para llamar la atención de Marc, pero para él Olivia era invisible. Y ella no aceptaba que un hombre la ignorase.

—No, eso no es cierto —habló Marc, dejando el tenedor en el plato y

observando fijamente a Olivia—. No conocía a Regina de nada, pero cuando entré en el hotel y la vi, me sentí atraído por ella como por un imán. Y, sinceramente, no pude dejar de observarla durante toda la noche —dijo, girando la cabeza para clavar su mirada en mí.

Tragué saliva con dificultad e intenté buscar en su mirada algo, pero no encontré nada.

¡Sus ojos eran impenetrables!

Mi corazón empezó a golpear con más fuerza mi caja torácica.

—Por eso la salvaste —habló mi padre, pero Marc no retiró la mirada de mí. Siguió escrutándome con una expresión que no conocía en él—. Apareciste en el momento oportuno.

—Cuando explotó la primera bomba en el hotel, lo único que pensé fue en rescatar a Regina —dijo y yo abrí los ojos como platos. ¡Estaba mintiendo! —. La busqué desesperadamente. Algo en mi interior me obligó a encontrarla y a mantenerla a salvo. Y, entonces, la vi corriendo hacia la salida mientras aquellos cabrones disparaban contra ella. —Yo fruncí el ceño con fuerza. ¡Sí, aquellos cabrones eran tus amigos! —. La perseguí, pero ella estaba en un estado de shock y se desmayó en mis brazos. Entonces, observé cuidadosamente su rostro y supe que tenía en mis brazos a la mujer que quería a mi lado para el resto de mi vida.

Me tembló el mentón y tenía los ojos humedecidos. Isabella carraspeó con fuerza mientras mi padre sonreía, irradiando felicidad.

Yo intenté hablar, pero me tembló la voz cuando añadí:

—E-eso n-no... n-no es cierto... —murmuré con voz inaudible, pero Marc me escuchó perfectamente.

—Sí, sí que lo es... —susurró él suavemente—. Volvería a salvarte, una y otra vez, aunque eso supusiera mi muerte.

Sentí cómo una lágrima corría por mi mejilla hasta perderse en la comisura de mis labios.

¿Cómo podía fingir tan bien?

¡Dios!

Quería explotar y gritar a los cuatro vientos que él era el jefe de una de las bandas criminales más buscadas del país.

De repente, Olivia tiró la servilleta de mala manera sobre la mesa y se levantó con brusquedad de la silla.

—Con vuestro permiso, me largo de aquí. No quiero retrasarme con mi cita. Encantada de haberlo conocido, señor Connor —habló ella con un deje sarcástico, sin esperar a que mi padre o su madre le dieran permiso para largarse de allí.

El ruido de sus tacones resonó al alejarse por el pasillo.

Yo bajé la vista, rehusándome a volver a observar a Marc.

—Lo siento mucho. Mi hija está nerviosa por todo lo que ha sucedido. Espero que podamos quedar otro día, señor Connor. Yo tampoco estoy de ánimos para continuar con la cena —dijo Isabella, levantándose del asiento y apoyando su mano en el hombro de mi padre—. Creo que todos deberíamos intentar descansar —dijo ella, obligando a Ethan a terminar con la cena.

Yo apreté los puños, reteniendo las ganas de gritarle a Isabella que ella no era la dueña de esta casa, que mi padre podía hacer lo que le diera la gana y que si ella no estaba a gusto tenía la puerta abierta para largarse cuando quisiera.

—Cariño, por favor —murmuró ella melosamente en la oreja de Ethan.

Mi padre suspiró de un golpe, se levantó del asiento y habló:

—Lo siento mucho, Mathew. Creo que debimos esperar a que las cosas se calmaran un poco. Espero volver a verte muy pronto —dijo, estrechándole la mano a Marc.

Yo seguí con la vista clavada en mis manos cuando Marc se levantó del asiento.

—Yo también espero que nos volvamos a ver muy pronto —dijo él, alejándose de la mesa sin decirme nada—. Gracias por tu invitación, amigo.

¿Amigo?

Mordí el labio inferior con nervios. Él no podía ser el amigo de mi padre.

¡No!

Marc era el enemigo de esta familia. Robaba, vendía droga y mataba gente. No podía bajar la guardia con él, ni mucho menos fiarme de su palabra. Todo lo que escupía por su tentadora boca eran mentiras.

¡A él no le importaba! Simplemente estaba jugando conmigo.

—Regina —habló mi padre, pero estaba tan ensimismada en mis pensamientos que ni siquiera le presté atención.

Tenía que pensar cómo ir a la policía sin que Marc se diera cuenta. Luego, mi padre y yo nos marcharíamos a otro país, sin que nadie conociera nuestra ubicación. No podía ser tan difícil.

¡Marc no era un dios!

«Algo en mi interior me obligó a encontrarla y a mantenerla a salvo», recordé la frase. «Volvería a salvarte, una y otra vez, aunque eso supusiera mi muerte».

¡No!

—Regina, cariño —volvió a hablar mi padre, pero yo me levanté del asiento, harta de la situación. No podía seguir fingiendo como si Mathew Connor fuera real.

—Lo siento, no me encuentro bien... —murmuré, al mismo tiempo que salía corriendo del salón para encerrarme en mi habitación.

Si seguía allí, terminaría explotando. No sabía cuánto tiempo más podría continuar mordiéndome la lengua. Si hablaba, pondría en riesgo la vida de mi padre.

Cerré la puerta de un portazo y le eché el seguro, asegurándome de que Marc no volviera a entrar en mi habitación.

Me pasé las manos por el cabello, desesperada, aguantando las ganas de llorar. Tenía que aguantar, tenía que ser más fuerte que el miedo. De nada me serviría arrinconarme contra la esquina de mi habitación y llorar como una niña pequeña.

Tenía que pensar que Marc no nos haría daño, no por ahora... Después de golpearlo en las pelotas, literalmente, él pudo haber terminado con todo esto. Pudo haber llamado a sus compañeros para que vinieran hasta la casa de mi padre.

Pero no, él no hizo absolutamente nada.

Me recogí el pelo en un moño, me desvestí y entré en la ducha. Me relajé bajo el chorro, apoyé las manos en la pared e incliné la cabeza hacia delante para que el agua me recorriera por el cuello y eliminara la fatiga de mis músculos. Estuve un buen rato bajo la ducha tratando de relajarme, pero no fui capaz de dejar de pensar en las palabras de Marc.

«Estaba fingiendo. El que hablaba no era Marc, sino Mathew Connor», me recordó la voz de mi interior.

Cerré el agua, salí de la ducha y me envolví en una toalla. Caminé hacia el vestidor y puse las manos en la cintura sin dejar de suspirar. Abrí el cajón donde guardaba la ropa interior y cogí un culote negro. Me saqué la toalla que me envolvía y me froté el pelo con ella. Tiré la toalla hacia atrás, justo cuando me disponía a ponerme el culote negro, pero fruncí el ceño cuando me di cuenta de que la toalla no tocó el suelo. Alcé la mirada y observé la imagen de Marc reflejada en el espejo, justamente detrás de mí con la toalla en sus manos.

—Joder... —murmuró él con la vista clavada en mi cuerpo.

Yo abrí los ojos como platos y, con el corazón en la garganta, me subí el culote deprisa, me cubrí los pechos con los brazos y lo fulminé con la mirada.

—¿Q-qué... q-qué coño haces aquí? —pregunté con la voz temblorosa—. ¿Cómo has entrado?

—Por la ventana —dijo con parsimonia, como si aquello fuese lo más normal del mundo—. Tus vigilantes de seguridad no valen para nada. Solo me ha llevado cinco minutos saltar el muro y despistar las cámaras de seguridad. Además, a tus perros les caigo bien.

Yo negué con la cabeza sin dejar de observar a ambos lados de mi cuerpo. Di un paso hacia la derecha, estiré el brazo y atrapé una bata de casa. Marc no retiró ni un minuto su mirada de mí, atento a cada movimiento que hacía.

¡Me había visto desnuda! ¡Joder, qué vergüenza!

Marco Abante había conseguido que me acomplejara de mi cuerpo. Él decía que no estaba tonificada como Olivia. Que debería ir al gimnasio para sacar la celulitis y la flacidez de mi abdomen, y que las estrías de mis muslos eran antiestéticas.

Pero la mirada de Marc decía todo lo contrario de lo que Marco pensaba sobre mi cuerpo.

—¿Q-qué quieres? —volví a preguntar, cruzando los brazos a la altura del pecho y adoptando una postura defensiva.

Marc no dijo nada, simplemente siguió recorriéndome el cuerpo con la mirada y cuando sus ojos se posaron en los míos, me miró intensamente como un famélico lobo.

—A ti —respondió, al mismo tiempo que alargaba los brazos y me tomaba por los hombros.

Yo pegué un chillido cuando me aplastó contra el espejo. Incliné la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Marc era alto y fornido, algo evidente a simple vista.

Él se inclinó lentamente hacia delante y luego sentí su cálido aliento cerca de mi oído:

—Te has ido sin despedirte de mí —me regañó con voz cavernosa.

Yo me mordí el labio inferior cuando sus labios rozaron el hueco de mi cuello y sopló, provocándome un escalofrío que me conmovió de pies a cabeza.

—Dijiste que no hablara de ti a nadie y eso estoy haciendo, aunque me está costando mantener la boca cerrada. Tú y tus amiguitos deberías estar en la cárcel —le dije, tratando de apartarlo de mí, pero todo esfuerzo resultó inútil.

Marc era mucho más fuerte que yo.

—No, Gina.

Tenía su cara tan cerca que la punta de mi nariz tocó con la suya. Se inclinó y susurró encima de mis labios:

—Te daré lo que desees: dinero, acciones, coches... ¡lo que quieras!
—recordó la frase que yo misma le dije.

Abrí los ojos como platos, siendo consciente de mis propias palabras.

—Lo que quiera... —volvió a murmurar, rozando sus labios con los míos.

¡Oh, no!, no podía dejar que me volviera a besar. No podía perder el control de mí misma.

Alcé la rodilla, con la intención de golpearlo en su punto débil, pero él me

agarró la pierna y se apretó más contra mi cuerpo.

Inconscientemente, gemí cuando noté su enorme erección. Sí, un enorme bulto que en cualquier momento se abriría paso por la cremallera de sus pantalones.

—¿Esto no te parece recíproco? —preguntó, casi en un gruñido, mientras me acariciaba el muslo.

—¿Ahora mismo con quién estoy hablando? ¿Con Mathew Connor, el personaje ficticio? ¿O con Marc, el jefe de una banda criminal?

Él sonrió ladino:

—Todo el tiempo he sido yo, Marc Clayton —dijo, y yo abrí los ojos cuando él me dijo su apellido sin importarle que supiera más cosas sobre él—. Todo lo que he dicho es cierto, Gina. Estoy enojado conmigo mismo por perder la cabeza con una mujer. ¡No me reconozco ni a mí mismo!

Marc me agarró la cara con cierta brusquedad y me besó con voracidad salvaje. No hubo delicadeza ni vacilación en aquel beso, ¡pero me gustó!

Maldita sea, ¡me gustaban sus labios!

Intenté sin muchas ganas gritarle que se largara de allí y que yo no quería esto, pero no fui capaz.

—Pídeme que pare... —murmuró él con voz excitada. Observé sus labios entreabiertos, mientras nuestros alientos se mezclaban, y sentí cómo una fuerza sobrenatural me arrastraba hacia su boca para volver a besarlo—. Es el peligro lo que te excita, princesita. Y a pesar de que eres consciente de que yo no soy un buen hombre, me deseas. Y eso... eso es algo que uno no puede controlar.

Volvió a besarme con intensidad, mientras su lengua se abría paso entre mis labios. Cuando mi lengua tocó la suya, sentí una explosión de excitación en mi interior. Y sin poder contenerme, gemí dentro de su boca mientras él enterraba sus dedos en mi cabello.

La tensión sexual creció de manera exponencial cuando me alzó como si pesara menos de una pluma. Sin ser consciente de mis actos, rodeé sus caderas con mis piernas, provocando que Marc gruñera como un animal fuera de control. Me pegó la espalda contra el armario, provocando que varios bolsos cayeran al suelo, mientras el lento movimiento de su pelvis contra la mía hizo que gimiera en alto.

Marc, como acto reflejo, me cubrió la boca con la suya.

Yo lo observé con los ojos llenos de deseo y él alzó las comisuras de sus labios en una sonrisa traviesa.

—No quiero que tu padre nos descubra y saque su escopeta, ahora que hemos hecho buenas migas —murmuró con la voz jadeante—. Me cae bien...

—Si le haces daño, te mataré —dije, con la voz excitada, mientras lo

agarraba del pelo para que me observara a los ojos.

Hablaba en serio... ¡muy en serio!

Marc enarcó una ceja, sorprendido con mi contestación.

—Lo sé... —respondió, volviendo a besarme el hueco del cuello.

Intenté detenerlo, pero no pude. Simplemente, no pude.

De repente, él deshizo el nudo de mi bata e intentó abrirla. En un primer momento, me puse tensa, pero Mar me obligó a que alzara los brazos en alto y yo me agarré como pude al armario.

Cuando abrió la bata y me examinó lentamente con la mirada, sentí un nudo en el estómago.

—Creo que me gustas más desnuda, princesita —murmuró entre dientes, mientras mi pelo mojado goteaba por todo mi pecho desnudo.

Él, sin preámbulos, me lamió las gotas de agua que corrían por mi canalillo. Cerré los ojos con fuerza, apretando mi cadera contra él, mientras sus manos me acariciaban la espalda.

—No... —sollocé, tratando de frenarlo, pero cada vez que intentaba separarme de él algo en mi interior hacía que me pegara más a su cuerpo.

—¿De verdad quieres que pare, Gina? —me preguntó con la voz entrecortada.

Grité excitada cuando me atrapó un pezón con la boca. Yo lo agarré del pelo, mientras jadeaba como si hubiera estado corriendo. Cuando dejó de succionar el pezón, me besó el abdomen y los dedos de su otra mano libre jugaron con la goma elástica de mi culote. Abrí los ojos como platos cuando uno de sus dedos rozó mi vello púbico.

—Joder, Regina, no aguanto más. Voy a hacerte mía, aquí, en el suelo —gruñó, tumbándome en la alfombra de pelo blanco.

Yo me apoyé en los antebrazos, mientras él se desabotonaba la camisa con violencia, provocando que varios botones volaran en diferentes direcciones. Se inclinó encima de mí, con mucho cuidado de no aplastarme con su cuerpo. Y cuando su pecho se pegó al mío, sentí el frenético pulso de su corazón.

Sin retirar la mirada de mis ojos, Marc deslizó su mano debajo de mi ombligo. Yo me tensé y él me besó en la boca con ternura.

—Quiero todo de ti, Gina —murmuró contra mi boca, entre beso y beso—. Todo...

—¡Ah!

Grité a todo pulmón cuando su dedo pulgar acarició en círculos mi piel más sensible. Marc intentó callarme con su boca, pero no fue capaz.

¡Estaba fuera de sí!

Pum, pum.

—Regina, ¿estás bien? —preguntó Ethan, al otro lado de la puerta de mi habitación.

Escuchar la voz mi padre fue como si me echaran un jarro de agua fría.

Observé a Marc, creyendo que estaría asustado, pero sus ojos tenían una expresión juguetona.

—Dile que se vaya... —me ordenó, al mismo tiempo que trazaba una hilera de besos por mi abdomen.

Yo negué con la cabeza. El efecto se me había pasado. Volvía a ser yo.

Lo empujé con todas mis fuerzas, me levanté con rapidez y cerré la bata.

Marc me observó desde el suelo y tuve que hacer un acopio de valor para no volver a caer en la tentación.

—Lárgate de aquí, Marc. Te prometo que no contaré nada, pero por favor, vete —le ordené con las lágrimas en los ojos, esperando a que él me hiciera caso.

Me sentía mal conmigo misma. Acaba de liarme con un criminal... ¡con el hombre que me tenía amenazada, joder!

¿En qué estaba pensando?

Marc enarcó una ceja, se incorporó del suelo y me intimidó con su metro noventa.

—¿De verdad quieres que me vaya? —me preguntó, inclinándose hacia delante para ponerse a la altura de mis ojos.

Yo no contesté. Si lo hacía, mi voz sonaría poco convincente. Asentí con la cabeza, mientras mi padre seguía golpeando la puerta.

Marc me agarró del mentón y me levantó la cara para escrutar mis ojos.

—Que te quede claro una cosa, princesita —dijo, adoptando de pronto un semblante serio que, sinceramente, me asustó—. Que me gustes, no significa que puedas manejarme a tu antojo —murmuró con tono acerado—. Nunca te olvides de quién soy y a lo que me dedico, Gina.

Yo tragué saliva con dificultad e intenté asimilar lo que estaba escuchando.

—Como te he dicho, haré lo que sea para mantener a mi padre a salvo —dije, sin poder ocultar la rabia en mi voz—. Si quieres besarme, nos besaremos. Si quieres follar, follaremos. Pero si llegas a romper tu promesa, haré lo que sea para matarte y...

Marc frunció el ceño con fuerza y colocó su dedo índice encima de mis labios para hacerme callar. Las lágrimas nublaron mi visión y él, con su dedo pulgar, limpió suavemente una lágrima de mi mejilla.

¡Me sentía usada, como si fuera un trapo sucio!

Pum, pum.

—¡Regina! —gritó mi padre con preocupación.

Marc salió del vestidor y abrió la ventana para salir al balcón.

—¡Papá, dame dos minutos! —le dije, al mismo tiempo que observaba cómo Marc se apoyaba en la barandilla.

—Mañana. A las diez de la noche. Estate lista —me ordenó y yo negué con la cabeza.

—No puedo salir sin el permiso de mi padre —le confesé, saliendo al balcón.

—Por eso no te preocupes. Yo siempre salgo ganando, princesita. La vida es como un juego de ajedrez —murmuró con la sonrisa ladina—. Simplemente hay que saber mover las piezas.

Él me dio un beso fugaz, pero intenso, y saltó del balcón. Yo ahogué un grito y me apoyé en la barandilla para observarlo.

Marc cayó en cuclillas y se puso en pie, como si saltar tres metros de altura fuese una tarea sencilla.

Cuando lo perdí de vista entre los arbustos del jardín, cerré la ventana y me llevé la mano al pecho. Mi corazón latía desafortadamente.

¿Qué demonios había hecho?

¡Lo había besado por gusto, y no porque él me lo ordenase!

No podía entender por qué con él me olvidaba del mundo. Algo dentro de mí se encendía, haciendo caso omiso al peligro.

¡Por Dios, Marc era un puñetero asesino!

Con rabia, me limpié la boca con la manga de la bata y apreté con más fuerza el nudo del cinturón.

«No intentes engañarte a ti misma, Regina. Marc te gusta», habló la voz de mi interior.

Me mordí el labio inferior, recordando sus caricias y la manera en que me miraba, como si yo fuese algo realmente valioso. Él me había defendido de las pullitas de Olivia y había evitado que ésta continuara humillándome.

«Todo lo que he dicho es cierto, Regina. Estoy enojado conmigo mismo por perder la cabeza con una mujer».

Pum, Pum.

Sacudí la cabeza para sacarme la voz de Marc de mi cabeza y corrí hacia la puerta para abrirla. Cuando observé la preocupación reflejada en la cara de mi padre, sentí cómo mi mundo se derrumbaba de golpe.

Cada vez que pensaba en la idea de acostarme con el hombre que podría hacerle daño a mi padre, se me revolvía el estómago.

¡Uff!, resultaba desconcertante el efecto que él tenía sobre mí porque, en ningún momento, Marc me obligó a hacer nada y eso era lo que más rabia me producía.

Todo... todo cuanto sucedió dentro del vestidor fue por voluntad propia.

¡Lo hice porque quise!

Y como bien había dicho él: eso es algo que uno no puede controlar.

4

MARC

La música de la discoteca resonaba en todas las paredes. Golpeé con los dedos el escritorio mientras pensaba en lo que había sucedido. No sabía qué era lo que me estaba pasando, pero me estaba convirtiendo en algo que no me estaba gustando nada.

Yo no era así. Era un hombre frío, sin sentimientos, que solo pensaba en el trabajo sin importarme que para ganarlo hiciera algo fuera de la ley.

Robaba, amenazaba y, si me tocaban mucho los huevos, mataba.

«¿Cómo te los ha tocado Gina?», habló con un deje burlón la voz de mi interior.

Yo apreté los puños con fuerza.

Aquella chica me estaba volviendo loco. Me maldije a mí mismo y maldije el maldito día en que la conocí.

¡Joder!, con tantas mujeres que había para escoger en el mundo, tuve que fijarme en ella.

La noche del Hotel Empire iba a ser triunfal, pero las cosas se complicaron. Nunca pensé que una mujer pudiese revolucionar mis cinco sentidos. El plan era claro: asaltar a los empresarios corruptos y secuestrar a Regina Jones.

Era el jefe de una banda criminal, sí, pero era el jefe de una banda que se dedicaba a hacer justicia.

Lo que hacíamos era muy simple: robar al ladrón y matar al asesino.

Aquella noche estaba concentrado en cumplir con el trabajo. En entrar en el Hotel Empire y asaltar a las personas que habíamos escogido. Pero cuando mis ojos se clavaron en Regina, el tiempo en aquel instante se detuvo para mí. Y cuando descubrí que ella era el objetivo de Ronald, algo que nunca antes había sentido en mi interior se encendió.

¡Tenía que protegerla! ¡Tenía que mantenerla a salvo!

Pero, ¿por qué?

Cerré los ojos y apreté el borde del escrito cuando recordé el tiroteo. Las cosas no debieron terminar así. Nadie debió salir herido del hotel, pero el idiota de George no sabía controlarse.

¡Uff!, lo único en lo que pensé aquella noche fue en buscar a Regina y sacarla de allí, antes de que Ronald la encontrara.

¡Antes de que él la matara!

Resoplé como un caballo y, sin más, me dejé caer al respaldo de la silla.

«Princesita», pensé en aquel apodo y era cierto. La primera vez que vi a Regina en el hotel parecía una princesa sacada de un cuento de hadas. Hermosa, delicada y con un toque refinado.

¡Pero estaba engañado!

Ella era una princesa guerrera que, a pesar de que el miedo la corroía por dentro, no perdía su dignidad. Ella era esa clase de persona que prefería morir, antes que suplicar.

—Marc —habló William cuando abrió la puerta y entró en mi despacho.

—¿Qué sucede? —pregunté, levantándome del asiento.

William cerró la puerta y se acercó al centro del habitáculo. Frunció el ceño, con aquella mirada acerada que siempre auguraba preocupaciones.

—Los chicos están alterados —dijo, al mismo tiempo que deslizaba su mano hasta el bolsillo de su chaqueta—. George les ha contado lo que ha pasado en el sótano y lo que has hecho con la chica.

William sacó una cajetilla de tabaco y la lanzó encima de la mesa. Inspiré aire fuertemente hinchando el pecho al máximo y lo expulsé de un golpe.

—Ese cabrón nunca me ha caído bien —respondí con tono afilado sin dejar de negar con la cabeza—. ¿Te fijaste en cómo empezó a disparar a diestro y siniestro anoche en el hotel? Mi orden fue clara: no matar a nadie. George es un gilipollas.

Saqué un pitillo de la cajetilla, me lo puse en la boca y lo encendí con un mechero. Di una calada, inhalando profundamente para llenar mis pulmones de humo.

Dios. Mi cerebro me lo agradeció.

—Lo sé, pero los chicos tienen razón con respecto a Regina —dijo con sinceridad, consiguiendo que me tensara—. Si ella habla, iremos a la cárcel. Tú el primero.

Me pasé la mano por el cabello, desesperado, y volví darle otra calada al cigarrillo.

—Ella no va a hablar —dije, un poco sorprendido de mostrarme tan contundente.

No la conocía, pero algo en mi interior me decía que podía confiar en ella.

—Marc —volvió a regañarme William mientras se masajeaba las sienes—. Nunca hemos corrido riesgos. Tú siempre has sido el primero en tomar decisiones duras para mantenernos a salvo —dijo, y yo asentí con la cabeza.

—No soy un asesino —respondí con voz tajante.

—Hemos matado a gente, a mucha gente.

—¡Gente que no merecía vivir! —grité, al mismo tiempo que golpeaba la mesa con el puño.

William me observó con el ceño fruncido. Estaba nervioso. No quería seguir hablando de Regina, joder.

—¿Te gusta la chica? —me preguntó él, yendo directo al grano.

William y Ronald fueron los primeros miembros de la banda, desde el inicio. Ellos eran como mis hermanos y eran los únicos que tenían aquel privilegio de hablarme con esa confianza.

—Sí... —respondí un poco más relajado—. ¿Qué mujer no me gusta a mí? Todas me gustan.

—Claro —murmuró él con voz poco convincente—. Está claro que eres el jefe, Marc, pero intenta calmar a los chicos o las cosas se pondrán feas en la banda.

—A quien debo de bajarle los humos, en primer lugar, es a George —dije, aando el cigarrillo en el cenicero y expulsando una bocanada de humo—. Ahora mismo lo voy a buscar o, mejor dicho, dile que venga aquí —le ordené a mi amigo mientras me sentaba en la silla y abría el cajón del escritorio para sacar una pistola.

—Entonces, tendré que traerte también a Ronald.

Yo clavé la mirada en William mientras las paredes vibraban al son de la música.

—¿Sabes que Ronald va a matar a la chica, no? —me preguntó y yo me incorporé como un resorte.

—No, él no va a matar a nadie, William. La noche del hotel se lo dejé bien claro. ¡Regina es mía, y todo lo que tiene relación conmigo se respeta! —exclamé, perdiendo los nervios.

¡Uff!, si ahora mismo George entrara por esa puerta, no dudaría ni una milésima de segundo en dispararle.

—Pues habla con Ronald, porque yo no lo vi muy convencido. De hecho, no está aquí y, si te soy sincero, creo que de estas horas la chica y su familia ya no están respirando.

Rodeé la mesa corriendo y empujé a William con brusquedad para apartarlo de mi camino. Subí las escaleras y entré en la discoteca mientras la gente abría pasillo para dejarme pasar.

Cuando salí afuera, introduje la mano en mi bolsillo y agarré mi teléfono móvil para llamar a Ronald, pero no me contestó.

Sentí una extraña punzada en el pecho. Miedo. Por primera vez, en tantos años, sentí miedo. Miedo de perder a Regina, la única mujer que me hacía palpitar el corazón a toda prisa con una simple mirada.

Caminé a zancadas grandes hacia los aparcamientos y, antes de subirme al auto, los faros de otro coche me deslumbraron cuando aparcó a mi lado. Era el deportivo de Ronald.

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo, le abrí la puerta y lo agarré por las solapas de la chaqueta. Lo empujé contra el coche con brusquedad y lo apunté con la pistola.

—Por tu bien, espero que la chica esté intacta —lo amenacé, apoyando el cañón de la pistola contra su frente mientras escrutaba la horrorosa cicatriz de su ojo derecho.

Ronald parecía impasible. Más bien, parecía sorprendido. Nunca lo había amenazado, pero ahora mismo no podía razonar. Estaba fuera de control.

Él sonrió con fingimiento y deslizó sus manos en los bolsillos de su pantalón con aire adusto.

—He ido a dar una vuelta por la ciudad, nada más —respondió él con mucha parsimonia, haciendo que me relajara un poco—. Oye, ¿los rottweilers no suelen ser agresivos? —me preguntó, desviando el tema. Mi confusión se hizo visible en mi rostro—. Es que acabo de conocer a tres que actúan como cachorros recién nacidos.

Sin más rodeos, lo golpeé con la culata, justo en la mandíbula. Su cuerpo se tambaleó hacia atrás y se llevó las manos a la boca.

Nos observamos durante unos largos segundos que parecieron eternos. Su mirada expresaba incredulidad y la mía odio.

—Si vuelves acercarte a ella o a su entorno... —dije, accionando el martillo de la pistola que chasqueó con sonoridad—. Te mataré.

Los músculos de sus mandíbulas se marcaron tensos y, sin decir nada, se largó hacia el interior de la discoteca.

Ronald era un hombre de muy pocas palabras, pero su mirada lo decía todo y sabía que él estaba enojado conmigo. Tan enojado que también sería capaz de amenazarme, pero no de matarme. Su lealtad no se lo permitiría.

Alcé la mirada cuando una gota de agua cayó en mi mejilla. Me la sequé con el dorso de la mano y, de repente, las gotas se volvieron cada vez más gruesas. Me quedé quieto bajo la lluvia, sin saber qué hacer.

Si volvía allí dentro, las cosas iban a ponerse feas. No estaba lo suficientemente relajado como para conversar con Ronald, ni mucho menos con George. Apreté la culata de la pistola, refrenando el deseo de cometer una locura.

¡Tenía que largarme de allí cuanto antes!

Entré en el auto, cerré la puerta de un golpe y salí derrapando del aparcamiento. Aceleré el coche al máximo, sorteando con pericia el tráfico de la

ciudad, hasta llegar a la mansión de la familia Jones.

Aparqué enfrente de la vivienda y, sin bajarme del coche, observé la tranquilidad que reinaba en el ambiente. Sentí cómo se me iban relajando los hombros, y suspiré un poco más tranquilo cuando escuché a los tres rottweilers ladrar mientras las cámaras de vigilancia no dejaban de moverse, de un lado a otro.

Arranqué el motor de nuevo y me dirigí hacia mi apartamento. Entré en el garaje privado y observé las tres plazas libres: la mía, la de William y la de Ronald.

Sí, los tres vivíamos en el mismo edificio por nuestra seguridad. Sabía que ni Ronald ni Will me traicionarían, porque si lo hacían, ellos también se expondrían al peligro.

Aparqué, salí del coche, entré en el ascensor y tecleé un código para ir al último piso. Me apoyé al pasamanos de metal, de brazos cruzados, sin dejar de pensar en lo que había hecho y, peor aún, en lo que estuve a punto de hacer.

Ahora mismo, lo único que quería era irme a dormir para dejar la mente en blanco y, con un poco de suerte, no soñar con nada relacionado con mi trabajo.

Cuando las puertas se abrieron, salí al pasillo y caminé hacia la única puerta que había en la tercera planta. Cada puerta del edificio tenía una ranura y solo se podían abrir a través de una tarjeta electromagnética y un código.

Así que, eso hice: pasé la tarjeta y tecleé el número. La puerta se abrió y yo entré, al mismo tiempo que me sacaba la americana y la lanzaba al suelo. La puerta se cerró detrás de mí mientras las luces del pasillo se encendían automáticamente a cada paso.

El apartamento era moderno, decorado con un gusto exquisito y muy lujoso que yo mismo elegí. Cuando llegué al salón, me desabotoné la camisa y me di cuenta de que le faltaban varios botones. Sonreí ladino sin dejar de negar con la cabeza cuando recordé lo que pasó en el vestidor de Regina.

Sin dejar de sonreír, encendí la tele y lo primero que apareció fue la noticia del Hotel Empire. Gruñí con rabia, volví a aar el televisor con el mando a distancia y caminé hacia el minibar para servirme un vaso de whisky.

Me senté en el taburete, pegué un sonoro sorbo a la bebida mientras el alcohol me quemaba la garganta, y me dejé caer sobre el mostrador con la cabeza entre mis manos. Se hizo un silencio sepulcral, algo realmente común cada vez que venía a casa. Nunca estaba de ánimos, a pesar de que el trabajo iba viento en popa.

Habíamos conseguido robar mucho dinero en el Hotel Empire.

¡Dinero de las personas más corruptas del país!

Ronald y los demás habían repartido las ganancias por los barrios pobres

donde todos los miembros del grupo nos criamos. Los mismos barrios abandonados por la maldita sociedad que rehusaban de todos nosotros y nos tenían como un cero a la izquierda.

Apreté el vaso con fuerza cuando recordé la dura infancia que viví. Mucha gente, indistintamente de la clase económica, solía visitar los barrios pobres para comprarnos como si fuéramos objetos. Nos ofrecían los peores trabajos para arnos una miseria o tratarnos como sus bufones privados. Por no mencionar lo que les hacían a las mujeres que, desesperadas por ganar dinero y mantener a sus hijos, se dejaban humillar por un par de dólares.

«Mi pequeño y dulce Robin Hood. Sé que harás cosas buenas en esta vida. Siempre estaré orgullosa de ti, cariño», recordé la frase de mi madre, minutos antes de morir.

Arrojé el vaso contra la pared y observé cómo se hacía añicos. No era una buena persona y, probablemente, mi madre no estaría orgullosa de mí. Pero no iba a cambiar. No iba a detenerme hasta arruinarle la vida a todos los que nos hicieron daño en el pasado y, por desgracia, seguían haciéndoselo al resto del mundo.

«Arruinarle la vida a Ethan Jones», recordé la frase de Ronald.

¡Joder!

Podía entender la sed de venganza de Ronald porque yo, en su situación, también actuaría así. Pero Ethan no era el culpable de lo que le sucedió a la hermana mayor de Ronald, ¡y Regina tampoco!

Cerré los ojos recordando cada momento de la cena. Inconscientemente, me llevé los dedos a los labios para acariciarlos. Regina tenía unos labios besables que encajaban perfectamente con los míos. ¡Uff! No había palabras para describir lo que aquella mujer me hacía sentir.

Fruncí el ceño y gruñí, casi perdiendo la paciencia, cuando sentí la erección crecer dentro de mis pantalones ante la idea de hacerla mía.

Joder, nunca me había excitado tanto con un beso, y mucho menos con un pensamiento.

«Regina», pensé para mis adentros.

Suspiré, desordenando mi pelo con nervios, y caminé hacia el cuarto de baño. Necesitaba sentir el agua fría para calmar el deseo que sentía por aquella mujer, o terminaría volviendo a su casa para terminar con lo que había empezado.

¡Con lo que habíamos empezado!

Porque Regina, aunque intentase ocultarlo, ella también se sentía atraída por mí.

«Si quieres besarme, nos besaremos. Si quieres follar, follaremos», recordé la

frase de ella mientras el agua corría por mi cuerpo.

No, no quería follarla. Lo que sentía por Regina era algo mucho más fuerte que simplemente echarle un polvo.

Su cercanía, su sonrisa, su mirada... Todo en ella me provocaba cosas que no entendía y que nunca antes había experimentado.

¡Dios!

Quería hacerla mía...

5

REGINA

Me observé por enésima vez en el espejo del vestidor.

¡No, definitivamente, no!

Me saqué el vestido por la cabeza y volví a buscar algo más apropiado para que me cubriera cada rincón de mi piel y así evitar que Marc me tocara.

¡Evitar perder la cabeza con él!

Cuando abrí el cajón del armario para buscar por unos pantalones, me di cuenta de que las manos me temblaban de forma incontrolable. Estaba tan nerviosa que no sabía cómo actuar.

Cerré los ojos, inspiré profundamente y traté de relajarme.

Me vestí con un pantalón, un jersey de cuello vuelto blanco y unas botas negras sin tacón. Sí, tenía que llevar algo cómodo por si la situación se ponía fea y debía salir corriendo.

Me peiné el pelo con los dedos y me lo recogí en una coleta.

Exhalé con fuerza el aire contenido en mis pulmones y, todavía temblando con los nervios, observé mi reflejo en el espejo sin prestarle demasiada atención. De repente, mis mejillas se encendieron como dos hogueras cuando recordé lo que pasó aquí, en el mismo suelo que estaba pisando.

—¿Adónde demonios vas? —me preguntó Olivia de malas maneras cuando entró en la habitación sin mi permiso.

Sobresaltada, giré sobre mis talones y la fulminé con la mirada.

—¿No sabes llamar a la puerta antes de entrar?

Ella, con su típico aire de superioridad, se cruzó de brazos y me observó con recelo.

—Supongo que tendrás una cita con Mathew Connor —dijo ella con una sonrisa maliciosa—. Qué pena que Ethan no te deje salir, ¿verdad?

«¡Ojalá!», pensé para mí misma.

No iba a tener una cita con un hombre supuestamente enamorado de mí, sino con el jefe de una banda criminal que me tenía amenazada.

—Lárgate de mi habitación, Olivia. No estoy de buen humor —le espeté con brusquedad mientras guardaba en mi bolso el teléfono móvil y la cartera.

Ya estaba suficientemente nerviosa como para que ella se convirtiera en otro elemento de presión.

—No entiendo cómo es posible que Mathew se haya fijado en ti —dijo con una mueca de desagrado—. ¿Vas a ir así vestida? Bueno, por lo menos te has maquillado algo.

Puse los ojos en blanco y suspiré con fastidio.

—¿Qué tiene de malo? Estoy abrigada. Afuera hace mucho frío y está lloviendo a cántaros.

—Lo que tú digas —murmuró ella por lo bajo sin moverse de allí.

Yo la observé con las manos apoyadas a ambos lados de mi cintura.

—Si no tienes nada más que decirme, puedes largarte.

—Vale, tranquila —dijo ella con el cuello estirado como una jirafa—. Entonces no te importará saber que tu principito te está esperando en el salón.

—¿¡Qué?! —chillé horrorizada y el corazón se me paralizó al momento—. ¿Cómo ha entrado?

—Por la puerta —contestó ella con sorna.

—Pero... —me resultó difícil hablar sin balbucear—. ¿Papá está con él?

—¡Pues claro! —exclamó ella como si aquello fuera algo evidente.

¡Dios Santo!

Me colgué el bolso en el hombro y salí de allí corriendo. Dejé a Olivia detrás, mientras bajaba las escaleras de dos en dos. Y, al parecer, la suerte esa noche no estaba de mi parte porque me tropecé en el último escalón y caí al suelo de rodillas.

—Au... —me quejé de dolor sin dejar de frotar mis rodillas.

—Gina.

No tuve la necesidad de alzar la vista. Conocía aquella voz que me producía cosquillas en el estómago y aceleraba mi corazón de una manera vertiginosa.

Me levanté con un movimiento rápido y me encaré con él. Toda la valentía que sentía en esos momentos desapareció de golpe cuando observé aquellos ojos que me hipnotizaban.

—Nunca he conocido a nadie tan patosa como tú —murmuró él en un tono ronco y el vello de todo mi cuerpo se erizó.

—Cariño —habló mi padre, apareciendo en escena—. ¿Estás bien? Regina, tienes que mirar bien por donde pisas.

Yo me mordí el interior de la mejilla, reprimiendo el deseo de gritar.

¿Cómo iba a caminar tranquila si sabía que tenía en casa al «lobo feroz»?

—No me has contado que Mathew te ha invitado a ir al cine —dijo Ethan, de brazos cruzados y con una sospechosa sonrisa.

¡Oh, no! ¿Por qué mi padre estaba sonriendo?

A él no le agradaban los hombres que intentaban flirtear conmigo.

¿Por qué no sacaba su escopeta y echaba a Marc de casa?

—No... —respondí con una voz demasiado aguda. Carraspeé y volví a hablar—. No pasa nada si no me dejas salir, papá. Lo entiendo. Además, apenas conozco a Mathew como para salir con él tan pronto —dije, sonriendo fingidamente.

Marc me observó descaradamente. No me atreví a mirarlo a los ojos porque sabía que estaba enojado con mi contestación. Si pensaba que iba a salir con él a solas, tan fácilmente, lo llevaba claro.

Mi padre soltó una estridente carcajada que hizo sobresaltarme.

—Regina, no me gusta que salgas con niños inmaduros —dijo él, sacándose las gafas de lectura y dejándolas colgadas sobre su pecho—. Pero sí que me gusta que te relaciones con hombres de verdad como Mathew Connor. Sé que estarás segura con él, y eso me tranquiliza.

Un nudo en la garganta me impidió hablar mientras el sudor frío corría por mi espina dorsal.

—La traeré sana y salva —le dijo Marc a mi padre, rodeándome los hombros con el brazo y atrayéndome hacia su cuerpo—. Soy un hombre de palabra, señor Jones.

—Gracias, Mathew. Pasadlo bien, por favor.

Mi padre nos abrió la puerta sin borrar la sonrisa de la boca mientras esperaba a que saliéramos de casa. Marc tuvo que empujarme sutilmente en la espalda para que empezara a caminar.

Cuando salimos afuera, volví la mirada hacia la puerta antes de que ésta se cerrara.

¡Mierda!

Le estaba dando la espalda a Marc, esperando a que su mano llegara. Apreté los ojos con fuerza cuando me dio una palmadita en la espalda. Yo, con cierta inseguridad, giré sobre mis talones y lo observé directamente a los ojos.

¡Maldita sea! ¿Por qué tenía que ser tan perfecto?

Marc traía unos vaqueros oscuros que le quedaban sensacionales, una camiseta negra y una cazadora del mismo color.

Aquel atuendo de chico malo le pegaba a la perfección.

—Vamos, va a empezar a llover —me ordenó, haciendo un gesto con la cabeza para que entrara en su coche.

Yo quedé paralizada un par de segundos y él frunció el ceño.

—Regina... —dijo con un tono de advertencia que me heló la piel—. No quiero que la noche empiece mal y creo tú tampoco, ¿verdad?

Yo asentí con la cabeza y bajé las escaleras del porche para entrar en su coche, tal y como él me lo había ordenado.

Esperé sentada, sin dejar de entrelazar los dedos con nervios.

¿Qué tenía pensado hacer conmigo? ¿Iba a matarme?

«¡Ay, Dios mío!, ¡va a matarme y a envolverme en una alfombra como un rollito de primavera!».

Vale, tal vez tenía que dejar de ver tantas películas...

—¿Estás lista? —me preguntó él, cuando se sentó en el asiento y encendió el coche.

Su perfume varonil me embriagó de tal manera que perdí la noción del tiempo.

—No, no estoy preparada para salir de paseo con un criminal... —murmuré con un deje sarcástico y sin levantar la vista de mis manos.

De repente, Marc apoyó una mano en mi muslo y yo sentí una punzada en el vientre.

«Menos mal que te has puesto el pantalón», habló la voz de mi interior.

—Regina, no voy a hacerte daño —comentó él con voz pausada, para que escuchara perfectamente cada una de sus palabras—. Ni voy a dejar que nadie te haga daño.

Yo giré la cabeza y me di cuenta de que su rostro estaba demasiado cerca del mío. Marc me recorrió el rostro con la mirada y se detuvo en mi boca. Yo me humedecí los labios, nerviosa, y sentí la boca seca como si me hubiera tragado un puñado de arena del mismísimo desierto.

Mar se inclinó hacia mí, quedando a escasos milímetros de distancia. Podía sentir su aliento golpear en mi rostro, literalmente.

—Pero eso no significa que pueda enojarme contigo. Cuando castigo, suelo ser muy rudo. Intenta tenerme contento —dijo y me dio un beso rápido y sonoro, dejándome totalmente aturdida.

Salió dando marcha atrás, esperando a que los vigilantes de la casa abrieran el portalón. Luego se incorporó en la calzada y aceleró sin miedo.

—Así que —murmuré, en apenas un hilo de voz, mientras tragaba saliva con fuerza—, no vas a matarme.

Él dejó de prestar atención a la carretera y me observó, por unos cortos pero intensos segundos.

—No —respondió tajante, casi ofendido por mi suposición.

«Oh, perdóneme si le he ofendido, señor Clayton. Creía que los asesinos mataban a gente y no la sacaban a pasear», pensé para mí misma.

—Entonces, ¿adónde me llevas? —pregunté, hecha un manojo de nervios.

No sabía decir si estaba nerviosa por estar a solas con un criminal muy peligroso, o por estar a solas con un hombre que me hacía perder la cordura con una simple mirada.

«Ambas», respondió por mí la voz de mi interior.

—Al cine —respondió él con parsimonia mientras adelantaba coches a toda prisa.

Yo me agarré al asidero de encima de la puerta del coche cuando Marc giró el volante bruscamente.

—¿Al cine? —volví a preguntar para asegurarme de que había escuchado bien.

—Le dije a tu padre que soy un hombre de palabra —contestó con tono serio, mientras yo prestaba atención a aquellas estrechas carreteras que desconocía.

Fruncí el ceño con fuerza cuando me di cuenta de que nos estábamos alejando de la ciudad.

—¿A qué cine vamos a ir? —lo seguí interrogando pero, como me lo temía, Marc dejó de contestar.

Volví a callarme mientras los nervios me consumían por dentro.

Cuando pasaron alrededor de diez minutos, entramos en un barrio que parecía abandonado, pero cuando nos acercamos hacia una pequeña plaza mis conclusiones fueron evidentemente erróneas.

En el centro de la plaza había una discoteca enorme y rodeada por una explanada que la gente usaba de aparcamiento. Abrí la boca lentamente, estupefacta, cuando leí el enorme cartel luminoso encima de la puerta de la entrada: Cine.

Marc aparcó el deportivo y aó el motor, esperando a que hablase.

—Ya he estado aquí antes, ¿verdad? —le pregunté y él asintió con la cabeza.

La noche que me encerraron en el sótano estaba tan nerviosa y asustada que ni me fijé en los detalles del lugar.

—¿Vas a volver a encerrarme en el sótano?

Marc enarcó una ceja con gracia y se pasó la lengua lentamente por el labio inferior.

—No es mala idea. Te aseguro que allí abajo nadie nos interrumpirá.

Yo abrí los ojos como platos.

«¿Para eso he venido aquí? ¿Para echar un polvo?».

Antes de que pudiera hablar, Marc salió del coche y lo rodeó hasta acercarse al lateral derecho para abrirme la puerta.

—Princesa —dijo, haciendo una reverencia para que saliera del auto.

Yo dudé por unos instantes mientras se escuchaba el eco de la música. Salí y el gélido viento me golpeó en la cara.

—Marc, yo no... —murmuré en voz baja, pero él me agarró la mano y caminó conmigo.

Bajé la mirada al suelo, tal y como me lo ordenó la primera noche que vine a

la discoteca. Aunque, sinceramente, tampoco me apetecía ver quién estaba allí adentro.

—Ni se te ocurra bajar la mirada —me ordenó él, levantándose el mentón con cierta brusquedad—. Quiero que todo el mundo sepa que eres mía. Si mis hombres tienen aprecio a su miembro viril, te aseguro que nadie te tocara.

Yo lo observé con una mezcla de miedo y confusión.

«¿Qué?! ¿Suya?! ¿Yo?!».

—M-Marc, p-por favor yo... —susurré con la voz entrecortada, pero él me ignoró.

¡Todo esto era nuevo para mí!

Nadie estaba preparado para saber cómo reaccionar en una situación como esta. Salir de «fiesta» con el jefe de una banda criminal y no poder contar absolutamente nada sobre ello era jodidamente frustrante.

¡Uff!

Dos hombres de piel oscura, ambos con trajes, corbatas y gafas negras, nos abrieron las puertas de la discoteca sin preguntarnos nada.

Me sentí como David contra Goliat y su hermano gemelo.

—Mantenedme informado —les habló Marc con tono acerado.

—Sí, señor —respondió uno de aquellos «gigantes».

Cuando entramos, el sonido de la música de la discoteca vibro en mis oídos. Abrí los ojos, asombrada, sin dejar de observar cada rincón.

¡Sí, era la primera vez que entraba en una discoteca, sin tener en cuenta el primer día que me secuestraron!

Para mi padre, las discotecas eran «la guarida del diablo».

Y ahora entendía por qué mi padre llamaba así a las discotecas. Allí la gente se reunía para sacar la lujuria afuera y pecar sin importarles los remordimientos de conciencia. La gente bailaba, o más bien se restregaban los unos con los otros, mientras bebían como si no hubiera mañana. Observé la barra luminosa donde servían las bebidas, mientras los camareros y las camareras se mojaban las camisetas con cerveza sin dejar de contornearse al ritmo del sonido sensual del reggaetón.

Seguí examinando todo con la boca abierta, perpleja.

«¿En dónde te has puesto, Regina?», preguntó con preocupación la vocecita de mi interior.

Marc me apretó la mano, instándome a seguirlo mientras la gente se apartaba de su camino. Incluso a los borrachos se les había pasado el efecto del alcohol cuando lo vieron.

¿Tan peligroso era Marc Clayton?

—¿Sorprendida? —me preguntó cuando nos acercamos a la barra.

Yo asentí lentamente sin apenas pestañear. Quería guardarme en la retina de mis ojos todo lo que estaba viendo por si aquella era la última vez que pisaba una discoteca.

Esto era lo que quería. Salir de mi burbuja protectora que mi propio padre creó, y experimentar cosas nuevas, ¡pero no con un criminal que me tenía amenazada!

—Las fiestas a las que yo acostumbro ir no son así —le dije, alzando la voz para que me escuchara, mientras estiraba el cuello del jersey.

Hacía un calor horrible dentro de la discoteca.

—No confundas la definición de fiestas con reuniones, princesita. ¿Quieres beber? —me preguntó, apoyando el antebrazo sobre la barra.

Yo negué con la cabeza. Tenía tajantemente prohibido beber alcohol y, sinceramente, me daba igual.

Marc, como si me hubiera leído la mente, enarcó una ceja con gracia.

—La princesita de la casa no puede beber, ¿eh? —dijo él con un deje sarcástico que me hizo hervir la sangre—. Mejor así. El alcohol no es nada bueno.

Marc me dio la espalda para pedir de beber. Yo me crucé de brazos y esperé a que él terminara, mientras varias personas me escrutaban con intensidad y curiosidad. A saber qué barbaridades estarían pensando de mí.

Puff, si ellos supieran la verdad... ¡si simplemente supieran que estaba allí por obligación!

De repente, alguien me golpeó el hombro con violencia y siguió andando sin molestarse en pedir disculpas. Aquel sujeto me dio la espalda y frenó en seco, mientras yo me acariciaba el hombro.

—¿Prefieres beber un zumo? —me preguntó Marc por detrás de mi espalda y muy cerca de mi oído.

Yo giré la cabeza y nuestras narices chocaron.

—¿Por qué coño me has traído aquí? ¿De verdad quieres hacer creer a esta gente que tú y yo somos pareja? ¿En serio quieres fingir algo que nunca va a ser real? No sé a qué estás jugando, Marc, pero yo también tengo un límite. Hace menos de cuarenta y ocho horas estuve a punto de morir, me secuestraste, me amenazaste y, ¿ahora me invitas a tomar algo? —le dije sin poder aguantar más. Se me habían juntado tantas cosas que ya no era capaz de lidiar con ellas—. ¿Qué quieres realmente de mí?

Él, sin apartarme la mirada, bebió un largo trago de cerveza y se inclinó hacia mí y yo di un respingo, temerosa de que me fuera a besar.

—Ya te lo he dicho —dijo, pasándose la lengua lentamente por el labio inferior—. Te quiero a ti.

Yo, sin dejar de fruncir el ceño, lo escruté con intensidad.

—Eres como un lobo: astuto, peligroso e impredecible —dije, sin quitar la mirada de sus ojos—. Y ahora mismo sé que me ves como a caperucita roja, pero eso no implica que sea débil e inofensiva. En este cuento, caperucita roja no necesita a un cazador para defenderse del lobo.

Marc me observó tan detenidamente que apenas logré recordar mi nombre. Sin esperármelo, me agarró por el mentón y me atrajo hacia él, rozando las comisuras de nuestros labios.

—Creo que estás argumentando sin creer en tus propias palabras, princesita —dijo y, finalmente, me besó con una dulzura inesperada que me hizo estremecer de pies a cabeza.

Marc me aplastó contra la barra sin dejar mi boca en ningún momento. Deslizó sus manos bajo mi trasero, sintiendo su excitación presionando contra mí. Inconscientemente enrollé mis brazos en su cuello y él deslizó su lengua dentro de mi boca.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué correspondía tan gratamente a sus caricias y besos?

¡Estaba besándome con el hombre equivocado! ¡Con el hombre diametralmente opuesto a mi gusto!

¡Maldita sea!

«¡Regina, reacciona!», gritó la voz de mi interior.

Marc me mordió el labio inferior y se separó un poco de mí. Parpadeé varias veces, despertando a la realidad mientras la música de la discoteca volvía a invadir mis oídos.

Respiré agitadamente cuando observé a ambos lados de mi cuerpo y me di cuenta de que la gente tenía las miradas puestas en nosotros.

—¿Por qué insistes en luchar contra tus propios sentimientos, Gina? —me preguntó Marc con una sonrisa ladina—. Soy peligroso, sí, pero soy el único hombre al que deseas, pequeña —murmuró con voz cálida en mi oreja, erizándome el vello de la nuca.

Puse mis manos sobre su pecho para apartarlo un poco, pero él se negó a moverse ni un centímetro.

—Que no se te olvide que hago todo esto porque no quiero que le hagas daño a mi padre. Espero que te quede bien claro eso, que no lo hago por gusto —murmuré con voz temblorosa—. Cuando bajas la guardia, haré que cobres todo lo que me estás haciendo.

Pensé que Marc se cabrearía por haberlo amenazado, pero en lugar de ello me sorprendió cuando esbozó una sonrisa ladina y coqueta, consiguiendo erizarme la piel.

—Entonces deberían darte un óscar a la mejor actriz, Gina —murmuró él cerca de mis labios—. No luches contra tus sentimientos... —volvió a rogar con voz ronca, consiguiendo que volviera a perder la razón.

—Marc —habló una voz bastante familiar, consiguiendo que él se apartara un poco de mí y se encarara con el hombre que, gracias al cielo, nos acababa de interrumpir.

Yo observé a William, el mismo hombre que se hizo pasar por Liam Blake en el Hotel Empire. Él me observó con una mezcla de asombro y confusión, dejándome claro que no se esperaba encontrarme allí.

Pues, sinceramente, ¡yo tampoco me esperaba terminar en la misma discoteca donde me secuestraron!

—¿Qué quieres ahora? —le preguntó Marc con tono acerado, rodeándome la cintura con el brazo y atrayéndome hacia él de manera protectora y posesiva.

—Tenemos compañía —dijo William, observando hacia la derecha y consiguiendo que Marc también desviara la atención hacia la entrada de la discoteca.

Yo tragué saliva con cierta dificultad, sin saber muy bien a quién mirar. La sala estaba llenísima de gente.

De repente, sentí los músculos del brazo de Marc tensos mientras apretaba las mandíbulas con fuerza.

—Llévala a mi despacho. Yo me encargaré de ellos —le ordenó Marc a William, pero éste negó con la cabeza.

—Quieren hablar contigo —confesó Will—. La chica es mejor que se quede aquí. Pasará más desapercibida entre la gente. Si la llevas a tu despacho, ellos sabrán que es alguien importante para ti. Y si saben que ahora tienes un punto débil...

Marc tragó saliva fuertemente y observé el movimiento de su nuez en su cuello musculoso. Él bajó la mirada y la clavó en mí.

Ahora fui yo quien tragó saliva cuando vi la preocupación reflejada en su rostro.

—Intenta no alejarte de la barra —me dijo él en tono serio—. Mis hombres cuidarán de ti.

Yo negué con la cabeza, nerviosa, intentando tranquilizar mi respiración.

—Si tienes problemas con otras bandas, o lo que sea, estaré más segura en mi casa —le dije, siendo consciente de la gravedad.

Marc murmuró un par de improperios por lo bajo y me enmarcó la cara con ambas manos, obligándome a mirarlo a los ojos. Parecía contrito.

—Es cierto. Fue una mala idea traerte aquí. Tu mundo de princesas y hadas es muy distinto al mundo real —espetó cabreado—. Pero dije que nadie te haría

daño.

Marc me regaló un beso fugaz, giró sobre sus talones y se perdió entre la gente con Will.

Sentí mi corazón palpar más y más fuerte en el pecho mientras miraba aquella gente totalmente desconocida para mí.

¿Quiénes eran los hombres que supuestamente iban cuidar de mí? ¿Cómo iba a confiar en ellos si en el Hotel Empire me dispararon?

—¡Eh, chica nueva! —gritó una camarera apoyada en la barra.

Yo la observé con el ceño fruncido y me señalé a mí misma con el dedo índice.

—Sí, tú —volvió a hablar ella con una sonrisa de oreja a oreja—. Ven aquí —me ordenó.

Me abrecé a mí misma y di unos pasos hacia la barra.

La escruté sin ningún tipo de disimulo: pelo rosa, llena de piercings y tatuada en los brazos. Tenía un estilo gótico que llamaba bastante la atención. A simple vista parecía una chica ruda, pero su amplia sonrisa dibujada en el rostro decía todo lo contrario.

—¿No te han atendido mis compis? —me preguntó, al mismo tiempo que limpiaba la barra con un mugriento paño que ya no era de color blanco, sino negro.

Yo negué con la cabeza sin poder hablar. Mis nervios iban creciendo vertiginosamente, de la misma forma que una bola de nieve se retroalimenta cuando cae por la ladera de una montaña.

La muchacha, aparentemente simpática, enarcó una ceja y se inclinó sobre la barra.

—¿Acaso eres muda? —preguntó, al mismo tiempo que servía un vaso de cerveza... o eso parecía.

—No —dije, por fin, articulando una palabra.

Ella estiró su mano para que la estrechara y yo lo hice.

—Mi nombre es Lexi.

Ella sacudió la mano y yo sonreí tímidamente.

—Vamos, chica nueva, ¿no vas a decirme tu nombre?

Lexi me acercó el vaso y yo, por inercia, lo agarré.

—¿Chica nueva? —pregunté con curiosidad.

Ella achinó los ojos con gracia y me señaló con el dedo índice.

—Primero tu nombre —me ordenó y yo sonreí con gracia.

—Regina.

—Pues encantada de conocerte, Regina —dijo ella sin dejar de sonreír.

Por lo menos había alguien en la «guarida del diablo» que parecía una

persona maja y educada.

—Lo de chica nueva es un mote que utilizamos mis compis y yo para referirnos a las nuevas conquistas de Marc —me explicó y yo sentí un extraño pinchazo en el corazón.

—No —hablé con voz firme y seria—. Yo no soy su conquista. No soy nada de él.

—Tranquila —dijo Lexi, alzando las manos en alto—. Creí que estabais saliendo. No sé, te vi muy recíproca comiéndole la boca.

Yo me sonrojé como un semáforo en rojo y sentí el calor ascender de pies a cabeza.

—Él no es mi prototipo de hombre —dije con sinceridad—. ¿Sabes a qué se dedica, verdad?

—Claro, es mi jefe —dijo y yo abrí los ojos como platos.

¿Cuánta gente trabajaba para Marc?

¡Maldita sea!

No estaba segura hablando con nadie.

—Tú... jefe

—Es el propietario del «Cine». Gracias a él tengo trabajo y puedo ayudar a mi familia. Es un buen hombre.

¿Un buen hombre? Estaba claro que muy pocos sabían quién era realmente Marc Clayton.

—Él no es un empresario. Está utilizando esta discoteca como tapadera. Él es un... —tragué saliva fuertemente, siendo consciente de lo que estuve a punto de decir.

«Si abres esa boquita tan tentadora para contar lo que ha sucedido, haré que Ethan Jones, Isabella White y tu querida hermanastra vean las consecuencias. Antes de matarlos, los haré sufrir».

Cuando recordé las palabras de Marc, sentí que el aire de la discoteca no era suficiente. Sin pensármelo, tomé un largo trago del vaso de cerveza que me supo amargo y al instante sentí como si una llamarada me recorriera la garganta.

Lexi carcajeó en alto.

Mi cara de asco y mi falta de costumbre de beber alcohol eran evidentes.

—Disfruta de la noche, Regina. Empieza por quitarte ese jersey que te está asfixiando y deja que la música envuelva tu cuerpo —me gritó, al mismo tiempo que se alejaba para atender a otros clientes.

Me agarré al cuello del jersey y clavé la mirada en un punto fijo de la barra. Marc sabía cómo jugar, tenía todo planeado por si la policía desconfiaba de él. Sus empleados le servían de testigos y así siempre tendría una cuartada para defender su inocencia.

¡Uff, estaba perdida!

Desde ayer por la noche, no dejé de pensar en una idea para terminar con todo esto. Pero, hiciera lo que hiciese, Marc terminaría sabiéndolo y no quería que mi padre ara las consecuencias.

Apreté el vaso entre mis manos con rabia. Rabia por darme por vencida y rabia por dejarme camelar por los encantos de Marc.

No me sentía bien conmigo misma, me odiaba por no poder controlar mis propios sentimientos.

—¡Au! —me quejé cuando alguien volvió a golpearme en el hombro.

Giré sobre mis talones y se me heló la sangre en las venas cuando observé la cicatriz en el ojo derecho de Bryan.

—Hola, Regina.

El vaso se me resbaló de los dedos temblorosos y se estrelló contra el suelo. En ese momento dejé de escuchar la música y el bullicio de la gente, mientras Bryan me escrutaba con una intensidad que me hizo encoger el corazón.

Mi estómago parecía dar vueltas como el tambor de una lavadora. Sentí un par de gotas de sudor frío correr por mi espina dorsal y mi reacción inmediata fue la de salir corriendo lejos de él.

Me abrí paso entre aquella masa humana, pero nadie hizo el esfuerzo por apartarse para dejarme pasar.

«Tú no eres Marc Clayton», me recordó la voz de mi interior.

Frené en seco, tratando de visualizar a Bryan, pero estaba tan aturdida que ni sabía dónde demonios estaba. Hacía calor, la música estaba demasiado alta y la gente no paraba de bailar desenfrenadamente.

¡No dejaban de entrechocarse, bailando y cantando!

Fruncí el ceño, incómoda, cuando un tipo me sujetó por la cintura. Mosqueada, le aparté las manos con cierta brusquedad, pero él volvió a agarrarme con más fuerza.

Podía sentir las lágrimas en mis ojos, pero no quería llorar. A pesar de todo lo que estaba viviendo y aguantando dentro de mí, lo que menos quería era llorar delante de aquella gente.

Apreté los dientes con rabia e inspiré fuertemente, mientras aquel desconocido se restregaba contra mi trasero.

«Tu mundo de princesas y hadas es muy distinto al mundo real», dijo la voz de Marc en mi cabeza.

—¡Ah, joder! —gritó de dolor aquel hombre, inclinándose sobre sí mismo y poniéndose pálido como el mármol.

En un acto de rabia, le di un codazo en la boca del estómago. En esos instantes, el miedo se evaporó y se convirtió en valentía. Sentí la adrenalina

desbordarse por todos los poros de mi cuerpo. Haría lo que hiciese falta para mantener a mi padre a salvo, pero no iba a permitir que me usaran como un trapo sucio.

—¡Zorra! ¡Te vas a enterar! —gritó el hombre, consumido por su propia rabia, al mismo tiempo que se acercaba a mí con la intención de pegarme.

¡No!

Esta vez no salí corriendo. Esta vez permanecí quieta, desafiante, esperando a que él atacase. En mis veintisiete años, nunca había liberado a la verdadera Regina que llevaba dentro. Y aquella noche tenía la oportunidad de desvelar mi lado guerrero.

Antes de que el puño de aquel hombre terminara en mi cara, alguien se interpuso entre nosotros.

¡Era Bryan!

—¡Ah! —volvió a chillar aquel desconocido mientras Bryan lo agarraba por las solapas de la chaqueta y lo levantaba en vilo—. Ronald, tío, por favor.

«¿Ronald?», pensé para mí misma, obviando el detalle de que Bryan no era su nombre real.

Sin preámbulos, Ronald golpeó en el estómago de aquel hombre y luego lo arrojó al suelo como si fuera un clínex usado. La música se escuchaba no sé a cuántos decibelios, pero pude escuchar perfectamente el golpe.

Ronald giró sobre sus talones y me encaró con una mirada que no pude descifrar.

¿Odio? ¿Rabia? ¿Compasión?

«¿Compasión? Por Dios, Regina, la última vez que lo viste te estaba apuntando con una pistola», habló la vocecita de mi interior.

Sin retirarle la mirada, alcé la barbilla desafiante. Sabía muy bien qué expresión lucía en el rostro.

¡Sí!

En mi casa era una dócil gatita, pero fuera de mi entorno habitual era una leona desbocada.

¡Y me gustaba!

El peligro me excitaba, y tan solo pensar en Marc me hacía sentir en el paraíso. Lo odiaba con todas mis fuerzas, tanto que quería matarlo... ¡sí, matarlo! Mi padre era mi vida, y no permitiría que nadie le hiciese daño. Pero también me gustaba Marc, tanto que cuando me sonreía era capaz de hipnotizarme y hacerme lo que le diera la gana.

Ronald siguió escrutándome con una intensidad intimidante, y yo seguí con la mirada clavada en aquella cicatriz que lo hacía parecer espantoso y fascinante al mismo tiempo. Ninguno de los dos habló durante unos minutos y, harta de

esperar, me di la vuelta para irme. Pero él me agarró del brazo, impidiendo que me alejara de allí.

Lo observé con una mirada que no ocultaba mi rabia, pero a él no le pareció importar en absoluto. Intenté soltarme de su agarre, haciendo fuerza con las dos manos, pero Ronald tenía una fuerza descomunal.

Yo, aún con la adrenalina corriendo por mis venas, alcé la rodilla e intenté golpearlo en su entrepierna, pero él me hizo girar y terminé con la espalda en su pecho. Me zarandé, tratando de liberarme, pero cada vez que intentaba escaparme, él ejercía más presión en sus brazos.

—¡Suéltame! —grité, perdiendo los nervios.

Ronald no dijo nada, ni tampoco hizo el amago de soltarme lo que provocó que mi sangre hirviera en mis venas.

Con rapidez, le pisé la punta del pie con el talón. Ronald ahogó un grito y aflojó su agarre. Yo me separé de él y, en vez de salir corriendo, me armé de valor e intenté darle un puñetazo en la cara para dejarle claro que no era tan débil como aparentaba ser. Pero mi puño fue atrapado por su mano, antes de que chocara contra su mejilla izquierda.

Abrí los ojos como platos por sus rápidos reflejos.

—No te confundas conmigo. Yo no soy como ese tío que te ha molestado. Ahora mismo podría sacar mi pistola y dejarte un bonito agujero en el entrecejo —dijo él con un tono serio y amenazante.

Yo me solté de su agarre con cierta violencia y lo fulminé con la mirada.

—Qué poco hombre eres, ¿no? Atacar a una persona en desigualdad de condiciones. Dame una pistola a mí también y veamos qué sucede —dije y, acto seguido, las cejas de Ronald se alzaron.

Lo que había dicho había sido fruto de la cólera, ¡ni siquiera sabía usar un arma!

Ronald se llevó la mano al bolsillo del pantalón y mi corazón se paralizó automáticamente. Sabía que iba a sacar su pistola.

¡Lo iba a hacer!

Antes de que pudiera reaccionar, Ronald sacó la mano del bolsillo. Para mi sorpresa y alivio, no fue una pistola, sino una cajetilla de tabaco.

Con el corazón en la garganta, me di la vuelta e intenté abrirme paso entre la gente. Aunque sonara raro, deseaba que Marc estuviera allí esperándome. Había experimentado demasiadas sensaciones nuevas en una misma noche y lo único que quería era irme a casa.

De repente, volví la cabeza hacia atrás y me di cuenta de que Ronald me estaba siguiendo.

Paré en seco, me crucé de brazos y esperé a que hablara, pero no lo hizo.

—¡Ahí viene! ¡Ahí viene! ¡La ola hacia la derecha! —gritó por el micrófono el Dj.

Yo observé cómo la gente empezó a entrechocarse, al mismo tiempo que se desplazaban hacia la derecha con los brazos en alto.

—¡Ah! —grité desde el suelo cuando una chica, sin dejar de saltar mientras bailaba, me golpeó con el cuerpo.

Nadie paró de bailar para ayudarme, mientras pies desconocidos me pisaban el cuerpo entero. Me vi acorralada por aquella masa de gente que me recordó al oleaje de un mar en temporal.

Me quejé de dolor, intentado incorporarme, pero no fui capaz. Antes de que terminara literalmente aplastada por aquella gente, Ronald me agarró por los hombros y me alzó como si no pesara nada.

Cuando quedé de pie lo observé con el ceño fruncido mientras mi pecho subía y bajaba agitadamente.

Me acaricié el brazo izquierdo, reteniendo las lágrimas en mis ojos.

—Te queda mucho por aprender. Aquí sola no vivirías ni medio minuto —dijo Ronald en un tono sarcástico.

Yo apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo.

—Entonces, ¿para qué me has salvado? Creí que me querías ver muerta —le dije.

—Y es cierto. Pero quiero matarte yo mismo, y no dejarle ese privilegio a esta chusma —dijo él, señalando con la cabeza a la gente que nos rodeaba.

Me mordí la lengua y, sin dejar de agarrarme al brazo izquierdo, traté de caminar sin éxito.

De repente, alguien puso su mano en mi hombro y me instó a caminar. Observé de soslayo a Ronald y sin decir más nada, todo el mundo empezó a abrir un estrecho pasillo para dejarnos pasar.

Fruncí el ceño con rabia porque no quería que su ego se subiera más de lo que ya estaba.

No dije nada, decidí quedarme callada para evitar discutir. Sentí impotencia y, sinceramente, estaba harta de convivir con ese sentimiento. Ya tenía suficiente en mi casa. No quería que me pitorrearan allí también.

Cuando nos acercamos a la barra, observé a Marc caminando de un lado a otro como una fiera enjaulada. Se veía desesperado, intranquilo y, por supuesto, enojado.

«¿Y de quién es la culpa?», preguntó la voz de mi interior.

Mía.

«Bingo».

William se acercó a Marc y le dijo algo en el oído, provocando que éste

girara la cabeza hacia mí. Nuestras miradas se conectaron y sentí de nuevo aquella extraña conexión que trataba de repudiar contra viento y marea. Pero a medida que nos acercábamos a ellos, la mano de Ronald ejercía más presión en mi hombro.

Marc apartó a dos hombres de su camino, provocando que uno de ellos se cayera el suelo, mientras caminaba hacia nosotros con los puños apretados. Su mirada auguraba sangre y su cuerpo exudaba rabia.

Marc me asustaba, más que la idea de que Ronald me apuntase con un arma.

Sin preámbulos, él se acercó a Ronald y le apartó la mano de mi hombro con un gesto realmente violento. Luego, me agarró el brazo magullado, tiró de mí y yo gemí de dolor. Él me observó con el ceño fruncido cuando se dio cuenta de que me había pasado algo en el brazo. Y, sin antes preguntarme qué demonios me había sucedido, se abalanzó sobre Ronald para golpearlo.

Abrí la boca, estupefacta, mientras presenciaba la escena que aquellos dos estaban realizando. Pero Ronald tenía buenos reflejos y pudo esquivar el puño de Marc a tiempo.

—¿La has tocado? —preguntó Marc, casi gritando, mientras apretaba el puño con fuerza.

Ronald no dijo nada, simplemente me observó con el ceño fruncido y sentí un maldito pinchazo de remordimiento.

No tenía por qué sentir compasión por alguien que me quería muerta, teóricamente, pero no podía evitarlo.

¡Siempre, desde muy pequeña, he odiado las injusticias!

—¡Marc! —grité cuando él agarró el cuello de Ronald—. ¡Él me ha salvado! —chillé más fuerte para hacerme oír por encima de la música.

Marc enarcó una ceja y desvió su mirada de mí para clavarla en Ronald.

Varias personas dejaron de bailar para prestar atención a lo que estaba sucediendo allí.

Pero, de repente, William se colocó delante de mí para cubrirme con su cuerpo.

—¡Chicos! —gritó William cuando aparecieron dos hombres con cara de poco amigos.

Marc y Ronald se tensaron cuando observaron a aquellos dos sujetos, cerca de mí y de William.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó uno de aquellos desconocidos, quien llevaba una barba espesa, negra, que empezaba a blanquear.

Marc me observó disimuladamente con la mirada preocupada y la mandíbula ligeramente tensa.

—¿Por qué seguís aquí? —preguntó Marc con tono acerado.

—Íbamos a marcharnos, pero hemos visto que Ronald y tú estabais discutiendo —volvió a hablar el hombre barbudo, clavando la mirada en mí con total descaro.

Yo no bajé la mirada. Me mantuve firme, aunque por dentro estaba asustada.

—No sabía que tenías novia, Marc... —dijo aquel hombre con un tono curioso.

—¿Ella? —preguntó Marc con una sonrisa burlona en la cara—. ¿La has visto bien? Ella no es la clase de mujer con la que suelo pasar el rato —dijo con desprecio, haciendo que se me encogiera el estómago.

El otro hombre, mucho más joven y sin barba, le susurró algo al oído del tío barbudo.

Marc me observó de soslayo, pero yo desvié la mirada con rabia.

—Creo que mi hermanito pequeño se ha «enamorado» de la chica —dijo el hombre barbudo, mientras su hermano sonreía con malicia.

Yo sentí un escalofrío de pies a cabeza y la piel se me erizó como la de un gato.

Observé el puño de Marc, y supe que nada bueno iba a salir de allí. Y, al parecer, William también fue consciente de la situación porque me agarró por los hombros y me empujó hacia Ronald.

—La chica es la novia de Ronald, tíos —dijo William, al mismo tiempo que yo chocaba contra el fornido pecho de Ronald—. Marc le estaba dando un toque de atención a Ronald por haber traído a su novia aquí. No nos gustan las distracciones. No queremos bajar la guardia. Siempre hay que estar atentos por lo que pueda pasar —aclaró William, mostrando un lado serio que había hecho callar a aquellos dos desconocidos.

Marc no dejó de observarme con intensidad, buscando mi mirada desesperadamente.

Yo me rehusé a mirarlo a los ojos. Estaba dolida, asustada, decepcionada, indignada, enojada...

¡Era un cóctel de sentimientos! ¡Un cóctel Molotov emocional!

Ronald me rodeó los hombros con el brazo y me estrechó contra él con fuerza.

—Será mejor que nos marchemos, antes de que le quite los ojos a tu hermanito por seguir mirando a mi chica de esa manera —dijo él y las aletas de la nariz de Marc se dilataron como las de un toro iracundo.

La tensión en mi ceño empezaba a causarme dolor. Sí, quería largarme de allí cuanto antes, joder. Y me daba igual con quién. Simplemente quería irme a mi casa, intentar dormir y pensar que todo esto había sido una maldita pesadilla.

Ronald y yo caminamos hacia la salida en silencio, mientras la música seguía

sonando con más fuerza. Podía sentir la mirada de Marc clavada en mi espalda mientras me alejaba, pero no iba a voltear la cabeza para observarlo.

¡No!

Cuando salimos afuera, suspiré y observé salir por la boca el vaho. Ronald siguió caminando, dejándome atrás. Yo me crucé de brazos y suspiré con cansancio.

Tenía que llamar a un taxi, pero tampoco sabía dónde demonios estaba para indicarle al taxista la dirección.

—¿A qué esperas? —me preguntó Ronald, con las manos dentro de los bolsillos de la cazadora.

—¿Qué?

Ronald puso los ojos en blanco, siguió caminando hacia los aparcamientos y se subió a un deportivo rojo, bastante llamativo. Lo encendió, se acercó hacia la entrada de la discoteca y bajó la ventanilla para hablarme:

—Súbete de una vez, Regina —me ordenó con aires de superioridad como si fuera mi dueño.

—No pienso irme con alguien que quiere matarme.

Él me observó serio, sin dejar traslucir ninguna emoción en su rostro. Luego desvió la mirada hacia mis espaldas y yo lo imité. En la entrada de la discoteca estaba el hermano del hombre barbudo, observándome fijamente sin borrar aquella sonrisa sádica que me causó náuseas.

—Si no te subes, los hermanos Smith sabrán que los hemos mentado. Y, ahora mismo, lo que menos queremos es un conflicto entre bandas. Así que, muévete de una puta vez y entra en el coche. Ahora —susurró él por lo bajo.

Yo tragué saliva con fuerza, observé por última vez a aquel tipo que no dejó de escrutarme con intensidad y me subí al coche.

Ronald aceleró lejos de la discoteca y se incorporó a la calzada.

El silencio inundó el coche. Estaba nerviosa. No entendía nada, ni tampoco sabía por qué Marc me había llevado a la discoteca. Ya tenía suficientes problemas, como para que ahora un loco pervertido se obsesionara conmigo.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal cuando recordé la mirada de aquel hombre.

Ronald me observó con curiosidad, sin dejar de conducir. No le pregunté a dónde nos dirigíamos porque conocía perfectamente aquellas calles.

Cuando él aparcó frente a mi casa, me desabroché el cinturón de seguridad y suspiré con cansancio.

Click.

Giré la cabeza lentamente cuando escuché aquel ruido y, entonces, observé el cañón de una pistola apuntándome entre los ojos.

6

MARC

Cuando perdí de vista a Regina, sentí una extraña sensación en mi interior. Vacío. La última vez que me había sentido así fue con la muerte de la única persona que realmente quería: mi madre.

—Deberías controlar mejor a tus empleados —dijo Tom Smith, al mismo tiempo que se rascaba la barba y me perseguía por el pasillo.

Apreté los puños con fuerza, reprimiendo el deseo de golpearlo hasta dejarlo inconsciente, pero quería reservar mis energías para usar a su hermano pequeño como un saco de boxeo.

No iba a permitir que ningún hombre observara a Regina de esa manera. Me había fastidiado dejar que Ronald se la llevase, pero Alex Smith era un jodido psicópata. No lo quería cerca de Regina, aunque tampoco me tranquilizaba saber que Ronald estaría a solas con ella.

¡Joder!

—Podemos triplicar las ganancias. No sé por qué asaltas determinados hoteles y robas a ciertos empresarios. Podemos hacerlo con todo el mundo y ser los más ricos. Vamos, Marc. Tú y yo no somos tan diferentes. Los dos robamos y matamos —comentó Tom, siguiéndome como si fuera mi sombra.

—Yo no robo por robar. Robo al ladrón y reparto el dinero con la gente de los barrios pobres. Y no mato por placer. Mato al que una vez ha matado a sangre fría sin sentir ningún tipo de remordimiento —murmuré entre dientes, cansándome de escucharlo.

—¡Tonterías! —expresó él en alto—. Podemos juntarnos y ser invencibles. Podemos bañarnos en piscinas llenas de billetes verdes y...

Frené en seco, en mitad del pasillo, y lo fulminé con la mirada.

—Ahora mismo, tú y tu hermano os largáis de aquí. Ya os lo he dejado claro: no hago negocios con gente como vosotros. De hecho, debería haberos matado la primera vez que tuve oportunidad, pero ambos sabemos por qué no pude hacerlo. Los dos sabemos que si te mato, las cosas se pondrán más feas de lo que ya están —dije, con la mirada clavada en la puerta.

Tom sonrió de manera mezquina.

—Acuérdate de lo que te voy a decir, Marc —dijo Tom, asintiendo con la cabeza lentamente—. Algún día tendrás que recurrir a mí. Algún día vendrás a

suplicarme.

Lo observé con el ceño fruncido mientras se alejaba por el pasillo.

Tan pronto Tom salió por la puerta, agarré a William por las solapas de la chaqueta y lo golpeé contra la pared.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté, casi escupiendo fuego por los ojos.

—¡Por Dios, Marc! ¿Acaso no has visto sus caras? Estaban desconfiando, te dije que la chica nos traería problemas. Crees que la estás protegiendo y lo único que estás consiguiendo es ponerla en peligro —dijo William, al mismo tiempo que me sacaba las manos de su chaqueta.

Yo inspiré con fuerza, apreté los nudillos y golpeé la pared repetidas veces.

—Podías haber dicho que tú eras el novio de Regina, y no Ronald, ¡joder! —le expliqué, recalcando con rabia el nombre de Ronald.

—Marc, casi todo el mundo sabe que estoy casado. De todos modos, la mentira no ha sido creíble. Los hermanos Smith van a indagar sobre esto. Prepárate para la tormenta que se avecina. Lugo no digas que no te lo advertí—dijo él en tono serio, alejándose hacia el sótano y dejándome solo en mitad del pasillo.

Me apoyé contra la pared durante unos segundos para instantes después salir del pasillo.

Estaba inquieto, necesitaba saber cómo estaba Regina y Ronald no me contestaba el maldito teléfono.

Salí de la discoteca y caminé con rapidez hacia los aparcamientos para entrar en mi coche y largarme de allí cuanto antes. No dejé de apretar el volante mientras conducía a toda pastilla.

Era la primera vez que estaba experimentando unos sentimientos realmente extraños para mí. Nunca me había importado ninguna mujer, tanto como para arriesgar la estabilidad de mi banda y el duro trabajo de tantos años.

Regina podía joderme la vida, ¡joderme el juego! Pero me daba igual.

Cada vez que sus malditos ojos de tono marrón oscuro me observaban con un brillo especial, la cólera dentro de mí desaparecía. Ella era especial, de eso estaba seguro. Y para nada parecía ser la típica niña de papá, ¡no! Regina era una mujer fuerte y valiente, algo que me gustaba pero que también me atemorizaba.

No quería que se involucrara en temas ajenos a su vida. Mis problemas eran asuntos serios y muy peligrosos para ella.

Cuando llegué a la calle de la residencia de la familia Jones, aparqué el coche y caminé hacia la mansión. Subí con agilidad el muro, salté y me colé entre los arbustos de tres metros. Aún escondido, observé el movimiento de las cámaras, de izquierda a derecha, sin dejar de contar los segundos. Bien, tenía veinte segundos para cruzar el jardín sin ser visto y subir al balcón de la

habitación de Regina. Cuando la cámara empezó a enfocar la esquina derecha, aproveché la situación y salí corriendo de entre los arbustos. Pero los perros de la casa también se animaron, entorpecíendome en la carrera.

—Me cago en la puta. ¡Fuera de aquí! —les ordené, pero los cachorros querían jugar.

¡Uff!, Ethan Jones tenía que mejorar sus métodos de seguridad.

Cuando la cámara empezó a girar hacia el lado izquierdo, me maldije para mis adentros. Corrí con más fuerza y, antes de que la cámara me pillara, salté hacia la pared y me agarré en el soporte de las plantas trepadoras.

Los rottweilers no dejaron de agitar la colita mientras me observan subir por el enrejado metálico que iba pegado a la pared.

Cuando llegué al balcón, salté con facilidad y abrí la ventana con cuidado de no hacer ruido.

La habitación estaba oscura y en silencio, pero agradecí la luz del jardín que entraba por la ventana.

Observé la hora en mi reloj de pulsera: 01:00 a.m.

Cerré la ventana detrás de mí y caminé por el habitáculo, buscando a Regina con la mirada. La cama estaba deshecha lo que me hizo confirmar que ella sí llegó a casa.

Entonces, ¿dónde demonios estaba?

De nuevo, ese sentimiento que tanto odiaba apareció en mi interior. Miedo.

Entré en el cuarto de baño, nada. Entré en el vestidor, nada. Me llevé las manos a la cabeza y me despeiné el cabello con frustración.

William tenía razón. Yo mismo iba a conseguir que mataran a Regina.

De repente, sentí el cañón de un arma en mi espalda. Fruncí el ceño, apreté las manos con rabia y me di la vuelta. Agarré el arma, me coloqué detrás de aquel desconocido y le apunté a la cabeza con su misma pistola.

Tardé como diez segundos en reconocer a Regina.

Luego, tragué saliva con fuerza cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo. Así que, bajé el arma, la agarré por los hombros y la obligué a observarme a los ojos.

Ella, vestida con un pijama largo y de color rosa, me observó con una mezcla de miedo, excitación y confusión.

—Lo siento —balbuceó con el miedo reflejado en la voz, mientras caminaba marcha atrás.

—Querías matarme —confirmé, caminando de nuevo hacia ella.

—No... —susurró con voz temblorosa—. Yo... yo creí que eras... yo pensé que...—murmuró mientras sus manos temblaban con exageración.

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo. Estaba enojado. Ella iba a

matarme.

Cuando Regina se vio acorralada entre mi cuerpo y la pared, se dio por vencida.

—¿De dónde has sacado el arma? —pregunté, olvidándome de lo que estuvo a punto de pasar.

Ella observó la pistola entre mis manos y volvió a clavar su mirada en la mía.

—Me la ha dado Ronald.

Yo abrí los ojos como platos.

Lleno de rabia, aplasté a Regina contra la pared y la agarré por el mentón para obligarla a seguir mirándome a los ojos.

—Queréis deshaceros de mí, ¿verdad? Te ha dado el arma para que me mates —dije, esperando a que ella dijera un sí como respuesta.

Por el contrario, Regina empezó a llorar.

Yo escruté con intensidad cómo las lágrimas corrían por sus mejillas. Quedé paralizado, sin saber cómo actuar. Me sentía fatal por haberla hecho llorar. Sus sollozos me producían una tristeza que ahuecaba por completo mi corazón.

—Creí que eras uno de los hermanos Smith. Ronald me ha dado el arma por si ellos entraban en mi casa —dijo con la voz rota por el llanto—. Estoy poniendo a mi padre en el centro de la diana... —aclaró, rompiendo en un sollozo que hizo encogerme el corazón en un puño—. Prefiero que me matéis a mí y que dejéis a mi familia en paz.

Yo fruncí el ceño con fuerza y la obligué a observarme. Le limpié las lágrimas con los dedos pulgares, rehusándome a que aquello se hiciera realidad.

—Regina, no dejaré que te pase nada malo —le confesé con el corazón en la mano.

¡Y era cierto, joder! Aunque, sinceramente, aún no sabía el por qué.

—¿Y mi padre? —preguntó ella con la voz temblorosa.

Observé sus ojos inundados de lágrimas y su rostro trasfigurado por la emoción. Inspiré fuertemente, tratando de luchar contra aquella mirada que era capaz de hipnotizarme.

—Te prometo que no le haré nada a tu padre —espeté sin preámbulos, pero arrepintiéndome al momento.

Regina abrió la boca lentamente, estupefacta, e hizo algo que nunca pensé: sonreír.

—Gracias... —murmuró—. ¡Gracias!

Ella se abalanzó sobre mí y me abrazó con fuerza. Le importaba más la vida de su padre que la suya.

¡Uff!

Ella era pura, leal.

Sin apenas pestañear, le correspondí el abrazo mientras pensaba en lo que había dicho.

—Te juro que nunca le hablaré de ti a la policía. Te lo juro —susurró, aún abrazada a mí.

Me di cuenta de que ella estaba temblando, y no de frío precisamente. La cargué en brazos, la senté en la cama y encendí la lámpara de la mesita de noche.

Cuando vi sus ojos húmedos y su mirada triste, sentí un nudo en el estómago. Nunca me había importado las lágrimas de ninguna mujer, hasta hora.

Joder.

Odia ver a Regina llorar...

—Gina, no puedo prometerte que otras personas no le harán daño a tu padre —dije, sincerándome de una vez por todas.

Ella negó con la cabeza y yo alcé el dedo índice para que no hablara.

Aunque me costase reconocerlo, aunque me jodiera darle la razón, William estaba en lo cierto. Conocía a los hermanos Smith y sus caprichos. Y, por desgracia, Alex Smith se había fijado demasiado en Regina.

—Ya pensaremos en una solución —le dije, tratando de tranquilizarla y tratando de relajarme a mí mismo.

Si Alex Smith intentara tocar a Regina, yo mismo lo mataría. Para los hermanos Smith no existirían más oportunidades. Ellos no eran buena gente...

Ella se puso de rodillas en el centro de la cama y me amenazó con el dedo índice, volviendo a transformarse en una guerrera.

—Yo no elegí esto, Marc. Debiste dejarme en el Hotel Empire —me recriminó con los ojos llenos de furia—. Si no me hubieras llevado al Cine, nada de esto hubiera pasado. Todo es tu culpa. Tú eres el culpable, joder —dijo, picándome el pecho con el dedo índice.

Yo enarqué una ceja, tratando de controlarme. Tenía razón. Yo mismo la había llevado a la boca del lobo, pero no me arrepentía de nada porque, si no hubiera intervenido en el Hotel Empire, Regina no estaría viva y yo nunca la habría conocido.

Le agarré la muñeca, la tumbé en la cama y me coloqué encima de ella.

—Escúchame bien —le dije con un tono acerado que no pude controlar—. Yo tampoco elegí esto. Es mi culpa, sí, pero créeme cuando te digo que yo soy el que más odia a los hermanos Smith. De todos los planes que tenía en la cabeza para hacer contigo, este no era uno de ellos.

Observé cómo ella tragó saliva fuertemente.

—Sé que ahora corro peligro —dijo con voz firme y seria, sin mostrar un ápice de miedo—. Así que, enséñame cómo usar una de estas —me ordenó, al mismo tiempo que observaba la pistola.

Yo fruncí el ceño.

De todas las contestaciones que podía esperarme de ella, aquello me había tomado por sorpresa.

Suspiré, enojado por la tontería que acababa de decir, y le apunté a la cabeza con la pistola.

Ella no se inmutó, algo que me desencajó por completo. Regina era una caja de sorpresas.

Ella era como un libro: de primeras lo juzgas por su portada, pero cuando ves su interior te sorprendes.

—Ni siquiera le has sacado el seguro —le dije con tono serio y dejé la pistola encima de la mesita de noche—. No sé en qué estás pensando, Regina. Esto no es como ir a un curso intensivo sobre modales en la mesa. Aquí te juegas el pellejo, princesita. Un mínimo fallo... —dije, acercándome a su boca—. Un mínimo error o despiste... —murmuré encima de sus labios—. Y estás muerta.

Antes de que mis labios besaran los suyos, ella interpuso su mano.

—Si tú no puedes prometerme que mi padre estará a salvo, yo misma tendré que protegerlo —dijo, acariciándome los labios con los dedos—. Estoy harta de que me cuiden y de sentirme inútil. Quiero saber protegerme a mí misma y a mis seres queridos —murmuró, muy cerca de mi boca, haciéndome enloquecer por completo. Necesitaba besarla, joder—. Y sí, querido Clayton, un mínimo fallo... un mínimo error o despiste... y estás muerto —dijo, al mismo tiempo que me apuntaba con el arma.

Yo parpadeé varias veces, volviendo a la realidad.

Regina había cogido la pistola sin que me diera cuenta.

—Quieras o no, ahora estoy en tu mundo. Ahora soy partícipe de tu juego, Clayton —dijo, bajando el arma de nuevo—. Sé que no hay marcha atrás. Así que, por lo menos, entréname para lo que pueda venir.

Me humedecí los labios, intentando hablar. Tenía la boca pastosa y la culpa la tenía Regina. Gruñí como un famélico animal salvaje, le saqué la pistola para tirarla al suelo y le tomé la boca en un beso tan voraz que la hice jadear.

No iba negarlo, Regina me ponía a mil por hora y escucharla hablar de aquella manera hacía que se me apretaran los pantalones en la entrepierna.

Deslicé mi lengua entre sus labios y la besé sin dejarle ni un respiro. Ahora mismo, Regina era una combinación perfecta de excitación y sed de venganza. Ambos teníamos que descargar nuestra adrenalina después de haber vivido una noche tan tensa y peligrosa.

Volví a gruñir cuando, inesperadamente, ella se arqueó y frotó su pelvis contra la mía. En ese instante pensé que sería el idóneo momento de hacerla partícipe del cúmulo de sentimientos que ella había despertado en mí.

Sentimientos que ahora mismo sabía cuáles eran.

¡Sí, sentimientos como el amor!

—¿Crees que serás capaz de ser como yo, princesita? —le pregunté con voz ronca y excitada.

—Yo no quiero ser una asesina —me respondió.

Me quité la chaqueta como si ésta estuviera en llamas y le devoré el hueco del cuello, haciéndola gemir.

Le tapé la boca con la mano, ahogando sus gemidos contra la palma, mientras frotaba mi erección contra su entrepierna.

—Ya te dije una vez que ni los buenos son tan buenos, ni los malos son tan malos —murmuré en su oído, antes de atraparle el lóbulo entre los dientes.

Ella deslizó sus dedos, fríos como el hielo, por debajo de mi camiseta y tiró de ella hacia arriba. Yo alcé los brazos y saqué la camiseta por la cabeza.

Regina me observó tan intensamente que podía sentir el calor de su mirada en mi piel.

Sin decir más nada, ella deslizó sus dedos por los tatuajes tribales que tenía dibujados en ambos brazos y pecho.

—Entonces, ¿vas a decirme que robar y matar es de gente buena? —me preguntó con la voz entrecortada sin dejar de acariciarme la piel.

Su dedo índice me recordó a una cerilla y mi piel al raspador de una fosforera.

¡Sí, nuestros cuerpos echaban chispas!

¡El deseo crepitaba a nuestro alrededor!

—No me gusta fanfarronear —dije con un deje irónico que hizo sacarle una sonrisa—. Eso lo descubrirás por ti misma —le dije y, antes de que ella siguiera hablando, le devoré la boca. Su lengua recibió la mía y lucharon entre ellas, sedientas.

Puse la mano debajo de su camisa de seda, le acaricié el vientre y subí hacia sus pechos. Dejé de besarla cuando me di cuenta de que no llevaba sujetador. Sonreí ladino y ella se sonrojó como una niña pequeña. Volví a besarla y, al mismo tiempo, empecé a acariciarle los pezones dibujando círculos en torno a ellos.

Regina volvió a gemir en mi boca y recé en mis adentros para que su padre no la hubiese escuchado. No iba a permitir que nadie nos interrumpiera.

Los dos, aunque nos costase reconocerlo, nos deseábamos. Era algo mutuo e imposible de negar.

Regina tenía que aceptar que le gustaba, y esa noche yo mismo iba a ayudarla a aceptar sus sentimientos.

Le desabroché los botones de su camisa, uno por uno, lentamente, haciéndola

torturar y dejándole un tiempo para que grabara en su cabeza aquel momento.

Abrí la camisa y observé fascinado sus hermosos pechos y no pude retener más el instinto de besarlos.

—Marc —protestó ella cuando atrapé su pezón derecho entre mis labios, saboreándolo como si fuera el caramelo más dulce del mundo.

Volví a mirarla, mientras ella cerraba con fuerza sus ojos y gemía desesperada. Sonreí con malicia y me cambié hacia el otro pecho y tiré de él con chupadas largas y profundas.

Regina ahogó un gemido contra la almohada, revolviéndose inquietamente en la cama.

Me separé de ella para desabrocharme el cinturón. Regina me observó con la mirada inundada de deseo, consiguiendo ponerme más duro de lo que ya estaba.

Me bajé la cremallera sin quitarle la vista de encima, mientras ella esperaba a que terminara de desnudarme.

¡Joder!

¿Por qué su mirada me intimidaba tanto?

Me bajé los pantalones y los calzoncillos hasta las rodillas. Los ojos de Regina se abrieron lo máximo posible y se pasó la punta de la lengua por el labio inferior, haciendo que mi erección casi explotara.

Ella, curiosa, acercó la mano hasta mi miembro viril y lo tocó con suavidad como si éste fuera de cristal.

Yo suspiré de un golpe cuando noté el contacto de las yemas de sus dedos.

—Gina... —murmuré entre dientes y, acto seguido, le saqué los pantalones del pijama y sus braguitas de un golpe.

Ella, asustada por mi reacción tan inesperada como violenta, se tapó la entrepierna con las dos manos.

Sonreí con dulzura y le besé en los nudillos, intentado apartarle las manos.

—Déjame probarte, princesita —le ordené con un deje impaciente en la voz.

La besé en la cara interna del muslo y ella sacó sus manos de allí abajo, dejándome observar su máspreciado tesoro.

—¿Q-qué... qué vas hacer? —me preguntó con voz entrecortada cuando se dio cuenta de que iba a besarla allí abajo.

—Esta vez no quiero usar los dedos, pequeña —le dije, a menos de un centímetro de los rizos negros de su entrepierna—. Esta noche quiero saborearte.

—¡Dios Santo! —expresó ella, al mismo tiempo que se tapaba la boca con las manos mientras yo enterraba mi cabeza en su entrepierna.

Metí mi lengua hasta donde podía llegar y la moví en círculos.

Regina respiró jadeante mientras se estremecía.

—Para, para... —rogó con voz entrecortada mientras su respiración se

volvía errática.

¿Parar?

¡Nunca!

Quería saborear toda su feminidad y, ¡joder!, Regina sabía a gloria.

Me separé de ella y la observé, dándome cuenta de que estaba al borde del orgasmo. Saqué la cartera del bolsillo de mi pantalón y busqué por un preservativo. Rasgué el envoltorio con los dientes, al mismo tiempo que le abría las piernas. Me lo coloqué y, sin más preámbulos, entré dentro de ella con delicadeza.

—¡Ah! —gritó, pero le cubrí la boca con la mano.

Gruñí, dándome cuenta de lo estrecha y apretada que era, o bien, de lo grande que era mi pene para su pequeña entrada. Empujé lentamente mientras nos observábamos a los ojos en silencio y nuestras respiraciones se mezclaban.

Traté de controlarme o terminaría la faena en un minuto.

¡Maldita sea!

Nunca antes me había pasado esto. Era un hombre que solía durar una hora en las relaciones sexuales.

¿Por qué con Regina todo me sucedía al revés?

—Joder... —murmuré entre dientes cuando por fin entré dentro de ella por completo.

Los dos gemimos al unísono y, sin dejar de besarla, la embestí con fuerza, pero al mismo tiempo siendo delicado con ella.

Desesperado, y a punto de llegar al clímax, deslicé las manos bajo ella y le agarré las nalgas para poder sumergirme más en su cuerpo y moverme dentro de ella con fuertes golpes.

Quería que Regina llegara al orgasmo, no iba a permitir que yo llegara antes que ella.

¡No!

Ella se aferró a mis hombros y me clavó las uñas, mientras su respiración se volvía más jadeante.

Yo sonreí y la besé con voracidad.

—Eso es, cariño, no te cohíbas —le murmuré en el oído sorprendiéndome a mí mismo por haber usado aquel afectivo.

«Cariño».

Tan pronto terminé de pensar en lo que había dicho, el cuerpo de Regina se sacudió con toda la intensidad del orgasmo y su entrepierna se tensó alrededor de mi erección.

Eché hacia atrás la cabeza y se cubrió la boca mientras gritaba de placer.

—¡Joder! —grité contra la almohada, mientras mi cuerpo se estremecía.

Apreté las sábanas en un puño para reprimir el impulso de gritar.

¡Joder, nunca había disfrutado tanto con una relación sexual!

Aún dentro de ella, la observé con la respiración entrecortada y completamente sudoroso. Sus mejillas estaban ardiendo, su pelo cortado a media melena estaba revuelto como un nido de pájaros y sus ojos cansados.

Me tumbé a su lado, la tapé con la sábana y le acaricié la mejilla. Me sentía como en casa.

¡Sí!

Me sentía relajado y tranquilo, sin problemas. Hacía años que no me sentía así, desde la muerte de mi madre.

—Lo que acabo de hacer no está bien, y lo sé —dijo ella con voz casi inaudible y al borde del llanto—. Pero no puedo negar lo que siento por ti. Eres peligroso, pero me gustas tanto que incluso me asusta...

Sus párpados se cerraron lentamente y se quedó dormida. Regina estaba agotada. Yo observé sus facciones con admiración, como si tuviera frente a mí la reliquia más importante del mundo entero.

Le aparté los mechones sudados de la frente y, sin ser conscientes de mis actos, la besé en la nariz.

No quería verla llorar, sabía que todo esto era demasiado complicado para ella. Yo, en su situación, no sabría cómo hubiera actuado. No era fácil, y la entendía. Pero ella misma me lo había dejado claro: «quieras o no, ahora estoy en tu mundo. Ahora soy partícipe de tu juego, Clayton».

Y sí, ella tenía toda la razón. Las tácticas de mi juego iban a cambiar...

¡Porque mantener a salvo a Regina Jones iba a ser mi principal prioridad!

REGINA

El almuerzo fue silencioso e incómodo para mí. El ruido de los tenedores y las cucharitas reemplazaron a la conversación.

Cuando mi padre tocó a mi puerta por la mañana temprano para que bajara a desayunar, Marc ya no estaba en mi cama y lo había agradecido. No quería que a mi padre le diera un síncope si nos viera desnudos. Pero cuando traté de levantarme, sentí mis aductores tensos como si hubiera montado a caballo.

¡Puf!

La habitación olía a sexo, mi cuerpo estaba sudado y tenía unos pelos de loca. No, definitivamente, no bajaría a desayunar así.

Y eso hice, esperé a la hora del almuerzo.

Corté un trozo de bistec y me lo llevé a la boca mientras pensaba en lo que había sucedido por la noche. Intenté no levantar la cabeza. No quería coincidir la mirada con nadie, y menos aún con la de mi padre. Tenía miedo de que mis ojos delataran lo que estaba pensando en aquellos momentos.

—Estás muy callada, cariño —habló mi padre—. ¿Tuviste una noche muy movidita?

Casi escupí la comida y empecé a toser enérgicamente.

Agarré la copa de agua y la bebí de un trago, mientras mis mejillas se encendían como dos farolillos.

Isabella y Olivia me escrutaron con una ceja enarcada. No eran tan tontas como aparentaban ser. Algo se olían, y no, no habían estado en mi habitación...

—Bueno, fue una noche normalita —dije, sonando poco convincente.

¿Normalita?

¡Puff!

Lo que me estaba pasando era de todo menos normal.

—¿Y qué tal con Mathew Connor? —preguntó Olivia con un deje de curiosidad.

Yo giré la cabeza y la observé seriamente. Con Olivia había que tener la alarma puesta, ella no era de fiar. Su mente nunca dejaba de maquinarse ideas para derrumbarte en el momento menos esperado.

—Bien. Mathew es un caballero —contesté, tragando saliva con fuerza.

Ella sonrió ampliamente. Sabía que detrás de su blanca y falsa sonrisa se

escondía una mujer mezquina.

—Claro... —murmuró ella.

—Mathew Connor me cae bien —concluyó mi padre, al mismo tiempo que cortaba el filete—. Es un hombre hecho y derecho. Un hombre de verdad, y no un niño malcriado.

—Ni siquiera lo conoces, Ethan —habló Isabella, aparentemente molesta, mientras revolvía su ensalada mixta de mala gana.

—Le salvó la vida a mi hija —respondió él contundente—. Eso dice mucho de él como persona —dijo, cruzando los dedos bajo el mentón.

Me revolví incómoda en el asiento.

No me gustaba mentir a mi padre. Y, precisamente, él no era muy bueno con las primeras apariencias de las personas. Solía equivocarse con la gente, y una de las pruebas era su actual mujer.

—Esperemos que la pequeña de la casa tenga mejor suerte eligiendo novio. Supongo que no queremos otro Marco en la vida de Regina —dijo Olivia con un tono despojado de todo matiz.

—Sabéis que está tajantemente prohibido decir su nombre en esta casa. No lo quiero ver ni en pintura —ordenó mi padre, dejando el tenedor sobre la mesa y observando la hora en su reloj de pulsera.

—Pues vamos a tener que verlo este fin de semana durante la cena —dijo Olivia, insistiendo en el tema.

Yo parpadeé varias veces, tratando de centrarme en la conversación.

—¿Qué cena? —pregunté, haciendo caso omiso a las provocaciones de mi hermanastra.

Mi padre se levantó del asiento y vistió su chaqueta de traje.

—Cariño, este sábado estamos invitados a la inauguración del restaurante de Elías. Pero, por desgracia, en la cena estará ese cabrón —explicó, al mismo tiempo que rodeaba la mesa y se acercaba a mí—. Pero no te preocupes, hablaré con Elías para que le prohíba la entrada a ese desgraciado. Y estad tranquilas, porque el edificio estará bien vigilado.

Yo dejé el tenedor en el plato y me levanté para quedar a su misma altura, o al menos intentarlo. Mi padre era un hombre bastante alto y, para la edad que tenía, estaba muy bien físicamente.

—Papá, la presencia de Marco no me molesta porque me es indiferente. Para mí es como si no existiera. No busques problemas de negocios por estas tonterías. ¿Está bien? —le dije, agarrándolo del hombro.

—Entonces, pregúntale a Mathew si quiere acompañarnos a la cena. Le debo la vida —volvió a hablar él y yo abrí la boca estupefacta.

—Papá...yo...

—¿¡Qué!? —gritó Olivia, al mismo tiempo que se levantaba del asiento y arrastraba la silla hacia atrás—. Eso es totalmente injusto, Ethan. Yo nunca he podido llevar un acompañante a las comidas y cenas de negocios.

—Mi hija tiene razón, Ethan —habló Isabella, también incorporándose del asiento.

Mi padre y yo las observamos en silencio y aproveché aquella situación para convencer a mi padre de que no era buena idea llevar a Marc a la inauguración.

Maldita sea, no quería involucrar más a Marc en mi vida ni arriesgarme a que le hicieran daño a mi padre.

Además, ¿con qué cara iba a verlo ahora después de lo que hicimos anoche?

¡Uff!

—Papá, ellas tienen razón —dije con sinceridad—. No te preocupes tanto, todo estará bien.

Él me sonrió con dulzura, me apartó un mechón de pelo y me besó en la frente.

—Por la noche hablaremos de esto. Ahora tengo que ir a las oficinas. Te he dejado el trabajo encima del escritorio. No hay prisa, pero a ver si somos capaces de terminarlo antes de esta semana —me dijo, antes de despedirse de nosotras tres y abandonar el salón.

Yo quedé estática, en la misma posición, mientras pensaba, una y otra vez, en las caricias y en los besos de Marc.

¡Puff!

Marco Abante era un cero a la izquierda en comparación con Marc. Por una parte, sí que quería que Marc nos acompañase a la cena. Estaba harta de que la gente pensara que no había superado la ruptura con Marco cuando, en realidad, fui yo quien cortó con él.

De repente, Olivia me agarró del brazo y yo volví a la realidad.

—Espero que no llesves a tu noviecito a la cena, Regina —me ordenó con un tono amenazante en la voz—. No querrás que nuestro papi descubra que Mathew Connor no es un buen hombre. Se ve tan ilusionado... ¿te imaginas si descubre que su niñita sale con un narcotraficante? Le romperías el corazón en mil pedazos.

Yo abrí los ojos como platos mientras el corazón se me desboca como un caballo a galope.

No, no, no.... ¡Olivia no sabía lo que estaba diciendo! Había hecho una promesa con Marc Clayton y no podía incumplirla.

—¿Me estás escuchando? —me preguntó, ejerciendo más fuerza en el brazo y clavándome las uñas postizas en la piel—. No voy a quedar como una estúpida en la cena. ¿Qué dirán los empresarios si me ven sola y sin acompañante? Seré el

hazmerreír de todo el mundo, y ese papel no me corresponde a mí, sino a ti.

Fruncí el ceño con fuerza y la observé a los ojos.

¿Por qué demonios no me defendía?

Ayer por la noche había golpeado a un borracho y le había plantado cara a Ronald.

Entonces, ¿por qué en mi casa seguía actuando como una gatita domesticada? ¿Por qué no liberaba a la leona enjaulada en mi interior como lo hice en la discoteca?

—¡Regina! —gritó desesperada Isabella, agarrándome también del brazo.

Arrugué la frente cuando sentí una pequeña punzada de dolor en la piel.

Me estaban haciendo daño.

—¿Has escuchado a mi hija? —preguntó ella, esperando a que contestara.

Yo asentí con la cabeza, sin poder hablar. Tenía un nudo en la garganta.

—Así me gusta —murmuró Isabella con una sonrisa forzada—. Ahora vete de mi vista. Va a llegar la esteticien a hacernos la pedicura. No quiero que tu presencia nos moleste.

Yo apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo, reprimiendo el impulso de insultarlas. Me mordí la lengua y me alejé del salón para encerrarme en mi habitación.

Mi padre no tenía ni la menor idea de que tenía en casa a dos lobas vestidas de cordero.

Estaba harta de las falsas apariencias de la gente. Marco, Isabella, Olivia... gente que, a primera vista, parecían educados y respetuosos.

¡Pero todo era mentira!

Cuando entré en la habitación, cerré la puerta de un portazo. Observé la cama y la idea de tirarme en ella para llorar de la impotencia se me hizo tentadora... ¡pero no iba a hacerlo! Era una nueva Regina, o por lo menos lo era fuera de mi casa.

Volví a observar la cama y mi reacción, ahora, fue muy distinta. Tragué saliva cuando sentí la garganta seca y me pasé la lengua por labios sin dejar de pensar en Marc completamente desnudo.

Sacudí la cabeza para alejar cualquier tipo de pensamiento impuro y caminé hacia mi vestidor. Me observé en el espejo seriamente y me examiné: vestido de flores rosas y verdes.

«Tu mundo de princesas y hadas es muy distinto al mundo real», habló la voz de Marc como si estuviera detrás de mí.

Sí, no iba a negar que mi mundo era demasiado perfecto y aburrido. Pero eso no implicaba que me gustase. Quería vivir la vida y ahora tenía la oportunidad de hacerlo. Vale. Nunca habría elegido la compañía de una banda de criminales

para salir de mi zona de confort, pero no había vuelta atrás. En vez de quedarme en casa llorando, debía afrontar las cosas de cara.

«Entre tú yo, Regina, ¿de verdad quieres salir afuera para vivir la vida o para ver de nuevo a Marc Clayton?», preguntó la vocecita de mi conciencia.

—¡Ah! —grité con frustración y me saqué el vestido por la cabeza.

Agarré unos vaqueros y una sudadera color rosa con capucha. Luego de vestirme eso, calcé unos deportivos cómodos y me volví a observar en el espejo sin dejar de asentir con la cabeza.

¡Estaba lista! ¡Iba a hacerlo!

«Regina, piensa mejor las cosas», me regañó la voz de mi interior.

Me acerqué a la mesita de noche, abrí el cajón y agarré la pistola de Ronald. Ayer parecía más confiada sujetando el arma entre mis manos, pero hoy estaba más asustada. La guardé bajo la cintura del pantalón y tomé una enorme bocanada de aire, antes de salir de mi habitación.

Bajé las escaleras en silencio sin ser vista. Escuché las risas de Isabella y Olivia, mientras la esteticien les hacía la pedicura. Volví a morderme el interior de mi mejilla, reprimiendo la cólera que hervía en mi interior.

¡Ellas dos se estaban aprovechando de mi padre!

Salí afuera y entré en el garaje. Observé la colección de coches de mi padre y elegí el más «discreto» de los que había: un Mercedes clase c coupé. Motor gasolina C300 de doscientos cincuenta y ocho caballos. Un perfecto rival para el Jaguar XE y el Audi A4.

Entré dentro del auto, lo encendí y salí del garaje hacia el portalón de la casa.

—¿Señorita Jones? —preguntó uno de los vigilantes de seguridad por el altavoz de la cámara.

Yo bajé la ventanilla e hice un gesto con la mano para que abriera el portalón de una vez por todas, antes de que me arrepintiera.

«¿Lo ves? Esto es una señal. Vuelve a casa, Regina», volvió a hablar la pesada vocecita de mi interior.

El chico de seguridad debió de dudar por unos instantes, porque no dijo ni hizo nada. Nadie salía de casa sin el permiso de mi padre o, por lo menos, sin antes notificárselo a él. Ethan Jones era bastante controlador con todo, y él se justificaba diciendo que simplemente era protector.

Apreté el volante con fuerza, mientras gotas de sudor frío corrían por mi espina dorsal.

Pum.

El ruido del motor hizo que sonriera ampliamente y, sin esperar a que el portalón se abriera del todo, salí de allí a toda mecha.

Me sudaban las manos y mi corazón parecía que iba a salirse del pecho.

Estaba tan nerviosa que ni me di cuenta de hacia dónde me dirigía.

Frené en el arcén, tomé una bocanada de aire y traté reprimir la risa nerviosa. Volví a sentir la adrenalina correr por mis venas y los nervios apretándome el estómago. El peligro me hacía sentir viva, y eso me gustaba.

—Vale, ya está. Lo he hecho —pensé en voz alta—. Puedo hacerlo. Tengo un buen sentido de la orientación. Sé llegar al Cine, sí.

Volví a pisar el acelerador, haciendo rugir el motor del coche, y me incorporé en la calzada, un poco más segura de mí misma.

Mientras manejaba pensé en Marc y en su reacción cuando me viera allí. Sabía que podía ponerme en graves problemas, pero ¡demonios!, yo ya estaba con el agua hasta el cuello y lo que tenía que hacer era nadar y no ahogarme. No iba a esperar a que mi padre le pasara algo malo. Tenía que estar preparada para cualquier cosa.

¡Quería ser respetada por todo el mundo como Marc Clayton!

Después de conducir durante diez minutos, llegué perfectamente a la explanada donde estaba el Cine. Lógicamente, no había nadie a comparación de ayer por la noche.

Cuando aparqué el coche, salí y sentí cómo el vello de mis brazos se erizaba momentáneamente. Los nervios me subieron por el estómago arriba y el culpable de aquellas reacciones en mi cuerpo era Marc Clayton.

Tragué saliva con cierta dificultad mientras caminaba hacia la entrada del Cine. Cada paso que daba me parecía volverse más pesado, como si tuviera cadenas en los tobillos.

Cuando entré, el ambiente parecía totalmente distinto a lo que vi ayer por la noche. Todo estaba tan tranquilo y en silencio que incluso asustaba. Seguí caminando sin dejar de observar todas las esquinas de la enorme sala, buscando por alguien.

No había nadie: ni los camareros, ni ningún borracho durmiendo en el suelo, ni siquiera estaban los hombres de Marc.

—Hahahaha.

Giré sobre mis talones, sobresaltada, y saqué el arma de mi pantalón para apuntar hacia la nada. Fruncí el ceño con fuerza, pensando en si los nervios me estarían jugando una mala pasada.

No había nadie en la discoteca, ¡punto!

—Hahahaha.

Volví a escuchar las estridentes carcajadas y, ahora, supe que venían de la planta baja de la discoteca. Del mismo lugar donde me tuvieron secuestrada.

Empujé la puerta de vaivén del pasillo y entré. A medida que me aproximaba, las risas se escuchaban mejor.

Cuando llegué al final del pasillo, observé la puerta que me llevaría al sótano. Observé la pistola y pensé en si sería buena idea entrar con ella. Los hombres de Marc se sentirían atacados y podrían dispararme.

«Ni siquiera sabes sacarle el maldito seguro», se burló la voz de mi interior.

—Vaya, vaya... —habló alguien detrás de mí—. Mira a quién tenemos aquí.

Yo me giré lentamente, al mismo tiempo que apuntaba a aquel desconocido con la pistola.

Cuando me encaré con él, mis ojos se abrieron como platos.

¡George!

Él observó la pistola entre mis manos y sus facciones se tensaron. Yo traté de reprimir una risa, a pesar de la tensión.

La última vez no vacilé en dispararle y, sinceramente, ahora tampoco dudaría en hacerlo.

—Yo que tú bajaría la pistola —me ordenó con las manos en alto.

—¿Y dejar que me hagas daño? No, no me convence tu idea —le respondí, tratando de sonar firme.

Si quería ganarme el respeto de aquella gente, debía creer en mí misma.

—Te crees muy importante por ser la nueva putita del jefe, ¿verdad?

George enseñó sus dientes amarillos en una sonrisa mezquina.

—Te estás ganando una bala en los huevos —respondí sin apenas reconocerme a mí misma.

Estaba nerviosa y llena de miedo, pero al mismo tiempo sentía una profunda excitación que me impedía largarme de allí corriendo.

—Me da igual si Marc dice que eres intocable. Sé que nos vas a joder el trabajo que tantos años nos ha costado planificar —murmuró él entre dientes, al mismo tiempo que bajaba las manos y las incorporaba dentro de los bolsillos de su chaqueta—. No voy a permitir que una niñata nos lleve a la cárcel.

—¿Qué coño estás haciendo? —pregunté, casi gritando, mientras sacudía la pistola en el aire—. Saca las manos de ahí, ¡ahora!

Tan pronto terminé la frase, George sacó una pistola mucho más pequeña que la mía, pero no menos intimidante. Aquella arma hacía el mismo daño que la mía, de eso estaba segura.

—¿Ahora qué, niñita de papá? —inquirió él con sorna, sin dejar de sonreír.

Yo respiré hondo, tratando de calmarme. Ponerme nerviosa, en ese preciso momento, no me ayudaría para nada.

¡Tenía que pensar en un plan!

—No sé cómo tienes los santos ovarios de venir aquí sola sin Marc —dijo con las facciones completamente duras—. Podría matarte y justificar mi acto como un accidente. Así de simple —comentó, apuntándome a la cabeza con su

pistola.

«Te lo dije, Regina. Esto era una mala idea», comentó la vocecita de mi interior.

¡Maldita sea!

¿Cómo que Marc no estaba en el Cine? Entonces, ¿dónde demonios estaba? De repente, la bombilla en mi cabeza se encendió.

Marc Clayton era el único que podía obligar a sus hombres a hacer el pino puente en el borde de un precipicio.

¡Todo el mundo le tenía miedo!

—Marc... —murmuré con una sonrisa, desviando la mirada hacia la puerta de vaivén.

Actué tan bien que el idiota de George giró la cabeza para ver si Marc también estaba allí. Por supuesto, no había nadie en el pasillo.

Así que, aproveché la distracción de George, abrí la puerta y bajé las escaleras corriendo.

—¡Maldita perra! —gritó George, enajenado por la ira.

Cuando bajé todos los escalones, escuché los pasos de George detrás de mí. Seguí corriendo por aquel pasillo húmedo y lleno de musgo. Quedé quieta y traté de escuchar las risas otra vez. Giré la cabeza hacia la izquierda y observé una de las puertas entre abiertas.

—¡Te voy a matar! —volvió a chillar George.

Sin pensármelo más veces, empujé la puerta y caí de bruces en la pequeña habitación.

El suelo estaba cubierto por una alfombra de color morado y el ambiente en aquel habitáculo era mucho más cálido. Alcé la vista, aún de rodillas en el suelo, y observé un pequeño, pero acogedor salón. Había dos sofás enormes, una tele de cincuenta pulgadas, nevera y una mesa de madera. Y allí, sentados en el sofá, estaban la chica rubia del primer día, Lexi, William y Ronald.

Todos me observaron con cierta confusión, excepto Ronald quien no dejó de escrutarme con enojo.

De repente, la puerta se volvió a abrir y golpeó la pared, casi rompiéndola en dos.

Sobresaltada, me incorporé de un golpe y apunté con la pistola a George.

—¿Pero qué coño está pasando aquí? —preguntó William con las manos en alto—. George, baja la puta pistola.

—No hasta que esta furcia esté muerta. ¿Sabes por qué tenemos alfombras de color morado? —me preguntó él, pero yo no respondí. Ni siquiera pestañeeé. Estaba concentrada en seguir apuntándolo con la pistola—. Porque así, la sangre se camufla y pasa desapercibida.

—¡Ya basta, tío! —gritó William, otra vez, acercándose hacia nosotros, pero George disparó al suelo cerca de los pies de Will—. ¡Joder! ¿Estás loco?

Observé de soslayo cómo William quedó petrificado en el mismo sitio, mientras la alfombra echaba humo debido a la bala.

Mi corazón empezó a latir demasiado rápido.

—No, los locos sois vosotros. Ella sabe demasiado sobre nuestro trabajo. Nos va a delatar. Yo no quiero ir a la cárcel.

—George tiene razón —comentó la rubia explosiva—. Yo voto por matarla. Tenemos también derecho a tomar decisiones. Vamos, chicos, Marc no tiene por qué enterarse.

Se hizo un silencio sepulcral.

Solo se oían mis jadeos. La había cagado. Estaba perdida.

—Regina —habló Ronald, consiguiendo captar mi atención. Yo lo observé de reojo y no pude sacar mi mirada de su cicatriz—. Acuérdate de lo que te dije en el coche.

—¿De qué coños estáis hablando? —preguntó un poco alterado George, desviando su mirada hacia Ronald—. ¿Qué coño le estás diciendo?

—Hazlo —me ordenó Ronald, haciendo caso omiso a las preguntas de su compañero.

Fruncí el ceño con fuerza, recordando las explicaciones de Ronald de cómo usar la pistola. Observé un pequeño botón, junto al gatillo, y lo accioné hacia adentro. Le había sacado el seguro, tal y como Ronald me lo explicó ayer en el coche. Pero George se dio cuenta de lo que estaba haciendo y, antes de que yo pudiera volver a apuntarle a la cabeza, se escuchó un disparo.

La mente me hervía de ideas, mi cuerpo temblaba de miedo y mi corazón palpitaba velozmente. Así que, cerré los ojos con fuerza, esperando a que un dolor agudo me atravesara el cuerpo entero. Pero, por el contrario, fue George quien comenzó a gritar de dolor.

Abrí los ojos y sentí cómo el aire se helaba en mis pulmones. George cayó lentamente de rodillas en el suelo y una mancha roja apareció en su camiseta. La sangre comenzó a brotar profusamente de aquella herida de bala. Giré la cabeza, horrorizada, y observé cómo salía el humo del cañón de la pistola de Ronald.

Él clavó su mirada en la mía y sentí algo extraño. Su mirada siempre auguraba sangre, pero ahora mismo sus ojos mostraban preocupación.

—¿Qué has hecho? Lo has matado... —habló la rubia, totalmente horrorizada.

Ronald desvió su mirada de mí y la clavó en ella, volviendo a transformar su cara.

—¿Quieres hacerle compañía, Samantha? —le preguntó Ronald con tono

acerado y la rubia negó con la cabeza sin dejar de apretar los dientes.

Ella pasó por mi lado y me regaló una mirada fría y llena de rencor. Luego observó el cuerpo inerte de George y se largó de allí.

Yo, por el contrario, quedé paralizada como una estatua. No sabía qué decir. Me sentía mal conmigo misma porque, por dentro, sentí un alivio de ver a George muerto.

¡Joder, él estuvo a punto de matarme!

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Ronald a William cuando éste empezó a buscar por algo en los bolsillos de su chaqueta.

—Tengo que avisar a Marc de lo que acaba de suceder —contestó, saliendo del habitáculo con el teléfono en la oreja—. Demos gracias al cielo de que no te haya pasado nada, o Marc nos habría matado a todos, uno por uno —me dijo, antes de salir por la puerta.

Yo clavé la mirada en la salida, sintiendo que el aire que entraba en mis pulmones no era suficiente.

Alguien me tocó el hombro y yo me giré sobresaltada, apuntándolo con la pistola.

Ronald frunció el ceño y me bajó el arma lentamente.

—No olvides que la pistola ya no tiene el seguro puesto —dijo, sacándome el arma de las manos y accionando el botón.

Lexi se acercó a mí con parsimonia, como si ver morir a alguien fuera algo de lo más común en esta vida.

—¿Estás bien, Regina? —me preguntó, mostrando cierta preocupación en su rostro.

«¡Sí, estoy genial! ¡Estupenda!», pensé irónicamente.

—Tú... tú no eres camarera, ¿verdad? —murmuré en apenas un hilo de voz.

—No iba a contarte toda la verdad. Nadie sabe a qué nos dedicamos realmente, excepto tú —respondió ella cruzándose de brazos—. Nunca pensé que Marc pudiera arriesgar su propio pellejo por una tía. Sí que debes de ser muy importante para él...

Yo negué con la cabeza e intenté hablar.

—No voy a contar nada a la policía, ni a nadie —contesté seriamente—. Hice un trato con Marc. Si él lo cumple, yo no os delataré.

Lexi asintió con la cabeza, mientras Ronald me escrutaba con intensidad.

—No tienes por qué darme explicaciones —dijo ella, al mismo tiempo que me acariciaba el brazo—. Yo no te quiero matar, Regina.

—Vaya... ¿debería darte las gracias? —hablé con voz insegura y temblorosa, consiguiendo arrancarle una sonrisa a Lexi.

—No somos asesinos —dijo ella y cuando yo observé a George desangrado

en el suelo, ella chasqueó con la lengua—. Ronald no ha asesinado a George. Simplemente «ha sacado la basura» —comentó Lexi, al mismo tiempo que desenvolvía un chicle.

Observé a Ronald con curiosidad mientras él seguía examinándome con la mirada.

—En el Hotel Empire había gente herida de bala. Robáis, matáis y os dedicáis al tráfico de drogas —comenté seriamente, rehusándome a que aquella gente justificara sus actos.

Lexi hizo un globo con el chicle y lo explotó.

—El lema de Marc es: robar al ladrón y matar al asesino —dijo ella, golpeando el cuerpo de George con la punta del pie—. Y no, no somos narcotraficantes.

—Pero... —carraspeé para evitar cualquier chillido vergonzoso—. William me dijo en la noche del Hotel Empire que teníais «panaderías». Que usabais la mejor «harina» del mercado.

—Eso lo decimos en las malditas reuniones de negocios para encajar con los empresarios más corruptos y ver quién cae en el puto «señuelo» —comentó Ronald con rabia en la voz—. ¿De verdad piensas que toda esa gente importante con la que te rodeas son personas honradas y de fiar? Las apariencias engañan, Regina. Ni los buenos son...

—Son tan buenos, ni los malos son tan malos —murmuré, terminando la frase por él.

Lexi y Ronald fruncieron el ceño, visiblemente confusos. Sí, Marc ya me lo había dicho más de una vez.

Volví a observar el cuerpo de George y sentí un escalofrío. Me abracé a mí misma y bajé la vista.

—¿Por qué has venido sola? Está claro que Marc no te esperaba aquí —preguntó Lexi con curiosidad.

Yo, sin levantar la mirada, contesté:

—Aunque no lo aceptéis, ahora mismo soy una más del grupo. Por lo menos, cómplice de ciertos actos —dije, observando de soslayo a George. Sentí la bilis subir por la garganta y luché para tragármela—. Pero no voy a permitir quedarme de brazos cruzados y llorar contra un rincón, rezando para que todo esto pase. No —dije, ahora alzando la mirada—. Quiero que me entrenéis y me enseñéis a usar un arma. No quiero sentirme desprotegida e inútil. Vosotros lo habéis dicho: las apariencias engañan. Y yo no soy una niña de papá —comenté con voz seria—. No voy a permitir que vosotros ni los hermanos Smith hagáis daño a mi familia porque si les llegáis a tocar un pelo, yo misma os mataré.

No sabía si me había pasado de la raya hablándoles así, pero lo que había

dicho era cierto. Si supiera usar una maldita pistola o defenderme por mí misma, nada de esto hubiera pasado.

Tal vez George no hubiese terminado muerto.

«Sí, tal vez George no hubiese muerto, pero tú sí», me regañó la voz de mi conciencia.

Esperé a la reacción de Ronald, ya que era la que más me asustaba. De repente, las comisuras de sus labios se alzaron en una media sonrisa. Nunca lo había visto sonreír de aquella manera.

—Ahora entiendo por qué Marc se ha fijado en ti —comentó Lexi con una sonrisa amplia—. ¿Qué opinas tú, Ronald?

Esperé a que Ronald hablase. Quería saber qué opinaba de todo esto. Él me había dejado bien claro que me quería ver muerta, pero nuevamente me había salvado la vida.

Antes de que Ronald abriese la boca, William entró en el habitáculo con pasos largos y sonoros.

—Marc está de camino. Ya os aviso que viene de malas pulgas —dijo y luego clavó la mirada en mí—. Tú tampoco te salvas, Regina. Dice que lo esperes en su despacho. ¡Chicos! —ordenó William y, automáticamente, entraron dos hombres y se llevaron el cuerpo de George.

Parpadeé varias veces, tratando de aclarar la visión. Todo había sucedido tan deprisa...

—La culpa ha sido mía. Además, todos teníamos pensado deshacernos de George. Era un psicópata, no encajaba en nuestra banda —comentó Ronald con los puños apretados.

—Todos sabemos cómo era George —dijo William—. A mí tampoco me gustaba. Por su culpa, una persona inocente resultó herida en el Hotel Empire. Algo que nunca debió suceder.

Yo presté atención a la conversación, sorprendida de escucharlos hablar de aquella manera. Ahora podía entender la expresión de Lexi: «Ronald no ha asesinado a George. Simplemente ha sacado la basura».

—Tú —dijo William, señalándome con el dedo índice—. Sígueme —me ordenó, dándome la espalda y saliendo de la habitación.

Antes de que diera un paso, Ronald me agarró del brazo y yo lo observé con la confusión reflejada en el rostro. Volví a clavar la mirada en su cicatriz y me sentí tentada a acariciársela.

Él, sin decir nada, me sonrió débilmente y yo asentí lentamente, estupefacta por su inesperada reacción.

—Regina —volvió a hablar William, esperándome bajo el marco de la puerta—. No quiero que Marc use mis pelotas como decoración para su árbol de

navidad.

Yo corrí hacia la salida y miré hacia atrás, por encima de mi hombro. La sonrisa de Lexi me tranquilizó, pero la mirada seria de Ronald me preocupó.

William me agarró del brazo cuando se dio cuenta de que no caminaba tan deprisa como a él le hubiese gustado. Me arrastró al final de un pasillo más apartado, abrió la puerta y me ordenó que entrara.

—Por el bien de todos, no salgas de esta habitación. Marc estará aquí, en menos de cinco minutos. Si necesitas algo, pulsa el botón rojo de ese teléfono —dijo William, antes de largarse de allí.

Cuando la puerta se cerró, yo quedé paralizada en el centro de aquel despacho. Observé cada rincón: un enorme escritorio negro, una silla del mismo color, dos ordenadores sobre la mesa, un sillón en la esquina y una planta tan seca que parecía yesca.

Volví a abrazarme a mí misma, tratando de dejar de pensar en George. Saber que él no había sido una buena persona, hizo que ya no sintiera remordimientos en mi cabeza.

«¿Tú también te vas a justificar como lo hacen ellos? ¿Robar al ladrón y matar al asesino?», habló la voz de mi interior.

No, no me estaba justificando. Simplemente estaba diciendo una verdad. En las noticias se escuchaban barbaridades relacionadas con violaciones, asesinatos... Y, cada vez que en la tele sonaba una de esas noticias, mi padre decía siempre lo mismo: «Si alguien le hace algo a mi hija, yo mismo lo mato».

A veces, la justicia no era tan justa como a nosotros nos gustaría que fuera. Y, por desgracia, el dinero lo compraba todo.

¡Sí, la actual sociedad daba asco!

«¿De verdad piensas que toda esa gente importante con la que te rodeas son personas honradas y de fiar?», recordé la frase de Ronald.

Cerré los ojos sin dejar de pensar en cada detalle y cada frase que se dijo en la otra habitación. Ahora podía enlazar cabos sueltos, pero aún tenía demasiadas preguntas rondando en mi cabeza. Y no, aquello no implicaba que dejara de pensar que Marc no era un criminal.

No por ahora...

—¡Que alguien me explique qué cojones ha pasado aquí! —gritó Marc en el pasillo y yo me sobrecogí de miedo. Su voz sonaba enfadada, muy enfadada me atrevería a decir.

Yo seguí con la mirada clavada en la puerta, esperando a que él apareciese en cualquier momento.

—La chica vino aquí sola, Marc —habló William con un tono más tranquilo—. George quería matarla, pero Ronald se lo impidió.

—¿Por qué la dejasteis entrar aquí? —volvió a alzar la voz Marc, consiguiendo que todo el mundo quedara en silencio—. ¡Me ausento un par de horas y esto es lo que pasa! —siguió gritando sin calmar sus nervios—. ¿Dónde está ella? —preguntó y, acto seguido, se escuchó un golpe contra la pared del pasillo.

—La he llevado al despacho, tal y como me lo has ordenado —contestó William y, de repente, se escucharon unos pasos acercándose a mi dirección.

—Mierda... —murmuré en voz baja, caminando marcha atrás.

Pum.

La puerta se abrió y ésta rebotó contra la pared. Pensé que cuando volviera a ver a Marc me sentiría avergonzada por lo que hicimos juntos la última noche, pero en esos instantes tenía miedo.

Él cerró la puerta y me escrutó de arriba abajo. Incluso cabreado se veía sexy.

¡Maldita sea!

Marc se sacó la chaqueta con cierta violencia, la arrojó al sillón y caminó hacia mí.

—¿En qué cojones estabas pensando? —me preguntó sin rebajar su tono de voz.

«En ti», quise responder.

—George pudo haberte matado —comentó, apretando los puños a ambos lados de su cuerpo.

—P-pero ahora... él... él está muerto —contesté con la voz entrecortada.

—Que George esté muerto no significa nada, Regina. Hay gente mala en cada maldito rincón de este mundo —me explicó con los ojos llenos de rabia.

—Por eso he venido aquí —dije con voz seria—. Quiero que me entrenes. Si supiera usar un arma o defenderme por mí misma, nada de esto hubiera sucedido.

Marc echó la cabeza hacia atrás y suspiró con frustración. Se tiró del pelo y masculló un par de improperios.

Estaba nervioso.

¿De verdad tanto le importaba mi vida?

—¿Crees que por saber usar un arma vas a estar protegida? —me preguntó y aquello me tomó desprevenida. Tenía razón—. George era muy bueno con la puntería y, mira, ahora está muerto. No tienes ni idea de lo que estás diciendo, Gina...

—¡Sé perfectamente de lo que estoy hablando! —alcé la voz demasiado alto—. Yo no elegí esto, Marc. No pienso vivir escondida ni atemorizada porque el jefe de una banda criminal se haya encaprichado conmigo —dije, sin

pensármelo dos veces—. Lo acepte o no, ahora soy cómplice de asesinato. Yo misma iba a matar a George... —murmuré, al borde del llanto, siendo consciente de la gravedad del asunto.

Nunca pensé que mi vida iba a tener un cambio tan radical. Siempre creí que lo más arriesgado que iba a hacer en toda mi vida sería jugar a la bolsa, pero no intentar matar a un hombre ni querer aprender a usar un arma.

El silencio de Marc me produjo inquietud, incluso había acabado por irritarme.

—¡Joder, di algo! —exclamé, casi perdiendo los nervios.

¿A quién quería engañar? ¿A mí misma?

¡No!

Quería aparentar ser fuerte, pero George había muerto delante de mis propias narices. Era la primera vez que había visto morir a alguien o, mejor dicho, era la primera vez que veía cómo asesinaban a alguien.

Marc se abalanzó sobre mí y me abrazó con fuerza. Entonces, acercó sus tentadores labios a mi oreja y me susurró muy bajito, casi imperceptible:

—No estoy encaprichado contigo, Gina. Me gustas demasiado, tanto que incluso me asusta. Y creo que te lo he demostrado ayer por la noche —Su aliento me hizo cosquillas en la oreja y, sin quererlo, me sonrojé como un semáforo en rojo cuando recordé lo que hicimos en mi propia cama con mi padre en casa—. Ahora mismo estoy muy cabreado, pero estoy haciendo grandes esfuerzos por controlarme —dijo, al mismo tiempo que me agarraba del mentón y me observaba a los ojos con intensidad—. La idea de perderte me atormenta, y cuando William me llamó al teléfono, mi corazón se cerró en un puño. Sé que parece de locos y que apenas nos conocemos, pero es la pura verdad. Ya te lo dije más de una vez: no dejaré que nadie te haga daño, Gina. Eres mía.

Yo lo observé, perpleja, escuchando cada una de sus palabras que me gustaron tanto que comencé a sentir un calor interno. Traté de pensar en otras cosas y de mantenerme firme, antes de perder la cabeza y que los dos terminásemos desnudos encima del escritorio.

«Una idea bastante tentadora...», habló la voz de mi interior.

—No vas a estar las veinticuatro horas pegado a mí para protegerme. Quiero saber defenderme por mí misma. Ni siquiera sé si estoy segura contigo.

Marc frunció el ceño con fuerza al captar los sentimientos que se reflejaron en mi expresivo rostro. Sabía que mis palabras le habían molestado, pero era la verdad.

—Tienes razón —contestó a milímetros de mi boca—. Si quieres aprender a defenderte, aprenderás a pelear y a matar con frialdad —dijo ahora con tono acerado, apartándose de mí y dejándome con las ganas de un beso.

—Yo... —intenté hablar, pero el aire en mis pulmones era insuficiente—. ¿Cuándo?

Marc sonrió con malicia, asustándome por completo, y retiró del bolsillo trasero de su vaquero una cajetilla de tabaco.

—Ahora mismo —respondió y encendió un cigarrillo en su boca—. A ver si después del entrenamiento sigues con esa maldita idea en la cabeza —comentó, al mismo tiempo que expulsaba el humo por la boca y me observaba lleno de rabia y de dolor.

Marc abrió la puerta y me esperó en mitad del pasillo. Sentí una punzada en el corazón, siendo consciente de mis duras palabras. Debería darme igual lo que Marc pensara ahora mismo de mí o si de verdad lo había herido.

¡Él era un criminal!

«Sí, un criminal que te ha salvado la vida y te derrites por sus huesos», me recordó la vocecita de mi interior.

Caminé hacia él, con pasos cortos e inseguros, sin quitarle la mirada de encima. Tragué saliva con dificultad cuando sus ojos reflejaron un brillo especial. Sí, en su mirada había algo de decepción y tristeza.

—Espero que de verdad aprendas a defenderte por ti sola, princesita, porque como bien has dicho antes, nadie está seguro a mi lado...

8

MARC

El corazón me latía tan deprisa que pensé que tendría un ataque. Caminé con los puños apretados, reteniendo las ganas de golpear las paredes, mientras Regina intentaba seguirme el paso.

Me había dolido tanto sus palabras, que ni siquiera un puñetazo en los huevos me hubiera dolido tanto como aquello.

¿De verdad ella pensaba que no estaba capacitado para cuidarla?

¡Joder!

Haría cualquier cosa por mantenerla a salvo. No quería que se involucrara más en mi mundo, a pesar de que ya estaba dentro de él.

¡Dios!

Por más que intentara sacarme de la cabeza la conversación que tuve por teléfono con William, en mi interior la cólera seguía hirviendo por el miedo de perder a Regina.

George no era un buen hombre, él sí que era un asesino. Mataba por placer.

Quizás, Regina tenía razón. Hoy mismo pudo haber muerto, y yo no estaba ahí para protegerla.

¡Uff!

Aquella idea me producía náuseas.

Aspiré una bocanada de cigarro y me froté la sien, tratando de relajarme.

Por una parte, no quería que ella se involucrara más en mi mundo. Pero, por otro lado, quería tenerla cerca de mí a cada jodido minuto. Porque, si por mí fuera, estaría las veinticuatro horas con ella.

En mitad del pasillo, antes de entrar en la sala de entrenamiento, me crucé con Ronald y Lexi. Ellos me observaron con la confusión reflejada en el rostro.

Observé por encima del hombro a Regina, quien seguía cabizbaja y sin decir nada.

Inspiré lentamente. Me entraron ganas de alzarla en brazos, correr con ella a mi despacho y hacerla mía otra vez.

¡Pero no, no podía hacerlo!

Estaba dolido.

Quería demostrarle que ella sin mí no estaba a salvo.

—Tú. —Señalé a Lexi con el dedo índice, consiguiendo que ésta se

tensara—. Entra ahí.

Ella asintió con la cabeza, frunció el ceño y entró en la habitación.

Volví la mirada a Ronald, esperando a que se largara, pero éste no se apartó de mi camino. Quería reprocharle un montón de cosas. Él no debió darle ninguna pistola a Regina y asustarla más de lo que ya estaba.

¡No sin mi permiso!

—Vete a vigilar la entrada. Dentro de muy poco se hará de noche —le ordené, pero Ronald me observó con los ojos llenos de rabia.

—¿Qué vais a hacer en la habitación? —me preguntó él, clavando la mirada en Regina.

Yo enarqué una ceja, aspiré suavemente del cigarrillo y lo observé con curiosidad.

—Regina quiere saber defenderse por sí misma —respondí con parsimonia—. Tú te has encargado de darle un arma y yo me voy a encargar de que sepa usarla como es debido.

Fruncí el ceño cuando las manos de Ronald se cerraron en dos perfectos puños.

—Entonces, yo también me apunto —dijo él en un tono serio.

Negué con la cabeza e hice un gesto para que se largara, pero él ni se movió de su sitio.

—Ronald... —murmuré en tono de advertencia.

No estaba de humor y si Ronald seguía desobedeciéndome, no tendría reparo ninguno en golpearlo. Casi matan a Regina y, aún por encima, ella dice que conmigo no está a salvo.

¡Uff!

No, definitivamente, hoy no era mi día.

Ronald pasó por mi lado y me rozó con el hombro, casi golpeándome. Giré sobre mis talones y lo observé mirar a Regina con cierto interés para luego largarse del pasillo.

Quedé con la mirada clavada en Regina, pero ella no levantó la mirada del suelo.

—Entra —le ordené y ella hizo caso.

Cuando Regina entró en la habitación, yo la seguí y cerré la puerta detrás de mí.

La sala de entrenamiento era bastante grande, lo suficiente para que todos pudiéramos practicar y entrenar antes de salir a trabajar. Aué el cigarrillo contra la pared y observé a Lexi, cerca del pequeño ring.

—Necesito que entrenes a Regina —le dije, acercándome a ellas de brazos cruzados—. Lo haría yo mismo, pero quiero que ella empiece poco a poco.

Lexi observó a Regina sin disimulo, esperando a que la morena alzara la vista del suelo.

—¿Estás seguro? —me preguntó Lexi, tratando de confirmar lo que había escuchado.

Yo asentí con la cabeza y ella me imitó.

—Vale, está bien —murmuró Lexi, sacándose la chaqueta—. Esto... a ver... —habló, intentado buscar las palabras adecuadas, mientras yo prestaba atención—. ¿Has practicado algún tipo de deporte a lo largo de tu vida, Regina?

Regina negó con la cabeza sin atreverse a mirarla a los ojos.

¿Qué coño le pasaba? No entendía su actitud cabizbaja.

Quería entrenar, ¿no? Pues eso iba a hacer.

—¿Nunca has ido al gimnasio? —siguió inquiriendo Lexi, pero ella volvió a negar con la cabeza.

—¿No hay nada que te llame la atención para mantenerte en forma? No sé, correr, andar, montar en bici... —murmuró Lexi con preocupación.

Yo fruncí el ceño cuando Regina negó con la cabeza lentamente.

Lexi enarcó ambas cejas, sorprendida, y se rascó la nuca con incomodidad.

—No hemos venido aquí para charlar —comenté, perdiendo los papeles—. Empezad de una puñetera vez —les ordené.

Lexi se ató el cabello en una coleta y se llevó las manos a ambos lados de la cintura.

—Está bien. No pasa nada. Siempre hay una primera vez para todo, ¿no? —le dijo a Regina con una sonrisa para tratar de animarla—. Empezaremos a trotar alrededor del ring. Haremos veinte vueltas para entrar en calor. Sácate la sudadera y recógete el pelo para estar más cómoda.

Sin quererlo, se me escapó una risa y me acerqué a ellas.

—De eso nada, Lexi—dije, ahora más cerca de Regina—. Ella quiere saber pelear. Pues veamos de lo que está hecha la princesita.

Sin esperármelo, Regina alzó la cabeza y clavó su mirada en la mía. Sus ojos tenían un brillo diferente, perdidos en una profundidad triste.

Una lágrima desbordó y cayó en su mejilla. Inspiré profundamente, mientras mi estómago se apretaba. Ella, con sus ojos centrados en mí, se limpió rápidamente la lágrima. Su rostro se transformó súbitamente, aquella mirada de tristeza de pronto se convirtió en una mirada de rabia.

—Te sorprenderá descubrir que esta princesita no está hecha de ternura y cobardía, sino de valentía y sed de venganza —dijo, sacándose la sudadera por la cabeza.

Se quedó delante de mí en un top deportivo que le dejaba el abdomen descubierto. La dureza que sentí en mi entrepierna me enojó.

Sabía que ahora mismo mi cerebro no estaba recibiendo el riego necesario para funcionar correctamente.

¡Joder!

Las chicas con las que me rodeaba vestían ropas más cortas que las que solía llevar Regina.

Entonces, ¿cómo ella era capaz de ponerme duro como una piedra?

«Es una bruja. ¡Tiene que serlo!», habló la voz de mi interior.

¡Pues sí!

Porque ella, con una simple mirada, era capaz de hipnotizarme. Me tenía comiendo de la palma de su mano.

Regina intentó atarse el pelo en una coleta alta, pero varios mechones se escaparon y cayeron encima de su clavícula. Tragué saliva con fuerza, sintiendo la sequedad en la garganta.

De repente, ella alzó el mentón en un gesto desafiante. Su rostro reflejaba un resentimiento furioso del que yo era totalmente culpable.

Luego, sin decir más nada, observó a Lexi y habló:

—Cuando quieras —le dijo con voz firme.

Lexi me observó de soslayo, incómoda por la tensión que se respiraba en el aire, pero no rechistó. Se subió al ring y Regina la imitó.

Caminé de un lado a otro mientras encendía otro cigarrillo.

Estaba nervioso. Lexi era la única mujer de la banda que sabía pelear mejor que un hombre. Era astuta, rápida y fuerte.

Observé el cuerpo menudo de Regina y sus hombros en tensión. Estaba nerviosa y, a pesar de sentir miedo, ella no se echó atrás. Aquella actitud era digna de admirar, pero también era preocupante. Regina tenía que saber decir un no por respuesta y saber rendirse en las situaciones no competentes para ella. No podía arriesgar su vida de aquella manera solo por complacer a su orgullo.

—Separa las piernas —le ordenó Lexi y ella lo hizo—. Mantén las rodillas flexionadas, las manos a la altura del pecho y nunca, nunca me pierdas de vista. Si lo haces, tu adversario aprovechará para atacarte. Quiero que me enseñes de lo que eres capaz.

—Vale... —murmuró ella con voz poco convincente.

—Atácame —dijo Lexi y Regina se abalanzó sobre ella, pero incluso un borracho hubiera sido capaz de esquivarla.

Seguí aspirando el cigarrillo con nervios, mientras observaba la torpeza de Regina.

Ella no estaba preparada y, sinceramente, prefería que nunca lo estuviera. Su vida era muy distinta a la mía y quería mantenerla al margen de todos mis problemas.

—¡Regina, intenta concentrarte! —le gritó Lexi, rodeándola con rapidez.

—¡Eso hago! —respondió enojada y tratando de golpear a Lexi sin éxito—. ¡Joder! —exclamó con rabia.

—¡Nunca hagas eso! No le demuestres a tu adversario que estás perdiendo los nervios. ¡Concéntrate! —le ordenó Lexi, quien se acercó por detrás de ella y la agarró por el cuello con facilidad—. Me has perdido de vista, Regina. ¡Otra vez! —dijo, empujándola por la espalda y haciéndola mosquear más de lo que ya estaba.

Lexi se movía de un lado a otro con facilidad, pero los pies de Regina parecían de plomo. Le costaba moverse con agilidad.

—¡Ah! —gritó con rabia, tratando de golpear a Lexi, pero ésta se movió primero a la izquierda y después a la derecha, esquivando los puños de Regina.

Desesperado, di una última bocanada y aplasté el cigarrillo con el pie.

—Esto es ridículo —dije, saltando al ring y apoyándome en las cuerdas—. Tu adversario podría tumbarte con un soplido. ¡Concéntrate y ataca! —le grité a Regina y ella me observó con la confusión reflejada en el rostro.

La preocupación y el miedo en sus ojos me mataron por dentro, pero esto era lo que ella quería. Regina tenía que entender, de una vez por todas, que esto no era tan sencillo como pensaba. Y, le gustase o no, ella me necesitaba a su lado.

—Te dije que nunca pierdas de vista a tu adversario. —Lexi aprovechó aquel momento para abalanzarse sobre Regina, pero ella estaba tan concentrada en mí que el movimiento de Lexi la sorprendió por completo y cayó de espaldas contra el suelo.

—¡Regina! —grité alarmado, al mismo tiempo que saltaba las cuerdas y me acercaba a ella—. ¡Joder! ¿Estás bien? ¿Te duele algo? —la interrogué con preocupación, arrodillado a su lado y acariciándole la cabeza.

Ella gimió de dolor, pero no dijo nada. Estaba enojada y avergonzada.

—¿Qué cojones te pasa? —le pregunté a Lexi con la rabia reflejada en la voz.

—¿Que qué me pasa a mí? Me estás obligando a pelear con ella, sin antes entrenarla. Mejor que sea yo quien la «golpe» y no otro —Lexi negó con la cabeza, indignada por mi cabreo—. Esto está mal, Marc. Regina tiene que empezar por lo básico. ¡Ni siquiera sabe moverse con agilidad!

La mandíbula de Regina se apretó e intentó levantarse. Yo la agarré por el brazo para ayudarla a incorporarse, pero ella me apartó la mano de forma abrupta.

La observé con el ceño fruncido mientras mi corazón latía a mil por hora.

Ella, indiferente por lo que acababa de hacer, se acercó a Lexi y apretó los puños a ambos lados de su cuerpo.

—No te hagas la blanda conmigo. Sé más dura y así aprenderé antes —dijo, sorprendiéndonos a Lexi y a mí—. Déjame seguir intentándolo. No voy a perder el tiempo trotando alrededor del ring, ni levantando pesas tontamente. Necesito saber pelear. ¡Ahora! —dijo con un hilo de voz, pero tragó saliva para ahogar un sollozo.

Lexi negó con la cabeza repetidas veces, rehusándose a pelear con ella.

—Estás en desventaja, Regina, y no quiero hacerte daño.

—Tú hazlo —siguió insistiendo, pero Lexi volvió a negar con la cabeza—. ¡Maldita sea! —expresó, clavando la mirada en mí—. ¡Ordénaselo! —me exigió, perdiendo los papeles.

Sus ojos brillaban por las lágrimas sin derramar, pero su expresión era de furia extrema.

Me levanté del suelo con parsimonia y caminé hacia una de las esquinas del ring.

—Lexi, puedes irte —murmuré, dándole la espalda a las dos—. Que nadie entre en esta habitación, a no ser que sea una urgencia.

—Está bien —respondió ella con sinceridad—. Lo siento, Regina... —murmuró con voz apenas audible.

Cuando Lexi se bajó del ring y abandonó la sala, el silencio se apoderó del habitáculo.

Agarré con fuerza la cuerda del ring y conté hasta diez mentalmente, antes de girar sobre mis talones y encararme con Regina. Pensaba que nunca existiría una mujer que me hiciera entristecer con sus lágrimas, pero estaba engañado. No quería ver llorar a Regina, y menos aún ser el culpable de sus lágrimas.

Justo antes de que me diera la vuelta, escuché a Regina corriendo hacia mí.

—¡Ah! —gritó ella, abalanzándose sobre mi espalda.

Fruncí el ceño con fuerza, la agarré por los brazos y la bajé de mi espalda. Intenté retenerla, pero ella se soltó de mi agarre y caminó marcha atrás, alejándose de mí.

Nos observamos intensamente en silencio mientras su pecho subía y bajaba acelerado.

Me llevé las manos a la cintura, suspiré con cansancio y negué con la cabeza.

—¿De verdad quieres pelear conmigo, gatita? —le pregunté, sabiendo que aquel mote no le gustaba.

Ella era una leona, me lo había dejado claro más de una vez, pero de vez en cuando estaba bien mosquearla.

Apretó los puños y levantó la barbilla en un gesto desafiante sin decir ni una palabra. Me dedicó una mirada iracunda, pero más que asustarme lo que consiguió fue hacerme reír.

Sonreí ladino, pero cabreado por dentro. No entendía las actitudes de Regina, y necesitaba una explicación con urgencia.

Agarré la parte inferior de mi camiseta, me la saqué por la cabeza y la tiré no sé a dónde. No quería sacarle la mirada de encima.

Ella me recorrió con la mirada y aquello me puso más duro de lo que ya estaba.

La observé tragar saliva cuando sus ojos se fijaron en el enorme bulto que tenía en la entrepierna.

—Ven, gatita —le dije con sorna, «tirando más sal a la herida».

Sus ojos se encendieron y, sin decir más nada, corrió hacia mí. Pero, como era de esperarse, la esquivé con facilidad.

—Tienes que anticiparte a los movimientos de tu adversario —le dije, al mismo tiempo que esquivaba sus puños.

Yo rodeé los ojos con aborrecimiento y bostecé exageradamente.

—Maldito ególatra... —murmuró ella entre dientes.

Le agarré la pierna a tiempo, antes de que me golpeará. La atraje hacia mí con fuerza, agarrándole el muslo, y nuestras pelvis chocaron.

—¿De verdad crees que no soy capaz de protegerte? —le pregunté, rozando sus labios con los míos.

Ella, haciendo caso omiso a mi pregunta, tiró de mi cuello y me agarró la cabeza para besarme.

¡Mierda!

Gruñí totalmente excitado y le agarré el trasero con fuerza, pegándola más a mi entrepierna.

—Respóndeme, Gina —le ordené con un deje anhelante en la voz, consiguiendo hablar entre beso y beso.

¡Necesitaba saberlo!

Para mí era importante escuchar de su boca que me necesitaba, tanto como yo a ella.

—Concéntrate —me respondió y, acto seguido, utilizó su pierna para desestabilizarme.

Ella consiguió tumbarme en el suelo, intentando jalarme, pero yo le rodeé las caderas con las piernas y la inmovilicé.

—No... —murmuró cuando la tumbé en el suelo y me puse encima de ella.

Le sujeté las dos muñecas con una mano por encima de la cabeza y me acerqué a su rostro utilizando una pierna para inmovilizar las suyas.

—¿Y ahora qué? ¿Qué harías si fuera otro tío cualquiera? —le pregunté, sintiendo la cólera hervir en mis venas al pensar en aquella idea—. ¿Ahora eres consciente de que tú sola no puedes con el mundo entero? Dime, Gina, ¿de

verdad piensas que conmigo no estás a salvo?

Sin permiso, una lágrima se escapó de su ojo y observé cómo ésta corría por su mejilla hasta terminar en el suelo del ring. Volví a observarla a los ojos y sentí una pequeña punzada en el corazón.

La había hecho llorar...

Le solté las muñecas y le limpié las lágrimas que brotaron de sus hermosos ojos color marrón oscuro.

—No me toques... —dijo, apartándome la mano de su cara.

Yo golpeé el suelo del ring, cerca de su cabeza, y la observé con rabia.

—¿Que no te toque? —le pregunté con tono acerado—. Ayer por la noche no decías lo mismo, princesita...

—Capullo engreído —respondió, tratando de golpearme en el pecho, pero la agarré por las muñecas, nuevamente, y las inmovilicé contra el suelo a ambos lados de su cabeza.

Yo la observé seriamente mientras ella sollozaba como una niña pequeña. Entonces, supe inmediatamente lo que le sucedía.

¡Maldita sea!

Ella estuvo a punto de morir...

Me acerqué lentamente a su boca y le susurré suavemente sobre sus labios:

—Sé que por dentro estás asustada, aturdida e incluso confusa con tus propios sentimientos —le expliqué, y ella me observó con los ojos llenos de lágrimas—. No intentes fingir que estás bien, porque a mí no me la vas a colar. Sé que acabamos de encontrarnos, como quien dice, pero tengo la sensación de que nos conocemos desde toda la vida —murmuré con voz cálida, tratando de calmar sus llantos—. Llevo esperándote treinta y cinco años. Sé que eres la mujer de mi vida, Gina, y no habrá nadie que me saque eso de la cabeza.

Ella abrió los ojos como platos, mientras su mentón temblaba con nervios.

—Sí —susurró en apenas un hilo de voz—. Sí... no lo voy a negar. Estoy jodidamente asustada, tengo miedo de que le suceda algo a mi padre o a mí...

Enmarqué su rostro con mis manos y la besé con ternura.

—Conmigo no tienes por qué estar asustada —le dije con tono firme.

—Lo sé... —murmuró y aquello hizo que mi corazón latiera más deprisa—. Pero cuando no estoy contigo me siento totalmente desprotegida. ¡Puff! Qué irónico, ¿verdad?

—¿El qué? —le pregunté, curioso por saber a qué se refería.

—Tú eres el peligro en persona, Marc. Debería tenerte miedo y querer estar lo más lejos posible de ti, pero no puedo. Simplemente... no puedo —aclaró con voz rota—. No sé qué es lo que me has hecho para tenerme así...

Pegué mi frente contra la suya y cerré los ojos, mientras nuestros alientos se

mezclaban.

—Ahora sé por qué nuestros caminos se han cruzado —dije, aún con los ojos cerrados, y rozando mis labios con los suyos.

—¿Por qué? —preguntó ella con voz temblorosa.

Yo abrí los ojos y reprimí una sonrisa ladina.

—¿Acaso no lo ves? Tú y yo estamos hechos el uno para el otro.

La besé con tanta pasión, como si de ello dependiera mi vida. Sus manos, ahora, me acariciaron el cuello, los hombros y la nuca.

¡Uff!

Era muy consciente del efecto que sus caricias tenían en mí, y mi enorme amigo también lo era.

Nos besamos profundos y largamente, sin ponernos límites, mientras nuestras bocas se fundían y nuestras lenguas danzaban en su interior.

—No dejo de pensar en lo que hicimos anoche —susurré, estremeciéndome de deseo, mientras ella enroscaba sus dedos en la cadena que llevaba colgada.

Observé los dedos de Regina acariciando el anillo y sentí dentro de mí un instinto familiar. Nunca había pensado en casarme, no porque no me gustara la idea, sino porque no había encontrado la mujer perfecta... hasta ahora.

—Yo tampoco he dejado de pensar en lo que hicimos anoche —confesó Regina con voz cálida y sensual.

—Necesito hacerte mía otra vez, Gina... —rogué, casi gruñendo como un animal en celo.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. No pierdas de vista a tu adversario y concéntrate —murmuró con voz juguetona, burlándose de las explicaciones de Lexi.

—Oh, princesita, es imposible perderte de vista, pero sí difícil concentrarse si estás así vestida —le dije y, sin darle tiempo para responderme, le saqué el top.

Regina me agarró con fuerza el cabello, gimiendo desesperadamente, mientras yo le besaba los pechos.

Describí movimientos circulares con la lengua, saboreando la delicada piel de sus pezones.

—Quiero que tú me enseñes a pelear... —murmuró ella con los dientes apretados, tragándose las ganas de gritar de deseo.

Yo sonreí y comencé a rozarle la parte interior del muslo con los dedos, subiendo hasta acariciarla entre las piernas.

—Marc... —susurró con voz apenas inaudible.

—¿Crees que será buena idea? —le pregunté, volviendo a ascender hasta sus labios para besarla—. Soy muy rudo, princesita, no sé si podré controlarme...

Regina me atrapó los labios con su boca y me besó con voracidad. Ella volvió a gemir más alto cuando mi dedo pulgar empezó a hacer círculos en su entrepierna.

Con desesperación, Gina se cubrió la boca con las manos, pero yo se las saqué.

—Aquí grita todo lo que quieras, pequeña... —le dije y le atrapé el lóbulo de la oreja entre los dientes.

Nos apretamos el uno contra el otro, buscando más, mientras el deseo crepitaba a nuestro alrededor.

Regina bajó sus manos por mi pecho y metió los dedos bajo la cinturilla de mi pantalón, rozando la punta de mi erección que luchaba frenéticamente por ser liberada.

—Maldita sea, Gina... —murmuré entre dientes, desabrochándome yo mismo el botón del pantalón, pero alguien golpeó la puerta.

Fruncí el ceño y giré la cabeza hacia la puerta, aún encima de Regina. Me alarmé por completo cuando observé la manija bajarse.

¡Joder, Regina estaba semidesnuda!

Ella trató de taparse los pechos con los brazos cuando William entró en la habitación, seguido de Charly y Roy.

—¡Marc! —gritó alarmado William, acercándose al ring.

—Oh, Dios Santo... —murmuró Regina mientras sus mejillas se teñían de color rosado.

Yo, cubriéndola con mi cuerpo, fulminé a William con la mirada.

—¡Dije que nadie entrara en esta puñetera habitación, joder! —grité, consciente del tono enajenado de mi voz.

William observó unos segundos a Regina y volvió a clavar la mirada en mí. Su perplejidad era visible y en otra situación, sin que Regina estuviera desnuda, me echaría a reír.

—Es urgente —dijo William, cambiando la expresión. Yo fruncí el ceño. Conocía a William demasiado bien y algo iba mal—. Código 01 —comentó, desviando la mirada hacia Regina.

Se me hizo un nudo en el estómago y, sin ser consciente de mi gesto, apreté los puños contra el suelo.

—Dame cinco minutos —le dije y él asintió con la cabeza.

Quedé en silencio observando fijamente la puerta cuando Will, Charly y Roy se largaron de allí, mientras pensaba en la gravedad del asunto. El código 01 era algo realmente serio porque aquello significaba que miembros de otras bandas estaban merodeando por nuestros terrenos y acechándonos como buitres carroñeros. Y por la mirada preocupante de William, sabía que se trataba de los

hermanos Smith.

—Marc... —murmuró Regina y yo bajé la vista a su rostro.

La observé con detenimiento y pude ver en sus ojos el miedo y la preocupación.

Quería llevármela a su casa y alejarla del peligro, pero no podía hacerlo. No con los «buitres» acechando el Cine.

Apreté las mandíbulas fuertemente, le acerqué su ropa y cuando ella se vistió, la ayudé a incorporarse del suelo.

El silencio se estaba volviendo incómodo y tenso. Quería buscar las palabras adecuadas para explicarle lo que estaba sucediendo, pero tampoco quería asustarla.

Así que, sí, tenía que mentirle.

—Gina... —le susurré, acariciándole la mejilla con los nudillos—. Tengo que atender unos asuntos serios, pero volveré en menos de una hora.

Ella me miró fijamente a los ojos y me agarró la mano.

—Da igual, prefiero irme a mi casa. Mi padre no sabe dónde estoy y no quiero preocuparlo —comentó ella, al mismo tiempo que se bajaba del ring y caminaba hacia la salida.

Yo sacudí la cabeza, salté del ring con agilidad y la sujeté por el brazo.

—No, no puedes —le espeté con cierta brusquedad—. Tienes que quedarte aquí hasta que yo te de permiso para largarte.

Ella enarcó una ceja, sorprendida por mis palabras, y se soltó de mi agarre.

—¿Qué es el código 01? —me preguntó, yendo directa al grano y cruzándose de brazos.

Yo sonreí forzosamente. Regina era una chica lista.

—Tú quédate aquí y no vuelvas a intentar hacer nada sin que yo esté cerca —le ordené con voz seria y pausada—. Además, ¿no querías entrenar? Pues eso harás. Le diré a Lexi que vuelva aquí para que sigáis con el entrenamiento —le dije, acariciándole el labio inferior con el dedo pulgar—. Y luego, princesita, terminaremos con lo que hemos empezado.

Sin darle tiempo a la réplica, la besé con pasión y ganas. Las mismas ganas que tenía hace cinco jodidos minutos, hasta que William nos interrumpió.

Le di la espalda y caminé con pasos rápidos hacia la salida, antes de que me arrepintiera de no hacerla mía allí mismo, ¡sin preámbulos!

Cuando cerré la puerta, suspiré con fuerza y me tiré del pelo. Joder, hacía años que no teníamos enfrentamientos con otras bandas. Nosotros éramos muy distintos a las demás organizaciones que se dedicaban a vender droga, asaltar casas y asesinar por dinero. Por eso no nos querían cerca, porque sabían que, si seguían haciendo las cosas mal, nosotros haríamos justicia.

¡Los encerraríamos en la cárcel o los mataríamos!

—Marc —habló Will, detrás de mí. Estaba tan nervioso que ni siquiera me había dado cuenta de que William y Ronald estaban en el pasillo esperándome—. En total son diez hombres.

Yo asentí lentamente con la cabeza, sin apenas pestañear.

—Si hacen un movimiento extraño o intentan atacarnos, disparad. No dejaré que los hermanos Smith me pisoteen —dije con los puños apretados a ambos lados de mi cuerpo—. ¿Saben que Regina está aquí dentro? —pregunté con preocupación.

¡Sí! A pesar de la gravedad del asunto y de que los hermanos Smith podían entrar en guerra con nosotros, lo que realmente me preocupaba era la seguridad de Regina.

¡Uff!

Ella estaba cambiando las normas de mi juego.

—No sabemos cuánto tiempo llevan aquí —contestó William—. Pero ella no puede salir del Cine hasta que los «buitres» se larguen.

—Lo sé... —murmuré, frotándome los ojos con fuerza—. ¡Joder! ¿De cuántos hombres disponemos ahora mismo?

—Somos siete en total —respondió Ronald con tono acerado y con las facciones tensas.

—No podemos llamar al resto del grupo para que vengan al Cine, o los hombres de los hermanos Smith sabrán que nos hemos dado cuenta de que están aquí y pedirán refuerzos —comenté, al mismo tiempo que cerraba la cremallera de la chaqueta—. Por desgracia, esos hijos de puta nos ganan en número. Así que, esperaremos a ver qué sucede. Quiero saber cuáles son sus intenciones y qué demonios buscan aquí.

—Está bien. ¿Cómo nos organizamos? ¿Mi grupo y yo en el flanco derecho y el de Ronald en el flanco izquierdo? —preguntó William, sacando la pistola de la cintura de su pantalón vaquero e incorporándole un silenciador.

—No —negué con la cabeza—. Quiero a todo el mundo arriba, en la primera planta, excepto tú y yo que estaremos en los aparcamientos charlando como dos buenos amigos. A ver si tienen cojones de dispararme por las espaldas y entrar en guerra con nuestra banda —comenté con la rabia reflejada en la voz y sin amedrentarme.

Desde que mi madre murió, nunca volví a tener miedo de nada. Me daba igual enfrentarme contra diez hombres armados yo solo. Pero desde que conocí a Regina, las reglas del juego habían cambiado. Y odiaba la sensación de angustia que tenía en el cuerpo.

Ahora mismo tenía miedo a morir, pero porque no quería dejar a Regina

desprotegida y sola.

—¿Dónde está Lexi? Quiero que cuide de Regina —dije, observando la puerta con preocupación.

—Lexi acaba de marcharse hace menos de diez minutos, antes de que todos nosotros supiéramos lo que está sucediendo ahí afuera —comentó William.

Volví a suspirar desesperadamente mientras caminaba de un lado a otro sin dejar de pensar.

Entonces, ¿a quién dejaría al cuidado de Regina? Las únicas personas en las que confiaba eran Lexi, William y Ron...

—Yo la vigilaré.

¡Sí, Ronald!

Lo observé con tanta intensidad que parecía dispuesto a abrazarlo con la mirada.

—Claro, qué buena idea. Dejar que el lobo cuide de caperucita —comenté con sorna, acercándome a él con los puños apretadísimos—. Sé que la quieres muerta, Ronald. Sé perfectamente que quieres vengarte de la muerte de tu hermana, pero matándola no solucionarás nada. Ella no tiene la culpa —dije, agarrándolo del cuello de la camiseta—. Nosotros no somos así. Nosotros matamos a gente que no merece una segunda oportunidad, acuérdate de eso. Simplemente, «sacamos la basura».

—Lo sé —habló con voz seca y fulminándome con la mirada—. Tuve miles de oportunidades para matarla, y no lo hice porque cada vez que la miro a los ojos, me acuerdo de mi hermana. Ella era como Regina: leal e inocente. ¡Y mira cómo ha terminado! ¡Bajo tierra! —gritó, enajenado por la ira—. No permitiré que vuelva a suceder lo mismo que hace ocho años.

Ronald me retiró la mano con fuerza y nos observamos seriamente. Escucharlo hablar de aquella manera me sorprendió gratamente. Ronald era un hombre que no solía expresar sus sentimientos con tanta facilidad. Solía guardarse todo para dentro y desde que su hermana mayor murió, su personalidad se convirtió más fría y cruel.

Y aunque las historias de cada uno de los miembros de mi banda eran distintas, todos vivimos injusticias desde nuestra infancia. Y lo único que queríamos era vengarnos de la gente corrupta, asesina y ladrona que nos hicieron la vida imposible, ¡a nosotros y a nuestras familias!

—Está bien —dije, asintiendo con la cabeza—. Pero si llega a sucederle algo, aunque sea un rasguño... —murmuré entre dientes—. Pagarás las consecuencias.

Ronald sonrió ladino y luego apoyó su mano en mi hombro.

—No soy tu compañero de trabajo, Marc, soy tu amigo y nunca le fallaría la

palabra a un amigo —comentó él con voz seria.

Cuando Ronald abrió la puerta, Regina cayó al suelo de rodillas. Ella nos observó avergonzada, con las mejillas tintadas de color rosado.

Yo la observé mosqueado.

¡Ella estuvo escuchando toda la maldita conversación!

A William se le escapó una risa y Ronald la ayudó a levantarse del suelo.

Yo quedé estático en el pasillo mientras ella y yo nos observábamos a los ojos.

—¿Has escuchado todo, verdad? —le pregunté seriamente.

Ella tragó saliva visiblemente y asintió con la cabeza, probablemente luchando contra las lágrimas que se espesaban en su garganta.

Yo suspiré con una mezcla de enojo y preocupación.

—No dejéis que entren en el Cine —comentó Ronald, apoyando la mano en la espalda de Regina e instándola a entrar en la habitación.

Yo ahogué un gruñido.

¡Joder, estaba celoso!

Yo nunca había tenido celos y, sin embargo, quería abalanzarme sobre Ronald y gritarle que nunca más le pusiera un dedo encima a Regina.

Pero, de repente, Regina interrumpió el gesto de cerrar la puerta, se volvió y me observó durante unos segundos. Su mirada reflejaba preocupación y en su rostro se dibujaba el miedo.

—Ten cuidado —murmuró ella con voz temblorosa, consiguiendo tensar los músculos de todo mi cuerpo—. Tienes que cumplir tu promesa... volver aquí y terminar con lo que has empezado.

Yo asentí con la cabeza y sonreí débilmente.

El ruido de la puerta al cerrarse resonó con fuerza por el pasillo y yo me quedé inmóvil varios minutos.

No, no iba a permitir que nadie me hiciera daño porque mi deber era proteger a Regina.

—¿Estás listo? —me preguntó William, despertándome de mi ensimismamiento.

—Siempre estoy listo para la guerra, Will. Vayamos a descubrir qué quieren esos cabrones de nosotros.

William sonrió y se alejó por el pasillo, mientras yo lo perseguía con pasos cortos e inseguros. Algo me impedía alejarme de Regina. Su cuerpo era como un imán, ¡no podía despegarme de ella!

Observé por última vez la puerta de la sala de entrenamiento y apreté el puño con fuerza.

«Espero que no malgastes tus energías entrenando, princesita, porque volveré

con demasiadas ganas de terminar lo que hemos empezado», pensé para mí mismo.

9

REGINA

Yo estaba muy nerviosa y, realmente, no sabía qué me daba más miedo: si pensar que los miembros de la banda de los hermanos Smith podían entrar en el Cine en cualquier momento, o que Ronald iba a cuidar de mí.

—¿Sabes que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación? —preguntó Ronald, dándome la espalda y sacándose la chaqueta.

De inmediato se me aceleró el pulso y empecé a sudar. Los músculos de sus brazos y espalda se dibujaban perfectamente bajo la tela de su camiseta negra. Ronald era un hombre muy atractivo, honestamente, pero no más que Marc.

—Todos vosotros me tratáis como una cría, pero estáis muy confundidos conmigo. Sé que los hermanos Smith planean algo contra vosotros y tengo la ligera sensación de que la culpa es toda mía.

Ronald hizo crujir los dedos de sus manos. Yo sentí un escalofrío por toda mi espina dorsal y cuando se dio la vuelta, retrocedí dos pasos. Bajo su mirada tenebrosa sabía que se escondía un hombre dolido y con ganas de venganza. Había escuchado perfectamente la conversación de él y Marc y, ahora mismo, sentía pena por él.

—¿Has aprendido algo con Lexi? —me preguntó, ignorando por completo lo que acababa de decir—. ¿O te ha pateado el culo?

Sabía que, en esos precisos instantes, el enojo estaba escrito sobre mi cara.

—No intentes ocultar tu preocupación —le dije, sin quitarle la vista de encima, mientras él caminaba en círculos alrededor de mí—. Sé que por dentro estás inquieto porque ahí afuera las cosas pueden ponerse feas. Y, probablemente, estarás pensando en un «plan b» por si los hombres de los hermanos Smith entran en el Cine.

Ronald se paró frente a mí y me escrutó con intensidad.

—Te crees demasiado lista.

—No, no me lo creo. Soy lista —respondí ufana.

Él enarcó una ceja y sonrió ladino.

—Tú tampoco intentes ocultar tu miedo —dijo, cruzándose de brazos—. Sé que por dentro estás asustada, a pesar de que te haces la dura delante de todos nosotros. La última persona que conocí con esa actitud guerrera terminó suicidándose.

Yo tragué saliva con dificultad, dudando si preguntarle lo que tenía rondando en mi cabeza.

Inspiré fuertemente y hablé del tirón:

—¿Tu hermana?

La sonrisa se le borró de los labios y su expresión cambió por completo.

El silencio pareció durar una eternidad mientras Ronald seguía observándome con intensidad.

—Sí —murmuró él entre dientes—. Mi hermana Ana.

Tragué saliva, incómoda, y sentí empatía y afecto por él. Una parte de mí quería terminar con aquella conversación, pero otra quería saber más sobre lo que realmente sucedió.

¿Qué relación tenía yo con la muerte de su hermana? ¿Por qué Ronald, en un principio, quería matarme?

Abrí la boca para intentar seguir hablando, pero él me interrumpió:

—Mi hermana Ana trabajaba en las empresas Jones —soltó sin preámbulos. Yo fruncí ligeramente el ceño cuando pronunció mi apellido. ¿Su hermana trabajaba en las empresas de mi padre?—. Era una chica dulce, amable y demasiado inocente, pero también tenía su parte guerrera... como tú —dijo sin quitarme el ojo de encima—. Mi hermana era la más lista del barrio y supe que debía hacer algo por su futuro. Mis padres estaban muy enfermos y no tenían suficientes recursos económicos. Así que, trabajé de sol a sol sin descanso alguno. Llegué a conseguir tres trabajos en un mismo día. Fueron meses duros, pero conseguí el dinero suficiente para que mi hermana pudiera estudiar. Ella quería ser administrativa, era su vocación —dijo y se le escapó una sonrisa débil—. Y cuando la empresa de tu padre se puso en contacto con ella, todos nos alegramos un montón. ¡Nadie se lo creía! Mi hermana, la chica humilde del barrio pobre donde todos los miembros de la banda nos criamos, iba a ser una de las secretarias de las empresas más prestigiosas a nivel mundial.

—No sé de qué os sorprendisteis. Mi padre nunca ha sido un clasista —hablé en su defensa—. En sus empresas hay gente de todas las culturas, edades y clases sociales. ¿Y sabes por qué? Porque todos comparten algo en común: son seres humanos —le expliqué, recordando las mismas palabras que mi padre usó conmigo cuando era más pequeña.

Él siempre me había inculcado una aversión hacia la gente intolerante y racista.

Ronald esbozó una sonrisa forzada y negó con la cabeza.

—Pues tu padre debería estar más al corriente sobre los empleados y los socios que tiene trabajando en sus empresas —dijo él con un deje rabioso en la voz.

—Sé más contundente —le ordené, cruzándome de brazos y volviendo a apretar la mandíbula.

—Aunque te lo explicase, no lo entenderías —murmuró él entre dientes—. Cinco vueltas al ring, trote ligero. ¡Ahora! —me ordenó enfadado.

Yo enarqué ambas cejas, me saqué la sudadera y la arrojé al suelo con rabia. Luego empecé a trotar alrededor del ring sin dejar de apretar los puños con fuerza.

La impotencia me hizo prisionera de mí misma y no tuve más remedio que luchar contra las lágrimas que amenazaban con verterse de un momento a otro.

—Creo que todos vosotros estáis ofuscados por la gente rica, y no todos los ricos son iguales. Hay gente buena, humilde. Gente que se ha ganado su propio dinero a base de esfuerzo, y no robándoselo a otros —dije y, espontáneamente, me eché a reír mientras corría con más velocidad e intensidad—. Dime, Ronald, ¿los hermanos Smith también se criaron en vuestro barrio? Porque si es así, por esa regla de tres ellos también deberían ser buena gente, ¿no?

Ronald frunció el ceño con fuerza y apretó las mandíbulas, visiblemente.

¡Sí, había dado en el clavo!

Era cierto que, por desgracia, el dinero lo compraba todo, o casi todo. Pero no por ello había que meter en el mismo saco a la gente rica, ni a la gente pobre. Daba igual el estatus económico de cada uno. En este mundo siempre habrá gente mala y gente buena.

—Sé que me querías muerta —volví a hablar, corriendo con un ritmo suave y moderado para que él escuchara a la perfección lo que tenía que decirle—. Bueno, tú mismo me los dijiste en la cara. Pero sigo sin entender por qué querías matarme. Te he escuchado decir que cada vez que me miras te acuerdas de tu hermana —le dije, observándolo a los ojos y esperando a que hablara, pero Ronald siguió callado—. Quiero comprenderte, Ronald. Me has salvado la vida varias veces. Sé que en el fondo de tu corazón aún existe algo de humanidad.

Paré de correr y caminé hacia él con la respiración acelerada. Parecía que había hecho cincuenta vueltas al ring y no cinco.

Nos observamos en silencio por unos minutos, hasta que él exhaló de golpe todo el aire.

—Ana siempre fue una chica independiente y cerrada. Nunca nos contaba sus problemas personales. Ella prefería guardárselos para sí misma y no preocupar más a la familia —habló él con voz suave y más calmada que antes—. Después de un par de meses trabajando en la empresa de tu padre, Ana se volvió más callada, aada y sin brillo —explicó Ronald, quien ahora tenía la mirada perdida en la pared—. Le pregunté cientos de veces qué demonios tenía. Le dije que podía confiar en mí, que yo la ayudaría. Pero ella insistía en decir que todo

estaba bien, que no me preocupase tanto por ella —murmuró, aándose las últimas palabras en sus labios.

Mi pecho subía y bajaba rápidamente. Sus ojos expresaban tristeza y supe que iba a hablarme del suicidio de su hermana.

Ronald parpadeó varias veces para alejar las lágrimas que amenazaban con inundar sus ojos.

—Cuando Ana se fue, sentí un enorme vacío en mi corazón y, al mismo tiempo, decepción por lo que ella hizo consigo misma. Conocía a mi hermana y si llegó a esos extremos era porque algo malo le había sucedido —explicó Ronald con la voz rota— Después de varios meses indagado información e interrogando a otros trabajadores de la empresa, me enteré de que la acosaron en el trabajo.

Yo abrí los ojos como platos, atónita por lo que acaba de escuchar.

—Al parecer, varios empleados le tenían recelo. No podían entender cómo una chica de un barrio pobre había ascendido en tan poco tiempo. —Sus mandíbulas se apretaron y sus ojos se volvieron a transformar en odio—. Pero lo peor de todo fue descubrir que un grupo de empleados de esa misma empresa la violaron.

Me llevé la mano a la boca para reprimir un sollozo, pero fue imposible controlar las lágrimas que ya corrían por mis mejillas.

—Mi padre... —murmuré con voz casi inerte—. Mi padre no es consciente de eso. Yo...

Ronald negó con la cabeza y desvió la mirada hacia el ring.

—No tienes qué decir nada, ni siquiera justificarte, Regina. La sed de venganza que he tenido durante todos estos años me ha cegado por completo. Quería matarte a ti y a tu padre, pero me he dado cuenta de que haciéndolo no solucionaré nada. Yo no soy así. ¡Los de la banda no somos así! Nosotros no matamos por diversión, placer o dinero. Lo único que queremos hacer es justicia —dijo, subiéndose al ring con facilidad.

Ronald hizo un gesto con la cabeza para que lo imitara, mientras ataba a sus manos unas almohadillas de entrenamiento.

Me subí al ring con las piernas temblando y sentí como si me hubieran dado un golpe sofocante en el estómago. Las palabras de Ronald me helaron hasta los huesos.

Llevaba trabajando en las empresas de mi padre desde los dieciocho años. Bueno, trabaja desde casa, pero nunca había escuchado rumores de violación o *mobbing*.

Si lo que Ronald estaba contando era cierto, tenían que existir pruebas para descubrir quiénes le hicieron la vida imposible a su hermana.

¡Dios Santo!

—Deja de comerte la cabeza —me ordenó Ronald, consiguiendo que alzara la mirada a sus ojos.

¿Que dejara de comerme la cabeza? ¿Cómo?

Me acaba de enterar que en las empresas de mi padre no había control ninguno. Había tantas oficinas repartidas por todo el mundo que, lógicamente, Ethan no podía estar al tanto de todo lo que sucedía, pero sí sus socios y los encargados de sala que él mismo contrató y confió ciegamente.

—¿En qué zona estaba destinada tu hermana? ¿En el centro de la ciudad? ¿En las oficinas de la calle residencial? ¿En qué año empezó? ¿Apellido? —lo bombardeé a preguntas, sin pararme siquiera a respirar.

—¿Por qué quieres saber todo eso? —me contestó con otra pregunta.

—Tú dímelo —le exigí, casi perdiendo los nervios.

Estaba a punto de explotar emocionalmente. Nunca me hubiera imaginado que los empleados de mi padre fuesen unos violadores.

¡Joder!

—Sí, Ana trabajaba en las oficinas de la calle residencial. En el centro de la ciudad de San Francisco. Fue hace ocho años. Black. Nuestro apellido es Black —respondió, casi en un murmullo, y golpeó sus almohadillas, la una contra la otra, con rabia y frustración—. Ya he ido allí cientos de veces, pero la única testigo que hay no quiera hablar porque está amenazada por esos hijos de puta —dijo y apretó las mandíbulas con fuerza—. Dejemos de hablar de esta mierda. Voy a entrenarte. Vas a formar parte de nuestra banda y tienes que tener claro una cosa, Regina: o luchas, o mueres.

Parpadeé varias veces, tragué saliva con cierta dificultad y asentí con la cabeza.

—Lexi me ha dicho que eres un poco torpe, pero que tienes actitud guerrera. Veamos entonces. ¡Atácame! —me ordenó y abrió los brazos en cruz, dejando su pecho desprotegido.

Yo apreté el puño con fuerza y, sin pensármelo dos veces, me abalancé sobre él para pegarle. Pero Ronald, con un hábil y rápido movimiento, me esquivó con demasiada facilidad.

Inspiré fuertemente para hinchar al máximo la caja torácica y volví a abalanzarme sobre él con el puño levantado, pero como era de esperarse, Ronald lo volvió a esquivar perfectamente.

—¡Ah! —grité, llena de frustración y rabia. Se me habían acumulado demasiadas cosas en un mismo día: mis problemas de convivencia con Isabella y Olivia, la muerte de George, la posible emboscada de los hermanos Smith, la discusión con Marc, el suicidio de Ana...

¡Maldita sea!

Ronald sonrió ladino y chasqueó la lengua con desaprobación.

—Lexi tiene razón. Pierdes muy rápido la paciencia —murmuró con sorna—. Además, tus golpes no se mueven a velocidades más allá de la percepción normal.

—¡Lo sé! —grité con fuerza. Quería expulsar la rabia de mi interior, el miedo, la desesperación, la angustia...—. Sé que no soy buena peleando, ¡joder! Vengo de un mundo donde los problemas los solucionamos dialogando, ¡no matando!

El corazón me latía tan deprisa que me costaba respirar.

Ronald frunció el ceño con fuerza y se acercó lentamente a mí.

—A veces, usar esto —dijo, golpeándome la cabeza con la punta de su dedo índice—, es mejor que usar cualquier arma.

—No intentes compadecerte de mí, Ronald, porque de esa manera no apaciguarás mi ira.

Él suspiró y sonrió, rendido.

—Has conseguido despistar a George, uno de nuestros mejores hombres. Has conseguido salir ilesa del Hotel Empire, cruzando una enorme sala donde las balas volaban como si fueran confetis —explicó con voz seria—. No serás buena peleando o esquivando golpes, pero tienes una mente astuta y si sabes usarla fríamente, te salvará la vida más de una vez. Tienes la actitud que a muchos de nuestros hombres les falta, Regina.

Lo escuché embobada.

—¡Ah! —me quejé cuando él, inesperadamente, golpeó mi hombro derecho con la almohadilla de entrenamiento.

—Pero eso no quiere decir que no debas entrenar. No tienes ni la menor idea de la satisfacción que uno siente al golpear a alguien que ha hecho mucho daño injustamente —comentó con una sonrisa burlona al mismo tiempo que alzaba las almohadillas en el aire—. Ahora, quiero que golpes las almohadillas con todas tus fuerzas. Descarga toda tu rabia en ellas. Piensa en todo lo que te está sucediendo, busca algo que te haga enojar mucho. Vamos, Regina, lo tienes fácil. Piensa en el Hotel Empire, en George, en tu secuestro, en tu nueva vida secreta, en tu padre, en...

Pum.

Golpeé tan fuerte la almohadilla derecha, que Ronald tuvo que hacer fuerza para no perder el equilibrio. Sacudí la mano, saboreando el dolor agudo en mis nudillos y reprimiendo un chillido de dolor.

—Espero que no hayas pensado en mí para descargar esa ira que tenías acumulada en tu interior. ¡Joder! —expresó Ronald, reprimiendo una sonrisa.

Yo sonreí sin mostrar los dientes y observé su cicatriz.

¿Qué le habría sucedido en su ojo derecho?

—Regina —habló él e inmediatamente desperté de mi ensimismamiento—. Golpea las dos almohadillas con la mano izquierda. Luego retira el brazo y repite lo mismo con la derecha. ¡Vamos!

Y eso hice... ¡eso y todo lo demás que Ronald me indicó durante una hora intensiva sin parar!

—Dos semanas —comentó él, lanzándome una botella de agua.

Bebí la mitad sin siquiera detenerme para respirar, apoyada contra las cuerdas del ring. Luego, enarqué una ceja sin comprender a qué se refería con «dos semanas».

Ronald sonrió y se secó el sudor de la frente con el brazo.

—Te doy dos semanas para que aprendas, mínimo, a defenderte por ti misma —dijo y yo carcajeé en alto.

—Me parece que tienes unas expectativas demasiado altas, Ronald —dije, al mismo tiempo que vestía mi sudadera. Estaba sudada y tenía frío.

Lo observé acercarse a mí y esperé a ver qué hacía. Él se apoyó también contra las cuerdas del ring y suspiró con cansancio.

—Quiero preguntarte una cosa, Regina —dijo y lo observé de reajo—. ¿Por qué coño no has ido a la policía a contarles lo que te está pasando? Sabes perfectamente que ellos te brindarán protección, a ti y a tu familia. Tu padre tiene mucho dinero. Tú y él podéis largaros a otro país y empezar una nueva vida, lejos de todos nosotros.

Yo quedé en silencio durante unos segundos, pensando en aquella pregunta. Había hecho un trato con Marc: permanecer cayada, a cambio de que él no le hiciese daño a mi padre. Pero también era cierto que, ayer por la noche, Marc me había prometido que no le haría daño a mi padre, pasara lo que pasase.

Entonces, ¿por qué demonios estaba en el Cine y no en una comisaría?

—Te gusta Marc, ¿verdad? —volvió a preguntarme Ronald, haciendo que despertara de mis pensamientos.

Lo observé directamente a los ojos y por un momento me olvidé de la realidad.

No quería pensar que estaba charlando con un desconocido que hasta hace poco me quería ver muerta, sino con un amigo que, de la misma manera que él se había confesado conmigo, yo también deseaba hacerlo.

Entrelacé los dedos de mis manos. Estaba tensa, con los nervios de punta.

Así que, yo misma rompí el silencio:

—Venir aquí me ha hecho abrir los ojos y verlos de distinta manera... ¡ver el

mundo de distinta manera! —confesé, con la mirada clavada en mis manos, rehusándome a observarlo a los ojos—. Gracias a vosotros he aprendido a no juzgar a primera vista. Y, a pesar del peligro que corro aquí, cuanto más tiempo paso con vosotros, más cómoda y segura me siento. Nunca antes me he sentido tan viva como hasta ahora, Ronald. Llevo años preguntándome quién demonios soy y, desde que Marc me secuestró, supe que yo no era esa Regina modosa y calladita que permite cualquier tipo de humillación para mantener una buena imagen —dije, ahora observándolo directamente a los ojos—. Descubrí que la verdadera Regina que lleva años encerrada dentro de mí, es esta. Una Regina guerra y con ganas de repartir justicia —aclaré, golpeándome ligeramente el pecho con la mano derecha.

Ronald se quedó en silencio y me escrutó con fijeza. La nuez de su garganta se movió, de arriba abajo, pero no dijo nada.

—Todos vosotros estáis en lo cierto con algo: las apariencias engañan... —murmuré por lo bajo mientras asentía con la cabeza—. Nunca creí que detrás de esa mirada llena de terror y rabia se escondía una persona triste y con ganas de vengar la muerte de su hermana —comenté, inspirando fuertemente antes de seguir hablando—. ¡No sois una banda de criminales, sois una banda de justicieros! —exclamé, alzando la voz bien alto—. Y yo quiero ser partícipe de este juego, más aún al descubrir la calaña de gente con la que mi padre se rodea —le dije, al mismo tiempo que alzaba el dedo índice—. Estoy harta de las injusticias, Ronald. No es justo que los violadores de tu hermana sigan libres. No es justo que los socios de las empresas de mi padre hayan robado a gente humilde e inocente. Pero tampoco es justo que hombres de vuestro entorno, como son los hermanos Smith, maten a gente inocente. Ya no se trata del dinero, Ronald. Tú y yo estamos hechos del mismo material, independientemente de la clase económica que tengamos. Y espero que os quede bien claro, a ti y a tus compañeros de la banda, que la injusticia está en todas partes. El dinero no es el culpable de muchos actos, Ronald, sino la avaricia de la gente.

—Sí... —asintió él, dejando traslucir su acuerdo.

Yo parpadeé varias veces, atónita por lo que acababa de decir.

Solté el aire de un golpe por la boca y me dejé caer contra las cuerdas, nuevamente.

—Está bien saber qué es lo que piensas de todos nosotros, pero no has respondido a mi pregunta —dijo él, tomándome completamente desprevenida—. ¿Te gusta Marc?

Lo observé fijamente, esperando a que se echara a reír, pero Ronald hablaba muy en serio.

Un silencio sepulcral invadió la habitación mientras intentaba pensar en una

respuesta.

«Hace menos de dos días, Ronald te quería ver muerta, y ahora los dos charláis como si fuerais amigos de toda la vida», protestó la voz de mi interior.

Cerré los ojos por un momento e inspiré lentamente. Quería decir abiertamente que sí, que Marc Clayton me gustaba. Pero no era tan fácil como pensaba...

Abrí y cerré la boca, pensando qué palabras usar, pero un ruido hizo desviar mi atención hacia la puerta principal.

Ronald me hizo un gesto para que permaneciera callada, se bajó del ring y abrió la puerta. Se paró bajo el umbral y me dijo con los labios «no salgas de aquí».

Quedé sola en el ring mientras los nervios estaban a flor de piel y me subían por la garganta.

«Lexi tiene razón. Pierdes muy rápido la paciencia», recordé la frase de Ronald.

Traté de relajarme y conté mentalmente hasta diez. Bajé del ring y caminé hacia la puerta.

Salí afuera y, a medida que avanzaba por el pasillo, escuché voces masculinas. Traté de identificar la de Marc, pero me fue imposible. Había mucho barullo y aquellos hombres más que hablar, gritaban.

—¡A ver si ahora eres tan valiente, cabrón! —gritó alguien, más cerca de mi posición.

Cuando doblé la esquina del pasillo me encontré con un grupo de cinco hombres, entre ellos Ronald y Marc. Sentí un enorme alivio al verlo sano y salvo, aunque la tensión en el ambiente era palpable y el enojo estaba dibujado en las cinco caras de aquellos hombres. Me acerqué lentamente, pero Ronald se dio cuenta de que estaba en el pasillo.

Él, con los ojos abiertos como platos, hizo un gesto con la cabeza para que me escondiera. Marc, quien se dio cuenta de lo que estaba haciendo Ronald, desvió su mirada de la pared para clavarla en mí.

Nos observamos con una intensidad indescriptible mientras mi corazón latía con más fuerza.

¿Cómo era posible que Marc pudiera hacerme sentir en una nube a pesar del peligro?

¡Lo deseaba como nunca había deseado a otro hombre!

Marc negó con la cabeza, reflejando la preocupación en su rostro e hizo un gesto con la cabeza para que me escondiera. Fruncí el ceño cuando los dos miembros de la banda agarraron a un hombre magullado por los hombros y lo arrastraron por el pasillo. Era un chico joven, superaba por muy poco la

treintena.

Yo, en reacción, me apuré hasta la esquina y me escondí.

—Si no me dejáis libre, entraréis en guerra con los hermanos Smith. Lo sabéis, ¿verdad? —habló aquel desconocido y confirmé que, efectivamente, era uno de los hombres de la banda de los hermanos Smith.

Asomé la cabeza desde detrás de la esquina y, de repente, Marc lo agarró por el cuello, lo pegó contra la pared y le golpeó el estómago repetidas veces.

—Vas a morir, maldito hijo de puta. ¡Todos vosotros sois la vergüenza del barrio, malditos psicópatas! —gritó Marc, perdiendo los papeles, mientras Ronald lo apartaba hacia atrás—. ¡Llevarlo a la habitación y atadlo bien, aunque se le corte la circulación de las muñecas! —ordenó, enajenado por la ira.

Los dos hombres hicieron caso a las órdenes de su jefe y se largaron dejando a Ronald y a Marc solos en mitad del pasillo.

Marc inspiró fuertemente, se frotó los ojos y suspiró de un golpe.

—Sal de ahí, Regina —me ordenó él con voz autoritaria y firme, consiguiendo erizarme el vello de la piel.

Salí de mi escondite y caminé con pasos cortos e inseguros hacia ellos dos.

Ronald, quien estaba de brazos cruzados y parecía muy mosqueado conmigo, negó con la cabeza repetidas veces.

—Te dije que no salieras de la habitación. Pensé que sabrías usar mejor la cabeza —murmuró él entre dientes, reflejando enojo en la voz.

Yo hice caso omiso a sus palabras y centré mi atención en Marc, quien no se atrevió a mirarme a los ojos.

¿Qué le sucedía?

—Era uno de los hombres de los hermanos Smith, ¿verdad? —pregunté, tratando de confirmar lo que había escuchado hacía escasos minutos.

Ronald enarcó una ceja.

—No es de tu incumbencia saberlo.

Apreté los dientes, controlando la ira que hervía en mi interior, pero esta vez la impotencia le ganó la batalla a la paciencia, ¡y exploté!

—Pues yo diría que sí, teniendo en cuenta que Alex Smith se ha fijado demasiado en mí —comenté con los puños apretados.

Marc levantó la vista del suelo y me escrutó con una intensidad que me intimidó por completo. Tragué saliva con dificultad, y toda la valentía que sentí en aquellos momentos se transformó en miedo.

—Cuando se te ordene algo, simplemente hazlo. Si eres capaz de acatar órdenes en tu propia casa, también serás capaz de hacerlo aquí —dijo, acercándose a mí con aire adusto y poco amigable—. Nunca vuelvas a desobedecernos —me explicó con los ojos inundados de rabia—. Si hacemos

todo esto es por tu propio bien.

Marc me observó a los ojos durante unos segundos mientras el silencio invadía el pasillo.

Yo fruncí el ceño con fuerza y sonreí con sorna.

—No —respondí contundente.

Marc enarcó las cejas sorprendido.

—¿Qué has dicho? —me preguntó, muy cerca de mi rostro.

—No —volví a responder, «tirando más sal a la herida»—. He dicho que no cumpliré vuestras estúpidas órdenes —le expliqué con voz firme y segura de mis propias palabras—. Me has hecho partícipe de tu juego, pero eso no implica que tú seas el único que puede «mover ficha». Yo misma asumiré las consecuencias de lo que haré a partir de ahora. Voy a jugar a mi manera, os guste o no. ¡No podéis manejarme a vuestro antojo! —exclamé, casi gritando.

Ellos dos se observaron. La confusión era visible en sus rostros. El silencio cada vez se hacía más incómodo. Lo único que escuchaba eran los latidos de mi propio corazón.

Marc, sin decir nada, me agarró la barbilla y me giró la cabeza para susurrarme en el oído:

—Aquí las reglas las pongo yo, princesita. Estás en mi reino, no en el tuyo. —Su aliento chocó contra el lóbulo de mi oreja y me estremecí de pies a cabeza.

Cerré los ojos, conté mentalmente hasta cinco, y saqué todas las fuerzas de mi interior para despertarme de su embrujo. Le aparté la mano, lo agarré bruscamente por la nuca y lo obligué a inclinarse hacia mí para también susurrarle en el oído:

—Tú pones las reglas y yo las rompo —murmuré sobre su oreja con voz suave y cálida—. Y ahora vas a llevarme a mi casa, pero antes iremos a tu despacho y terminaremos con lo que hemos empezado en la sala de entrenamiento. Es una orden —le dije, apartándolo de mí y observándolo seriamente.

No me reconocía a mí misma con aquellos modales subidos de tono, pero lo cierto es que llevaba ya varios días sin reconocermelo.

Marc se humedeció los labios con la punta de la lengua. En su rostro se reflejó el desconcierto y, sin esperármelo, me agarró por el brazo y me obligó a caminar.

—Te llevaré a casa —murmuró por lo bajo y yo no pude reprimir un gruñido de impotencia. ¡Ese no era el plan! —. Ronald, haz lo que sea para que ese cabrón «cante» algo. Quiero saber qué planean Alex y Tom.

—Vale, pero antes enviaré a tres de nuestros hombres a vigilar las calles de la residencia Jones —comentó Ronald, consiguiendo erizarme el vello de todo el

cuerpo.

—No, no, no... —dije, negando con la cabeza rápidamente y tratando de soltarme del agarre de Marc—. Ellos me buscan a mí, ¿verdad? —pregunté, pero no tuve contestación—. ¡Maldita sea! Si voy a mi casa, pondré a mi padre en peligro.

Marc ejerció más fuerza en su agarre y me observó con una mirada que me atemorizó.

—Estás más segura encerrada en tu casa que aquí. Los hermanos Smith no tienen los huevos suficientes para entrar en la casa del magnate Ethan Jones. No se van jugar el cuello porque se pondrán en problemas con la policía y, peor aún, conmigo —explicó, con los ojos inundados de rabia—. Ellos se dedican a hacer trabajos con poco riesgo y, ahora mismo, simplemente están esperando una buena oportunidad para atacarnos —comentó Marc con seguridad en la voz, como si conociera perfectamente la personalidad de los hermanos Smith—. El problema no va contigo, pero tenemos que tomar precauciones. Para ellos, eres una más de la banda.

—Marc tiene razón, Regina —habló Ronald en su defensa—. La banda de los hermanos Smith nunca ha llegado tan lejos. Nos ganan en número, pero son torpes e inexpertos. No se atreverán a entrar en una propiedad privada, rodeada por cámaras y vigilantes de seguridad —dijo y frunció el ceño con fuerza—. Y como ha dicho Marc, ellos no te quieren a ti... ¡nos quieren a todos nosotros! Les estorbamos.

—Asaltasteis un hotel para vengaros de los empresarios y políticos más corruptos y deshonorables del país... ¡y lo entiendo! —murmuré en alto sin dejar de asentir con la cabeza—. ¿Pero qué hay de los hermanos Smith y del resto de las personas que son como ellos, o incluso peores? Apuesto cien pavos a que nunca... nunca entrasteis en conflicto con ellos —dije y el silencio me confirmó que lo que estaba diciendo era cierto—. Yo también quiero repartir justicia y, bajo mi punto de vista, deberíais empezar por «sacar la basura» en vuestro propio barrio.

Giré sobre mí misma, les di la espalda y me alejé lo más rápido posible por el pasillo. Quería largarme de allí y encerrarme en mi habitación. Por un momento, quería olvidarme del mundo real. Olvidarme, aunque fuese por unas milésimas de segundos, de la mirada de Marc.

No me comprendía ni a mí misma y aquello me frustraba enormemente. Todo cuanto decía sin pensármelo premeditadamente, lo decía de corazón sin pasar por ningún tipo de filtro.

—Gina —dijo Marc, quien me alcanzó rápidamente, agarrándome del brazo antes de que subiera el primer escalón del sótano.

Tiró de mí tan fuerte que choqué contra su pecho, sin poder hacer nada para evitarlo.

Intenté zafarme, pero él me sujetó con más firmeza.

—¿Qué coño te pasa? —preguntó, casi con un tono de fastidio—. Creo que se te ha olvidado demasiado rápido que estás hablando con hombres peligrosos, Regina. Podríamos matarte...

Yo fruncí el ceño con fuerza y me detuve a milímetros de su boca.

Si lo que pretendía era asustarme, a estas alturas después de habernos acostado e intimado, no lo iba a conseguir conmigo.

—Tal vez si nunca me hubieras traído aquí, ni tampoco me hubieras hecho partícipe de tu juego, seguiría pensando que sois una banda de criminales peligrosos y sin sentimientos —dije, sin apartarle la mirada ni un segundo. Mis ojos refulgían furiosos—. Pero, aunque me cueste reconocerlo, y aun sabiendo que lo que voy a decir no es muy ético, vosotros sois héroes —confesé con el corazón en la mano, mientras Marc prestaba atención a mis palabras—. Desde que me habéis secuestrado, me he enterado de cosas horribles. Cosas que nunca se me habrían pasado por la cabeza, ni en broma. No soy tonta, ¿vale? Sé perfectamente que mi padre tiene socios que no deberían estar merodeando a su libre albedrío, sino encerrados en la cárcel hasta pudrirse. Pero también hay gente mala que vive entre vosotros.

Marc apretó las mandíbulas y luego me tomó la mano y, al hacerlo, envió descargas eléctricas por todo mi cuerpo.

—Regina, yo tampoco soy tonto ni juzgo a nadie de buenas a primeras —espetó con frialdad—. No sé si seré un héroe, pero tampoco pretendo serlo. Lo único que hago es actuar según lo que creo que está bien. Y, por desgracia, hay muchas personas con malicia en este mundo. Me da igual la clase económica que tenga la persona que ha hecho un grave error a sabiendas —dijo, acercándose más a mis labios y suavizando la expresión de su rostro—. Yo también pensaba que la cárcel era el idóneo lugar para esta clase de gente, pero estaba engañado. A la cárcel va la gente que incumple la ley, y a los «monstruos» hay que aniquilarlos.

Yo negué con la cabeza, rehusándome a ceder a su manera de pensar, pero Marc se mordió el labio inferior para reprimir una sonrisa.

—Te voy a poner un claro ejemplo, Gina. Dime, ¿cómo te sentirías si supieras que tu violador, la persona que te ha roto el alma y que ha sido culpado por cometer varias agresiones anteriores, sale de prisión con un permiso de fin de semana?

Yo tragué saliva con bastante dificultad. Aquello era un tema bastante serio y, por un momento, me puse en la situación de la hermana de Ronald. Sentí un

escalofrío por toda mi espina dorsal y unas náuseas tan fuertes que, por un momento, no supe si terminaría vomitando.

Ana lo tuvo que pasar realmente mal.

Apreté los puños con tanta fuerza que me temblaron de forma incontrolable.

Marc se acercó a mí y me agarró los puños para intentar relajarme.

Lo observé a los ojos, sin dejar de luchar contra el nudo que tenía en la garganta.

—Hay gente que merece una segunda oportunidad, pero otras no —dijo Marc con voz casi inaudible—. Cada persona que he matado era porque se lo merecía, Gina. Si vuelves a cometer el mismo error, a pesar de que la sociedad te está brindando otra oportunidad para cambiar e integrarte como una persona civilizada, es que no mereces seguir viviendo. He visto con mis propios ojos a asesinos y violadores entrar y salir de la cárcel por haber cometido el mismo error, una y otra vez, a sangre fría. A veces, la cárcel no es la solución, Gina. Y a veces, nosotros mismos tenemos que hacer justicia.

Me quedé callada sin saber qué decir.

Era como si Marc me hubiese leído la mente porque yo también pensaba de esa misma manera. Todos nos equivocamos y tenemos derecho a una segunda oportunidad, ¡por supuesto! Pero no podemos permitir que alguien haga daño intencionadamente, y no castigarlo como se merece.

—Gina —murmuró cálidamente Marc, acariciándome la mejilla con los nudillos de su mano. Yo lo observé fijamente y pude ver en sus ojos el miedo y la preocupación—. Mi mundo es muy peligroso y estoy jodidamente arrepentido de haberte involucrado en él —dijo con la voz casi rota mientras apretaba las mandíbulas con rabia—. Pero lo que siento por ti es inexplicable. Ningún otro hombre podrá amarte con la misma intensidad que yo —confesó, rozando su nariz con la mía—. Haré lo que sea para mantenerte a salvo, aunque eso me mate.

Yo abrí los ojos como platos, sorprendida por sus palabras.

Le agarré la mano y tragué saliva fuertemente, antes de hablar:

—Nuestros mundos son iguales, Marc —le dije con sinceridad, después de descubrir lo que le pasó a Ana en las empresas de mi padre—. Y yo tampoco creo que exista otro hombre al que pueda amar. No me reconozco a mí misma, a la persona que he sido toda mi vida, pero me da igual porque me gusta esta nueva Regina. Y eso, a pesar del peligro que esté corriendo, te lo tengo que agradecer a ti. Quiero estar en la banda, Marc. Así que, te guste o no, mañana vendré aquí y seguiré con los entrenamientos —le dije con tono serio y contundente—. Y nadie me lo va a impedir.

Volví a girarme y subí las escaleras del sótano. Tuve una pequeña esperanza

de que Marc me siguiera, pero no lo hizo.

Cuando subí a la primera planta, me encontré con los dos hombres de antes y me observaron con curiosidad. Yo también los observé y les mantuve la mirada fijamente, negándome a bajarla.

No iba a volver a ceder al miedo. Estaba enojada, colérica. Sentía una necesidad irrefrenable de buscar a los agresores de Ana y hacer justicia.

«¿Justicia? ¿Acaso vas a matarlos como lo hacen Marc y los demás?», preguntó la voz de mi interior.

Cerré los ojos, sacudí la cabeza y grité para mis adentros.

Empujé la puerta con fuerza y salí afuera, haciendo caso omiso al peligro que podía correr allí sola. Me daba igual si los hombres de los hermanos Smith estaban allí escondidos. Me daba igual todo lo relacionado conmigo. Porque ahora mismo, lo único que me importaba era buscar a los violadores de Ana.

Me metí en el coche, arranqué como una loca y salí de allí derrapando a toda velocidad por la carretera.

Me gustaba la velocidad desde que era muy pequeña. El mundo del motor era mi pasión. Estaba al día de los diseños de los coches y cada vez que mi padre se compraba un auto nuevo, no hacía más que rogarle que me dejase probarlo. Me encantaba sentir la libertad cuando conducía. La adrenalina cada vez que hacía rugir un motor. Era la única manera que tenía para liberar la tensión y la rabia acumulada en mi interior.

Pero ahora las cosas habían cambiado tanto...

Debería estar conduciendo a casa asustada y no llena de rabia. Asustada de presenciar un asesinato enfrente de mis propias narices. Asustada porque somos el punto de mira de los hermanos Smith.

¡Asustada por los fuertes sentimientos que tenía hacia Marc!

Pisé el acelerador y vi cómo el indicador de velocidad subía. Apreté el volante con fuerza e intenté dejar la mente en blanco.

Cuando llegué a casa, los vigilantes de seguridad reconocieron el coche de mi padre por las videocámaras y abrieron el portalón. No me había dado cuenta de la hora, pero ya era de noche.

Aparqué el coche en el garaje y saqué el móvil de mi bolso. Vi que tenía once llamadas perdidas de mi padre y otra de un número desconocido. Negué con la cabeza, salí del auto y caminé hacia la entrada de mi casa.

Cada paso que daba parecía que mis pies no iban a llegar nunca al suelo. No podía entender cómo en mi casa actuaba de una manera distinta. Allí dentro no era la Regina valiente y guerrera, decidida a terminar con las injusticias. Allí volvía a ser la Regina sumisa de mi hermanastra y madrastra.

Cuando entré en el salón, observé a mi padre sentado en el sofá con los

codos sobre las rodillas y la frente entre las manos.

Sentí un pinchazo en el corazón. Mi intención no era preocuparlo. Lo quería.
¡Lo amaba con todo mi ser!

—Papá... —murmuré suavemente, consiguiendo que él alzara la cabeza y clavara su mirada en la mía.

—Regina, ¿por qué no me has contestado al teléfono? Me tenías preocupado —dijo, levantándose como un resorte—. Sabes cuáles son las reglas de la casa, hija.

«Tú pones las reglas y yo las rompo», recordé la misma frase que le dije a Marc.

Sacudí la cabeza para alejar aquel pensamiento y asentí con la cabeza.

—Lo sé, y lo siento mucho. Pero... —intenté seguir hablando, pero el nudo de nervios que tenía atorado en la garganta me lo impidió. Tragué saliva con cierta dificultad e inspiré fuertemente.

—Ya no soy una niña, papá. Necesito un poco de libertad. He salido porque necesitaba despejar la mente.

—¿Con Mathew? —me preguntó, tomándome por sorpresa.

Parpadeé varias veces y tardé en responder la pregunta.

Por un momento me había olvidado de que Mathew Connor era, en realidad, Marc Clayton.

—Sí —respondí con sinceridad—. He salido con Mathew Connor.

Él me escrutó de arriba abajo, como si estuviera buscando la verdad.

De repente, exhaló de un golpe el aire retenido en sus pulmones y sonrió débilmente.

—Saber que has estado con él me tranquiliza un poco más —dijo y me rodeó el hombro con el brazo—. Pero avísame cuando salgas de casa. A mí y a los vigilantes de seguridad, por favor.

Yo asentí con la cabeza y acaricié su mejilla barbuda.

—¡Regina! —gritó Isabella, quien apareció por sorpresa. Se llevó la mano al pecho y negó con la cabeza—. Por Dios, hija, me tenías preocupada.

Apreté los dientes sin querer romper la buena disposición que llevaba aparentando desde que era una niña.

¡Isabella y Olivia eran unas falsas, sabían cómo engañar a la gente!

—No quería interrumpir vuestra pedicura —le dije con fingimiento en la voz.

Isabella dejó de sonreír por un momento y se tocó el cabello, incómoda.

—¿Has cenado algo? —preguntó mi padre, instándome a seguirlo hacia la cocina—. Giselle ya se ha ido a casa, pero Isabella y yo podemos prepararte algo rico para comer.

—No, no te preocupes, papá. Ahora mismo tengo el estómago cerrado —dije, al mismo tiempo que clavaba la mirada en Isabella.

—Tienes que comer algo, cariño. Voy a ver qué puedo prepararte, aunque no puedo prometerte que lo que te haga de comer no termine chamuscado —carcajeó mi padre mientras buscaba comida en las lacenas.

De repente, mi móvil vibró en el bolso. Lo apoyé encima de la encimera en búsqueda del aparato. Era un número que no tenía registrado.

Lo descolgué y contesté:

—¿Diga?

—¿Has llegado a casa? —preguntó Marc al otro lado de la línea.

Me recosté contra la encimera cuando sentí que mis piernas temblaron.

¿Cómo era posible que su voz pudiera hacerme sentir tantas cosas al mismo tiempo?

—Gina —volvió a hablar cuando se dio cuenta de mi largo silencio.

—Sí... —balbuceé y carraspeé la garganta—. ¿Qué quieres?

—Quiero terminar con lo que hemos empezado —murmuró con voz cálida y sensual, consiguiendo que mi estómago se inundara de nervios—. Pero antes necesito saber si has llegado a casa —volvió a insistir, esperando por mi respuesta.

—Sí...

Se hizo un silencio incómodo del otro lado de la línea. Podía escuchar perfectamente la respiración de Marc.

—Espero que no te enojas conmigo por lo que voy a hacer, pero tengo que asegurarme —dijo y, acto seguido, cortó la llamada.

Despegué el teléfono de la oreja y observé la pantalla con el ceño fruncido, confundida por las palabras de Marc.

Ding, dong.

El timbre del portalón exterior sonó. Yo me sobresalté y pegué un pequeño brinco.

Mi padre se acercó a la entrada principal y observó por el videoportero.

—Señor Jones, un tal Mathew Connor quiere pasar. ¿Qué hacemos? —habló Trevor, el jefe de los vigilantes de seguridad, por el pequeño altavoz del telefonillo.

Mi padre me observó con el ceño fruncido y, sin esperármelo, sonrió de oreja a oreja.

—Déjalo pasar, Trevor. A ese hombre nunca le prohíbas la entrada —ordenó mi padre, al mismo tiempo que pulsaba el botón verde para hablar.

Yo observé por la pantalla del telefonillo el coche de Marc. Mi estómago explotó en mariposas descontroladas.

—Ethan, las reglas son las reglas. No se permiten visitas de extraños a estas horas de la noche, sin previo aviso. Olivia tampoco puede traer amigos a casa —habló Isabella con un deje de rabia.

—Mathew no es un extraño. Le debo la vida, Isabella. ¿Acaso sigues sin entenderlo? Él le salvó la vida a Regina —respondió mi padre con un tono serio que hizo callar a Isabella.

Agradecí que Olivia no estuviera en casa esa noche y que estuviera celebrando el cumpleaños de una amiga. Y, sinceramente, esperaba que volviera a casa lo más tarde posible o montaría una pataleta de niña caprichosa si se encontrara con Marc en casa.

Antes de que mi padre caminara hacia la entrada principal, me regaló una sonrisa juguetona.

Vaya, Marc Clayton no solo había conseguido cambiar mi personalidad, sino también la de mi padre.

¡Aquel no era Ethan Jones!

El antiguo Ethan habría salido al porche de su casa con una escopeta para amenazar a Marc.

Isabella no dejó de examinarme en silencio, incomodándose más de lo que ya estaba.

Me crucé de brazos, negué con la cabeza y caminé con pasos cortos e inseguros hacia la entrada.

—¡No te esperaba aquí, amigo mío! —exclamó mi padre lleno de alegría, lo cual a mí me hizo sacar una sonrisa tonta.

—Yo tampoco esperaba venir aquí, Ethan, pero quería asegurarme de que Regina había llegado a casa —habló Marc y, automáticamente, el vello de todo mi cuerpo se erizó.

—Sí, está en la cocina. ¿Has cenado? —preguntó mi padre con cierto interés.

¡Oh, no, no! Aquella pregunta era trampa.

Cuando me acerqué más a la entrada, Marc desvió la atención de mi padre para observarme a mí.

Tragué saliva con dificultad y sentí un nudo en el estómago.

¡Marc era un ángel caído del mismísimo cielo!

—Venga, muchacho —dijo mi padre, apoyando la mano en el hombro de Marc—. No tengas vergüenza. Dime la verdad. ¿Has cenado?

Yo negué con la cabeza sin dejar de observar a Clayton, quien reprimió una sonrisa.

«No, no y no», le murmuré con los labios sin dejar de bracear con exageración.

Pero, de repente, mi padre se volteó y me sorprendió.

—Regina, ¿qué estás haciendo?

—Yo... —murmuré, sintiendo el rubor en mis mejillas—. Había una abeja —dije no muy convencida de mis palabras y arrepintiéndome al momento.

El silencio invadió el ambiente, pero duró unos cortos segundos porque a ellos dos se les escapó la risa.

—Cariño, estaba preguntándole a Mathew si ya había cenado. Porque de no ser así, ¿querrías cenar aquí, hijo? —le preguntó mi padre, sin borrar la sonrisa de la cara.

¿Hijo?

¡Qué!

—¿Ah, sí? —pregunté con un tono irónico.

Marc, sin borrar aquella sonrisa ladina que me enloquecía, se sacó las manos de los bolsillos de su cazadora negra y negó con la cabeza.

—No, señor —dijo y sentí un pinchazo en el corazón al saber que no se quedaría. ¿A quién quería engañar? Deseaba que Marc se quedara a cenar y que, de una vez por todas, terminara con lo que había empezado—. Aún no he cenado y, para ser honestos, vengo con mucha hambre —dijo, haciendo hincapié en la última palabra, mientras me observaba fijamente.

Sentí las malditas mariposas subir por mi garganta, sin dejar de aletear frenéticamente.

«¡Oh, Dios Santo! Viene con hambre. Viene con ganas de comerte», habló la voz de mi interior.

El calor de mis mejillas comenzó a disiparse.

—Pues estás invitado a cenar en mi casa —dijo mi padre, apartándose de la entrada para dejarlo pasar.

Cuando Marc entró en casa y caminó hacia mí, sentí que todo sucedía a cámara lenta. Me observó con una mirada que no ocultaba su deseo y aquello hizo excitarme más de lo que ya estaba. Luego se inclinó hacia mí, lentamente, como si quisiera torturarme con la espera, y me besó en la frente.

—Giselle, una de las mejores cocineras que tengo, ya no está en casa. Así que, tendremos que pensar en una receta fácil y sabrosa. ¿Sabes cocinar, Mathew? —preguntó mi padre, al mismo tiempo que caminaba hacia la cocina.

Marc y yo lo seguimos, quedando unos pasos más atrás.

—¡Ah! —grité cuando Marc me pellizcó el culo.

Mi padre, alarmado por semejante grito, se dio la vuelta y me observó preocupado.

—Le ha picado la abeja —habló por mí Marc, consiguiendo arrancarle una sonrisa a mi padre.

¡Maldita sea!

—Y con respecto a cocinar, pues no soy un chef profesional, pero sí que sé cocinar algunos platos. Por ejemplo, la pizza. Me encanta usar las manos... —explicó él, observándome por encima del hombro y sonriéndome con picardía.

Yo abrí la boca ligeramente y juraría que de ella salió humo. Estaba ardiendo de deseo.

¡Dios mío!

La excitación que sentía ante el mero pensamiento de que él amasara mi cuerpo como si se tratara de una masa de pizza, provocaba que mi deseo se multiplicase por cien.

—Cariño, Mathew va a quedarse a cenar —dijo mi padre cuando entramos en la cocina, pero Isabella nos observó de brazos cruzados.

Ella, molesta por no haberse salido con la suya, apretó los dientes con fuerza y el aspecto frío de sus ojos se transformó en rabia. Luego, sin preocuparse de mi presencia o de la de Marc, le lanzó una mirada de desdén a mi padre y se largó de la cocina como alma lleva el diablo.

Inconscientemente, apreté los puños con fuerza, gesto que no pasó desapercibido para Marc, quien me agarró la mano y me acarició los nudillos.

Inhalé profundamente y, al exhalar, aflojé toda tensión acumulada en el cuerpo. Supe ver en el rostro de Marc una mirada tranquilizadora, y se lo agradecí con una sonrisa.

Mi padre, quien seguía dándonos la espalda, no hizo ni dijo nada. Quería saber todo lo que él estaba pensando en ese momento.

¡Maldita sea!

¡Quería abrirle los ojos y que, de una vez por todas, se diera cuenta de la clase de mujer que tenía a su lado!

Isabella White no quería a mi padre, ¡sino su dinero!

—Papá, tienes que...

—Ethan, ¿el Chevrolet Camaro que tienes aparcado afuera es el modelo 350 SS? Año sesenta, ¿verdad? —preguntó Marc interrumpiéndome.

Mi padre giró la cabeza y nos escrutó con intensidad. Pude atisbar en sus ojos una sombra de tristeza que hizo romperme el corazón en mil pedazos.

Mi padre nunca había tenido una vida fácil.

¡Sí!

Ethan Jones procedía de una familia humilde que apenas tenían qué llevarse a la boca. Trabajó durísimo durante toda su vida, tanto que apenas pudo disfrutar de su infancia y adolescencia. Y luego, para rematar, mi madre biológica, la mujer que le dio una hija, lo abandonó sin remordimientos.

—Año setenta, para ser más exactos —respondió mi padre con voz entrecortada, pero en sus labios se dibujó una sonrisa débil.

Yo tragué saliva como pude, reteniendo el nudo que mi garganta luchaba por dar paso a las lágrimas.

¡No era justo!

¡No quería ver a mi padre así!

—¡Dios! Mi abuelo siempre me hablaba de ese coche —expresó Marc con emoción—. Doscientos veinticinco caballos a cuatro mil trescientas revoluciones por minuto. Según él, la envidia de los demás autos. Si mi abuelo estuviese aquí, no se lo creería.

Yo fruncí el ceño y observé a Marc con curiosidad.

¿Por qué se estaba abriendo sentimentalmente con mi padre?

—Eso es porque no has visto el Chevrolet Corvette C2. Ese sí que es la envidia de los demás coches —dijo mi padre, mostrándose un poco más animado.

¡Sí!

Marc había dado en el clavo y estaba consiguiendo romper la tensión que se había generado en el ambiente.

—De hecho, ya lo he encargado. Vendrá de España en unos días, pero tengo otros modelos en el garaje, ¿quieres verlos? —le preguntó mi padre, mostrando una sonrisa de oreja a oreja.

Marc me observó de soslayo, esperando mi respuesta. Su mirada me intimidaba y sus expresiones me ponían a flor de piel.

¿Cómo demonios lo hacía?

Tragué saliva con cierta dificultad y carraspeé antes de hablar:

—Vete, mientras yo iré preparando la cena. No me llevará más de veinte minutos. Haré pasta con atún —dije, al mismo tiempo que me alejaba de él y abría la nevera—. A ver si tú convences a mi padre de que el coche necesita una pequeña restauración. Hay que revisar el chasis, limpiarlo y corroborar que esté en perfecto estado. Si por mí fuera, eliminaría todos los restos de pintura de la carrocería para ver el estado de ésta y sustituirla. Es muy importante hacerle un tratamiento anti corrosión.

El silencio hizo que frunciera el ceño y girara sobre mis talones para observarlos. Mi padre sonreía con admiración, mientras Marc me observaba con la boca abierta.

Sentí cómo el rubor se extendía por mis mejillas sin poder controlarlo.

—Eres una caja llena de sorpresas... —murmuró Marc, mostrando sorpresa.

—Yo soy el culpable de que mi hija lleve «gasolina» en las venas —dijo mi padre con orgullo y le rodeó los hombros a Marc—. Te lo secuestro durante unos minutos. Espero que no te importe —comentó mi padre con un deje burlón.

Marc y yo nos observamos cómplices. Me sonrió con picardía y nos

entendimos sin necesidad de decir nada.

—Sí, te dejo que lo secuestres, papá...

10

MARC

El gusto de Ethan por los coches clásicos resaltaba a la vista. En su enorme garaje había nueve coches antiguos y otros tres más modernos de última gama.

Aquel garaje era el sueño de cualquier fanático del motor.

«Cualquier fanático como Regina», dijo la voz de mi interior.

Por un momento, dejé de prestar atención a las explicaciones de Ethan sobre los motores de gasolina y pensé en Regina.

¡Joder!

Nunca pensaría que ella entendiera tanto de coches. Cada día me sorprendía más con esta mujer.

¡Cada día me estaba enamorando más de ella!

—Tu abuelo ya no vive, ¿cierto? —preguntó Ethan, cambiando radicalmente de tema y consiguiendo despertarme de mi ensimismamiento.

Yo tosí y me aclaré la garganta, antes de contestar:

—No, falleció hace varios años —dije—. Sé que le gustaría tu colección de coches. Tenía el mismo gusto que tú —confesé, guardándome las manos en los bolsillos del pantalón.

Estaba incómodo y molesto conmigo mismo. Nunca hablaba de mi vida privada con nadie, y menos aún con gente que ni siquiera conocía. Pero cuando Ethan me llamó «hijo», añoré la figura paterna que nunca tuve.

Con él me sentía como en casa.

—¿Tus padres... —Su voz se fue aando cuando negué con la cabeza, corroborándole que mi familia también estaba muerta.

Un incómodo silencio se cernió sobre nosotros y supe que debía hacer algo al respecto. Sabía que Ethan, ahora, se sentía mal por haber preguntado aquello, pero él no tenía la culpa de que mi madre hubiese muerto, ni de que mi padre nos hubiese abandonado a los dos.

—Isabella parece una mujer poco sociable —espeté, sin preámbulos, cuando recordé la reacción de Regina en la cocina.

Resaltaba a la vista que la relación hijastra y madrastra no era buena. Y si a eso le añadimos a la hermanastra malvada, la historia real se convertía en el cuento de la Cenicienta.

—Te pido disculpas por lo de antes —murmuró Ethan, apoyándose contra el

lateral del Chevrolet—. Supongo que todos tenemos defectos, unos más que otros, pero los tenemos. Isabella no es mala mujer, pero tiene un carácter... —dijo, haciendo una pausa para buscar la palabra adecuada—. Peculiar. Pero nos queremos.

Yo asentí con la cabeza, me crucé de brazos y me senté en el capó del coche.

—En eso estoy de acuerdo contigo, Ethan. Todos tenemos defectos. Yo el primero —murmuré con voz apenas inaudible—. Pero en lo que no estoy de acuerdo es que digas que os queréis —confesé, arrepintiéndome al momento.

No tenía por qué meterme en temas ajenos, ¡joder! Es más, ni siquiera debería estar allí con Ethan, sino con Regina en la cocina.

¡Para eso había venido aquí, para estar con ella!

Pero algo me impedía alejarme de allí. Algo en mi interior no me dejaba irme sin antes aclarar las cosas con el señor Jones.

Sabía que Ethan era todo para Regina, y lo que le importaba a Regina... ahora también me importaba a mí.

—No me lo tomes a mal. Apenas nos conocemos y tampoco quiero que te sientas ofendido por lo que te voy a decir —le expliqué, incorporándome del capó y observándolo fijamente—. No estoy diciendo que tú no la quieras, ¡al contrario! Eres capaz de sacrificar todo por ella, incluso tu felicidad. Y eso solo lo hace la gente enamorada —espeté con cierta brusquedad—. Pero ahora piensa, ¿qué ha sacrificado Isabella por ti?

Ethan pensó durante unos segundos, manteniendo la mirada perdida en un punto del techo, se despegó del coche y dándome la espalda, habló:

—¿Quieres a mi hija, Mathew?

Vale.

Ethan acababa de ignorar mi pregunta y yo pude confirmar mi teoría de que Isabella no lo quería. Pero ahora tenía un problema más grave. Iba a «enfrentarme» a un padre extremadamente protector con su única hija.

Ethan iba a bombardearme con infinitas preguntas para asegurarse de que era un buen hombre para Regina.

¡Por Dios!

Si ni siquiera me llamaba Mathew Connor, pero no podía decirle mi nombre real. No por ahora...

—Sí —respondí con voz firme, contundente, sin vacilación alguna.

Él giró su cuerpo y me observó.

—¿La quieres de verdad? —volvió a insistir con la pregunta.

—La quiero más que a mi propia vida —confesé con voz seria—. Llámalo amor a primera vista o como quieras, pero sé que Regina es la mujer que quiero a mi lado en lo que me queda de vida.

Él escrutó mi rostro, buscando indicios de verdad. Dio un paso adelante y, a pocos centímetros de mí, habló:

—Tengo que ser franco contigo —dijo con aplomo—. No me fio al cien por cien de ti —espetó sin miramientos y yo tuve que reprimir una sonrisa nerviosa—. Dices que soy capaz de sacrificar todo por Isabella, incluso mi felicidad, y es cierto. Y tú has arriesgado la vida por salvar a mi hija. Siempre estaré en deuda contigo y, me gustes o no, sé que mi hija estará protegida a tu lado.

Yo asentí lentamente con la cabeza e inconscientemente saqué la cajetilla de tabaco del bolsillo de mi chaqueta. Cuando me di cuenta de lo que había hecho delante de Ethan, me maldije a mí mismo.

Alcé la vista y lo observé detalladamente, esperando una reprimenda.

¡Joder, la situación era tan tensa que necesitaba relajarme con mi mortífera nicotina!

Creo que ni los hermanos Smith me ponían tan nerviosos como el padre de Regina.

—¿Cómo eres capaz de fumar esa mierda? —me preguntó él y su mirada adquirió un tono acerado.

Yo tragué saliva con cierta dificultad e inspiré fuertemente antes de hablar.

—Lo siento, Ethan —murmuré con arrepentimiento.

«Pero, ¿qué estás haciendo? Eres Marc Clayton, uno de los hombres más temidos por la gente. ¿Cómo te rebajas a este hombre que ni siquiera le debes respeto?», preguntó con indignación la voz de mi interior.

«Le debo respeto porque es el padre de Regina», pensé para mí mismo.

—¿Que lo sientes? Hijo, nadie fuma esa marca de tabaco —habló Ethan, al mismo tiempo que abría la puerta del Chevrolet y se sentaba en el asiento del copiloto.

Yo lo observé con una mezcla de perplejidad y confusión, mientras él abría la guantera del coche.

—Cuando era más joven, fumaba demasiado. Parecía una chimenea y sabía que tenía que intentar dejarlo si quería llegar a viejo —explicó y de la guantera sacó una cajetilla de tabaco—. De vez en cuando fumo un cigarrillo, no más —confesó con una sonrisa—. Prueba uno y luego me darás la razón.

Observé con una sonrisa el cigarrillo que me estaba ofreciendo. Estiré la mano, lo saqué de la cajetilla y me lo llevé a la boca. Lo encendí con el mechero y aspiré tan profundamente que el filtro se calentó y el papelillo que envolvía las hebras de tabaco se consumió dejando ceniza.

Saboreé y luego exhalé el humo con gran profusión.

¡Dios, aquel pitillo sabía a gloria!

—¿Qué? ¿Mejor? —preguntó Ethan con el cigarro en la boca, esperando a que asintiera con la cabeza—. Si vas a fumar, asegúrate de fumar cigarrillos de buena calidad —me explicó, al mismo tiempo que se incorporaba del asiento y me ofrecía la cajetilla—. Ten. Te la regalo.

—Gracias, Ethan —murmuré con incredulidad.

—Ahora eres uno más de la familia, Mathew —dijo y yo sentí un nudo en el estómago—. Y a la familia hay que cuidarla. Lo único que te pido es que no le rompas el corazón a mi hija, porque entonces me veré obligado a romperte los huesos —me explicó y yo sonreí ladino.

Me gustaba la forma de pensar de Ethan.

Él dio una profunda calada al pitillo y antes de que el humo que se había levantado entre los dos se disipase, habló:

—Regina no ha tenido mucha suerte en sus relaciones. Y cuando hablo de relaciones, me refiero a cualquier tipo de relación —me explicó con la voz rota—. Relación familiar. Relación de amistad. Y relación amorosa.

Yo fruncí el ceño, dejando que el pitillo se consumiera entre mis dedos.

¿Relación amorosa? ¿Con quién?

Volví a inspirar el cigarrillo con todo pulmón y me armé de valor para preguntarle:

—La madre de Regina. ¿Qué le ha pasado?

Fui directo al grano.

Quería conocer más a Regina y me había dado cuenta de un dato realmente importante. Ella nunca había mencionado a su madre biológica.

Ethan clavó la mirada en su cigarrillo, observando cómo éste se consumía lentamente.

—La madre de Regina, la única mujer que amé con todo mi ser, nos abandonó —dijo y yo sentí un pinchazo en el corazón.

Regina había sufrido lo mismo que yo, pero ella, en cambio, se había criado sin una figura maternal, el pilar básico de cualquier hijo.

Joder, ¿cómo pudo haberlos abandonado?

«Pues de la misma manera que tu padre os abandonó a ti y a tu madre», habló la voz de mi interior.

¡Cierto!

—Gracias a Dios, Regina nunca llegó a conocerla. Creo que sería peor para ella si se hubiese encariñado con su madre. Habría sufrido el doble, como yo —confesó él con voz rota y aada—. En cuanto a sus amigos, Regina también sufrió bastante. Cada vez que conocía a una nueva amiga, se abría sentimentalmente a ella. Pero la mayoría de sus amistades son de conveniencia. Hoy en día le sobran los dedos de una mano para contar a sus amigos de verdad.

Yo asentí lentamente con la cabeza, mientras procesaba toda aquella información. A mí también me llegaban los dedos de una mano para contar mis amigos de verdad: Ronald, William y Lexi.

¡Pss, incluso me sobran dos dedos!

El silencio se cernió sobre nosotros. Faltaba lo más importante de la conversación: las relaciones amorosas de Regina. Quería saber quién fue su anterior pareja. Necesitaba saber quién fue el cabrón que la hizo sufrir y la dejó ir.

Quería conocerlo, darle las gracias por dejarme libre a la mujer de mis sueños y luego... luego partirle la cara por haberla hecho sufrir.

Pero el ruido de unos pasos acercándose al garaje hizo que Ethan y yo nos observáramos alarmados.

—Mierda, aa el cigarrillo, rápido, rápido... —me ordenó él, casi en un susurro.

Y eso hicimos.

Aamos los cigarros, sacudimos los brazos en el aire para alejar el humo y esperamos a que aquella persona desconocida entrase en el garaje.

Sentí un cúmulo de nervios en mi interior al pensar en Regina, pero cuando Isabella entró en el garaje, las mariposas de mi estómago dejaron de revolotear.

Apenas conocía a aquella mujer, pero lo poco que veía en ella me causaba náuseas. Conocía a las personas como Isabella. Las olía a kilómetros de distancia.

Ethan tenía que abrir los ojos cuantos antes... ¡antes de que no hubiese posibilidad de dar marcha atrás!

Ella, de brazos cruzados, nos fulminó con la mirada, especialmente a Ethan. Apreté las mandíbulas con tanta fuerza que creí que me iba a romper un diente. Ahora podía entender la impotencia de Regina por no poder hacer nada. Tenía que ser duro ver a un ser querido sufriendo por amor.

De repente, las fosas nasales de Isabella se dilataron. Se podía oler el humo en el aire.

—¿Has vuelto a fumar, Ethan? —le preguntó ella, con la voz cargada de rabia e incredulidad.

Ethan balbuceó sin poder hablar. Sabía que no iba a ser capaz de mentirle porque él la quería.

A veces, el amor era muy injusto con las personas.

—He sido yo —dije, alzando la cajetilla en el aire y sonriendo con picardía.

Isabella arrugó los ojos, tratando de enfocar la cajetilla de tabaco que sostenía en la mano. Alzó el mentón en un gesto de superioridad moral, se apartó el cabello y volvió a clavar la mirada en Ethan.

—Llevo esperándote en la cama más de media hora. Si vas a venir, vente ahora. No quiero que me despiertes en mitad de la noche —replicó ella, esperando a que Ethan cumpliera su orden.

Dios, no me lo podía creer. Si la reencarnación existiera, aquella mujer terminaría convirtiéndose en una víbora venenosa.

—Cena antes con nosotros, Ethan. Regina está preparando pasta con atún. Seguro que estará deliciosa. Tu hija es perfecta en todo —dijo, recalando todas las palabras para que Isabella las escuchase.

Esta vez, las fosas nasales de Isabella se dilataron como las de un toro iracundo con ganas de clavar los cuernos. Yo sonreí con dulzura fingida, consiguiendo irritarla más de lo que ya estaba.

No iba a permitir que nadie intentase herir a Regina, porque sus enemigos eran mis enemigos.

—Ethan ya ha cenado conmigo, pero que haga lo que quiera —habló Isabella por él.

Ethan suspiró con cansancio, se frotó la sien y me observó con complicidad.

—Estoy segurísimo de que la comida de Regina estará deliciosa. Disfrutad de la cena y quiero que sepas que tienes la libertad de quedarte en mi casa el tiempo que quieras. Prefiero que a estas horas de la noche estéis aquí en casa, y no por ahí —dijo y yo asentí con la cabeza.

Yo también prefería que Regina estuviera en su casa, sana y salva.

—Buenas noches, Mathew —dijo Ethan, estrechándome la mano.

—Buenas noches.

Isabella se enganchó a su brazo de manera posesiva y ambos salieron del garaje.

Quedé estático sin dejar de pensar. Tenía que tener cuidado con Ethan. El padre de Regina era un hombre inteligente y siempre tenía la mosca detrás de la oreja. Pero también me había gustado descubrir lo que él pensaba de mí.

«Hijo», recordé la palabra con alegría.

Observé la cajetilla de tabaco y sonreí como un idiota. La guardé en el bolsillo del pantalón y salí del garaje.

Subí las escaleras que me llevarían a la primera planta de la casa, mientras el olor a comida invadía mis fosas nasales. Cerré los ojos por un momento y recordé las comidas caseras de mi madre.

Dios, la extrañaba cada minuto de mi vida.

La necesitaba y la seguía necesitando, ¡joder!

Entré en la cocina y lo primero que vi fue a Regina de espaldas, bebiendo agua.

Con mis ojos centrados en ella, me acerqué lentamente sin apenas hacer

ruido.

La imagen que estaba viendo me gustaba, me enternecía. Esto era lo que realmente quería. Una esposa, un hogar e hijos.

Las malditas mariposas revolotearon sin parar, consiguiendo que mis nervios aumentasen. La idea de hacerle un hijo a Regina era tentadora, pero más aún lo era casarme con ella.

Agarré el anillo que llevaba colgado en mi cuello y sonreí con dulzura. Nunca se me pasó por la cabeza casarme porque nunca había sentido amor por ninguna mujer, hasta ahora.

Cuando Regina terminó de beber, en plena vorágine de amor y antes de que ella se girara, me acerqué por detrás y la tomé de las caderas. Apoyé mi pecho sobre su espalda, y pegué mi rostro a su cuello.

—Esta noche solo te voy a pedir una cosa. Olvídate de quién soy y a lo que me dedico —murmuré contra su oído, consiguiendo erizarle el vello de la nuca—. Déjame fantasear con un sueño que sé que nunca se cumplirá —le rogué, casi con la voz quebrada.

¡Sí!

¿A quién demonios pretendía engañar?

¿Yo? ¿Casado y con hijos?

Había sacrificado mi vida para hacer justicia en el mundo. Ya no había remedio ni solución alguna de olvidarme de mi trabajo para empezar una nueva vida.

Ella giró la cabeza y se encontró con mis ojos. Me costaba aguantarle la mirada, aunque pareciese increíble. Sus ojos color marrón oscuro me intimidaban, me llenaban de nervios e incertidumbre por saber qué pensaría ella realmente de mí.

Sin esperármelo, ella sonrió, haciendo que se me encogiera el estómago y me excitase.

¡Verla sonreír era maravilloso!

—Hueles a tabaco —dijo ella con tono gracioso—. Has conseguido que mi padre se fume uno de sus cigarros que guarda en la guantera del Chevrolet, ¿verdad? —me preguntó, y yo no pude evitar que en mi cara se dibujase el asombro en estado puro—. Eres una mala influencia —dijo con ironía, al mismo tiempo que se separaba de mí y se sentaba en la silla—. La cena ya está lista.

La sonrisa tonta en mi cara era inevitable. Aquella noche quería olvidarme de la realidad y disfrutar de Regina, la única compañía que deseaba a cada jodido minuto.

Tomé asiento, justo al lado de ella, y observé cómo me servía la pasta en el plato.

¡Uff!

El silencio me ponía nervioso, pero la presencia de Regina me ponía aún más inquieto.

Enrollé la pasta en el tenedor y di un bocado.

—¡Joder! —exclamé con sinceridad.

La comida estaba buenísima.

—Cariño, esa boca. Sabes que en casa queda tajantemente prohíbo decir tacos —comentó Regina con tono acerado, consiguiendo confundirme.

Ella dejó el tenedor sobre el plato y alzó los hombros.

—¿Qué? Pensé que querías «jugar a las casitas» —dijo con un deje sarcástico, pero gracioso—. Dijiste que querías fantasear con algo que nunca se hará realidad.

Yo sonreí ladino y volví a darle otro bocado a la pasta. No había pedido explícitamente aquello... pero, joder, la idea me gustaba.

—Oh, princesita —dije, al mismo tiempo que me limpiaba la boca con una servilleta—. La realidad es esta: ahora mismo eres mi chica, pero muy pronto serás mi mujer —comenté sin más miramientos, consiguiendo que se le atragantara el comentario en la garganta.

—Creo que el humo se te ha filtrado en el cerebro y no te deja pensar con claridad —dijo y aquello hizo sacarme unas risas.

—Tiempo al tiempo —dije y, sin borrar la sonrisa, seguí comiendo.

Me encantaba verla sonrojarse con cada ocurrencia que le decía.

—Por lo que veo, sí que venías con hambre —volvió a hablar, pero ahora con un tono diferente en la voz.

Alcé la mirada, dejé los cubiertos sobre la mesa, y vi en sus ojos el deseo. Se acercó la copa a los labios para beber un poco y luego se pasó la lengua despacio por el labio inferior, borrando la fina capa de agua.

Yo tragué saliva con cierta dificultad y sentí cómo mi virilidad crecía en mi entrepierna.

—Siempre tengo hambre —respondí con firmeza, casi gruñendo.

Me saqué la chaqueta y la colgué en el respaldo de mi silla, sin apartarle la mirada.

—Pues para tener siempre hambre, nunca terminas de comer —dijo ella con voz ronca y sensual, observando mi plato casi lleno.

Yo sonreí con picardía cuando supe que sus palabras tenían un doble sentido.

¡Sí!

Me levanté lentamente y me enderecé en mi metro noventa. Regina me repasó con la mirada y se incorporó de un golpe.

Su pecho subía y bajaba agitadamente. Ahora ya no se veía tan segura de sí

misma.

Di un paso y ella retrocedió dos.

Enarqué una ceja y sonreí ladino.

—¿No vas a terminar de comer? —me preguntó, volviendo a retroceder hasta que su cadera chocó contra la encimera.

La observé fijamente a los ojos, sintiendo cómo la sangre de mi cuerpo se quemaba, especialmente la de mi miembro viril.

—Aún voy a empezar con el primer plato —dije y, sin pensármelo dos veces, me abalancé sobre ella.

Le agarré la cara con ambas manos y bajé la cabeza para besarla con ganas.

La pasión y la avidez me golpearon con fuerza cuando nuestros labios se fusionaron. No estaba siendo delicado, pero Regina tampoco protestó porque no lo fuera.

La agarré por la cintura y la senté en la encimera para que nuestros labios quedasen al mismo nivel. Ella se sujetó con fuerza a mis hombros y me rodeó las caderas con las piernas, provocando que mi bulto chocase contra su entrepierna.

Acerqué mi cabeza al hueco de su cuello, devorándoselo con avidez, mientras sus caricias se volvían más ansiosas. De repente, Regina escondió sus manos bajo mi camiseta y arañó mi espalda.

¡Uff!

Aquello fue suficiente para hacerme perder el control.

—Sabes que tu padre está en casa, ¿verdad? —le pregunté, al mismo tiempo que le sacaba la sudadera.

Ella, haciendo caso omiso a mi razonamiento, se arqueó contra mí y frotó su entrepierna contra la mía.

Gruñí sin poder contenerme. Regina me estaba matando.

—Eso lo hace más excitante, ¿no crees? —dijo con voz ronca y sensual, sorprendiéndome por su inesperada actitud.

Le devoré los labios, casi dejándola sin aliento. Luego le bajé la cremallera de los pantalones y observé la goma elástica de sus braguitas negras.

Me humedecí los labios cuando los sentí secos y ásperos. La culpa era de ella.

—¿Ya se te ha pasado el hambre, Marc? —me preguntó, casi en un murmullo, consiguiendo ponerme más duro de lo que ya estaba.

—No, princesita. Aún acabo de terminar con el primer plato —le dije, al mismo tiempo que le acariciaba los labios con el dedo pulgar—. Ahora iré a por el segundo plato —le expliqué, mientras le sacaba su top deportivo.

Cuando su pecho quedó liberado de cualquier tipo de prenda, mis ojos se abrieron como platos.

¡Regina era perfecta!

Cogí uno de sus pechos con las dos manos y atrapé el pezón entre los labios. Ella gimió y yo sonreí para mis adentros. Sus pezones, excitados, se sensibilizaron todavía más cuando mi lengua comenzó a acariciarlos.

—Marc....

Escucharla decir mi nombre hizo que ardiera más en deseo.

Le saqué los pantalones con cierta violencia, y agradecí de que ella estuviese descalza. La observé sentada con sus braguitas negras y las mejillas sonrojadas.

—Ahora, voy a comerme el postre —dije, arrodillándome en el suelo y quedando a la misma altura que su entrepierna—. No tienes ni idea de cómo me gusta el dulce, Gina.

Besé su pie izquierdo y seguí ascendiendo, lamiendo y mordiendo cada centímetro de su piel, mientras mi mano libre acariciaba su pierna derecha.

Alcé la mirada y la observé con intensidad, al mismo tiempo que le abría los muslos y me acercaba al centro de su cuerpo.

Y antes de que mis manos se metieran en sus bragas y tiraran de la goma elástica, un coche se detuvo frente a la casa y los faros se reflejaron en la ventana de la cocina.

Pensé que Regina se asustaría por la idea de que su padre bajara a la cocina o de que alguien más entrara en casa y nos descubrieran. Pero no, al contrario.

¡La situación parecía causarle gracia porque no dejó de sonreír!

—Olivia —dijo ella, pero yo advertí perfectamente un deje burlón en su voz.

Cuando escuchamos el ruido de unas llaves tratando de abrir la puerta, yo reaccioné con rapidez.

Sujeté a Regina en mis brazos y ésta enrolló sus piernas en mi cintura. Me agaché para recoger nuestra ropa del suelo y corrí con ella hacia la despensa. Abrí la puerta corredera, me metí adentro como pude y volví a cerrarla.

Estábamos literalmente apretados, el uno contra el otro. Algo que no me ayudaba a concentrarme.

Ella, sin importarle lo que pudiese suceder, empezó a lamerme la oreja.

—Gina, por favor...

—Shh...

Escuchamos pasos acercarse a la cocina y observé a través de las rendijas de la puerta.

Sí, era Olivia, pero no venía sola.

—¿Quién coño ha dejado la luz encendida? ¡Joder! El personal de mi padrastro no vale para nada —explicó ella con desdén, al mismo tiempo que se acercaba a la mesa para dejar el bolso sobre ella.

Regina, haciendo caso omiso a lo que su hermanastra decía, me agarró el

rostro y me besó con pasión.

Yo le acaricié la espalda y bajé la mano hasta sus muslos.

—Gina, por Dios... —susurré con voz apenas audible.

—¡Joder, vaya mansión! —comentó una voz masculina.

Giré la cabeza, dejando que Regina me devorase el hueco del cuello. Apreté los labios, reprimiendo un gemido, e intenté observar de nuevo quién más estaba allí.

—Si vas a seguir despistándote con cualquier cosa que reluzca, contrataré a otro. ¡Céntrate! —le exigió Olivia, sacando un sobre del bolso.

Fruncí el ceño y me agaché un poco para observarle la cara a aquel desconocido.

«Mierda», pensé para mis adentros cuando un bote de pepinillos se resbaló del estante, pero yo, antes de que éste se estrellara contra el suelo, lo pesqué en el aire.

Regina no pudo reprimir una risita y yo le cubrí la boca con la mía. No me estaba ayudando a colaborar, ¡maldita sea! Quería terminar con lo que había empezado, ¡por supuesto que sí!, pero también quería saber qué demonios estaba sucediendo en la cocina.

—No, hemos hecho un trato —dijo el desconocido—. Cuarenta de los grandes llama más la atención que una mansión.

Cuando mis ojos observaron a aquel hombre, sentí que la tierra se abría en mis pies y me tragaba.

¿Qué hacía él allí? ¿Qué cojones hacía él en la casa de la familia Jones?

—Marc... —murmuró Regina lentamente y con cuidado de que no la escucharan.

Yo la ignoré.

No podía concentrarme en ella sabiendo que tenía a aquel hombre dentro de su casa.

—Aquí tienes. Las llaves y un teléfono nuevo con mi número. Lo utilizarás para comunicarte conmigo, nada más.

Él agarró el sobre sin borrar su sonrisa mezquina.

—¿Cuándo será el momento? —le preguntó a Olivia, pero ésta se cruzó de brazos enojada.

—Roma no se construyó en un día —respondió ella de malas maneras—. Esto nos llevará semanas, tal vez meses, pero quiero que no quede ningún rastro ni ningún indicio que pueda inculparme. ¿Has entendido? —volvió a preguntarle con los ojos inyectados de sangre.

Aquel cabrón asintió con la cabeza, le estrechó la mano y se guardó el sobre en el bolsillo de su chaqueta.

—Encantado de hacer negocios contigo, señorita White. He conocido a mucha gente en mi oficio, pero nunca me he encontrado a nadie con tanta frialdad como usted. Le prometo que no le fallaré —dijo él, y le besó la mano.

Después, la observó durante un momento y Olivia se abalanzó sobre él. Empezaron a besarse y a manosearse de manera incontrolable.

—Aquí no —dijo ella, estirando los bordes de su falda—. Lo haremos en mi coche, fuera del recinto —le ordenó, agarrándolo de la mano y llevándoselo de allí.

Esperé unos segundos dentro del armario hasta que la puerta de la entrada se volvió a cerrar.

Apreté las mandíbulas con fuerza, y retuve el enorme deseo de salir de la despensa para perseguir a aquel cabrón y matarlo.

Y antes de que reaccionara, Regina se bajó de mis brazos, me sacó la ropa de las manos y abrió la puerta corredera con violencia.

La observé vestirse mientras me daba la espalda. Me rasqué la nuca sin dejar de observarla.

Ella no lo entendía. No podía hacerle el amor, sabiendo que un puto sicario iba a planear algo contra ella y su padre.

¡Sí, Gordon, alias *Dark*, era un jodido sicario que llevaba detrás de él hace más de un año!

—Gina... —murmuré, al mismo tiempo que apoyaba la mano en su hombro.

Ella se giró y me fulminó con la mirada. Sentí un pinchazo en el corazón cuando vi sus ojos llenos de lágrimas.

—Lárgate de aquí, Marc —me ordenó con la voz rota, pero con una mirada acerada.

Yo fruncí el ceño.

Estaba claro que Regina no había prestado atención a la conversación de su hermanastra con su «noviecito».

—¿Por qué te cabreas conmigo? ¿De verdad piensas que no quiero terminar con lo que he empezado? Joder, nena. Todo el rato pienso en hacerte el amor —le confesé, pero aquello no pareció importarle.

Su expresión auguraba lo peor, y la entendía. Pero no podía decirle la verdad. No quería alarmarla ni asustarla, sin antes asegurarme de lo que estaba pasando entre *Dark* y Olivia.

—Largo. No lo volveré a repetir —dijo, con voz más firme que antes.

—¿Y si no quiero? ¿Qué harás? —le pregunté, acercándome más a ella.

En sus ojos ardía la furia que estaba intentando dominar.

—Te lo estoy rogando. Lárgate... —respondió con las lágrimas en los ojos.

Aquella respuesta me dejó sin palabras. Tragué saliva con cierta dificultad y,

observándola a los ojos, asentí con la cabeza lentamente.

—Está bien...

Me vestí la camiseta, cogí la chaqueta y me largué de la cocina sin voltear la cabeza.

No quería mirarla porque si lo hacía, la vería llorar y aquello era lo último que quería ver en esa noche.

11

REGINA

—Buenos días, señorita Jones. Cuánto tiempo sin verla por aquí —me saludó la recepcionista de la última planta del edificio.

—Buenos días —dije con una sonrisa, al mismo tiempo que me apoyaba en el mostrador—. Claire, necesito que envíes a mi correo la plantilla de empleados de la sala de administración de hace ocho años —le ordené con voz firme.

Sería más sencillo ir directa al grano y pedirle la ficha de Ana Black, pero podría levantar sospechas y, visto lo visto, no podía fiarme de nadie en la empresa.

—Por supuesto, señorita Jones. Se los envío ahora mismo.

—Gracias, Claire —dije y me alejé de allí.

Caminé por el pasillo acristalado que conectaba las oficinas principales. No solía ir a menudo a las empresas porque hacía el trabajo desde casa, pero necesitaba con urgencia buscar información del caso de Ana.

Cuando entré en mi despacho, encendí el ordenador y esperé de brazos cruzados sin dejar de pensar, mientras observaba el centro de la ciudad a través de la ventana.

No sé cuánto tiempo estuve observando los rascacielos, pero juraría que más de cinco minutos. Exhalé, dejando caer mi cabeza contra el respaldo de la silla, cerré los ojos y respiré profundamente.

Estaba muy cansada, no había pegado ojo en toda la noche pensando en Marc y en su estúpido comportamiento conmigo. Dios, cada vez que recordaba el suceso, mis mejillas se encendían por la vergüenza que pasé. Parecía desesperada por hacerle el amor. Es más, lo estaba, pero él... él simplemente se había «enfriado» conmigo sin importarle que mi cuerpo estuviese ardiendo en llamas.

Las ideas que pasaron por mi cabeza fueron infinitas. Y entonces, comprendí lo que sucedía: a Marc le gustaba Olivia.

¡Sí! Olivia era una musa, maldita sea. ¡Y no, no estaba celosa! Bueno, tal vez un poco... ¡pero era la realidad!

Él se puso frío conmigo cuando Olivia apareció en la cocina con uno de sus nuevos ligues. Pensé que a Marc le daría igual, pero no. Él no dejó de acecharlos con interés, como si estuviese celoso.

¡Aquella noche me sentí ridícula e indignada!

Tin.

Abrí los ojos, dejé de apretar los puños y observé la pantalla del ordenador. Dudé unos segundos antes de abrir el correo electrónico. Estaba nerviosa.

Cuando abrí el archivo, busqué por Ana Black y entonces encontré su carrera profesional en las empresas de mi padre. Ronald no me había mentado. Su hermana era una chica lista. Ella empezó trabajando como secretaria y terminó siendo la responsable de su sala en menos de seis meses.

Seguí leyendo más información sobre su pasado y fui directa al último apartado. No había nada que hiciese referencia a un suicidio, *mobbing* o quejas por el trato que Ana estaba recibiendo de sus compañeros, simplemente se detallaba su despido voluntario.

Fruncí el ceño e imprimí el documento.

¿Cómo iba a ser creíble que una chica como ella hubiese renunciado al puesto de encargada en la sala de administración? Ella estudió aquella rama porque le gustaba. Sus notas eran espléndidas. Su trabajo era impecable. Ana era un claro ejemplo de empleado estrella.

Agarré la hoja, casi arrugándola, y subrayé el apartado del despido voluntario con un rotulador fosforito. Volví a teclear en el ordenador la fecha de ingreso de Ana en la empresa, y busqué por los nombres de sus compañeros de sala.

Hace ocho años, en la sala de administración, hubo un total de cinco empleados, entre ellos dos mujeres: Ana y Claire.

«Ya he ido allí cientos de veces, pero la única testigo que hay no quiera hablar porque está amenazada por esos hijos de puta», recordé las palabras de Ronald.

Claro, la única testigo era la secretaria de la sala. Ósea, Claire...

Ring, ring.

Observé el teléfono y sentí que el nudo de nervios me apretaba con más fuerza en el estómago.

—¿Sí?

—Señorita Jones —habló Claire al otro lado de la línea—. ¿Le ha llegado el correo?

Yo tragué saliva, antes de hablar.

—Sí, Claire. Gracias.

—Cualquier cosa no dude en pedírmela, señorita Jones.

—Gracias, Claire.

Cuando colgué el teléfono sentí como si el frío del aire acondicionado se me hubiera metido adentro, congelándome por completo. Me llevé las manos a la

cara y me cubrí la boca con las palmas para reprimir un sollozo de terror.

«No sé si seré un héroe, pero tampoco pretendo serlo. Lo único que hago es actuar según lo que creo que está bien», recordé la frase de Marc.

Me limpié las lágrimas con un gesto hosco y apreté los labios con rabia. Imprimí toda la información de los cinco empleados de la sala de administración y los esparcí sobre la mesa.

Fruncí el ceño con fuerza cuando me di cuenta de que Claire era la única que seguía trabajando en el edificio del centro de la ciudad de San Francisco. Los tres restantes habían solicitado el traslado a otro edificio de la empresa, mucho más pequeño, situado en Pacific Heights.

Aquel dato significativo hizo que aumentaran mis sospechas.

¿Por qué ellos tres habían pedido un traslado justo un mes después de que Ana, supuestamente, renunciase a su puesto de trabajo?

Archivé la información de los tres hombres en una carpeta y la guardé en mi bolso. Luego apoyé violentamente las manos sobre la mesa y observé la ficha de Ana Black y Claire Thompson.

Sentí un pinchazo en el corazón cuando observé la sonrisa de ellas dos en la foto. Apreté los puños con fuerza y pensé en llamar a la policía para que ellos se encargaran del caso.

«A veces, la cárcel no es la solución, Gina. Y a veces, nosotros mismos tenemos que hacer justicia».

Apreté los ojos con fuerza y sacudí la cabeza para alejar la voz de Marc.

Encendí la televisión para distraerme un poco e intentar olvidarme de cualquier cosa relacionada con hacer «justicia». En un canal de cobertura nacional, aparecieron escenas del Hotel Empire y un equipo de reporteros estaba transmitiendo algo en directo que hizo captar mi atención.

Subí el volumen y presté atención al reportero:

—Después de varios días del horroroso ataque al Hotel Empire, la policía ha verificado que los asaltantes, aún en paradero desconocido, torturaron a cinco empresarios y políticos en las habitaciones del hotel y les robaron casi todo el dinero de las cuentas bancarias. Cuando se abrió el caso, se descubrió que las cinco víctimas eran fraudulentas. La policía ha estimado que estos cinco grandes magnates han robado un total de dos billones de dólares de fondos públicos. Nos confirman que habrá un juicio dentro de unos meses y que se seguirá investigando. Pasaremos a informar de este caso más tarde, pero antes...

Aué la televisión e inconscientemente sonreí cuando escuché la noticia. Asentí con la cabeza y guardé la carpeta en mi bolso.

Salí del despacho, caminando con paso firme y rápido.

—Cualquier cosa que necesite pregúntemelo, señorita Jones. Que tenga un

buen día —dijo Claire cuando me vio caminando hacia los ascensores.

Yo me volteé y la observé fijamente.

—¿Cualquier cosa? —pregunté, al mismo tiempo que las puertas del ascensor se abrían—. Tu turno termina a las ocho, ¿verdad?

Ella, con la ceja enarcada, asintió con la cabeza. Estaba confundida.

Entré en el ascensor y, antes de que las puertas se volvieran a cerrar, le dije:

—A las ocho en mi oficina, Claire —le dije con voz contundente y las puertas se cerraron.

Tomé una fuerte bocanada de aire, llenando mis pulmones, y me recosté contra la pared del ascensor. Mi corazón parecía querer salir de mi pecho agitado, pero cada vez lo tenía más claro.

Iba a investigar el caso de Ana. Iba a hacer justicia, de la misma manera que la banda de Marc lo hizo en el Hotel Empire.

Salí del edificio, entré en el coche y me incorporé a la calzada. Me mordí el labio inferior con nervios mientras me alejaba de la ciudad.

Me observé por unos segundos. Falda de tubo color negra, camisa blanca y tacones rojos. No iba preparada para ir al Cine, pero si volvía a casa levantaría sospechas.

Cuando aparqué el coche, observé la explanada completamente vacía. Inspiré con fuerza, salí del auto y caminé hacia la entrada del Cine limitándome a escuchar el sonido que mis tacones provocaban. Miré los alrededores y no vi nada fuera de lo normal.

Entré en la discoteca y fui directa al sótano. Mientras bajaba las escaleras, pensé en cómo habían cambiado las cosas. Conocer a Marc Clayton fue lo mejor que me pudo haber pasado. Una nueva oportunidad para salir de mi burbuja y vivir la vida a mi manera. Y cada vez lo tenía más claro. Quería hacer algo productivo con mi vida y sentirme bien conmigo misma.

¡Quería ser una justiciera!

—¿Regina? —me saludó Lexi, quien salió del salón con una botella de agua—. ¿Qué haces aquí y así vestida? —preguntó, al mismo tiempo que me escrutaba de arriba abajo—. Madre mía, si Marc te ve con esa falda... —murmuró con un tono de voz juguetón—. Supongo que vendrás a entrenar, ¿no?

Yo sonreí y asentí con la cabeza mientras las mejillas me ardían en calor.

—Sí, vengo a que me aticen el trasero —respondí con gracia—. ¿Está Ronald? —pregunté, deseando que él estuviese allí para entrenarme y así evitar encontrarme con Marc.

—Sí. Estamos todos en la sala de entrenamiento —respondió Lexi, al mismo tiempo que desenroscaba la botella de agua—. Este fin de semana tenemos un

trabajo muy importante y estamos planificando los movimientos que haremos —me explicó ella—. Sé que lo has pasado mal, Regina, pero me alegro de que sepas quiénes somos realmente y a qué nos dedicamos. No quiero que pienses que soy una mala persona.

Yo fruncí el ceño con fuerza y negué con la cabeza.

—Si de verdad pensara de esa manera, créeme, no estaría aquí charlando contigo —le dije con total sinceridad—. ¿El trabajo está relacionado con los hermanos Smith? —pregunté con curiosidad.

—No —respondió contundente, pero el silencio se hizo tan incómodo que Lexi siguió hablando—. Llevo más de diez años en esta banda, el mismo tiempo que Marc ha estado tratando de aniquilar a los hermanos Smith. No es tan fácil como parece, Regina, pero lo conseguiremos. Haremos que esos cabrones uen por lo que están haciendo —dijo, al mismo tiempo que caminaba por el pasillo hacia la sala de entrenamiento.

Yo la seguí en silencio mientras escuchaba voces masculinas y el eco de golpes contra los sacos de boxeo. Y antes de entrar en el habitáculo, sentí un nudo en el estómago y me sudaron las manos. El corazón me latía tan rápido que el culpable de ello era Marc Clayton.

¡Sí!

Nada más entrar en la sala de entrenamiento, mis ojos buscaron entre aquel pequeño grupo de hombres por Marc y, sencillamente, lo consiguieron. Nuestras miradas coincidieron fugazmente, hasta que él la desvió.

Sentí un pinchazo en el corazón por su reacción tan fría.

—¿Qué pasa chicos? ¿Os intimidamos? —preguntó Lexi, al mismo tiempo que me rodeaba el hombro con el brazo y me instaba a caminar hacia el ring.

No me había dado cuenta de aquel detalle, pero sí, Lexi y yo éramos las únicas chicas del grupo.

—Tranquilos, si no nos tocáis mucho los ovarios, nosotras no usaremos vuestras canicas para jugar al pin pon —habló ella con voz firme y seria, consiguiendo que más de uno desviara la atención de nosotras y siguiera entrenando.

Yo me sorprendí.

Lexi era una mujer guerrera y yo quería ser como ella.

Volví a observar de soslayo a Marc, quien no dejó de golpear sin tregua el saco de boxeo como si estuviese descargando su ira. Quedé un buen rato observando embobada su escultural cuerpo y cómo sus músculos se tensaban mientras las gotas de sudor corrían por su espalda tatuada.

¡Marc no estaba de buen humor!

—¿Aún sigues así? —preguntó Ronald, quien apareció por sorpresa.

Lo observé fijamente, también iba sin camiseta. Sentí el rubor en las mejillas. No sabía hacia dónde mirar.

—¿Así cómo? —me atreví a preguntar.

—Con una faldita ajustada, tacones con lacito rojo y sin la actitud de querer entrenar —respondió con un tono serio que hizo encogerme sobre mí misma—. Vamos, cinco minutos para que te cambies y luego darás veinte vueltas al ring.

Lo observé con curiosidad y, al mismo tiempo, confusión. Ronald también estaba de mala leche, pero no tenía por qué arlas conmigo.

A punto de decirle que había conseguido información sobre el caso de su hermana Ana, sus fosas nasales temblaron de rabia.

—¡Ya! —volvió a gritar, y su tono elevado de voz me sobresaltó.

Sin discutir más nada, reaccioné rápidamente y empecé a desabrocharme la camisa.

Volví a observar de reojo a Marc, esperando a que me observara embobado, pero ni siquiera dejó de golpear el saco.

—¿Qué estás haciendo, Regina? —preguntó exhausta Lexi y yo dejé de desabotonar la camisa. Ronald me había puesto tan nerviosa que no sabía ni lo que hacía—. Ven, te dejaré mi uniforme para entrenar.

Caminé junto a Lexi hacia la esquina de la habitación donde había otra puerta. Ella la abrió y entramos en un pequeño vestuario.

—Dependiendo de la ocasión y del momento, utilizamos diferentes «disfraces» —explicó ella, al mismo tiempo que abría un enorme armario lleno de ropa—. En el hotel Empire, por ejemplo, llevamos trajes. Bueno, en mi caso vestido —comentó ella, al mismo tiempo que expresaba una mueca de desagrado.

—¿Estabas allí esa noche? —pregunté sorprendida.

—Pues claro. Yo fui quien le tiró los tejos a uno de los políticos corruptos y lo llevé a su habitación —dijo y del armario sacó un mono negro y un par de tenis del mismo color—. Él contaba con pasar una noche movidita, y eso le di —confesó, guiñándome un ojo y carcajeando en alto.

Yo la imité. Su risa era contagiosa.

—Ten —dijo ella, dándome el mono—. Creo que llevamos la misma talla. Es lo más cómodo que tengo ahora mismo en el armario —comentó.

—Muchas gracias, Lexi, de verdad... —murmuré, al mismo tiempo que observaba la ropa y el calzado en mis manos.

—Ey, no te pongas triste por cómo te ha hablado Ronald —dijo, alzándome el mentón para que la observara a los ojos—. Va a ser muy rudo contigo, pero lo hace por tu bien. Él fue quien me entrenó a mí hace años y, gracias a él, ahora sé defenderme. Regina, nunca dejes que nadie te pisotee. ¿Está bien?

Yo asentí con la cabeza y le sonreí con dulzura. Ella me guiñó un ojo y salió del vestuario.

Me senté en el banco y suspiré cansada. No me había puesto triste por la regañadura de Ronald, sino por Marc.

Me desabotoné la camisa y me saqué la falda. Me volví hacia el espejo y me observé con el sujetador y las medias negras. Y antes de que vistiera el mono, alguien abrió la puerta del vestuario y entró adentro tan rápido que apenas tuve tiempo de reaccionar.

Observé a Marc y su mirada no auguraba nada bueno, pero cuando sus ojos recorrieron mi cuerpo, sus facciones se suavizaron un poco.

Tragué saliva con dificultad mientras observaba su pelo pegado a la frente por el sudor y su pecho, desnudo y tatuado, completamente agitado.

Dio un paso al frente y yo retrocedí dos.

—¿Qué haces aquí y así vestida? —me preguntó con tono acerado sin dejar de observarme de arriba abajo.

Yo alcé la barbilla y recordé la frase de Lexi: «Regina, nunca dejes que nadie te pisotee».

—¿Acaso te importa? —pregunté con sorna.

—Pues claro que me importa, joder. No quiero que mis hombres claven sus miradas en ti —respondió Marc, casi perdiendo los nervios.

Yo me atreví a sonreír con malicia y, de brazos cruzados, hablé:

—Vaya, ayer por la noche no parecía importarte lo que hacía o cómo estuviera vestida —dije, enarcando ambas cejas y dejándolo con la boca abierta—. Jaque, Clayton.

Le di la espalda para vestir el maldito mono y largarme de allí cuanto antes. Marc provocaba en mí un cúmulo de sentimientos de los que no tenía control.

—No tienes por qué decir nada. Entiendo que puedas sentirte atraído por mi hermanastra —murmuré, luchando contra las lágrimas que se avecinaban.

—¿Qué? —preguntó con voz sorprendida.

Yo me volteé hacia él y observé la confusión y la intriga en sus ojos.

Me mordí el interior de la mejilla, intentado controlar las lágrimas.

—No te hagas el tonto conmigo, Marc. Vi cómo mirabas a Olivia. Pasaste de mí, a pesar de tenerme semidesnuda en tus brazos —confesé con la voz rota mientras él sonreía de oreja a oreja.

Yo enarqué ambas cejas, sorprendida por su reacción, y sentí cómo la sangre borboteaba en mis venas.

—Vete a la mirada —grité, roja de ira, arrojando el mono al suelo—. No creas que vas a bajarme la autoestima. Veamos qué opinan tus compañeros de mí —dije, intentando recogerme el pelo en una coleta y caminando hacia la salida

en medias y sujetador.

No pude dar más de dos pasos, porque Marc me atrapo, me agarró por las muñecas y me pegó contra la pared.

—¡Suéltame, Clayton! —le ordené con voz áspera, pero él no pareció importarle, al contrario, siguió sonriendo.

—Me gusta cuando te cabreas, gatita —susurró con gracia, aplastándome con su cuerpo y dejándome prácticamente inmovilizada.

—Si no me sueltas, arás las consecuencias —lo amenacé e iba en serio, muy en serio.

Él dejó de sonreír, se acercó a mis labios, pero yo giré la cara con violencia. Entonces, inclinó la cabeza hacia mi cuello y me olisqueó con delicadeza, consiguiendo erizarme de pies a cabeza.

—Gina, ¿no hueles algo raro? —me preguntó con la voz ronca, excitándome más de lo que ya estaba, pero confundíendome todavía más con aquella pregunta—. Huele a celos... —murmuró y yo abrí los ojos como platos—. Jaque mate, princesita.

—¡Maldito narcisista! —expresé, perdiendo los nervios y tratando de soltarme de su agarre.

—Gina, para —murmuró, pero yo lo ignoré.

Simplemente quería correr lejos de allí y olvidarme de él, aunque me costase conseguirlo. Me había enamorado de alguien que no me correspondía de la misma manera, joder.

—¡Regina! —gritó él, consiguiendo que lo observara a los ojos—. Nunca vuelvas a ponerte celosa, porque mi corazón es todo tuyo. ¿No lo entiendes? Te quiero. Nunca le he dicho a ninguna mujer que la quiero —confesó y mi corazón se aceleró—. Llevo esperándote muchos años y no voy a dejarte por nadie ni por nada en este mundo —dijo con voz firme.

—Yo no me fio de las palabras, sino de los hechos —le espeté con frialdad.

—Está bien...

Marc me enmarcó la cara y me besó con cierta violencia. Intenté separarme, pero finalmente cerré los ojos y me dejé llevar por la calidez y el deseo que su beso transmitía, hasta que las saladas lágrimas de mis ojos llegaron a nuestros labios y se fusionaron con nuestro beso.

Marc se separó de mí y me observó con una mezcla de confusión y preocupación.

—Insúltame las veces que quieras, incluso pégame si así te sientes mejor —dijo y, con la yema de sus pulgares, me limpió las lágrimas—. Pero, por favor, para de llorar.

—Me hiciste sentir como una idiota. —La voz se me quebró cuando él junto

su frente con la mía.

—Gina, te juro que no hay mujer en el mundo que me guste más que tú. Pero mi trabajo me ha hecho ser observador y precavido en estos últimos años. Simplemente estaba escuchando la conversación de tu hermanastra con su novio. No... —Su voz se fue aando y se frotó los ojos con cansancio. Sabía que algo le pasaba. Sabía que Marc me estaba ocultando algo—. No me fio de ella, ni de su madre. Tus enemigos, ahora, son mis enemigos. Y haré lo que sea para que estés feliz, Gina.

Lo observé fijamente a los ojos y supe que estaba hablando con el corazón.

Me abalancé sobre él y lo abracé con fuerza. Él me rodeó con sus brazos y me apretó contra su cuerpo. Noté en el estómago el bulto bajo su pantalón. Alcé la cabeza y vi aquella mirada lujuriosa que me volvía loca.

Marc me atrapó la boca, sin darme tiempo a reaccionar, y me besó hasta que se nos acabó el oxígeno.

Me alzó, sujetándome por las nalgas, y me apretó contra su erección. Rodeó sus caderas con las piernas, arrancándole un profundo gemido.

—Sabes que tus compañeros están ahí afuera, ¿verdad? —le pregunté con una sonrisa juguetona.

Él sonrió ladino.

—Eso lo hace más excitante, ¿no crees?

—¡Ah! —Gemí cuando frotó su enorme erección palpitante justo en el centro de mi entrepierna.

—Nunca vuelvas a desconfiar de lo que siento por ti, joder —me ordenó, al mismo tiempo que me devoraba el hueco del cuello y frotaba su pelvis contra la mía—. Solo me queda agradecerle a Dios por ponerte en mi camino —dijo, al mismo tiempo que acariciaba mi entrepierna.

—Marc... —murmuré con la respiración entrecortada.

Pum, pum.

—¡Marc! —gritó al otro lado Ronald, bastante mosqueado, sin dejar de golpear la puerta del vestuario con fuerza—. ¡Voy a entrar!

Marc me bajó al suelo y me obligó a encerrarme en el baño.

—Ni se te ocurra poner un pie aquí dentro hasta que yo lo ordene —gritó Marc, enajenado por la ira—. Más vale que te vistas, o conseguirás que parezca que llevo una tienda de campaña entre las piernas.

Yo reprimí una risa y corrí hacia el baño con el mono entre las manos, pero Marc me sujetó por la muñeca y tiró de mí.

—Esta noche iremos a mi casa. Estoy hasta los cojones de que no me dejen terminar con lo que he empezado —dijo y, acto seguido, me dio un beso fugaz.

Lo observé alejarse hacia la salida y sacudí la cabeza, tratando de

despertarme del efecto de su beso, y me encerré en el cuarto de baño. Apoyé la espalda contra la puerta y me llevé las manos a la boca para reprimir las carcajadas.

Luego, suspiré relajada y, sin dejar de sonreír como una idiota, me vestí.

Salí del cuarto de baño y me observé en el espejo. Ladeé la cabeza y, sin dudar, abrí los primeros botones del mono dejando ver parte del escote.

Me armé de valor y salí del vestuario.

Mi sonrisa se desvaneció cuando varios hombres me observaron con recelo. Por sus expresivas caras, supe que no era bien recibida allí. Sabía que ellos no se fiaban de mí.

Caminé hacia Ronald, quien no dejó de fulminarme con la mirada.

¿Pero qué demonios le pasaba conmigo?

Desvié rápidamente la mirada hacia el ring y observé a Marc, quien ahora descargaba sus puños como mazos contra el saco de boxeo. Estaba irritado y yo sabía el motivo de su frustración...

—¿A qué estás esperando? —gritó Ronald, y su voz sonó alrededor—. Veinte vueltas al ring, ¡ahora!

Observé a Lexi de soslayo, y ella me hizo un gesto con la cabeza para que empezara a correr. Volví a observar a Ronald y asentí con la cabeza. Pasé por su lado, golpeándolo con el hombro, y empecé a trotar alrededor del ring.

Cuando di la primera vuelta, Marc ni siquiera se enteró. Estaba ofuscado en atizar el saco de boxeo hasta hacerlo añicos, pero en la segunda vuelta al ring él desvió su mirada del saco y la clavó en mí. Sentí un nudo de nervios en el estómago y le aparté la mirada. Quería hacer las veinte vueltas sin cansarme y así demostrarle que yo estaba capacitada para este trabajo.

Pero, en realidad, cuando terminé de hacer las veinte vueltas, me incliné hacia delante, apoyé las manos en las rodillas y traté de recuperar la respiración mientras una gota de sudor caía en mis ojos.

Dos hombres se rieron por lo bajo, pero lo suficientemente alto para que los escuchase.

Me incorporé en mi metro sesenta y cinco y los fulminé con la mirada.

—¡Ah! —grité cuando Ronald, sin previo aviso, me golpeó la espalda con la almohadilla de entrenamiento.

—Bajas muy rápido la guardia —me dijo, alzando las almohadillas.

—No sabía que estabas detrás de mí.

—Ese es el problema. Tienes que anticiparte a los hechos. Ser precavida. Observadora —dijo y yo no pude evitar observar a Marc cuando recordé lo que me dijo en el vestuario:

«Mi trabajo me ha hecho ser observador y precavido en estos últimos años».

—¡Ah, joder, Ronald! —exclamé con rabia cuando me golpeó en el brazo.

—Aquí no solo aprenderás a entrenar, Regina, también aprenderás a recibir golpes y a saber cómo administrar el dolor —comentó, alzando la almohadilla para volver a golpearme.

Yo reaccioné con rapidez, me agaché y me coloqué detrás de él. Lo empujé con tanta fuerza, que Ronald perdió el equilibrio.

Los dos hombres de antes dejaron de levantar pesas y pusieron toda su atención en mi entrenamiento.

Yo sonreí de oreja a oreja. Había conseguido esquivar el golpe de Ronald, ¡sí!

Él me observó con una mirada furiosa y penetrante, pero no me dejó intimidar.

—Vale, te veo muy animada —dijo él, al mismo tiempo que se acomodaba las almohadillas en las manos—. Venga, derecha, derecha, izquierda, patada y te agachas —me ordenó y yo hice lo que me ordenó.

Pero, cuando Ronald aumentó el ritmo, yo me perdí con el orden.

Derecha, derecha, patada...

—¡Ah! —volví a gritar cuando Ronald me golpeó con fuerza el brazo izquierdo.

—¡Izquierda! —gritó y yo asentí con la cabeza.

Volví a intentarlo, pero como era de esperarse, volví a confundirme.

—¡Joder! —expresé, al mismo tiempo que me agachaba y esquivaba el golpe de Ronald.

Los dos hombres de antes empezaron a reírse de Ronald, consiguiendo irritarlo más de lo que ya estaba.

—La chica nueva te está toreando, Ronald —comentó uno de ellos, provocando que los demás carcajearan—. Esto se pone interesante.

Observé de soslayo a Marc, quien dejó de golpear el saco y puso toda su atención en mí. Ahora me sentía con más presión de hacer bien el entrenamiento y no quedar como una tonta delante de él.

Ronald no dijo nada, simplemente se sacó las almohadillas de entrenamiento y dejó las manos a sus costados, abriendo y cerrando los puños.

—Te veo demasiado animada. Venga, atácame —me ordenó y yo fruncí el ceño.

—¿No vas a seguir con el entrenamiento? —me atreví a preguntarle y me arrepentí al momento porque mi voz sonó temblorosa.

—Esto ya es parte del entrenamiento. ¡Atácame! —gritó, acercándose a mí como un iracundo toro.

Yo caminé marcha atrás sin dejar de observar a mi alrededor. Por un

momento, mis ojos se clavaron en los de Marc, pero no pude ver su reacción porque volví a centrar mi atención en Ronald.

—Ronald, tío —dijo Lexi, pero él hizo un gesto con la mano para que ésta se callara.

—¿Qué harías ahora, Regina? ¿Qué harías si, en un acto de valentía, te enfrentaras contra alguien malo? No sé... —dijo y su voz sonó diferente—. Contra un violador, por ejemplo.

Yo sentí un apretón en el corazón y mi expresión se ablandó. Pero pocos segundos duró aquel sentimiento porque Ronald se abalanzó sobre mí, me atrapó entre sus brazos, inmovilizándome por completo.

—Quisiera saber en qué demonios eres buena, Regina. Porque pelear no es tu fuerte —dijo, consiguiendo que el resto de los presentes en la sala prestaran atención.

Era una persona que solía llorar de rabia, aun sabiendo que las lágrimas demostraban debilidad.

Apreté los labios y pataleé, tratando de zafarme, pero fue imposible.

—¡Ronald! —gritó Marc, consiguiendo que todo el mundo en la sala se tensara.

—Te dije una vez que usar esto —susurró Ronald, golpeándome la cabeza con el dedo índice—, era mucho mejor que usar cualquier arma.

«No serás buena peleando o esquivando golpes, pero tienes una mente astuta y si sabes usarla fríamente, te salvará la vida más de una vez», recordé lo que Ronald me dijo ayer en esta misma sala.

Inspiré fuertemente y conté hasta diez mentalmente. Observé cada rincón de la habitación, cada detalle y cada objeto. Para mí, todo sucedió a cámara lenta, pero cuando bajé la vista y vi el cordón desatado de las deportivas de Ronald, se me encendió la bombilla.

—¡Mierda! —gritó Ronald cuando le pisé la punta de los dedos del pie con el talón.

Él dio un paso hacia atrás, tratando de estabilizarse, pero no contaba con que yo le estaba pisando el cordón de la zapatilla. Tal y como lo planeé en mi mente, Ronald cayó de culos al suelo y yo me liberé de su agarre.

Todos quedaron en silencio, incluido Ronald, quien no dejó de observarme con la boca abierta.

Me acerqué a él y lo apunté con un dedo como si fuese una pistola.

—Si me enfrentara contra un violador, le preguntaría por qué hace lo que hace. Y si su respuesta no me convenciera, me acercaría a él y apoyaría el cañón de la pistola en su frente —dije, dando un paso adelante y apoyando la punta de mi dedo índice en la frente de Ronald—. Entonces esperaría... esperaría hasta

que él me diese la versión de los hechos, porque todos merecemos una segunda oportunidad.

Ronald frunció el ceño y, sin esperármelo, me agarró de la muñeca, me tiró al suelo y se echó encima de mí.

Yo no tuve la fuerza necesaria para separarlo.

—Si dudas de lo que vas a hacer, terminarás muerta. Porque el violador ya había malgastado su segunda oportunidad al intentar violarte a ti. Y ahora, él es quien tiene la pistola —dijo, apuntándome a la cara con el dedo.

—¡Así se hace, Ronald! —dijo uno de los hombres de la banda mientras aplaudía con efusividad.

Escuché perfectamente a Marc murmurar improperios mientras se acercaba a nosotros.

—Quieto —le ordené a Marc, a menos de tres metros de distancia de mí—. El problema del violador es que no sabe anticiparse a los hechos —dije y la confusión se reflejó en la cara de Ronald.

Alcé la pierna y lo golpeé en las pelotas con la rodilla. De su interior salió un gemido de dolor que hizo palidecer a los hombres de la sala.

Ronald cayó y rodó en el suelo, agarrándose de la entrepierna. Su gesto demudó por el dolor.

—Bajas muy rápido la guardia —le dije con sorna, pero sin dejar de observarlo preocupada.

—¡Así es como se hace una buena tortilla francesa, Regina! —dijo Lexi, al mismo tiempo que aplaudía y observaba con desdén a sus compañeros.

Tardé unos segundos en reaccionar y en darme cuenta de lo que había hecho.

Me arrodillé para quedar a la misma altura que Ronald y ofrecerle ayuda.

—Ronald, lo siento mucho. Se me ha ido de las manos, no quería golpearte ahí. Yo...

—Bien hecho, pequeña —dijo él con una mueca de dolor, incorporándose del suelo y palmeándome la espalda—. Sabía que tenías carácter.

—Gracias...

—Bueno, debo confesar que la chica nueva sí tiene ovarios. Joder, creo que nos será de mucha ayuda. ¡Bienvenida, Regina! —dijo uno aquellos hombres y el resto asintió con la cabeza, aprobando mi bienvenida.

No pude reprimir una sonrisa. Estaba feliz.

¡Lo había logrado!

—¡Ey! —gritó Marc y yo me di la vuelta para observarlo.

Sin nadie esperarlo, Marc me agarró del brazo con una mano y con la otra el cuello.

Yo abrí los ojos como platos, sorprendida por su reacción.

—Siempre debes estar alerta y no confiarte. Sé que piensas que estás lista para enfrentarte al mundo y no tienes ni idea de que el mundo puede aplastarte en menos de un segundo —dijo, al mismo tiempo que aflojaba el agarre y se separaba de mí—. Pero no puedo negar que lo has hecho bien. Sigue así... —murmuró sin dejar de observarme fijamente.

Sentí cómo se me erizaba el vello cuando Marc levantó una mano y me acarició la mejilla con los dedos. Empezó en el pómulos y terminó en la barbilla.

Luego, sin decir más nada, se dio la vuelta, se subió al ring y siguió golpeando el saco de boxeo.

Permanecí estática sin dejar de contemplarlo.

—Enhorabuena, Regina —me felicitó Lexi, al mismo tiempo que me rodeaba los hombros con el brazo—. Ronald, creo que Regina debería aprender algunas técnicas de defensa personal. ¿Qué opinas?

Ronald se acercó a nosotras y me observó con hondo interés.

—La regla número uno en defensa personal ya la has aprendido —me dijo y ambas lo observamos con la confusión reflejada en el rostro—. Un movimiento del que puedes sacar ventaja es una patada en los genitales del atacante.

Lexi empezó a carcajear a mandíbula batiente y su risa me contagió. Intenté parar de reír, pero fue imposible.

Él hizo amago de golpearme y, con el puño a centímetro de mi rostro, habló:

—Si intentan atacarte, agarra la mano del agresor y flexiona sus dedos hacia atrás. Le causarás un fuerte dolor y, con suerte, escaparás de su agarre.

—Eso fue lo primero que Ronald me enseñó en defensa personal —habló Lexi de brazos cruzados, esperando a que reaccionara.

—Exacto —dijo Ronald—. Y ahora te toca a ti, Regina.

Yo asentí con la cabeza y me preparé para seguir con el entrenamiento...

Lexi se secó la frente con una toalla sin dejar de sonreír. Al final, ella, Ronald y yo estuvimos entrenando sin parar.

Había aprendido un montón de técnicas para defenderme y causarle dolor al agresor, pero aún no eran suficientes.

¡Me quedaba mucho por aprender!

—¿Quieres cenar algo con nosotros, Regina? —me preguntó Lexi y yo fruncí el ceño con fuerza.

—¿Qué hora es? —pregunté, desvelando la preocupación en mi voz.

Marc se acercó a nosotras sin dejar de observarme fijamente.

—Las siete y media —respondió él, sin darle tiempo a que Lexi observara la hora en su reloj de pulsera—. ¿Por qué? ¿Tienes prisa? —me preguntó con un deje de picardía en la voz.

Yo lo observé seriamente. Marc me había invitado a ir a su casa, pero antes tenía una cita pendiente con Claire.

Instantáneamente giré mi cuerpo y clavé la mirada en Ronald, quien me observó con el ceño fruncido.

—Claire Thompson —dije y los ojos de Ronald se abrieron como platos—. Intenté decírtelo antes, pero estabas demasiado ofuscado en patearme el culo.

Él dio un paso hacia mí, quedando a menos de un metro de distancia. Observé sin disimular la cicatriz de su ojo derecho y supe que me iba a bombardear a preguntas.

—¿Qué has descubierto?

Yo negué con la cabeza.

—Nada, por ahora. Pero tengo en mi bolso el historial de los tres hombres que compartieron la misma sala que Ana —dije y Marc me agarró del brazo para que lo observara.

La confusión le duró unos segundos en el rostro y luego me observó seriamente.

—¿Estás buscando información del caso de Ana? ¿Tú sola? —me preguntó, muy enojado.

Yo asentí lentamente con la cabeza y él resopló como un caballo.

—¿Eres consciente del peligro que corres? No sabes a quién cojones te enfrentas —me dijo sin rebajar el tono de voz.

Yo observé su yugular hinchada y supe que la idea de jugar s Sherlock Holmes no le hacía ni puñetera gracia.

De repente, Marc soltó mi brazo, se acercó a Ronald, apretó los puños y lo observó con rabia.

—Esto es culpa tuya. Si le pasa algo, yo mismo me encargaré de hacértelo recordar cada jodido minuto de tu vida —murmuró Marc con los dientes apretados.

—¡Marc! —grité, interponiéndome entre los dos. Alcé la mirada para observarlos a los ojos. Me sacaban una cabeza, literalmente—. Él no me ha pedido nada. He sido yo la que ha decidido investigar el caso. No descansaré hasta que sepa quiénes fueron los violadores de Ana.

No me di cuenta de que ahora era el centro de atención de los compañeros de la banda. Todos me observaron con la confusión reflejada en la cara.

—Regina. —La voz de Ronald sonó débil—. Te voy a pedir que dejes el caso de mi hermana a un lado. No quiero urgir más en la herida.

Yo abrí la boca para rechistar, pero él alzó el dedo índice para hacerme callar.

—Te lo pido por favor —dijo y yo sentí un pinchazo en el pecho cuando percibí la tristeza en su voz—. Ya me siento bastante culpable de no haber

ayudado a mi hermana, como para que tú ahora estés en peligro por culpa de mis problemas.

El silencio inundó la habitación, produciendo un incómodo momento. Yo asentí con la cabeza, reteniendo las lágrimas en los ojos, y caminé hacia los vestuarios.

Entré, me desvestí con rapidez, y volví a vestir mi ropa. Agarré mi bolso y saqué de dentro las fichas de los tres sospechosos.

Salí del vestuario al mismo tiempo que Lexi y otros hombres entraban dentro. Caminé con pasos largos y seguros hacia Ronald y Marc, quienes discutían de algo en el mismo sitio de antes. Cuando me acerqué, escuché algunas palabras sueltas: sicario, peligro y *Dark*.

Sacudí la cabeza, evadiendo sus absurdas conversaciones y, sin pensármelo dos veces, aplasté aquel manojito de papeles contra el pecho de Ronald.

Él, en reacción, los agarró y me observó confundido.

—Estaba ilusionada porque pensaba que estaba en una banda de justicieros y no de cobardes —dije con total sinceridad, mostrando la cólera de mi interior—. Creí que vuestra filosofía era hacer justicia. Actuar según lo que creéis que está bien. Y yo creo que está bien buscar los violadores de Ana y asegurarnos de que esos cabrones no sigan cometiendo el mismo error con otras personas.

Me colgué el bolso sobre mi hombro, estiré la falda de tubo y los observé fijamente.

—Tengo menos de veinte minutos para ir a la empresa de mi padre y charlar con Claire. Así que, no voy a perder más el tiempo aquí.

Giré sobre mis talones, decidida a largarme de allí, pero alguien me agarró del brazo.

—Marc, te he dicho que... —dije, al mismo tiempo que me giraba, pero mi voz se fue aando cuando me di cuenta de que era Ronald.

Su mirada, ahora, reflejaba tristeza y preocupación.

—Tienes razón. —Asintió él con la cabeza—. Iré contigo.

Yo fruncí el ceño y lo observé con curiosidad, pero antes de que hablara, Marc se adelantó:

—Entonces, yo también voy —dijo él, de brazos cruzados y dejando ver sus poderosos músculos.

Ronald lo observó, pero Marc no retiró su mirada de mí, esperando a que dijera algo.

Tomé una bocanada de aire y, observando a ambos hombres, asentí con la cabeza.

—Está bien, vendréis conmigo —dije y Marc vistió su camiseta, preparándose para largarse de allí—. Esperad —les advertí, antes de salir de

allí—. Si venís, tendréis que obedecerme y acatar mi voluntad. ¿Está bien?

Ronald y Marc se observaron con los ceños fruncidos.

—Pero... —habló Marc.

—No hay peros que valgan —dije, alzando la mano para hacerlos callar—. Es muy simple. ¿Sí o no?

Ronald estaba en estado de shock, apenas pestañeó, pero por lo menos asintió con la cabeza. Y Marc... ¡Uff! En él percibí un atisbo de sonrisa perfilándose en su cara.

Una sonrisa picarona, más bien.

—No puedo esperar más. Decídetes —le ordené, siendo un poco brusca con las formas.

Él pareció causarle gracia aquella actitud ruda que estaba adoptando, pero también asintió con la cabeza.

—Bien, pues vámonos —dije y, sin más rodeos, salimos del Cine.

Los tres fuimos en nuestros respectivos coches. Tuve que avisar a los vigilantes de seguridad que eran amigos míos para que les abrieran la barrera y los dejaran entrar en las instalaciones de la empresa.

Cuando aparqué el coche en los aparcamientos, esperé a que Ronald y Marc salieran de sus coches.

Observé las cámaras de seguridad y sentí los nervios acumulándose en mi estómago. No quería levantar sospechas. Tenía que ser cuidadosa.

Cuando ellos llegaron a mi posición, les hice un gesto con la cabeza para que me siguieran y así hicieron. El único sonido que se escuchaba era el sonido de mis tacones al caminar.

Caminamos hacia los ascensores, pulsé el botón y las puertas se abrieron.

—Las damas primero —dije, ofreciéndole el paso a ellos dos.

—Creo que debería bajarte esos humos... —murmuró Marc, con las manos en los bolsillos y apoyado contra la esquina del ascensor.

Me mordí el labio inferior cuando lo observé. En otra situación, quizás en otro maldito momento, me habría abalanzado sobre él y lo habría besado con pasión irrefrenable. Pero cuando observé a Ronald de soslayo, todo el deseo carnal que sentí en ese momento por Marc desapareció.

Ronald seguía callado y su rostro seguía inexpresivo. Le apoyé la mano en el hombro y él me observó.

—Lo conseguiremos —le susurré con calidez y él desvió su mirada hacia la puerta del ascensor, esperando a que se abriera en la última planta.

Cuando llegamos a nuestro destino, me adelanté para salir de primera y caminamos por el pasillo acristalado. No había nadie en la última planta porque

la jornada en las oficinas terminaba a las ocho.

Antes de doblar la esquina y entrar en mi despacho, me detuve.

—Esperad aquí. No quiero que Claire se sienta presionada si os ve. Dadme unos minutos —les dije y ellos asintieron.

Apoyé la mano en el pomo de la puerta, inspiré fuertemente y entré en mi despacho.

Claire, quien estaba esperándome sentada en un sillón de la esquina, se levantó como un resorte.

—Señorita Jones —saludó ella.

—Gracias por esperar, Claire —le dije, al mismo tiempo que caminaba hacia la mesa del escritorio—. Por favor, toma asiento —le ofrecí y ella se sentó en la silla enfrente de mi escritorio.

Apoyé mi cadera en el borde de la mesa y me crucé de brazos. La observé durante unos segundos en silencio.

—No sabía que llevabas tantos años trabajando en la sala de administración.

Ella cruzó los dedos sobre su regazo.

—Sí, soy una de las recepcionistas más antiguas de este edificio. Llevo la sala de administración y recursos humanos.

—Supongo que te habrás preguntado por qué te he pedido la plantilla de hace ocho años —le dije, al mismo tiempo que me descruzaba los brazos y me agarraba al borde de la mesa.

Cualquiera que me viera, pensaría que era una tía segura, pero por dentro estaba hecha un manojito de nervios.

Claire se mordió el labio inferior y se acarició las piernas en un gesto nervioso.

—Bueno, no puedo pedir explicaciones a un superior. Simplemente cumplo con lo que me ordenan —aclaró con voz temblorosa.

—Si es cierto lo que dices, supongo que no habrá ningún tipo de inconveniente para que respondas mis preguntas... —Mi voz se fue aando cuando escuché los murmullos de Ronald y Marc al otro lado de la puerta.

¡Mierda!

—Marc, espera. Regina dijo que le diéramos unos minutos de ventaja... —murmuró Ronald.

—A la mierda la espera. Voy a entrar. Lleva demasiado tiempo ahí sola. Puede estar en peligro, joder... —habló Marc y, acto seguido, la puerta de mi despacho se abrió.

Yo los fulminé con la mirada cuando entraron, pero toda la cólera que estaba sintiendo desapareció cuando observé el terror reflejado en la cara de Claire.

Ella se levantó de la silla y empezó a balbucear, sin que pudiera comprender

ni una sola palabra de lo que decía.

—No, no, no, no... —murmuró ella repetidamente, jalándose de los extremos del cabello.

—¡Cierra la puerta! —grité desesperada cuando Claire empezó a correr hacia la salida.

Marc cerró la puerta de un golpe y se puso enfrente de ella, impidiendo que escapara.

—Claire, por favor. No vamos a hacerte daño —dije con voz pausada, al mismo tiempo que me acercaba a ella.

Ronald y Claire no dejaron de observarse con intensidad.

—Claire... —murmuré cuando me acerqué a su lado y le acaricié la espalda.

No sé si fue la situación o la calidez de mi contacto lo que hizo que ella rompiera a llorar, pero la abracé dejando que se desahogara sobre mi hombro.

—Yo no hice nada, os lo juro —sollozó contra mi hombro.

—Has estado callada durante ocho años. Eres tan culpable como ellos. Eres cómplice —dijo con rabia Ronald, consiguiendo que Claire se pusiera más nerviosa de lo que ya estaba—. ¡Has permitido que los violadores de Ana estén libres! ¡Estás permitiendo que esos cabrones puedan violar a más mujeres! —gritó enajenado por la ira.

—¡Ronald, ya basta! —le ordené.

Marc le puso la mano en el pecho y lo empujó con decisión.

Agarré la cabeza de Claire y la separé de mí para observarla a los ojos.

—Señorita Jones, por favor, créame. Yo no quería que a Ana le sucediese algo malo. Era mi amiga —explicó ella entre sollozos con la voz rota mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Si de verdad fuese tu amiga, no estarías callada durante todos estos años! —gritó otra vez Ronald, perdiendo los nervios.

—Te dije que me tenían amenazada. Si abro la boca, ellos me matarán a mí y a mi familia —confesó ella entre hipos.

—¡Ya basta! —grité, pero la situación se estaba descontrolando.

Observé a Marc y él entendió lo que le dije con la mirada.

—Ronald, hemos venido aquí para buscar información. Te guste o no, la chica es la única que nos puede decir quiénes fueron los violadores de tu hermana. Así que, deja de comportarte como un niño inmaduro —habló Marc con tono acerado.

Claire dejó de llorar y yo aproveché aquel momento para hablar:

—Claire, la plantilla de la sala de administración de hace ocho años estaba compuesta por cinco empleados, entre ellos tú y Ana. Dime, por favor, si los tres restantes son los culpables de la violación de Ana —dije con voz firme,

esperando su respuesta.

Ella negó con la cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

—No puedo hacerlo, ellos me mataran —Claire sonaba horrorizada.

—No si nosotros los matamos antes —contestó Marc con voz firme.

Yo lo observé fijamente mientras me mordía el interior de la mejilla. Me estaba resultando difícil lidiar con los nervios que estaban a punto de explotar como un volcán.

Abrí y cerré la boca con la intención de hablar, pero lo cierto era que Marc estaba en lo correcto. Ellos podrían ganar el juicio y no ir a la cárcel. Podrían hacerle daño a Claire y a su familia.

—Eso es lo que quiero. Verlos muertos —murmuró ella, cambiando radicalmente el tono de su voz—. Llevo deseando eso desde hace ocho años. No merecen vivir —dijo, volviendo a sollozar—. Ana se desahogaba conmigo para no preocupar a su familia, ¡para no preocupar a su hermano! —gritó, al mismo tiempo que señalaba a Ronald—. Tengo mensajes y correos de ella, contándome lo que le sucedía día tras día en la empresa —confesó, tratando de calmar la respiración para seguir hablando—. Esos cabrones empezaron a intimidarla, pero la situación fue empeorando cuando Ana ascendió de puesto. Aún recuerdo aquel día como si fuese hoy —dijo Claire, llevándose las manos a los ojos—. Me quedé hasta las nueve para terminar con un trabajo y escuché los gritos desgarradores de Ana, pidiendo auxilio. Creí que estaba sola en la sala, pero no fue así. Corrí a su despacho, abrí la puerta y... —dijo y su voz se fue aando—. La estaban grabando mientras ellos... —confesó con los puños apretados—. Intenté salir del edificio y llamar a los vigilantes de seguridad, pero el cabrón de Hugo me arrinconó contra la esquina del pasillo y me amenazó con una maldita pistola —explicó ella con la respiración entrecortada—. La última vez que vi a Ana... el último recuerdo que tengo de ella es en aquella sala...

De repente, me invadió una tremenda tristeza. Claire volvió a derrumbarse sobre mi hombro entre sollozos mientras yo le acariciaba la espalda para tratar de calmarla. Todos quedamos en silencio sin saber cómo reaccionar.

¡Claire había confesado que los tres sospechosos eran culpables!

Intenté tragar saliva, pero el nudo que tenía en la garganta me lo impidió. No me podía creer que aquellos hombres grabasen a Ana mientras la violaban sin piedad.

¿Cómo podía existir gente así?

Aquello no tenía perdón de Dios. Ellos no merecían una segunda oportunidad. En ellos no existía humanidad alguna.

Sin esperármelo, Ronald se acercó hacia nosotras. Lo observé fijamente y percibí en su rostro tristeza y empatía. Agarró a Claire por el brazo, separándola

de mí. Ella lo observó mientras su mentón temblaba.

Ronald sonrió débilmente y asintió con la cabeza. Sus ojos estaban tristes y al borde del llanto.

—Gracias —dijo y su voz se quebró un poco.

—Lo siento. Ana te quería mucho —murmuró Claire entre sollozos.

Ronald clavó su mirada en la mía durante unos segundos y, sin decir más nada, giró sobre sus talones y salió del despacho cabizbajo.

Desvié la mirada hacia Marc, quien seguía apoyado contra la pared, como si aquel fuese el único modo de asegurarse de que el mundo no se derrumbara. Él me observó con infinita tristeza, también sorprendido por descubrir que aquellos hombres grabaron a Ana cuando la violaron.

—Corro peligro, ¿verdad? —preguntó Claire, rompiendo el incómodo silencio.

Yo parpadeé varias veces volviendo a la realidad. No tenía contestación para aquella pregunta. No podía asegurarle a Claire que estaría a salvo. Si no había pruebas contundentes para culpar a los tres hombres, la justicia no podía hacer nada y Claire estaría en peligro.

Abrí la boca, pero antes de que pronunciara alguna palabra, Marc se me adelantó:

—Tú no eres la que tienes que estar preocupada por tu vida, sino ellos —contestó con tono acerado, al mismo tiempo que se separaba de la pared—. Esos cabrones le quedan pocas horas para seguir con vida —dijo y, acto seguido, salió del despacho.

—Supongo que después de esto no seguiré trabajando en las empresas de tu padre, ¿no? —preguntó de nuevo Claire, limpiándose las lágrimas con las mangas de su americana.

Yo fruncí el ceño con fuerza y la miré.

—Nunca vuelvas a pensar eso, Claire. Mi padre está contentísimo de que trabajes en sus empresas. Eres buena en tu trabajo.

Claire se llevó las manos a la boca, reprimiendo otro sollozo y asintió con la cabeza.

—Todo saldrá bien, Claire —le dije, pero unos golpes en el pasillo y los gritos de impotencia de Ronald hicieron sobresaltarme.

Salí corriendo del despacho y me encontré a Ronald, en mitad del pasillo, golpeando la pared acristalada mientras Marc trataba de calmarlo. Sus nudillos empezaron a sangrar, dejando restos de sangre en el cristal.

Le agarré el brazo a Claire y la obligué a observarme a los ojos:

—Olvídate de lo que hemos hablado, Claire. Mañana vuelve a tu trabajo y no te preocupes por nada.

—Está bien —murmuró ella con nervios, observando de soslayo a Ronald. Cuando ella se largó de allí corriendo, yo me acerqué a Ronald.

—¿Qué estás haciendo? ¡Para! —le ordené, pero él seguía ofuscado en romper el cristal—. Marc, haz algo —le dije.

—¿Qué esperabas? Yo también habría reaccionado como él, ¡joder! —exclamó Marc, enajenado por la ira.

—¡Ronald! —grité, al mismo tiempo que lo agarraba del brazo.

Él se detuvo mientras su pecho subía y bajaba frenéticamente. Me acerqué más a él y observé perfectamente el rastro de las lágrimas en sus mejillas. Sentí un pinchazo en el corazón. Quería abrazarlo. Y eso hice, pero él no respondió a mi abrazo. Quedó literalmente estático.

—La grabaron... —murmuró él con voz apenas audible—. Esos hijos de puta la grabaron...

Me separé de él y observé a Marc, quien negó con la cabeza y apretó los puños con fuerza.

—Ronald, haremos justicia. Te lo prometo —dije y él clavó su mirada en mí. Esperé a que él dijera algo, pero simplemente asintió con la cabeza.

Marc apoyó la mano sobre la espalda de Ronald y éste lo observó con intensidad.

—Somos una familia Ronald. Y la familia hay que cuidarla y protegerla.

Yo observé a Marc, maravillándome con sus palabras tan sinceras.

«Sí. Ellos, ahora, también eran mi familia», pensé para mí misma.

Cuando aparqué el coche en el garaje de mi casa, quedé un buen rato sentada sin dejar de apretar el volante con rabia.

Hugo Wreston, Justin Gordon y Alex Dop. Tres empleados con una admirable carrera profesional, pero con un fondo negro y asqueroso. Agarré las fichas del asiento copiloto y observé sus caras.

¡Asco! ¡Eso era lo que sentía!

Apoyé la cabeza contra el respaldo del asiento y observé los coches aparcados. Me di cuenta de que faltaba uno y, entonces, recordé que aquella noche papá e Isabella cenaban fuera de casa.

«Genial, tú y Olivia solas en casa», habló la voz de mi interior.

Guardé los papeles en mi bolso, casi arrugándolos, y me masajeeé las sienes.

Cuando salimos de la empresa, Marc, Ronald y yo entramos en nuestros respectivos coches y nos largamos de allí sin decir nada. Pensé que Marc se acordaría de su promesa. Teníamos una cita pendiente y, sinceramente, quería ir a su casa y averiguar algo más sobre su vida.

Saqué el teléfono de mi bolso y busqué por el número de Marc. Lo llamé y él

me contestó al primer pitido.

Ninguno de los dos habló durante unos segundos, mientras escuchaba su respiración.

—Gina...

—Sí.

El silencio volvió a apoderarse de nosotros. Yo me mordí el labio inferior y me golpeé mentalmente.

—Has contestado demasiado rápido. —Fue lo único que se me ocurrió decir.

—Tenía el móvil en la mano. Justamente iba a llamarte ahora —confesó y aquello hizo que mi corazón se acelerara vertiginosamente.

—¿Por qué me querías llamar?

—Por lo mismo que tú me estás llamando a mí.

Yo abrí los ojos como platos y sentí un nudo de nervios en el estómago.

—Pensé que te habías olvidado de nuestra cita, teniendo en cuenta lo que pasó en mi oficina.

—Yo nunca me olvido de ti —contestó con voz ronca, consiguiendo erizarme la piel—. Estoy afuera, esperándote. Cuando quieras, ven.

Tragué saliva con fuerza.

—Ajá...

—No te demores.

Cuando Marc colgó el teléfono, mi estómago se cerró como una flor en una noche de helada.

Me bajé del auto, salí del garaje y caminé hacia la salida, seguida de los tres rottweilers.

Cuando los vigilantes de seguridad me abrieron el portalón, me encontré con el coche de Marc en la entrada y a él apoyado en el morro.

Las mariposas de mi estómago revolotearon con más fuerza que nunca cuando él clavó su mirada en la mía y esbozó una sonrisa ladina.

—Señorita Jones, ¿qué recado le dejo a su padre? —preguntó Trevor a través del megafonillo.

Yo sonreí como una boba. Sí, como una boba enamorada.

—Dile que he salido a cenar con Mathew Connor, por favor —contesté y, sin más miramientos, caminé hacia el coche de Marc.

12

REGINA

El trayecto fue incómodo y silencioso. Estaba hecha un manojo de nervios.

¡Por Dios!

Iba a ir a la casa de Marc Clayton.

Después de casi quince minutos de trayecto y de conducir por unas carreteras apartadas del centro de la ciudad, llegamos a un enorme edificio de tres plantas. Marc aparcó el coche en el garaje subterráneo, desabrochó su cinturón de seguridad y luego el mío. Lo observé fijamente a los ojos y me regaló una de esas sonrisas que me hacían erizar hasta el último vello del cuerpo.

—Gina, relájate. No te voy a comer... por ahora —dijo, inclinándose hacia mí mientras sus pupilas se dilataban.

Me dio un beso fugaz y sonoro, antes de salir del coche. Quedé paralizada sin saber cómo reaccionar, mientras me humedecía los labios con la lengua.

De repente, me sobresalté cuando Marc abrió la puerta del copiloto.

—Vamos —dijo, ofreciéndome la mano para ayudarme a bajar del coche.

Yo observé su mano y tragué saliva con cierta dificultad. No tenía por qué estar nerviosa, pero lo estaba.

¡Y la culpa la tenía él!

Me agarré a su mano y salí afuera. Observé dos coches más aparcados en aquel garaje. Uno de ellos era el de Ronald.

Espera, ¿acaso vivían en el mismo edificio?

—Deja de preguntarte cosas. Luego, si quieres y tienes fuerzas para hablar, pregúntame lo que quieras —susurró con voz ronca.

—¿Fuerzas para hablar? —me atreví a preguntar.

Marc enarcó una ceja de manera graciosa.

—¿De verdad quieres que te explique por qué dentro de un rato no vas a tener fuerzas ni para hablar?

Yo abrí los ojos como platos, siendo consciente del doble sentido de sus palabras, mientras mis mejillas ardían en calor.

Él sonrió con picardía y, sin soltarme la mano, caminamos hacia un ascensor. Marc sacó una tarjeta del bolsillo trasero de su pantalón y la pasó por un lector. Automáticamente, las puertas se abrieron y entramos dentro.

Observé nuestros dedos entrelazos, sin ser capaz de alzar la vista. El corazón

me latía tan fuerte que parecía querer salirse del pecho.

—¿Qué pasa? Ya no estás tan subidita como antes —comentó él con un tono gracioso.

Yo lo observé directamente a los ojos mientras mi respiración se agitaba.

Su rostro se transformó cuando clavó la mirada en mi boca. Inconscientemente, me pasé la lengua por los labios y aquello hizo tensar más a Marc.

Reprimí un grito de sorpresa cuando me agarró por la cintura, me llevo hacia él y me rozó los labios con los suyos. Y, a punto de besarnos, el sonido del ascensor hizo despertarnos de aquel mágico momento.

Marc gruñó algo por lo bajo, al mismo tiempo que acariciaba mi pómulo con la punta de la nariz. Me agarró la mano de nuevo y salimos del ascensor.

Caminamos por un pequeño pasillo que conducía hacia la única puerta que había en la última planta. Marc volvió a repetir el mismo proceso: sacar la tarjeta del bolsillo, pasarla por el lector, teclear un código y esperar a que la puerta se abriera.

Click.

Cuando escuché el sonido del desbloqueo de la puerta, sentí un nudo en la garganta que me impidió casi respirar. Parecía una adolescente con las hormonas revolucionadas.

Marc me puso una mano en la parte baja de mi espalda y me instó a entrar en su apartamento. Cuando cerró la puerta tras de sí, automáticamente se encendieron las luces.

Observé todo con la boca abierta, asombrada por la decoración tan moderna de su apartamento. El recibidor tenía una enorme alfombra de color negro que ocupaba todo el largo del pasillo. A la derecha, a unos tres metros del recibidor, había una cocina pequeña, pero totalmente amueblada y decorada con tonos rojos y negros.

—¿Tienes sed? —me preguntó él mientras se acercaba al frigorífico.

Quedé quieta bajo el marco de la puerta, observándolo con cara de tonta. Marc abrió la puerta de la nevera y me observó con una mueca burlona.

—Prepararé algo de cenar, antes de que le hingue el diente a otra cosa que tengo en mente —dijo, repasándome de arriba abajo con la mirada—. Si quieres, espérame en el salón. Así evitaremos distracciones —aclaró con una sonrisa ladina que hizo encogerme el estómago.

—Ajá... —fue lo único que expresé, antes de largarme de la cocina.

Caminé encogida, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras pensaba en todo lo que estaba sucediendo, pero cuando llegué al salón dejé de pensar para centrarme en cualquier cosa que me ayudase a averiguar algo más sobre la

vida de Marc.

El salón era pequeño, pero acogedor. Había unas enormes ventanas que se extendían casi hasta el techo y desde ellas podía ver las luces de la ciudad. No podía creer que San Francisco, por la noche, fuese tan bonito.

En el centro del salón había un gran sofá *chaise longue* de color negro y en la pared, frente al sofá, había una chimenea eléctrica empotrada con una foto colocada sobre la cubierta.

Caminé hacia la chimenea mientras la estufa eléctrica simulaba fuego. Tragué saliva con cierta dificultad cuando observé la foto de una mujer con un niño pequeño. Agarré el marco y examiné la foto de más cerca. La mujer era hermosa y el niño tenía una mirada realmente familiar.

¡Sí! Tenía que ser Marc cuando era un niño y la mujer debía ser su madre. Pasé el dedo por el cristal, observando fijamente sus sonrisas.

Marc nunca me había hablado de su madre. Bueno, ni yo tampoco le hablé nunca de la mía. Pero, ¿qué le habría pasado a su madre? ¿Cabría la posibilidad de que ella también lo abandonase como hizo la mía?

No, de ser así él no tendría la fotografía de su madre en el salón.

Volví a colocar el marco en su sitio y desvié la mirada hacia un minibar, justo en la esquina del salón, junto a las ventanas. Algo me había llamado la atención y no, no eran las distintas marcas de licores que había allí, sino un tablero de ajedrez encima de una pequeña mesa.

Sonreí tontamente sin dejar de rodear la mesa, mientras observaba las figuras blancas colocadas muy estratégicamente. Yo no sabía jugar al ajedrez, pero sí sabía que en aquel tablero faltaban piezas. Había ocho peones en fila, colocados horizontalmente y protegiendo a las demás figuras. También había un caballo colocado en la esquina derecha del tablero y una torre en la esquina izquierda. Luego, detrás de la fila de los peones, justo en las casillas pegadas al borde del tablero, estaba la figura del rey y a ambos lados de él estaban situados los alfiles.

Rocé la corona del rey con el dedo índice, pero un ruido a mis espaldas hizo sobresaltarme, provocando que la figura cayera.

Me giré y me topé con el pecho de Marc. Sus ojos color miel verdosos me observaron fijamente, con gran intensidad.

—¿Te gusta el ajedrez? —me preguntó con curiosidad.

Yo alcé los hombros y los dejé caer. Estaba tan nerviosa con su presencia que no me salían ni las palabras.

Pero el silencio empezó a incomodarme, por tanto, me dispuse a hablar.

—¿Por qué faltan figuras? —le pregunté, casi en un susurro inaudible.

Marc, aún detrás de mí, me apartó el cabello a un lado y me acarició el cuello con el dedo índice.

—La vida es como el ajedrez. Las piezas representan a las personas que actualmente tengo a mi lado y que son imprescindibles para hacer justicia en este mundo.

De repente, Marc se inclinó hacia adelante y apoyó su mentón en mi hombro mientras señalaba las figuras.

—Tal vez te estés preguntando por qué elegí el color blanco. Pues la respuesta es sencilla: nosotros nos encargamos de dar algo de luz en este mundo lleno de oscuridad —comentó, al mismo tiempo que colocaba el rey en su sitio—. Los peones son los integrantes de la banda, pero eso no significa que sean insignificantes. Si el peón llega hasta aquí —dijo, desplazando uno de los peones hasta la octava línea—. Habrá conseguido convertirse en mi mano derecha, como Ronald y William —aclaró, ahora tocando los dos alfiles—. O como Lexi —comentó, señalando la figura del caballo.

—¿Y la torre? —pregunté con mucha curiosidad, sin apenas darle tiempo a que siguiera hablando.

Marc se acercó a mi oreja y susurró cálidamente:

—La torre representa al Cine —respondió y yo asentí lentamente.

Giré la cabeza, provocando que nuestras narices chocaran. Él me observó seriamente, mientras yo me mordisqueaba el labio inferior con nervios.

Quería preguntarle algo que me estaba matando por dentro, pero ya no estaba tan segura de querer hacerlo cuando sus ojos se clavaron en mí.

—Puedes preguntarme lo que quieras —dijo él, como si me hubiese leído la mente.

Yo tragué saliva cuando sentí la boca seca.

—¿Y la reina? —pregunté con voz temblorosa, desvelando mis nervios.

Marc apretó las mandíbulas y también tragó saliva con fuerza. Sus ojos recorrieron mi rostro hasta detenerse en mi boca para estudiarla con mayor profundidad.

—Nunca he tenido que preocuparme por proteger a la reina, porque nunca he tenido a una mujer que la considere como tal —respondió con voz ronca, al mismo tiempo que acariciaba mi labio inferior con el dedo pulgar.

Yo abrí la boca, permitiéndole que me acariciara los labios sin ningún tipo de dificultad, mientras procesaba aquella información.

—Entonces no eres nada congruente cuando me llamas princesita —le espeté sin miramientos.

Estaba enfadada y decepcionada.

¿Acaso no era lo suficientemente importante para él?

Él frunció el ceño con fuerza y dejó de acariciarme el labio inferior. Se irguió en su metro noventa y me observó con cierta confusión mientras yo apretaba los

dientes, reprimiendo las ganas de llorar.

Marc intentó hablar, pero el ruido del horno nos interrumpió. Me regaló una sonrisa y se alejó del salón.

Quedé quieta, sin apenas pestañear.

¿Aquella reacción había sido fruto de los celos?

¡Por Dios!

Me masajé las sienes e intenté relajarme. No era nadie para exigirle algo a Marc. Él y yo apenas nos conocíamos, ¿cómo podía pretender que él me viese como su «reina»?

Observé de reojo el tablero, sacudí la cabeza y seguí investigando. Me alejé del salón y caminé por el resto del apartamento. Abrí la primera puerta que había en el lado derecho y observé un cuarto de baño muy moderno y limpio. Hice un mohín con los labios y negué con la cabeza. Allí dentro no iba encontrar nada que me resultara útil. No quería saber qué perfume usaba Marc Clayton y mucho menos qué marca de papel higiénico tenía.

Cerré la puerta y abrí la que estaba al lado del aseo. Observé un diminuto trastero con un montón de ropa para planchar. La cerré, casi de golpe, perdiendo la compostura. Caminé hacia el final del pasillo para entrar en la última puerta y, antes de abrirla, supe que iba a entrar en la habitación de Marc.

¡Uff!, su habitación era enorme y estaba decorada en tonos blancos y negros. En el centro había una enorme cama con dosel, otra chimenea eléctrica empotrada contra la pared y un armario, también empotrado contra la pared. La televisión de plasma, que estaba colgada en el techo, era gigantesca, no tanto como la del salón, pero seguía siendo llamativa.

Entré con sumo cuidado como si el parqué estuviese lleno de minas. Estaba realmente nerviosa. Acaricié el edredón blanco, al mismo tiempo que me dirigía hacia la mesita de noche, pero lo único que había en los cajones eran calzoncillos y calcetines.

Me acerqué al armario y abrí las puertas de par en par. Pasé los dedos por las prendas de Marc, mientras el olor de su perfume invadía mis fosas nasales. Corrí hacia un lado las perchas cuando observé en el suelo una enorme caja negra, bastante llamativa.

¿Qué escondía Marc allí dentro?

Saqué la caja hacia afuera y me caí de culos en el suelo. La caja pesaba una barbaridad. Abrí la tapa y lo que encontré allí dentro hizo que mi corazón casi se paralizara.

Mi mano temblaba mientras sacaba del interior de la caja una cartera porta placa policial.

—Agente encubierto, Marc Clayton —susurré, al mismo tiempo que leía su

nombre en el papel—. No puede ser cierto...

Me puse de rodillas y seguí rebuscando en la caja. Había varios uniformes de policía, porras, pistolas, botas, un maletín, chalecos antibalas, una caja porta balas...

¡Maldita sea!

¿Quién era realmente Marc Clayton?

Toc, toc.

Me sobresalté cuando alguien golpeó en la puerta. Giré la cabeza hacia la entrada y me encontré a Marc con el hombro apoyado en el marco de la puerta y con las piernas cruzadas, observándome seriamente.

—¿Has encontrado lo que buscabas, Sherlock? —me preguntó.

Marc, que hasta ese mismo momento no había cambiado la expresión seria del rostro, sonrió ladino sin poder evitarlo.

Yo fruncí el ceño hasta lo imposible y negué con la cabeza.

—¿Por qué no me lo has contado? —le pregunté, al mismo tiempo que sacudía en el aire la cartera porta placas—. ¡¿Por qué, Marc?!

—¿Si te lo hubiera dicho, me habrías creído?

Quedé callada pensando en su pregunta.

Balbuceé algo sin sentido sin saber qué responder, pero a Marc no pareció importarle porque se acercó hacia mí con una sonrisa.

—Nunca he traído a nadie a mi casa, Gina, y mucho menos a una mujer —confesó y aquello hizo que mi corazón bombeara con rapidez.

Marc se acuclilló para quedar a la altura de mi rostro y me sacó la cartera de las manos. La observó fijamente y pude discernir en su mirada tristeza.

—Eres policía...

—Lo era —respondió, cerrando la cartera con rabia y guardándola de nuevo en la caja.

El silencio se hizo incómodo. Yo no dejé de entrelazar mis dedos con nervios, buscando la valentía en mi interior para seguir bombardeándolo a preguntas.

—¿Por qué... —susurré con voz casi inaudible—. ¿Por qué...

—¿Por qué ya no soy policía? ¿Es eso lo que quieres preguntarme, Gina?

Yo abrí la boca y asentí lentamente.

Marc sonrió con dulzura y me acarició la mejilla.

—Desde muy pequeño me interesaba la justicia y quería ser policía para encerrar a los malos y salvar a los buenos —dijo, al mismo tiempo que cerraba la caja—. Mi madre siempre me llamaba Robin Hood. Bueno, mi madre y todo el barrio porque no había nadie capaz de detenerme ante una injusticia. Pero cuando eres pequeño, no eres consciente de los peligros reales que hay en el

mundo. Cuando mi madre murió, yo tenía solo dieciséis años —confesó con un tono de voz triste. Yo tragué saliva con fuerza, sintiendo un nudo en la garganta—. Y fue cuando decidí ingresar en el ejército. Fueron años duros, muy duros... —Su voz se fue aando. Marc tenía la mirada fija en la caja, como si estuviese recordando algún momento del pasado—. Conocí a un teniente en el ejército que me ayudó a entrar en el cuerpo de la policía. Conseguí cumplir mi sueño, pero también conseguí «abrir los ojos».

Marc volvió a guardar la caja en el armario y cerró las puertas con rabia, casi rompiéndolas.

Yo me levanté del suelo y lo agarré del brazo para que me prestara atención.

—¿Qué ha pasado para que hables de esto con tanta rabia?

Marc pestañeó varias veces, inspiró con fuerza y me apartó un mechón de pelo que se me había enganchado en la ceja.

—Fue una noche tormentosa de invierno. Me separé de mi grupo porque sabía que el sospechoso que estábamos buscando se encontraba en la otra punta de la ciudad. Desobedecí a mis superiores y fui directo a la guarida de una banda de pederastas. Y los encontré —dijo, al mismo tiempo que apretaba las mandíbulas—. Rompí el protocolo, Gina. No había pruebas suficientes y no tenía una orden judicial para entrar en aquel domicilio, pero cuando escuché los lloros de los niños me olvidé de las leyes y de los dichosos protocolos. Maté a cinco hombres que intentaron detenerme, pero uno de ellos consiguió escapar en un coche con los tres niños. Aún recuerdo sus lloros y sus miradas llenas de miedo. No pude hacer nada por ellos... —susurró con voz rota—. Llamé a mi grupo, les dije el número de la matrícula del coche y les comenté lo que estaba sucediendo. Luego, sin esperar por ellos, entré en la casa y encontré al líder de la banda, un anciano de setenta años, sentado en su cama sin dejar de sonreír. Su actitud hizo confundirme por completo. Entonces, le pregunté qué le hacía tanta gracia. ¡Iba a pudrirse en la cárcel! —Marc suspiró con fuerza y esperó unos segundos, antes de seguir hablando—. ¿Sabes qué me respondió? —Yo negué con la cabeza, atónita por todo lo que estaba escuchando—. Me dijo que yo era un iluso. Me dijo que su abogado iba a defenderlo porque él era un ciudadano como otro cualquiera. Que no le temía a la cárcel porque, para él, la cárcel era su casa. ¡Ya ves! Para la gente buena la cárcel es un castigo, sin embargo, para los «monstruos» suele ser una recompensa porque les provee de muchas cosas de las que carecen fuera de ella. —De repente, Marc apretó los puños a ambos lados de su cuerpo—. Ese cabrón empezó a golpearse la cara hasta hacerse sangre. Lo apunté con la pistola. Pero él, sin borrar la sonrisa, me amenazó. Me dijo que no tenía testigos y que no había pruebas suficientes para culparlo. Que él simplemente era el abuelo de uno de esos pobres hombres que maté

injustificadamente. Un hombre viejo con problemas de salud y al que, supuestamente, golpeé sin piedad...

—Marc... —susurré con voz nerviosa. No podía creer lo que estaba escuchando—. ¿Qué pasó con él?

Marc me observó y sonrió débilmente.

—Hice justicia —comentó, alzando los hombros y dejándolos caer—. Lo maté —dijo con tono acerado—. Y lo volvería hacer, una y otra vez. Ahora ya lo sabes Gina, me hice policía porque me gusta la justicia. Pero no tienes ni la menor idea de la impotencia que uno siente cuando tiene entre sus manos a un pederasta con cargos por asesinato y violación, y que, aún por encima, tenga que tratarlo correctamente como un ciudadano cualquiera. Esta clase de gente no merece un juicio, ni abogados, ¡ni nada!

—Son los derechos humanos... —murmuré, al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Sí, los derechos son para los humanos... ¡no para los monstruos! —expresó él con rabia—. Nadie les devolverá la vida a esos niños inocentes, Gina. ¡Nadie!

Yo di un paso al frente, me puse de puntillas y le enmarqué el rostro con las manos.

—Muchos pensarán que soy un expolicía que se dedica a matar a diestro y siniestro...

—¡Pero no es así! —exclamé alzando la voz—. Eres un héroe, Marc. Que te quede claro eso. Tu madre tenía razón. Ella vio algo en ti, vio esperanza para el mundo. Debería existir más gente como tú...

—Gina... —murmuró con voz cálida y, sin esperármelo, me abrazó con fuerza como si así no fuera a separarme de él—. No quiero perderte... no quiero...

Yo abrí los ojos cuando él me estrechó más fuerte contra sí. Sonreí débilmente y le acaricié la espalda para tranquilizarlo.

—Ahora entiendo todo —dije, separándome de él para observarlo a los ojos—. Ahora entiendo por qué en el Hotel Empire la policía no actuó con rapidez. Tienes compañeros en el cuerpo de la policía que apoyan lo que estás haciendo, ¿verdad? Ellos son los que te proporcionan información y datos sobre casos sin cerrar.

Marc sonrió ladino y asintió con la cabeza.

—Tengo muchos compañeros que piensan de la misma manera que yo, uno de ellos, por ejemplo, es el teniente que me ayudó hace años. En mi despacho tengo un cajón lleno de historiales de sospechosos. Sin pruebas contundentes, mis excompañeros de la policía no pueden hacer nada, a pesar de que los

sospechosos son claramente culpables. Por eso maté al anciano. No había nadie de testigo y no tenía manera de culparlo en el juicio.

Yo me mordí el labio inferior, cerré los ojos y recordé las palabras que Marc me dijo una vez:

«He visto con mis propios ojos a asesinos y violadores entrar y salir de la cárcel por haber cometido el mismo error, una y otra vez, a sangre fría. A veces, la cárcel no es la solución, Gina. Y a veces, nosotros mismos tenemos que hacer justicia».

—Ey —Marc me agarró del mentón y yo abrí los ojos, despertando de mis pensamientos—. La cena ya está lista. No te he traído aquí simplemente para hablar de mí —dijo y me besó con ternura—. Vamos, olvídate de lo que hemos hablado. No quiero verte cabizbaja.

Lo seguí hasta la cocina y nos sentamos. Apoyé el codo en la mesa y descansé la cabeza en la mano sin dejar de pensar.

—Tienes que saber una cosa más sobre mí —comentó él, apoyado contra la encimera y observándome fijamente—. No sé si te gustará y me siento avergonzado de ello.

Yo abrí los ojos como platos y sentí un nudo en la garganta.

¿Qué más tenía que saber de él?

—Dime, ¿qué pasa?

—No sé cocinar —comentó con voz seria como si aquello fuese un problema grave.

Yo sonreí.

—Hice una pizza. Bueno, teóricamente, la pizza ya venía hecha, pero yo la horneé —dijo, al mismo tiempo que sacaba la pizza del horno y la servía en la mesa.

—Y aun así está algo chamuscada —comenté, pinchando la masa con el tenedor—. ¿Seguro que no me romperé un diente intentando comer esto?

—Qué graciosa —dijo él, inclinándose hacia mí y apoyando los antebrazos sobre la mesa—. Si quieres, podemos pasar directamente al postre y olvidarnos de la pizza.

Las palpitaciones de mi entrepierna eran cada vez más fuertes, pero ya no sentía vergüenza, sino deseo y ganas de besar a Marc.

Impulsada como un resorte, con un movimiento bastante violento, me levanté de la silla, que quedó balanceándose hasta caer al suelo. Me abalancé sobre él, alcé las manos y entrelacé los dedos detrás de su cabeza. Marc se apoyó contra el borde de la mesa y yo me senté a ahorcadas sobre él.

Él gruñó, entre beso y beso, mientras nos devorábamos y se nos escapaban profundos jadeos. El vaivén de caderas se tornó salvaje y Marc se incorporó,

sujetándome con fuerza y besándome con pasión desenfrenada.

Giró sobre sí mismo y me sentó en el borde de la mesa. Me abrió las piernas con brusquedad y se colocó entre ellas. Gemí cuando sentí su enorme bulto contra mi entrepierna, lista para dejarle entrar. Luego, deslizó su mano por mi muslo, levantándome la falda, dejando libre más y más piel a medida que ascendía hasta mis bragas.

—Se me pone dura solo con mirarte. Nunca me ha pasado algo semejante —gruñó él entre dientes, arrancándome los botones de la camisa.

Marc observó mi sujetador de lencería negra y sonrió ladino.

—No me gustan estas mierdas. Estás mejor sin nada —dijo, al mismo tiempo que deslizaba su mano por mi espalda y me desabrochaba el sujetador—. Si supieras lo que me gustas, te asustarías.

—¡Ah! —gemí cuando su boca me atrapó un pezón—. Eres un exagerado. No me has visto bien —murmuré entre dientes, invadida por un deseo irrefrenable y, al mismo tiempo, avergonzada.

Dejé caer la cabeza hacia atrás de forma involuntaria para darle mejor acceso a mi pecho y cuello.

—Shh, princesita —dijo y, acto seguido, recorrió con su lengua mi cuello—. Deja de decir tonterías. Eres jodidamente perfecta.

Una suave corriente me recorrió la piel y me erizó de pies a cabeza cuando le desabroché los vaqueros e incorporé la mano bajo sus calzoncillos, palpando su enorme erección.

Todos sus músculos se tensaron deliciosamente.

—Joder, Gina.

Su voz ronca, debido a la excitación, hicieron que me sintiera segura de mí misma. Así que, sin dudarle dos veces, me levanté de la mesa y me arrodillé ante él, al mismo tiempo que le bajaba los pantalones. No vacilé y lo besé ahí abajo, hasta introducir su erección entre mis labios.

—Mierda, Regina —gruñó con más fuerza mientras sentía los latigazos de su miembro viril tensándose.

Él suspiró cuando mis besos ascendieron hacia su ombligo y volvieron a descender hacia su erección.

Marc me agarró el pelo cuando intenté introducir de nuevo su miembro en mi boca.

—Para, princesita, o harás que termine demasiado pronto —expresó entre dientes, al mismo tiempo que se sacaba los pantalones y los ponía encima de la mesa.

Lo observé de reojo, sin dejar de morderme el labio inferior. Su erección era algo fuera de lo normal. No era una experta en ello, pero sabía que el miembro

de Marc era más grande que el de la media.

—Estoy jodiendo este momento mágico, lo sé, pero necesito un preservativo. ¡Ahora mismo! —expresó, desesperado, mientras rebuscaba en los bolsillos de su pantalón—. Vamos a mi habitación, tengo más en la mesita de noche.

—Marc. —Le puse la mano en el pecho, reteniéndolo—. Llevo tomándome la píldora desde que era una adolescente para regular mis menstruaciones.

Él enarcó ambas cejas, sorprendido por mi respuesta. Y, sinceramente, yo también me sorprendí a mí misma. A pesar de tomar métodos anticonceptivos, nunca permití que mis anteriores parejas lo hicieran conmigo sin preservativo. Pero con Marc era distinto. Confiaba en él.

¡Demonios!

Me había salvado la vida y sabía que era el hombre de mi vida. Nunca antes me había sentido así con ningún otro hombre. Marc había conseguido sacar a la luz a la verdadera Regina que llevaba años encerrada en mi interior.

Él me agarró el rostro con violencia y me besó con poderío. Me alzó en brazos y me apoyó contra la pared. Yo rodeé sus caderas con mis piernas y sus hombros con mis manos.

—¿Segura? —me preguntó, al mismo tiempo que su punta rozaba mis braguitas.

—Sí... —murmuré con voz ronca.

Él deslizó la mano bajo mi falda, alzándola hasta mi cintura. Luego bajó un dedo hasta mis braguitas para separarlas y entonces, entró en mí despacio, moviéndose con cuidado para no hacerme daño.

—¡Uff! —suspiró y me mordió el hueco del cuello.

—Deja de controlarte y hazme el amor de una vez por todas —le espeté sin miramientos.

Él carcajeó, me agarró la mandíbula y me besó. Ahugué un grito en su boca cuando entró dentro de mí de una embestida.

Ambos gemimos al unísono.

—¡Oh, joder! Te juro que si alguien nos interrumpe ahora, lo mato —dijo, sin vacilar—. ¡Dios, Gina! —soltó un bramido de éxtasis.

Marc empezó a mover las caderas con más rapidez, inmovilizándome literalmente contra la pared, mientras me hacía el amor febrilmente.

—¿Estás bien? —me preguntó con un tono de voz ronco que me llegó muy adentro—. ¿Te hago daño? ¿Estás cómoda?

Los sentimientos estallaron en mi pecho, haciendo que mi corazón palpitara más rápido de lo habitual, y con una mano le ahuequé la mejilla.

—Te quiero —solté sin pensármelo dos veces.

Marc paró de moverse y, aún dentro de mí, me observó con la boca

entreabierta, sorprendido por mi confesión. Sentí las mejillas ardiendo y no sabía hacia dónde mirar. Me había precipitado.

¡Iba a asustarlo!

Marc me alzó el mentón para obligarme a mirarlo a los ojos.

—¿Qué has dicho? —me preguntó, sorprendido.

—Y-yo... Y-yo... —balbuceé sin saber muy bien qué decir.

¿Se había mosqueado conmigo?

Marc enmarcó mi rostro con las manos y sus pulgares rozaron mis mejillas. Luego apoyó su frente contra la mía y sonrió.

—Sé perfectamente lo que has dicho, princesita, pero quiero volver a escucharlo —me ordenó, al mismo tiempo que rozaba mi entrepierna con su erección.

Gemí con frustración y clavé las uñas en sus hombros.

—¡Marc!

—Dilo, Regina. Déjame escucharlo una vez más, por favor... —murmuró contra mi cuello, consiguiendo terminar con mi paciencia.

—¡Te quiero! —grité sin importarme que alguien me escuchase—. Te quiero como nunca he querido a nadie —susurré sobre su boca y él me atrapó el labio inferior con los dientes, al mismo tiempo que me penetraba.

Cuando volví a gemir, Marc se adentró en mi boca con la lengua. Le agarré el pelo y empecé a besarlo con ardor mientras sus embestidas subían de tono. En ese momento el corazón parecía que se me iba a salir por la boca mientras las caderas de Marc se movían a un ritmo más acusado.

—Marc... creo que... creo que... —traté de hablar, pero sentí cómo algo en mi interior me avisaba que el orgasmo venía en camino.

—Eso es, Gina. Quiero que grites mi nombre —susurró con voz ronca mientras me embestía con más y más fuerza.

—¡Marc!

Convulsioné en un orgasmo explosivo y rompí a gritar sin poder remediarlo, mientras seguía abrazada a él.

Marc se movió una última vez y también alcanzó el orgasmo, cubriendo mis labios con los suyos y respondiendo a mi grito con otro más ronco.

Jadeando, y con suavidad, Marc me descruzó las piernas de su cintura. Cuando noté el suelo bajo mis pies, me agarré a él para equilibrarme. Las piernas aún me temblaban a consecuencia del orgasmo.

—Ey —dijo él, sujetándome antes de que me cayera al suelo.

Yo sonreí débilmente. Me sentía sin fuerzas.

—¿Te he hecho daño? —Me alzó en brazos y me llevó contra su pecho, caminando hacia su habitación.

Yo negué con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Te preocupas demasiado por mí —susurré a duras penas.

Marc me tumbó sobre la cama y me besó en la frente.

—Eso es porque me importas.

Lo observé fijamente, prestando atención a cada uno de sus movimientos. Me cubrió el cuerpo con el edredón y luego se sentó en el borde la cama. Abrió el primer cajón de la mesita y sacó de allí algo que no alcancé a ver.

—Nunca he traído a ninguna mujer a mi apartamento, porque nunca ha habido ninguna mujer a la que quisiera traer —dijo y yo apoyé mi mano sobre su espalda—. No voy a mentirte, Gina. He estado con muchas mujeres, pero nunca he amado a ninguna.

Aquella confesión me obligó a abrir los ojos como platos. Me senté en el centro de la cama, apoyé mis manos sobre los hombros de Marc y lo obligué a girarse para observarlo a los ojos.

Pero cuando él se giró, clavé la mirada en una figura blanca de ajedrez que sostenía entre sus manos.

—Llámame loco, pero desde el primer día que mis ojos te vieron, supe que te amaría toda la vida —confesó, al mismo tiempo que me enseñaba la figura de la reina—. La primera noche que te conocí, en los jardines del Hotel Empire, supe que serías mi princesa... ¡mi reina! Así que, le ordené a un viejo amigo que me hiciera un pequeño favor.

Marc le dio la vuelta a la figura de la reina y vi mi nombre grabado: «Gina».

—Te dije que la vida era como el ajedrez, y no habrá ninguna otra mujer que te sustituya, Gina. Desde que te conocí, las tácticas de mi juego han cambiado. Ahora, mi prioridad es proteger a la reina... protegerte a ti.

Sentí las lágrimas amenazar con desbordar mis ojos y me abalancé sobre él para abrazarlo con fuerza. Lo besé con ternura y rocé mi nariz con la suya.

—No sé jugar al ajedrez, pero sí sé que la reina es la que protege al rey.

Él frunció el ceño con fuerza y ahuecó mi mejilla con la mano.

—No, Regina. Estás engañada. Un rey sin su reina no es nadie. Y ahora que he encontrado a mi reina, no dejaré que nadie me la arrebaté —dijo y me besó con rapidez, sin darme tiempo a rechistar.

Marc me tumbó en la cama, casi con brusquedad, pero al mismo tiempo con delicadeza. Su cuerpo cubrió el mío y me besó en la boca con desesperación, mientras me acariciaba el canalillo con la figura.

—Ahora solo puedo pensar en qué posición poner a la reina —murmuró, casi con un gruñido, mientras me tumbaba boca abajo y me ponía a cuatro patas.

—Marc...

13

MARC

Me levanté de la cama con mucho cuidado, me vestí unos pantalones de chándal y agarré la figura de la reina. Caminé casi de puntillas hacia la puerta de la habitación, salí al pasillo y arrimé la puerta sin cerrarla de todo para que la claridad no despertara a Regina.

No podía borrar la sonrisa de mi rostro. Me sentía tan feliz que empecé a reírme solo.

—Ay, Gina... —murmuré por lo bajo, mientras me acercaba a la esquina del salón.

No entendía por qué Regina estaba tan acomplejada de su cuerpo. Ella era una musa y me importaban tres pitos sus estrías o celulitis.

¡Joder!, sus curvas eran de infarto.

Observé con curiosidad el tablero de ajedrez. Moví al rey una casilla al frente y, justo detrás de él, coloqué a la reina.

Tragué saliva con fuerza sin dejar de observar la figura de la reina. Todo lo que le dije a Regina era cierto. Mi juego había cambiado. Ella era mi prioridad. La quería. La amaba...

Pero también tenía miedo. Estaba jodidamente asustado por perderla. No quería que ella se involucrara más en mi mundo.

¡Mi trabajo era peligroso!

El silencio se quebró cuando sonó el tono de los mensajes del móvil. Me acerqué al minibar y agarré el teléfono. Pero cuando abrí el mensaje de William, sentí el deseo de beber un vaso de whisky:

«La banda de los hermanos Smith ha vuelto a las andadas. Han asaltado varios restaurantes de la ciudad. Me acaban de confirmar que hay varios muertos, entre ellos, familias inocentes. También han visto el coche de Alex cerca del Cine. Esto no pinta nada bien, Marc. Los hermanos Smith están planeando algo. Mañana nos reuniremos en el Cine. Necesitamos un plan con urgencia, o todos terminaremos muy mal».

Me serví un vaso lleno con whisky y le di dos tragos seguidos, sintiendo la quemazón del alcohol descendiendo por mi garganta.

Los hermanos Smith me estaban jodiendo la paciencia. Me froté las sienes y suspiré con fuerza. Le había dicho a Regina que la banda de los hermanos Smith

no tenían los huevos suficientes para atacar al magnate Ethan Jones, que ellos simplemente hacían trabajos de poco riesgo... ¡pero todo era mentira!

La banda de los hermanos Smith era una de las más temidas de la ciudad. Eran asesinos sanguinarios. A ellos solo les importaba el dinero y estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por ganarlo.

«Asaltasteis un hotel para vengaros de los empresarios más corruptos y deshonorables del país, y lo entiendo. ¿Pero qué hay de los hermanos Smith y del resto de las personas que son como ellos, o incluso peores? Apuesto cien pavos a que nunca... nunca entrasteis en conflicto con ellos. Yo también quiero repartir justicia y, bajo mi punto de vista, deberíais empezar a “sacar la basura” en vuestro propio barrio».

Apreté el vaso con tanta fuerza que se me pusieron blancos los nudillos de la mano. Las palabras de Regina no se me sacaban de la cabeza. Ella no sabía nada de lo que realmente pasaba. Claro que mi banda y yo sacábamos continuamente la basura en nuestro propio barrio, pero los hermanos Smith se nos quedaban muy grandes.

Me jalé de los extremos del cabello y murmuré improperios por lo bajo. Alex y Tom eran muy astutos. La policía estaba detrás de ellos, pero sin pruebas, no podían arrestarlos. Los hermanos Smith sabían usar a sus «peones» demasiado bien y les importaban tres pitos sacrificar las vidas de los miembros de su propia banda, siempre y cuando ellos estuvieran a salvo.

Y la única razón por la que los hermanos Smith nunca nos han atacado, es porque a ellos les interesa que nos unamos a su banda. Y eso... eso nunca pasará, porque antes preferiría que me mataran.

Suspiré de un golpe, cansado. Se me estaban juntando demasiadas cosas: los hermanos Smith, los violadores de la hermana de Ronald y los negocios sucios de Olivia y *Dark*. Apreté las mandíbulas con fuerza cuando recordé la conversación de ellos dos en la cocina de la casa de Ethan. No sabía con exactitud qué cojones planeaban ellos dos contra la familia Jones, pero si se trataba de *Dark*... ¡no me podía esperar algo bueno!

Me acerqué al ventanal del salón y observé las luces de la ciudad. Di otro trago al whisky y en la misma ventana vi el reflejo de Regina, justamente detrás de mí.

Giré sobre mí mismo y la observé. Vestía mi camiseta que le quedaba grande y tenía el cabello revuelto, rastro de haber hecho el amor.

—¿Qué haces despierta? —le pregunté, al mismo tiempo que dejaba el vaso en el minibar y me acercaba a ella.

Regina enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—Eso mismo debería preguntártelo yo. ¿Qué haces despierto?

Paré en seco, a escasos centímetros de su cuerpo, y la observé fijamente. No quería mentirle, pero tampoco quería asustarla.

¡No sabía qué cojones hacer, joder!

«Protégela», susurró la voz de mi conciencia.

—Tenía sed —respondí, no muy convencido de mis propias palabras.

Ella me analizó como si quisiera buscar la verdad ocultada en mi interior.

—¿Y tú? ¿Por qué te has desvelado? —Intenté cambiar de tema para evitar que ella me bombardeara a preguntas. Regina era demasiado lista.

Ella alzó su teléfono móvil en alto.

—Mi padre no me ha llamado. ¿Lo puedes creer? —dijo con voz preocupada y yo fruncí el ceño con confusión.

Yo sonreí. Era tan inocente...

—¿Y qué problema hay?

—Me parece raro. Estoy... preocupada —expresó con voz ahogada, como si le costase arrancar de sí cada vocablo.

La agarré por los brazos y le atraje la cara. Con los rostros pegados, la miré fijamente y negué con la cabeza.

—¿Qué es lo que te preocupa? —le pregunté con interés, deseando terminar con su angustia.

No quería verla así.

Su boca se abrió y se cerró varias veces, antes de que consiguiera hablar:

—Me preocupa la seguridad de mi padre —tragó saliva y me miró con ojos inquietos—. Me preocupa que los hermanos Smith le hagan daño a mi padre, Marc.

Sentí un fuerte pinchazo en el pecho que casi me dejó sin aliento. El corazón comenzó a palpitarme con violencia.

Le sujeté la cara entre las manos y la besé. Suavemente al comienzo, y luego con todo el amor que tenía dentro.

—Te dije que no tenías por qué preocuparte. Los hermanos Smith no es asunto tuyo.

Regina me sacó las manos de su rostro y negó con la cabeza.

—Es asunto mío desde el momento que nos conocimos. No te olvides que ahora soy una más de la banda. Vuestros problemas son mis problemas —dijo con voz seria y segura—. Somos una familia, tú mismo lo dijiste.

Yo inspiré profundamente, cerrando los ojos con fuerza. La abracé y tiré de ella hacia mi pecho. La besé en la coronilla y permanecimos abrazos en silencio. Me limité a acariciarle la espalda, intentando calmarla. Luego la alcé fácilmente en brazos y ella rodeó mi cintura con sus piernas.

—Mañana a primera hora te llevaré a casa, ¿vale?

Ella asintió, apoyada en el hueco de mi cuello, mientras entraba en la habitación. Observé cómo sus párpados caían lentamente.

Sonreí embobado mientras contemplaba su rostro.

—Estás hecha para mí, Gina, y yo estoy hecho para ti.

Alcé una mano para despedirme. Regina me sonrió desde lo lejos, mientras se alejaba hacia su casa.

Dejé caer pesadamente la cabeza sobre el reposacabezas del coche, sin apartar la vista de Gina. Cuando el portalón de su casa se abrió y ella entró dentro, volví a encender el coche y me incorporé a la calzada.

Manejé hasta el Cine mientras pensaba en la intensa noche que Gina y yo pasamos juntos. Sonreí ladino cuando recordé sus gemidos, sus mejillas sonrojadas y su cabello alborotado.

¿Cómo podía ser tan perfecta?

Pero el sonido de mi móvil hizo que interrumpiera mis recuerdos. Apreté el volante con fuerza. Sabía que era William.

¡Maldita sea! ¿No podían esperar unos minutos más sin mí?

¡Ya estaba de camino al Cine, joder!

Cuando llegué a mi destino, aparqué el coche de cualquier manera y salí hecho un energúmeno.

Abrí la puerta del Cine y me encontré con Lexi apoyada contra la pared. Ella se incorporó cuando me observó, pero no dijo nada. Me conocía y sabía que estaba de mala uva.

Me dirigí al sótano, seguido por ella y otros tres compañeros. Entré en la sala de entrenamiento y me encontré con el resto de la banda.

Al parecer, me estaban esperando.

Cuando Lexi y los tres hombres entraron en la sala y cerraron la puerta tras de sí, el silencio inundó el habitáculo.

La tensión en el ambiente era tan espesa que casi se podía cortarla con un jodido cuchillo.

Apreté la mandíbula, busqué la cajetilla de cigarros en el bolsillo de mi chaqueta y saqué uno apretándolo entre mis labios mientras buscaba mi encendedor.

—¿Quién quiere empezar a hablar? —pregunté, con el pitillo columpiado entre mis labios.

Encendí el cigarrillo y aspiré el humo como si en eso me fuera la vida. Retiré el cigarrillo de mi boca y expulsé el humo cuando observé a William dar un paso al frente.

—Llevamos años intentado eliminar la banda de los hermanos Smith y creo

que ha llegado el momento de dar un paso más adelante —comentó Will, de brazos cruzados y observándome fijamente.

Yo asentí lentamente con la cabeza, dándole otra calada al pitillo. Aspiré el humo y lo arrojé por la nariz.

—¿Tengo que recordarte que los hermanos Smith tienen rehenes trabajando para ellos? ¡Niños, William! Más de la cuarta parte de su equipo son niños y adolescentes, amenazados con matarlos si no hacen lo que les piden —dije, apretando el puño con fuerza.

—Pues tendremos que hacer algo al respecto —intervino Ronald con las facciones de su rostro duras—. No pienso seguir de brazos cruzados viendo cómo esos hijos de puta siguen matando a gente inocente.

Yo escuté con intensidad a Ronald. No quería ni imaginarme cómo se sentía después de lo que descubrimos ayer. La idea de que alguien le hiciese daño a Regina, me ponía enfermo.

Me rasqué con fuerza la nuca mientras el pitillo se consumía despacio entre mis dedos.

—Están planeando algo, Marc —habló ahora Lexi—. Vi el coche de Alex cerca del Cine. Creo que buscaba algo o, más bien, a alguien.

Yo fruncí el ceño y tiré al suelo el cigarrillo, prácticamente consumido. Lo pisoteé con rabia, como si aquel pitillo fuese Alex.

—Sé más clara, Lexi. ¿Quién es ese «alguien»? —pregunté, siendo consciente de la respuesta.

—Regina —respondió ella con voz firme y segura.

El silencio volvió a inundar el habitáculo.

Apreté el músculo de las mandíbulas e inspiré con todas mis fuerzas, tratando de calmar mis nervios.

—Todos vimos cómo Alex observaba a Regina, Marc —habló Will y el resto del grupo asintió con la cabeza—. Sabes que Alex Smith no acepta un no como respuesta.

—No... —dije, negando con la cabeza y rascándome la nuca con nervios—. No. No puede ser cierto.

—Debemos idear un plan, lo antes posible. Este año queremos ver a esos cabrones bajo tierra —aclaró Ronald y el resto del grupo soltó un unísono sí—. Juntos podemos conseguirlo. Tenemos el apoyo de tus excompañeros de la policía.

Saqué de nuevo la cajetilla de tabaco del bolsillo de mi chaqueta. Apreté la caja con tanta fuerza que rompí los cigarrillos.

—Tenemos el apoyo de unos pocos agentes de la policía, pero que no se te olvide que los hermanos Smith tienen comprados a policías y a un montón de

ciudadanos —expliqué con los puños apretadísimos—. Antes de matar a los hermanos Smith, debemos asegurarnos de que los niños estén fuera de peligro. Luego mataremos a los miembros de su banda y, por último, a ellos dos —expliqué, observando un punto fijo del suelo—. Pero si llegan a tocarle un pelo a Regina, entonces la planificación se irá a la mierda, porque yo mismo mataré a Alex Smith de primero.

Clavé la mirada en los rostros de mis compañeros, pero todos asintieron con la cabeza.

Tragué saliva con fuerza y me saqué la chaqueta con violencia.

—Entonces, ¿se aborta el trabajo de este fin de semana? —preguntó Charly.

Me masajé las sienes y negué con la cabeza.

—No, el plan para este fin de semana sigue en pie. Y con respecto a los hermanos Smith, pensaré en una estrategia y hablaré de esto con mis excompañeros de la policía para que nos ayuden, pero antes dejad que me desahogue con el saco de boxeo o terminaré golpeando al primero que me toque los huevos —murmuré con la mandíbula apretada, al mismo tiempo que me subía al ring.

—¡Ya habéis oído al jefe! ¡Este fin de semana tenemos una tarea importante, chicos! Así que... ¡a entrenar! —exclamó William en voz alta.

Lancé una ristra de puñetazos contra el saco de boxeo sin dejar de pensar en el estúpido de Alex. William tenía razón, ¡todos tenían razón con respecto al hermano pequeño de Tom Smith! Alex era un jodido psicópata y, muy a mi pesar, debía reconocer que se había fijado demasiado en Regina.

Di un golpe más fuerte al saco, consiguiendo que éste se balanceara de la argolla. Tenía que pensar en un plan, pero no era tan fácil como parecía. No podía matar a Alex y a Tom sin antes aniquilar a sus secuaces. Ellos nos ganaban en número, joder.

Paré de golpear el saco y, sin voltearme, supe que Ronald estaba detrás de mí.

—Hoy voy a hacerles una visita a Hugo Wreston, a Justin Gordon y a Alex Dop —dijo él con tono acerado.

Me giré para observarlo y fruncí el ceño.

—Bien. Iré contigo.

Ronald bajó la vista al suelo.

—¿Qué pasa? —le pregunté con curiosidad.

—No he descubierto el paradero de *Dark*. Es como un fantasma.

Apreté los puños y avancé un par de pasos hacia él. Abrí y cerré los puños de una forma automática e inconsciente, enojado por escuchar su respuesta.

—Entonces, pediré ayuda a mis excompañeros de la policía. Ya te lo dije

ayer. Ese hijo de puta fue contratado por la hermanastra de Regina. Sé que planean algo contra la familia Jones.

—Debiste matarlo la primera vez que tuviste oportunidad. Esa clase de gente no cambia —dijo Ronald lleno de rabia—. Matar por dinero no tiene justificación alguna. Son gente avariciosa, Marc. Y si tú no le cuentas la verdad a Regina, yo mismo se lo contaré.

—Deja de involucrarla en asunto peligrosos —murmuré con una voz desafiante.

Ronald me observó con confusión.

—¡No, Marc! Yo no fui quien la trajo al Cine, ni tampoco le contó a lo que nos dedicábamos. ¡Tú eres quien la ha involucrado en nuestros asuntos!

Lo agarré por las solapas de la chaqueta y tiré de él hacia arriba. Todos en la sala dejaron de hacer lo que estaban haciendo para prestarnos atención.

—Aunque duela, sabes que lo que te estoy diciendo es cierto. Te guste o no, Regina ya está involucrada en nuestras vidas. Y por desgracia, las cosas se complicarán cada vez más —dijo Ronald, sin inmutarse a que estuviera a punto de golpearlo.

Aflojé el agarre y lo solté. Tenía razón.

¡Joder!

La culpa de que Regina estuviera en peligro era mía.

—Nunca me he sentido tan perdido en mi vida, Ronald. Por primera vez, no sé qué cojones hacer. Si supieras la impotencia que sentí cuando vi a Olivia y a *Dark* haciendo negocios... —murmuré por lo bajo para que solo él me escuchase—. Tú y William tenéis que ayudarme a encontrar a *Dark*. Necesito vuestra ayuda. Y con respecto a Olivia... —dije, apretando el puño con fuerza—. De esa víbora ya me encargo yo.

Ronald apoyó una mano en mi hombro y negó con la cabeza.

—Te ayudaremos. Y, pase lo que pase, recuerda por qué hacemos esto. Nosotros preferimos morir haciendo justicia y no vivir aceptando las injusticias.

—Lo sé —susurré con voz casi inaudible—. Pero ahora las cosas han cambiado, Ronald. Ahora soy la clase de hombre que solo prefiere morir por su mujer y protegerla a toda costa. Me da igual todo. Simplemente quiero que Regina esté a salvo.

Ronald frunció ligeramente el ceño y asintió con la cabeza.

—¿A qué hora quieres ir visitar a esos hijos de puta? —le pregunté, desviando el tema.

No quería seguir hablando de Regina, ni de nada relacionado con ella y el peligro, o terminaría explotando en cólera.

—A las ocho, cuando terminen su jornada laboral. Quiero pillarlos por

sorpresa.

Yo asentí con la cabeza y me humedecí los labios con la lengua.

—¿Vas a matarlos? —le pregunté, yendo directo al grano.

Ronald sonrió débilmente.

—¿Tú no lo harías?

Quedé en silencio mientras sopesaba aquella pregunta, pero como tardé en responderla, Ronald siguió hablando:

—No somos asesinos, Marc. Antes hablaré con ellos. Si veo arrepentimiento en sus ojos, los castigaré para que convivan con el remordimiento de lo que han hecho. Pero si descubro que han cometido el mismo error con otras mujeres, los haré sufrir antes de matarlos.

Volví a asentir con la cabeza estando de acuerdo con él. Solíamos dar segundas oportunidades a la gente, pero no siempre lo hacíamos. No era lo mismo asaltar un banco, como matar a una persona a sangre fría.

—Cuando Regina venga a sus clases de entrenamiento, se lo contaré —dijo él con voz seria y se bajó del ring sin esperar a que yo respondiera.

Quedé parado en mitad del ring, observándolo alejarse hacia la zona de pesas.

No estaba seguro de si Regina estaría preparada para lo que iba a ver, pero por una parte quería que abriera los ojos y descubriera cómo funcionaba nuestro mundo. Con suerte, ella se asustaría y se mantendría alejada de mí.

«¿De verdad quieres eso? ¿En serio deseas que ella se aleje de ti?», habló la voz de mi interior.

¡No, joder!

No quería alejarla de mí. La necesitaba las veinticuatro horas del día. Regina se estaba convirtiendo en una adicción para mí, como la nicotina para un fumador y como el alcohol para un borracho.

La necesitaba, maldita sea.

¡La quería!

Volví a lanzar una ristra de puñetazos contra el saco de boxeo. Ahora necesitaba desconectarme de cualquier pensamiento relacionado con Regina, centrarme en idear un plan contra los hermanos Smith y hablar cuanto antes con los mis excompañeros de la policía para que me ayudaran a localizar a Gordon, alias *Dark*.

Y debía hacerlo cuanto antes para mantener a salvo a Regina...

14

REGINA

—¿De verdad que no estás enojado conmigo?

—Por Dios, hija, por enésima vez... no —respondió mi padre con una sonrisa de oreja a oreja mientras bebía a pequeños sorbos su café negro.

Apoyé mi cadera contra la encimera de la cocina y suspiré:

—No lo entiendo —expresé con los brazos cruzados—. Creí que no te gustaba que saliera por ahí sola de noche.

—Y sigue sin gustarme, cariño, pero ayer sé que no estabas sola. —Él sonrió con picardía mientras bebía su café.

—Papá...

Sentí cómo mis mejillas subían de tono.

Sacudí la cabeza para alejar cualquier recuerdo de Marc y yo en la cama.

—Acuérdate de que pasado mañana iremos a cenar a la inauguración del restaurante de mi amigo Elías —comentó, al mismo tiempo que dejaba el vaso en el fregadero—. Supongo que ya habrás invitado a Mathew, ¿no?

—¿Mathew? —pregunté sin pensármelo.

¡Mierda!

Mathew Connor, es decir, Marc Clayton.

Mi padre me observó con una mirada llena de confusión y luego sonrió ampliamente.

—No te hagas la sueca, cariño. Sabes perfectamente de quién te estoy hablando. No sé por qué lo ocultas. Soy tu padre. Me gusta Mathew Connor como yerno. Así que, invítalo a cenar este sábado.

Tragando el nudo en mi garganta, agarré la taza de café con fuerza e intenté controlar mis emociones.

—Por Dios, papá. No somos novios... —dije, no muy convencida de mis propias palabras.

Marc y yo habíamos hecho el amor más de una vez y nos habíamos besado como si no hubiera un mañana.

«Y le dijiste te quiero», recordó la voz de mi interior.

¡Sí!

Le había confesado mis sentimientos, pero tampoco sabía con certeza si éramos o no pareja. No habíamos hablado de eso.

—Buenos días. —Isabella apareció en la cocina—. Vaya, parece que alguien ha decidido presentarse después de estar desaparecida toda la noche —dijo con retintín.

—Buenos días para ti también —le respondí con una sonrisa super fingida, consiguiendo irritarla más de lo que ya estaba.

Isabella dio un paso al frente y se interpuso entre mi padre y yo.

—Ethan, perdona por haberos escuchado, pero me parece poco decente llevar a alguien ajeno a la cena. No sabemos a qué se dedica exactamente ese tal Mathew Connor.

—Es un humilde trabajador, eso es todo —salté en su defensa con los puños cerrados—. ¿Qué ocurre, Isabella? ¿Acaso Mathew tiene que ser un empresario multimillonario para que le caigas bien?

—Regina... —dijo mi padre con tono de advertencia.

Yo lo observé con el ceño fruncido y asentí con la cabeza.

—Lo siento, papá —dije con un tono de voz dulce y angelical.

—Pues si Regina lleva un acompañante a la cena, Olivia también llevará un acompañante.

—Está bien —contestó mi padre, alzando los hombros y dejándolos caer con indiferencia—. Y hablando de Olivia, ¿dónde está? —preguntó, observando su reloj de pulsera.

Las mejillas de Isabella se encendieron y, con gesto altivo, levantó el mentón y nos dirigió, a mí y a mi padre, una mirada llena de soberbia.

—Ayer fue a celebrar un cumpleaños de una amiga y se ha quedado a dormir en su casa —explicó Isabella, pero yo no pude reprimir una sonrisa.

—Vaya, parece que alguien ha decidido no presentarse después de estar desaparecida toda la noche —dije con sorna, consiguiendo que Isabella se hinchara como un sapo enfurecido.

Sin ofender a los sapos, claro está...

—Hoy saldré de compras y, de paso, comeré con una amiga. Quiero buscar un vestido para la cena. ¿Te parece bien? —le preguntó Isabella a mi padre, esperando su contestación de brazos cruzados.

Me llevé la mano a la boca para reprimir una carcajada. Ese día me sentía llena de energía y

no iba a permitir que nadie me hiciese sentir pequeña.

¡No!

—Sí, me parece bien, Isabella. Compra lo necesario para que tú, Olivia y Regina estéis preciosas —contestó mi padre con una sonrisa.

Isabella me regaló una mirada llena de odio y, sin decir más nada, se marchó.

Inspiré hondo y saqué aire por la nariz. En la cocina ya se podía respirar

tranquilidad y paz.

—Regina —habló mi padre de brazos cruzados—. Te conozco como si te hubiera parido. Intenta dejar que las cosas fluyan. Sé que Isabella a veces puede ser algo irritante, pero tiene un buen corazón.

—Sí, un corazón podrido... —murmuré por lo bajito y luego tomé un trago de mi café.

—Los vigilantes me han dicho que ayer fuiste a la empresa acompañada de dos hombres. Uno de ellos era Mathew. ¿Ha pasado algo?

Casi escupí el café al escuchar a mi padre.

¡Mierda!

—No, no ha pasado nada malo —respondí, dándole la espalda para evitar su mirada.

—No he preguntado si ha pasado algo malo, Regina. Simplemente he preguntado qué ha pasado. ¿Está todo bien? —siguió con las preguntas y yo me sobresalté cuando noté su mano en mi espalda—. Sabes que puedes contarme lo que sea. Soy tu padre.

—Lo sé —murmuré—. Pero no pasa nada. Simplemente les enseñé las instalaciones a Marc y a su amigo.

«Mentirosa», habló la voz de mi conciencia.

¡Sí!

Tal vez iba a arder en el infierno, pero era una mentira piadosa. Aún no era el momento para contarle la verdad a mi padre.

—Cariño, ¿quién es Marc?

Se me desencajó la mandíbula de la sorpresa. La había cagado por completo.

—¡Mathew Marc Connor Clayton! —exclamé tan rápido y tan seguido que a mi padre le costó trabajo descifrar las palabras.

Él me observó con una ceja enarcada y la cabeza inclinada.

—Mathew prefiere que lo llamen por su segundo nombre. Marc —dije, ahora más calmada que antes.

«Por favor, créetelo, por favor», pensé para mí misma mientras sonreía fingidamente y cruzaba los dedos detrás de mi espalda.

—Vaya, Mathew Marc Connor Clayton, qué peculiar —murmuró mi padre con la mirada pensativa—. No lo sabía.

—Sí, bueno... yo tampoco. Ósea... sí, pero... a, ver... él me lo dijo ayer o anteayer, no me acuerdo... y...

¡Mierda!

—Regina, hoy estás más nerviosa de lo habitual. ¿De verdad que todo está bien, cariño?

Solté de golpe el aire que había retenido en mis pulmones.

¡Uff!

Me sudaban las manos y mis rodillas las sentía como si estuvieran hechas de papel.

—Sí, papá. Todo está bien.

Él me regaló una de sus sonrisas tranquilizadoras, me acarició la mejilla y me besó la frente.

—Pues eso es lo que realmente me importa, pequeña. Quiero verte feliz.

—Papá... —musité con la voz rota y lo abracé con fuerza.

—Sé que ya eres una mujer adulta, pero seguirás siendo mi niña pequeña.

El sonido de su móvil nos interrumpió. Papá sacó el teléfono del bolsillo de su pantalón de traje y observó la pantalla.

—Tengo que irme. Hoy tenemos reunión —dijo, al mismo tiempo que vestía su americana—. Por cierto, ya he visto que has terminado tu proyecto. Debo felicitarte. Hoy mismo lo aprobaré en la junta y mañana le enseñaré el trabajo a los desarrolladores de software. Espero que estés preparada para el siguiente proyecto.

—Siempre estoy preparada para todo, papá —respondí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Esa es mi chica. Una cosa más, Giselle se ha tenido que ir por una urgencia familiar, pero ha sobrado comida de ayer. El pollo que hizo está para chuparse los dedos —dijo mi padre, guiñándome un ojo—. Si esta noche no vienes dormir a casa, avísame, ¿vale? Estaré igual tranquilo sabiendo que estás con Math... ¡Marc! —rectificó mi padre con una sonrisa. Yo reí nerviosa—. Te quiero.

Mi corazón se llenó de sentimiento cuando recordé lo que le dije a Marc: te quiero.

Ethan me acarició la cabeza y se despidió de mí. Cuando quedé sola en casa, me dejé caer contra la puerta de la nevera. Mis mejillas ardían y estaba hecha un manojo de nervios.

Observé la hora en mi reloj de pulsera. Aún tenía tiempo para hacer unos trabajos de la empresa desde el ordenador, comer y cambiarme para ir a entrenar.

Subí las escaleras sin dejar de pensar lo rápido que había cambiado mi vida y entré en mi habitación. Encendí el ordenador, me senté en la silla y sonreí como una idiota. Quería que las horas pasaran volando. Deseaba ir al Cine de una vez por todas y volver a ver a Marc.

Me llevé las manos a las mejillas y me di tímidamente unas palmadas.

—Por Dios, Regina. ¡Concéntrate!

Papá tenía razón. El pollo de Giselle estaba buenísimo. Me había comido un

plato entero.

Observé de nuevo la hora en mi reloj de pulsera mientras fregaba los platos. No sé cuántas veces había visto la hora, pero muchas.

De repente, escuché abrirse la puerta principal. Me sequé las manos al trapo y esperé a que la persona que había entrado en casa traspasara el umbral de la cocina.

—Genial... —murmuré entre dientes cuando vi a Olivia.

Ella enarcó ambas cejas y me sonrió con malicia.

—¿Has decidido volver a casa? —preguntó ella con curiosidad, al mismo tiempo que dejaba el bolso sobre la mesa.

—¿Acaso no me ves? —dije, alzando los brazos en altos y dejándolos caer nuevamente—. Pero, tranquila, yo ya me iba de aquí.

Agarré mi bolso y coloqué el teléfono móvil en el interior.

—¿Adónde vas así vestida? Que yo sepa, no te gusta el deporte —comentó ella, interponiéndose en mi camino.

La fulminé con la mirada.

—A ti qué te importa —le contesté con brusquedad a lo que ella respondió con una mueca de sorpresa.

Olivia y su madre estaban acostumbradas a que fuese una sumisa, pero estaban engañadas conmigo.

—¿Vas a quedar con el narcotraficante? —preguntó ella, desvelando una sonrisa perversa.

—Él no es un narcotraficante —respondí con voz contundente.

—Claro, lo que tú digas —dijo ella, poniendo los ojos en blanco.

Suspiré cansada e intenté largarme de allí, pero Olivia volvió a interponerse en mi camino.

—¿Me dejas pasar? —le pregunté de muy malas maneras—. Ya tengo suficiente con verte el careto todos los días.

—Tal vez dejes de vérmelo muy pronto, hermanita.

—¿Te largas de casa? ¡Genial, los milagros existen! —expresé con alegría.

Olivia se inclinó hacia mí para quedar a la altura de mis ojos y su cara se tornó seria, más seria de lo que la había visto nunca.

—Yo que tú me vigilaría las espaldas, hermanita. Ten cuidado por lo que te pueda pasar. Tal vez no soy yo la que se larga de casa, sino tú.

Yo sonreí forzosamente.

—Espero que eso no sea una amenaza, Olivia. No tienes ni idea de con quién te estás enfrentando —dije, muy segura de mis palabras—. Ya no soy la Regina callada y sumisa que conocías. Así que, te recomiendo que me dejes en paz o, de lo contrario, la que tendrá que vigilar sus espaldas serás tú.

Me colgué el bolso de mi hombro y salí de allí con la cabeza bien alta. Fui directa al garaje y entré en el coche.

Agarré el volante con fuerza sin dejar de sonreír con nervios mientras mi corazón palpitaba con fuerza. Podía sentir la adrenalina correr por mis venas.

Me sentía liberada, ¡a gusto conmigo misma!

Encendí el motor, saqué el coche del garaje y manejé hasta el portalón. Esta vez, los vigilantes de seguridad no me preguntaron nada, simplemente abrieron las puertas.

Sonreí ampliamente, hice rugir el motor y salí pitando de allí.

No me llevó más de diez minutos llegar a mi destino. Aunque sonase un poco egocéntrica, era muy buena conduciendo. Y el culpable de que supiera conducir así de bien era mi padre.

Aparqué el coche, cogí el bolso y salí corriendo hacia el Cine. Ese día irradiaba felicidad por los cuatro costados.

Bajé las escaleras del sótano, casi corriendo, y fui directa a la sala de entrenamiento. Abrí de un golpe la puerta y sentí cómo mis mejillas ardían cuando todos los miembros de la banda clavaron sus miradas en mí.

—¡Regina! —exclamó con una sonrisa Lexi, al mismo tiempo que se acercaba a mí trotando.

—Hola —dije, abrazándola con afecto—. Lo siento, he llegado antes de tiempo.

Ella me rodeó los hombros con el brazo y caminamos hacia el centro de la habitación.

Busqué a Marc con la mirada, pero no estaba allí.

—Ronald y yo vamos a enseñarte a usar un arma o, por lo menos, a sujetarla —comentó Lexi, agachándose en el suelo para abrir una mochila.

Desvié la mirada de ella y la clavé en Ronald, quien también me observó con intensidad. Le sonreí débilmente y él también me imitó.

—¿Cómo estás? —le pregunté, acercándome más a él.

Ronald alzó los hombros y los dejó caer, al mismo tiempo que lanzaba un suspiro de cansancio.

—Estoy bien —murmuró con una sonrisa débil.

Lexi se incorporó del suelo y me ofreció una pistola. Yo la observé con miedo y confusión.

—¡Oh, vamos! Ni que fuera la primera vez que ves una —comentó ella con gracia—. No está cargada. Tranquila.

Yo estiré la mano y agarré la pistola. Cuando mis dedos tocaron el arma, los recuerdos se abalanzaron sobre mí.

«George», pensé para mí misma mientras recordaba el disparo en su vientre.

Lexi chasqueó los dedos enfrente de mis ojos y yo pestañeé varias veces.

—Es normal que entres en trance, no te preocupes —comentó ella, al mismo tiempo que sonreía—. Es inevitable no recordar la última persona que matamos o, por el contrario, quisimos matar.

Yo tragué saliva con fuerza y asentí con la cabeza.

—La pistola que tienes ahora mismo entre tus manos es una de las más simples —explicó Ronald, cambiando de tema radicalmente—. Estas son las partes que tienes que diferenciar: el cañón, la corredera, el alza, el martillo, el gatillo, el cargador y... —Él sonrió ladino, antes de hablar—. El seguro.

Me mordí el labio inferior, reprimiendo una sonrisa. La primera vez que Ronald me enseñó a usar un arma, pensé que iba a matarme en mi propio coche y, ahora, él era mi entrenador y un amigo al que iba a ayudar a vengar la muerte de su hermana.

—¿Estás preparada? —me preguntó Ronald con curiosidad—. Si no te ves preparada para usar una pistola, puedes decirlo y hoy seguiremos con las clases de defensa personal.

Yo negué con la cabeza.

—Desde que os he conocido, siempre estoy preparada para todo —respondí contundente y ellos sonrieron.

Aquella tarde, Ronald y Lexi me habían aprendido a cargar la pistola, a amartillarla, a volver a cargarla, a apuntar y a poner y a sacar el seguro. Había aprendido a diferenciar diferentes clases de armas como la escopeta, que era mucho más precisa en encuentros cercanos y no a largas distancias como lo era el rifle.

Y después de varias horas dentro de la sala de entrenamiento, Ronald y Lexi decidieron llevarme afuera, a la parte trasera del edificio donde había un campo de tiro improvisado.

Ronald y Lexi querían que probara el arma, pero yo no estaba segura de querer hacerlo.

La niebla era un poco densa y la noche era fría, haciendo que expulsara vaho de mi boca.

Tragué saliva, nerviosa, y observé varios objetivos de tiro en una silueta con forma humana.

—Acuérdate de la postura que debes adoptar —habló Ronald, de brazos cruzados y con la mirada clavada en los maniqués de papel—. Si no te preparas antes del tiro, el retroceso del arma puede hacerte daño.

—Está bien —murmuré con voz casi inaudible.

—Tienes que estar relajada y clavar la mirada en el objetivo, Regina. Piensa que esos maniqués son personas malas —comentó Lexi.

—Sí, piensa que esos tres maniquís son Hugo Wreston, Justin Gordon y Alex Dop —murmuró por lo bajo Ronald y yo sentí un escalofrío en mi espalda.

Ronald había puesto tres maniquís de tiro intencionadamente.

Tragué saliva con fuerza y con un pie hacia atrás y la rodilla flexionada, levanté el arma a la altura de los ojos.

De repente, las caras de los maniquís de tiro se transformaron en las caras de los tres violadores de Ana. Mis manos temblaron con el arma todavía sujeta en ellas.

¿A quién pretendía engañar? Quería hacer justicia en el mundo, pero no estaba preparada para matar. Mis ojos se desbordaron de lágrimas y, antes de que bajara el arma, alguien me sujetó por detrás.

—Tómate tu tiempo —susurró Marc, delicadamente en mi oído—. No estés nerviosa.

Él me agarró las manos, obligándome a alzar de nuevo el arma a la altura de los ojos.

—No contengas la respiración cuando aprietes el gatillo. Tienes que apretarlo despacio, lentamente.

—Vale...

Marc me acarició la piel del cuello con la nariz.

—No tengas miedo. Estoy aquí contigo —dijo y yo asentí lentamente, sintiéndome más segura—. Si no quieres matarlos, dispáralos en otro lado.

Apreté las mandíbulas con fuerza y un poco la pistola. No estaba preparada para matar, pero sí que estaba preparada para hacer justicia.

Pum.

Grité cuando sentí la fuerza del retroceso y, a cámara lenta, observé cómo la bala salía del cañón y se estrellaba en el maniquí.

Todos quedaron en silencio mientras el humo salía de la entrepierna del maniquí.

—Vaya... —susurró Marc con voz desconcertante—. No sé si preferiría morir, antes de recibir una bala en las pelotas.

—¡Joder! —exclamó con una sonrisa Lexi, al mismo tiempo que aplaudía—. Eso es tener buena puntería.

—Has fallado —dijo Ronald y yo giré la cabeza para observarlo cuando me sacó la pistola de las manos—. No lo has matado. Los violadores seguirán con vida. Esos cabrones seguirán hiriendo a mujeres inocentes.

Y sin decir más nada, Ronald disparó tres veces y las balas impactaron en las tres cabezas de los maniquís. Luego se alejó de allí y entró de nuevo en el Cine, mientras Lexi lo perseguía sin dejar de llamarlo.

Quedé a solas con Marc, mientras el vaho seguía saliendo de mi boca. Estaba

desorientada, no sabía cómo reaccionar ni qué decir.

Marc apoyó su cálida mano en mi hombro y me hizo girar sobre mí misma para observarlo a los ojos.

—No le hagas caso. Lo has hecho genial, pero nunca te dejaría una *AK-47* en tus manos. Eres un peligro —comentó él y yo enarqué una ceja.

¿Qué era una *AK-47*?

Marc me besó en la frente, me abrazó por un largo rato, y sentí que no me quería soltar.

—Te he echado de menos —susurró con voz ronca—. No me hace ni puta gracia que uses un arma, pero tampoco me hace gracia que un gilipollas intente hacerte daño y tú no puedas defenderte.

Yo cerré los ojos y lo abracé con más fuerza.

—Estás temblando —murmuró con preocupación, al mismo tiempo que se quitaba la cazadora negra y me cubría los hombros con ella.

Luego, me puso una mano en la parte baja de la espalda y me instó a caminar.

—Volvamos adentro, o nos congelaremos aquí afuera. Tenemos que hablar del trabajo que haremos este sábado, y quiero que tú estés presente —explicó él y yo asentí con la cabeza.

Cuando entramos de nuevo en el Cine, escuchamos algo de barullo en la sala de entrenamiento. No pude escuchar con claridad de qué hablaban los compañeros de Marc, pero sí que había escuchado algunas palabras sueltas: peligro, cárcel y hermanos Smith.

Observé de reojo cómo las facciones del rostro de Marc se tensaban. Estaba cabreado, algo que resaltaba a la vista.

—Marc —me atreví a pronunciar su nombre.

Él bajó la vista a mi rostro y sus facciones se relajaron. Me regaló una sonrisa que me hizo derretir por dentro y entrelazó sus dedos con los míos.

—No tienes por qué preocuparte. Todo está bien —dijo y, acto seguido, abrió la puerta y entramos en la sala de entrenamiento.

Cuando entramos, todos dejaron de discutir y clavaron sus miradas en nosotros. Marc me apretó la mano para tranquilizarme mientras nos dirigíamos hacia el centro del habitáculo.

No entendía por qué se respiraba tanta tensión en el ambiente.

—Sea lo que sea que estuvierais hablando, espero que no lo volváis a mencionar mientras Regina y yo estemos presentes —dijo Marc, apretando los puños con fuerza.

Los compañeros de Marc bajaron las miradas al suelo, excepto Ronald quien me observó serio. Yo le aparté la mirada con el corazón acelerado. No acertaba a

imaginar lo estúpida y cobarde que debía parecerle, ni lo que veía en mi rostro.

—Este sábado se celebra la inauguración de un restaurante muy importante en Sausalito —comentó Marc, rompiendo el silencio—. Habrá muchos medios de comunicación: televisión, radio... Todo por conseguir una entrevista con alguno de los políticos y empresarios más importantes del país.

Escuché atentamente las palabras de Marc y sentí un nudo en la garganta que casi no me dejaba respirar.

«Acuérdate de que pasado mañana iremos a cenar a la inauguración del restaurante de mi amigo Elías. Supongo que ya habrás invitado a Mathew, ¿no?», recordé las palabras de mi padre.

¡No!

No podía ser... sería mucha coincidencia...

—La policía me ha confirmado que habrá mucha gente corrupta, pero entre ellos estarán dos peces gordos: Fran Gómez y Marco Abante.

El nudo se cerró por completo en mi garganta.

¿Marco Abante?

—Esta vez habrá más seguridad que en el Hotel Empire. Mis excompañeros de la policía solo podrán infiltrarnos a tres de nosotros en el restaurante. Así que, el grupo para la misión estará formado por siete personas. Ronald, William y yo entraremos en el hotel. Luego, otros dos esperarán en el coche para sacarnos de allí antes de que llegue la policía. Y los otros dos se encargarán de marchar en un furgón con los datos de estos dos empresarios para hackearles las cuentas bancarias y sacarles todo el dinero —comentó Marc, humedeciéndose los labios con la lengua—. Nadie puede ver nuestros rostros, iremos con los pasamontañas y armados, pero no quiero heridos. Nuestro lema es claro: matar al asesino y robar al ladrón, y eso haremos. Les sacaremos el dinero a esos cabrones y repartiremos las ganancias entre los más desfavorecidos. ¿Está claro?

—Sí —respondieron todos al unísono, excepto yo.

«No, Clayton, yo no lo veo muy claro», respondí para mí misma, pero Marc giró la cabeza y clavó la mirada en mí como si me hubiera leído la mente.

Tragué el nudo que tenía en la garganta y lo observé con intensidad.

—¿Y cómo tenéis pensado engatusar a esos dos peces gordos, lumbreras? —preguntó Lexi de brazos cruzados—. Está claro que hay que jugar la misma estrategia que en el Hotel Empire: llevar a los objetivos a un sitio apartado y robarles el dinero de las cuentas bancarias. Y, sin ofenderos, no creo que Fran Gómez ni Marco Abante se fijen en vosotros tres.

A algunos hombres de la banda se les escapó la risa floja. Marc sonrió ladino y cuando desvió la mirada de mí, aproveché aquel momento para liberar los nervios que estaba reteniendo.

—Bueno, les daré a elegir dos opciones: colaborar por las buenas, o colaborar por las malas —respondió cortante Marc.

—Pues yo pienso que es una mala idea —respondió otro hombre.

—No, yo opino como el jefe —habló otro.

—De eso nada, tenemos que pasar desapercibidos y si hacemos las cosas por las malas, no lo lograremos —comentó William.

En menos de un minuto, todos empezaron a discutir al mismo tiempo y a dar sus opiniones. No se entendía nada, únicamente se escuchaban gritos y más gritos.

Cerré los ojos con fuerza, al mismo tiempo que apretaba los puños. Sabía que las casualidades no existían y todo pasaba por algo.

—¡Yo puedo ayudar! —grité a todo pulmón, haciéndome oír por encima de sus voces.

De repente, el silencio inundó el ambiente.

No fui capaz de controlar el rubor en mis mejillas y me quedé allí parada, sin decir nada, deseando que alguien hablase.

—No, no te usaré de cebo, Gina. Esos dos hombres no son solo ladrones, sino también cómplices de los proxenetas más buscados del país. No dejaré que ninguna mujer, y menos tú, se acerque a esos dos cabrones.

Pestañee varias veces, como si al hacerlo consiguiera despertar de la pesadilla que me asolaba.

Marco Abante, mi antigua pareja, ¿un proxeneta?

—Marc, te agradezco que intentes cuidarme, pero sé defenderme bastante bien. Ellos dos son los que deberían estar asustados de mí —comentó Lexi con una sonrisa maliciosa.

—Si me dejas ayudar, no habrá necesidad de hacer las cosas por las malas —murmuré con voz seria sin dejar de apretar los puños.

Marc clavó la mirada en mis puños y frunció el ceño.

—Ni siquiera estás preparada para defenderte por ti misma —comentó Ronald, de brazos cruzados.

Yo lo fulminé con la mirada y, sin pensármelo más veces, le espeté sin miramientos:

—¿Quieres otra patada en los huevos para que te refresque la memoria?

Todos me observaron con los ojos abiertos, mientras mi pecho subía y bajaba como si hubiera corrido una maratón.

Ronald apretó las mandíbulas, con rabia, pero no dijo nada.

—Puedo ayudar, ¿vale? —volví a hablar con tono mordaz—. Sé que pensáis que no pinto nada en vuestra banda, pero aquí estoy —dije, alzando los brazos y dejándolos caer a los costados—. No os he traicionado, ni nunca lo haré porque

yo también quiero hacer justicia. Sé que no soy buena peleando —dije, ahora clavando la mirada en Ronald—. Pero soy buena en otras cosas. —Cerré los ojos por unos segundos e inspiré fuertemente. Luego, volví a abrirlos y observé a Marc escrutándome intensamente—. El restaurante es de Elías, uno de los amigos de mi padre. Mi familia y yo estaremos presentes en la inauguración esa noche —confesé y noté que los músculos de la mandíbula de Marc se tensaron.

—Te veo muy segura de ti misma. ¿Por qué piensas que nos vas a servir de ayuda? Venga, sorpréndenos. Tú misma has reconocido que no sabes pelear, ni siquiera disparar —comentó Ronald, acercándose más a mí.

Yo lo fulminé con la mirada, haciendo alevosa alusión a sus palabras hirientes.

—¡Porque conozco a Marco Abante! —exclamé con rabia—. Sé que puedo engañarlo para apartarlo del restaurante y llevarlo a un lugar más reservado. Del resto os encargaréis vosotros.

Giré la cabeza hacia Marc cuando me di cuenta de que se acercó a mi lado. Él observó con suma atención mis ojos, buscando en ellos.

Me sentí incómoda, pero intenté que no se notara demasiado. Tenía miedo de que Marc me preguntara de qué conocía a Marco. No quería hablar de mi pasado, y mucho menos de mi anterior pareja.

Marco Abante era un hombre ruin, pero nunca pensé que fuera un proxeneta.
¡Maldita sea!

—Creo que Regina debería participar en la misión —comentó uno de los hombres de Marc.

—Yo también opino lo mismo —dijo William, al mismo tiempo que asentía con la cabeza—. Si es cierto que Regina conoce al italiano, tendremos más posibilidades de hacer las cosas sin llamar la atención. Ella puede encargarse de Marco y nosotros de Fran.

Observé de reojo a Marc, quien seguía escrutándome sin decir nada. La expresión de su rostro no auguraba nada bueno.

—Haremos una votación —volvió a hablar William—. Los que creen que Regina debe participar en la misión, que levanten la mano.

De repente, todos los presentes en la sala de entrenamiento, incluido Ronald, alzaron sus manos. Todos, menos Marc y yo.

Volví a girar la cabeza y lo observé a los ojos, esperando a que hablara.

—¿Marc? —preguntó William con curiosidad.

Marc frunció el ceño con fuerza y tragó saliva visiblemente.

—Creo que se os olvida que la última palabra la tengo yo —murmuró él entre dientes, sin sacarme la mirada de encima—. Mañana decidiré quiénes iremos a la misión y quiénes se quedarán a vigilar el Cine —dijo, inclinándose

hacia mi rostro—. Y también decidiré quiénes se quedarán en casa sin salir.

Achiné mis ojos y apreté tan fuerte mis puños que mis uñas se clavaron en mi piel.

—Lo único que conseguirás es arruinar el plan —dije sin pensármelo dos veces.

Marc enarcó amabas cejas. Lo había dejado en evidencia delante de sus propios compañeros, pero a él pareció no importarle.

—¿Eso crees? —me preguntó de brazos cruzados y esperando a que argumentara mi teoría.

Observé de soslayo a los miembros de la banda y volví a centrar la atención en Marc.

—Primero, te estás equivocando con la elección de las tres personas que irán al restaurante. Te recuerdo que mi padre estará esa noche allí y si te ve, levantarás sospechas —dije y en su rostro se reflejó la sorpresa—. Desde mi punto de vista, deberías mover las figuras de la siguiente manera. Uno de los alfiles y el caballo entrarán en el restaurante y se encargarán de Fran Gómez. Dos de los peones esperarán en la puerta trasera del restaurante para coger el dinero, los datos bancarios y largarse de allí. Y, por último, el rey aguardará en otro coche mientras la reina se lleva a Marco Abante afuera, en la zona de los aparcamientos.

Marc no respondió y volvió a cernirse sobre nosotros el silencio de antes.

—Como he dicho, no eres buena peleando, pero sí eres buena usando la cabeza —dijo Ronald, sorprendiéndome gratamente.

—No entiendo quiénes son los alfiles, ni el caballo, ni los peones... pero el plan suena muy convincente —comentó uno de los hombres de la banda.

Observé a Lexi y ella sonrió mientras asentía con la cabeza.

Volvía a girar la cabeza hacia Marc y alcé los ojos lentamente mientras mi corazón latía más rápido al paso de los segundos.

Marc volvió a tragar saliva y yo observé con gesto perplejo el movimiento de su nuez en su fuerte cuello.

—Mañana decidiré qué hacer. Punto —espetó con brusquedad, haciendo caso omiso a lo que había dicho.

Las lágrimas empezaron a invadir mis ojos. Al parpadear, una lágrima se desbordó y me rodó por la mejilla. Marc observó la lágrima fijamente, mientras los músculos de su rostro se tensaban.

Negué con la cabeza, me limpié la lágrima con rabia y salí de allí corriendo. Cuando llegué a mi coche, entré dentro, arranqué el motor y abandoné el aparcamiento sin mirar atrás.

Me limpié otra lágrima con la manga de la chaqueta de Marc y, sin quererlo,

olisqueé el olor de su perfume impregnado en la tela de su chaqueta. Sacudí la cabeza, evitando cualquier pensamiento relacionado con él. Así que, bajé la ventanilla para llenarme los pulmones de aire fresco y olor a lluvia.

De repente, un rayo cruzó el cielo y lo iluminó por completo. Tenía que sacarme de la cabeza lo que acababa de suceder en el Cine, o terminaría llorando.

Me paré en un semáforo en rojo y me dejé caer contra el respaldo del asiento. La lluvia golpeaba con fuerza el techo del coche y los limpiacristales no se movían con la suficiente rapidez.

Desvié la vista hacia el asiento copiloto y observé la carpeta donde guardaba el historial laboral de los tres violadores de Ana. Apreté el volante con fuerza y rabia. Ni siquiera pude haber hablado con Ronald para decirle que hoy iría hacerles una visita a los violadores de Ana.

¡Necesitaba buscar explicaciones! ¡Hacer justicia!

El coche que tenía detrás pitó. Yo desvié la mirada de la carpeta, desperté de mi ensimismamiento, y observé el semáforo en verde. Pisé el acelerador y, sin pensármelo más veces, me dirigí hacia a las oficinas de Pacific Heights.

En menos de quince minutos llegué a mi destino. Estacioné el coche en los aparcamientos subterráneos, salí afuera y di un respingo cuando otro trueno resonó alrededor. Caminé hacia el ascensor con la carpeta en la mano y subí a la sexta planta. Cuando las puertas se abrieron, me encontré con dos empleadas que me reconocieron al momento. Las saludé, salí del ascensor y ellas entraron en él.

Observé la hora en mi reloj de pulsera y maldije por lo bajo.

¡Ya eran las ocho!

Caminé hacia el mostrador de la recepción y le ordené al único empleado que quedaba allí que llamara a Hugo Weston, Justin Gordon y Alex Dop para reunirme con ellos.

Esperé, caminando de un lado a otro, mientras el recepcionista intentaba localizar a los tres hombres.

—Señorita Jones —habló él y yo volví a acercarme al mostrador—. Hugo, Justin y Alex aún no han abandonado el edificio. ¿Dónde desea reunirse con ellos?

Yo abrí la boca, pero volví a cerrarla. Las empresas de mi padre estaban repletas de cámaras de vigilancia y aquí no tenía despacho propio.

Me rasqué la nuca, en un gesto nervioso, pero de repente, la bombilla se me encendió.

—Díales que los espero en el sótano, concretamente en el antiguo taller informático.

—¿Segura? —volvió a preguntar el recepcionista con el ceño fruncido.

—Sí, segura —respondí no muy convencida de mis propias palabras—. Necesito que ellos dos me ayuden a localizar unas piezas importantes para reparar alguno de los ordenadores de las oficinas de San Francisco.

—Está bien, ahora mismo los aviso, señorita Jones.

—Gracias.

Me di la vuelta, volví a entrar en el ascensor y bajé a la planta baja del edificio.

Podía sentir cómo el corazón golpeaba a cada latido. Estaba nerviosa.

¡Muy nerviosa!

Cuando el ascensor llegó a la planta del sótano, sentí el vello erizarse. Encendí la luz y caminé hacia el final del pasillo para entrar en el antiguo taller de reparación de los ordenadores de la empresa. Abrí la puerta, y ésta chirrió.

Las mesas estaban llenas de portátiles y en las cuatro esquinas del taller había montañas de torres de ordenadores. Apoyé el bolso en la mesa cuando mi móvil empezó a sonar. Saqué el teléfono y observé el nombre de Marc en la pantalla.

Colgué la llamada, le saqué el sonido para que no me siguiera molestando y guardé el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

Inspiré fuertemente, hasta llenar los pulmones, mientras pensaba las palabras que iba a usar.

—¿Señorita Jones? —preguntó un hombre y yo di un respingo.

Giré sobre mí misma y observé a Hugo, a Justin y a Alex bajo el marco de la puerta del taller.

Tragué saliva como pude porque la garganta la tenía completamente seca. Hugo era el más veterano y era el único de los tres que llevaba una barba espesa de color negro azabache, como su pelo. Justin, en cambio, era todo lo antagónico a Hugo. Rubio, ojos azules y piel clara. Y por último Alex, el más jovencito de los tres, quien tenía una cara angelical y parecía que nunca había roto un plato.

Aquellos hombres no podían ser los violadores de Ana.

«Las apariencias engañan», recordé la frase de Marc.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó nuevamente Hugo, dando un paso al frente y con las manos en los bolsillos de su pantalón.

Me abofeteé mentalmente para despertarme de mi ensimismamiento. Di un paso al frente y los observé fijamente.

—Sí, necesito hablar con vosotros. Por favor, entrad —dije y ellos tres entraron en el taller.

Justin y Alex se quedaron atrás, a un par de metros de distancia, pero Hugo se colocó a menos de veinte centímetros de mí.

Alcé la vista para observarlo a los ojos.

—Nos han comunicado que necesita nuestra ayuda para la reparación de unos ordenadores en San Francisco —dijo Hugo.

Yo achiné los ojos y desvié la mirada hacia Alex y Justin, quienes parecían cohibidos, incluso acobardados.

Dejé caer la carpeta encima de la mesa y la abrí, mostrando el historial de ellos tres.

La reacción de Alex fue delatadora. Sus manos empezaron a temblar y sus ojos bailaban de un lado a otro.

—¿Ha pasado algo, señorita Jones? —preguntó Hugo con dulzura fingida, acercándose más a mí—. He oído a hablar a varios empleados de que usted es una belleza y, al parecer, los rumores son ciertos.

Fruncí el ceño, me crucé de brazos y los observé retadoramente. Tragué saliva con nervios cuando sentí el móvil vibrar en el bolsillo de mi chaqueta.

—Sí, han pasado muchas cosas... —murmuré entre dientes—. ¿De verdad no sabéis por qué os he reunido aquí?

Alex bajó la vista y Justin desvió la mirada hacia la pared, pero Hugo no se mostró intimidado por mi mirada.

—¿Qué te causa tanta gracia? —le pregunté a Hugo de malas maneras cuando lo vi sonreír.

—Me causa gracia que usted, aun sabiendo que violé a una mujer, se reúna conmigo a solas en un sótano abandonado.

En ese momento mi corazón se paralizó. Abrí la boca, atónita, cuando Hugo dio un paso hacia adelante, pero yo retrocedí dos.

—Ana Black —espeté con rabia, pero a Hugo no pareció afectarle en absoluto escuchar aquel nombre. Por el contrario, Alex empezó a sollozar como un niño, mientras Justin seguía paralizado.

—Es una pena que se suicidara. Con mucho gusto volvería a penetrarla, una y otra vez —habló Hugo y escuchar aquello hizo que el estómago se me encogiera en un puño.

Mi espalda chocó contra la pared y quedé acorralada. Hugo sonrió con malicia y yo sentí náuseas.

¿Cómo podía existir gente así? Gente insensible, sin remordimientos y con total carencia de empatía.

—¿Te arrepientes de lo que hiciste? —murmuré con voz temblorosa, siendo consciente de la respuesta.

—Para nada —respondió él con frialdad—. No sabes el morbo que siento cuando follo a una mujer a la fuerza —confesó con una sonrisa sádica—. Y no tienes ni idea de lo duro que estoy ante la idea de follar a mi jefa.

—Deberías estar en la cárcel —dije con los puños apretados.

—Sin pruebas, nunca iré a la cárcel. Además, si entro en la cárcel, tarde o temprano cumpliré mi condena y volveré a estar en libertad —explicó con parsimonia, como si hablar de la cárcel fuese algo normal—. Lo que me extraña es que ninguna otra compañera de trabajo haya confesado que la he violado. Supongo que, en el fondo, ellas también disfrutaron con el sexo.

Abrí la boca, perpleja, mientras me cubría la boca con la mano para evitar un sollozo.

¡Ana no fue la única víctima de Hugo!

«A la cárcel va la gente que incumple la ley, y a los monstruos hay que aniquilarlos», recordé la frase de Marc.

—¡Eres un monstruo! —exclamé, soltando toda mi rabia contenida.

Cuando Hugo me agarró de los brazos, yo no dudé en reaccionar. Alcé la rodilla y lo golpeé en las pelotas. Él soltó un alarido de agonía, mientras caía de rodillas en el suelo. Y, sin reconocerme a mí misma, le agarré la cabeza y le di un rodillazo en la cara. Por sus labios corría un hilo de sangre desde su nariz.

Caminé con paso firme y seguro hacia Alex y Justin, quienes se tensaron.

—¿Por qué? —pregunté, yendo directa al grano—. ¿Por qué cojones violasteis a Ana? —volví a preguntar, perdiendo la compostura.

—Lo siento... —balbuceó Alex, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. Esa noche me drogué. Yo... Yo no sabía lo que hacía.

Observé cómo Justin negaba con la cabeza, sin atreverse a mirarme a la cara.

—Lo de Ana fue un error. Hugo nos animó a probar una droga nueva y... se nos fue de las manos —murmuró por lo bajo Justin—. Pero nosotros no la violamos...

—¡Pero la grabasteis! ¡Sois cómplices! —grité colérica—. ¡Sois tan culpables como él! —dije, al mismo tiempo que giraba mi cuerpo para señalar a Hugo.

Casi me quedo sin respiración cuando observé la cara de Hugo a centímetros de la mía. Sus mandíbulas, ensangrentadas, se tensaron con la rabia.

—¡Ah! —grité cuando él me agarró del cabello y me sacudió como un trapo sucio.

—¡Puta zorra! —gruñó, al mismo tiempo que me arrastraba hacia la mesa y me tumbaba en ella.

Intenté zafarme, incluso gritar, pero Hugo me tapó la boca y me bloqueó las piernas con el cuerpo.

—No te pongas celosilla, jefa. También te grabaremos a ti. ¡Justin, Hugo! Sacad el móvil.

Intenté gritar, pero su mano me apretó la boca con férrea fuerza y con sus dedos me taponó la nariz. Entonces, supe que iba a morir.

—¡Hugo, no! —gritó Justin, acercándose a él con los puños y las mandíbulas apretadas—. No voy a volver a permitir que hagas daño a otra mujer. Esta vez estoy consciente, no drogado.

—Yo que tú no lo haría, Justin, o tu hermana pequeña ará las consecuencias. Me da igual que ella sea menor... —dijo Hugo y yo abrí los ojos como platos.

—¡Eres un hijo de puta, Hugo! —sollozó Alex sin dejar de temblar.

Justin negó con la cabeza, gruñó como un animal, y alzó el puño con la intención de golpear a Hugo, pero éste me agarró del cuello estrujándolo con fuerza.

—Si lo haces, en vez de follarme a la jefa, la mataré delante de tus narices —dijo y Justin quedó paralizado con el puño en el aire.

Moví los brazos con fuerza para intentar golpear a Hugo, pero todo mi esfuerzo parecía en vano. Hugo me había bloqueado completamente, casi dejándome sin respiración.

—Sabes que en el sótano no hay cámaras, ¿verdad? No tendrás pruebas para culparme —murmuró Hugo y su lengua humedeció mi oreja—. Sé que después de lo que te voy a hacer, no volveré a trabajar aquí, pero me da igual perder mi trabajo. Hay miles de empresas de seguridad informática por el mundo —dijo y aquello hizo debilitarme.

«Por eso maté al anciano. No había nadie de testigo y no tenía manera de culparlo en el juicio», recordé la frase de Marc.

Abrí los ojos alarmada cuando Hugo empezó a desabrocharse el cinturón. Intenté zafarme, pero él me abofeteó tan fuerte que pude sentir el ardor en mi mejilla.

Volví a sentir mi móvil vibrar en el bolsillo y aproveché una de mis manos libres para ponerla dentro del bolsillo de la chaqueta y darle al botón de descolgar.

Fuese quien fuera la persona que me estaba llamando, esperaba que pudiera escuchar la conversación de Hugo y que, por lo menos, hubiera una prueba para culpar a ese cabrón.

—Hugo, por favor —sollozó Alex como un niño pequeño mientras los puños crispados de Justin parecían representar su impotencia.

—¡Cállate, nenaza! ¡Incluso drogados y borrachos no tenéis los suficientes cojones para follar a una mujer! ¡Ni siquiera fuisteis capaces de grabar la violación de Ana! —gritó Hugo hecho un basilisco, al mismo tiempo que abría el botón del pantalón.

Entonces, Alex y Justin no violaron a Ana... ¡Hugo era el único culpable!

Cerré los ojos con fuerza y traté de pensar en algo.

«No serás buena peleando o esquivando golpes, pero tienes una mente astuta

y si sabes usarla fríamente, te salvará la vida más de una vez. Tienes la actitud que a muchos de nuestros hombres les falta, Regina», recordé las palabras de Ronald.

Abrí los ojos y fulminé con la mirada a Hugo.

—¡Ah, maldita zorra! —gritó él de dolor cuando le mordí la mano con tanta fuerza que incluso le hice sangre.

Intenté incorporarme, pero esta vez, Hugo me agarró de los hombros y me golpeó la espalda contra la mesa.

Grité de dolor, pero él volvió a cubrirme la boca con la mano.

—Cada vez que intentas zafarte, más dura se me pone. ¿No lo entiendes? Mientras exista gente cobarde como ellos dos, yo siempre saldré ganando —dijo y yo desvié la mirada hacia Alex y Justin, quienes me observaron con tristeza e impotencia.

—Asúmelo, jefecilla. Estás perdida...

15

MARC

—Me estás poniendo nervioso, ¡joder! —expresó Ronald de malas maneras cuando estacionamos el coche en los aparcamientos subterráneos de las oficinas de Ethan Jones, en Pacific Heights.

—No me contesta al teléfono, creo que le ha pasado algo —dije, al mismo tiempo que salía del coche y caminaba hacia los ascensores.

—Pues claro que le pasa algo, pero contigo. En la reunión la has tratado como si no tuviera voz ni voto —comentó Ronald cuando entramos en el ascensor.

—Tú también la has tratado mal. Tienes que reconocer que tiene buena puntería con la pistola y actitud para este trabajo.

—Vaya, entonces, ¿por qué cojones no la dejas participar en la misión del sábado?

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, me abalancé sobre Ronald y lo agarré por las solapas de la chaqueta.

—¡Porque la quiero! —exclamé sin pensármelo—. Y no voy a ponerla en peligro —dije con tono amenazante.

Ronald me sacó las manos y negó con la cabeza.

—No puedes tenerla dentro de una burbuja. ¿Acaso no ves que ella está sufriendo? En su mirada veo a una mujer luchadora, imparable.

Me dejé caer contra la pared del ascensor y resoplé como un caballo mientras revolvió mi cabello húmedo. Volví a llamar a Regina, pero no tuve contestación.

—Dejemos el tema a un lado. Ahora tenemos un problema que resolver o, mejor dicho, «tres problemas».

Ronald colocó las solapas de su chaqueta y los músculos de sus mandíbulas se tensaron.

—Aun no entiendo cómo los vigilantes de seguridad te han dejado entrar en el edificio. Si llegan a cachearnos, vamos directos a la cárcel. No creo que sea muy común encontrar gente armada en las empresas de Ethan Jones —comentó él, esperando a llegar a la sexta planta donde Hugo, Justin y Alex trabajaban.

—Para Ethan Jones soy uno más de la familia. Él confía en mí. Le salvé la vida a su hija —dije cuando las puertas se abrieron.

Observé a un hombre detrás de un mostrador. Por la manera de actuar,

supuse que ya estaba a punto de largarse de allí. Miré la hora en mi reloj de pulsera y luego miré a Ronald, quien maldijo por lo bajo.

¡Ya pasaban de las ocho! Hugo, Alex y Justin habían terminado su jornada laboral.

—Déjame hablar a mí —murmuré en voz baja y caminamos hacia el recepcionista.

El hombre se sorprendió al vernos, pero mantuvo la compostura y nos sonrió.

—¿Se les ofrece algo? —preguntó amablemente.

—Sí, soy Mathew Connor, el novio de Regina Jones —dije, sin preámbulos y vacilaciones.

Su novio. ¡Dios! Sonaba tan bien...

Aquel hombre parpadeó varias veces y me observó de arriba abajo, sin ocultar su sorpresa.

—Señor Connor, encantado de conocerlo. El señor Jones nos ha dado una orden a todos los empleados para que se le reciba siempre como uno más de la familia Jones.

Tragué saliva cuando sentí la garganta seca. Ethan me había acogido demasiado bien, ¡y no me lo merecía! Le estaba mintiendo con respecto a mi verdadera identidad...

—Necesitamos hablar con Hugo Wreston, Justin Gordon y Alex Dop —habló Ronald, anticipándose.

El recepcionista enarcó una ceja y se rascó la nuca.

—Vaya, qué coincidencia. La señorita Jones está ahora misma reunida con ellos tres.

De repente, mi corazón perdió la fuerza para bombear y mi cuerpo tembló sin control cuando escuché las palabras de aquel hombre.

¡Regina!

Saqué el móvil del bolsillo y volví a llamarla, desesperado por saber si estaba bien.

—¿Dónde están reunidos? —preguntó Ronald mientras yo caminaba en círculos, con el teléfono pegado a la oreja y esperando a que Regina me contestara.

El hombre, en un principio, pareció reacio a respondernos.

—Ahora mismo están reunidos en el sótano del edificio, concretamente en el que antes era un taller para reparar los ordenadores de las empresas.

Abrí los ojos como platos cuando Regina descolgó el teléfono:

—Regi...—No pude acabar la frase. Lo que escuché al otro lado de la línea hizo que la sangre me hirviera.

Salí de allí corriendo y empujé la puerta de vaivén de las escaleras de

emergencia. No podía perder más tiempo, ¡Regina estaba en problemas!

Sujetándome a las barandillas, salté en todos los rellanos de las escaleras de emergencia, hasta llegar a la planta baja.

El sótano estaba oscuro, pero a medida que avanzaba pude escuchar perfectamente la voz de un hombre.

—Cada vez que intentas zafarte, más dura se me pone. ¿No lo entiendes? Mientras exista gente cobarde como ellos dos, yo siempre saldré ganando.

Apreté las mandíbulas con tanta fuerza que creí que se me iba a romper un diente. Estaba tan cabreado que apenas podía pensar con claridad.

—Asúmelo, jefecilla. Estás perdida...

Abrí la puerta de un golpe y ésta rebotó contra la pared. Quedé paralizado bajo el marco de la puerta cuando observé a un hombre abriendo el cinturón del pantalón con la intención de violar a Regina.

Entonces, por primera vez en mis treinta y cinco años, actué invadido por la ira y rabia amarga.

Me saqué la pistola de la cinturilla del pantalón, apunté a la cabeza de aquel hijo de puta y disparé.

Pum.

Después del disparo todo quedó en silencio, hasta que Ronald apareció:

—¡Mierda! ¿Qué cojones ha pasado? ¿Regina está bien?

Yo hice caso omiso a la pregunta de mi amigo y corrí hacia Regina cuando observé el cuerpo de aquel cabrón caer sobre ella.

—¡Regina! —grité alarmado con el corazón en la garganta.

Tiré el muerto al suelo y empecé a palpar el cuerpo de Regina para cerciorarme de que estaba bien. Entonces, clavé la mirada en la de ella y me di cuenta de que estaba paralizada.

—Regina... —susurré cerca de sus labios, reteniendo las lágrimas que amenazaban con salir.

¡Era raro verme llorar, pero aquellas lágrimas eran de impotencia!

Si llego a tardar un minuto más...

—No estaba arrepentido de lo que hizo —habló ella con la mirada perdida.

Le acaricié la mejilla, limpiándole las lágrimas con el dedo pulgar, y luego la ayudé a levantarse.

La abracé con fuerza y ella correspondió a mi abrazo. Entonces, desvié la mirada y me di cuenta de que no estábamos solos en aquel taller abandonado.

—Nombres —les ordenó Ronald a los dos sujetos, apuntándolos con la pistola.

—Justin y Alex... —respondió el rubio.

—¡Perfecto! Yo soy Ronald Black, sí, el hermano de Ana Black. Encantado

de conoceros —dijo Ronald con voz amenazante, al mismo tiempo que accionaba el martillo de la pistola—. Y por supuesto, encantado de despedirme de vosotros.

—¡Espera! —gritó Regina, separándose de mí.

La volví a agarrar del brazo y tiré de ella hacia mí.

—No, espera, Ronald —volvió a gritar ella.

—¿Qué más quieres esperar, Regina? Casi te violan. Esta gente no ha aprendido la puta lección. Mi hermana está muerta por culpa de ellos.

Alex empezó a llorar como un niño y terminó arrodillado en el suelo.

—Merezco morir —dijo él entre lágrimas—. Esa noche estaba drogado y mi amigo Justin borracho. No sabíamos lo que hacíamos...

—¡Vaya, qué buena excusa! Entonces no creo que te parezca mal que esta noche me emborrache y te pegue un tiro en las pelotas, ¿verdad? —gritó Ronald, perdiendo los papeles.

Regina intentó soltarse de mi agarre, pero se lo impedí. Estaba tan asustado de perderla, que me negaba rotundamente a soltarla.

—Ronald, Hugo ha confesado que Alex y Justin no llegaron a hacer nada esa noche, incluso no fueron capaces de grabar la violación —confesó Regina y Ronald la observó cabreado.

—¿Qué intentas hacer, Regina? ¿Quieres dejarlos con vida? Te acuerdo que ellos dos permitieron la violación de mi hermana. ¡No movieron ni un jodido dedo para detener a su amiguito! ¡E iban a permitir que Hugo también te violara a ti!

Ella desvió la mirada de Ronald para observarme. Sus ojos, llenos de lágrimas, hicieron que se me encogiera el corazón.

—Por favor, déjame solucionar esto. Confía en mí —rogó ella con voz rota y yo me mordí el labio inferior, reprimiendo el deseo de cargarla en brazos y marcharme con ella lejos de allí.

«No puedes tenerla dentro de una burbuja. ¿Acaso no ves que ella está sufriendo? En su mirada veo a una mujer luchadora, imparable», recordé la frase de Ronald e inconscientemente, aflojé el agarre y Regina caminó hacia Ronald.

—Ellos dos intentaron detener a Hugo, pero éste los tenía amenazados —explicó Regina—. Justin también tiene una hermana pequeña, Ronald. No estoy justificando sus errores, pero quiero que veas la diferencia que hay entre ellos dos y Hugo. El lema es claro: matar al asesino y robar al ladrón. No somos asesinos, sino justicieros.

—Entonces, ¿qué pretendes que hagamos? ¿Salimos todos juntos a cenar y listo? ¡No me jodas, Regina! El mundo está lleno de gente que no aprende la lección. ¡Volverán a hacerlo! Nadie podrá devolverle la vida a mi hermana

—gritó él, al mismo tiempo que sacudía la pistola sin dejar de apuntar a Alex y a Justin.

—Ronald, sé que no todo el mundo merece una segunda oportunidad. A la cárcel va la gente que incumple la ley, y a los monstruos, como Hugo, hay que aniquilarlos —explicó ella y yo me sorprendí cuando usó la misma frase que le dije una vez—. Míralos a los ojos y dime qué ves en ellos. ¿Arrepentimiento o contumacia?

Ronald desvió su mirada llena de lágrimas hacia a Alex y Justin. Luego, tragó saliva con fuerza.

—Era mi hermana...—dijo él con la voz rota, apretando la pistola con más fuerza, pero sin poder disparar.

Yo fruncí el ceño con fuerza. Por un momento, creí que Ronald terminaría disparando a Alex y a Justin, pero no fue así.

—Ahora mismo hay un cuerpo inerte y huellas nuestras por todas partes —habló Regina, acercándose más a Ronald—. Tú eliges qué hacer. Dejar que, esta vez, la ley se encargue de ellos dos y darles una segunda oportunidad... o matarlos.

Ronald apretó las mandíbulas con fuerza y, sin previo aviso, desvió el cañón del arma hacia el cuerpo de Hugo y disparó tres veces.

Regina empezó a chillar y yo corrí hacia ella, la atraje hacia mí y la abracé con fuerza.

Luego, Ronald se dirigió hacia los dos hombres y les obligó a coger la pistola.

—Haremos lo siguiente y espero que aceptéis la propuesta, antes de que me arrepienta —comentó él entre dientes y los dos chicos asintieron con la cabeza—. Os entregaréis a la policía y confesaréis la violación de Ana Black. También os haréis responsables del asesinato de vuestro amigo. Le explicaréis a la policía que, después de que Regina abandonara el taller, vosotros tres empezasteis a discutir. En ningún momento nos involucrareis a nosotros, y menos aún a Regina. Aceptaréis la condena y luego, esperaré con ansia el día que salgáis de la cárcel para haceros recordar que no tendréis más oportunidades. El mínimo fallo —dijo Ronald, acercándose más a ellos—. El mínimo error que cometáis... —Sus puños se cerraron, consiguiendo que los nudillos se le pusieran blancos—. Yo mismo os haré sufrir, antes de mataros. ¿Habéis entendido?

Justin y Alex asintieron con la cabeza.

—Es lo mínimo que nos merecemos —respondió Justin con la voz rota—. A veces prefiero morir, antes de seguir viviendo con el remordimiento en la cabeza. Lo siento, debí parar a Hugo, pero tenía miedo —murmuró él, con la vista

clavada en el suelo.

Ronald suspiró con cansancio, se dio la vuelta y clavó su mirada en la mía. Luego, hizo un gesto con la cabeza en dirección a la salida. Yo asentí con la cabeza y mi mentón rozó en la coronilla de Regina. La separé ligeramente de mí para enmarcar su rostro con las manos.

—Tenemos que largarnos de aquí, pero antes tienes que tranquilizarte y actuar con normalidad. No podemos levantar sospechas cuando salgamos del edificio. Hay cámaras por todos lados —le expliqué, muy cerca de su boca, mientras nuestras respiraciones se cruzaban.

—Lo sé —respondió con parsimonia, como si nada de lo que acababa de suceder le hubiera afectado.

Sacudió la cabeza y después se peinó el pelo con los dedos. Luego, cerró los ojos, inspiró por la nariz un par de veces y al exhalar habló:

—Estoy lista —dijo con una sonrisa que hizo confundirme y, al mismo tiempo, sorprenderme.

Regina salió primero del taller. Ronald me observó con el ceño fruncido, igual de confuso que yo. Luego, sin decir más nada y, sin ni siquiera volver la mirada atrás, salimos del taller y cerramos la puerta tras de sí.

—¿Dónde habéis aparcado? —preguntó ella, mientras seguía dándonos la espalda, esperando a que el ascensor abriera las puertas.

—En los aparcamientos subterráneos —respondí.

—Le has dicho a los vigilantes de seguridad que eras Mathew Connor, ¿verdad? —volvió a preguntar ella.

—Sí.

—Bien, pues haremos lo siguiente —dijo, al mismo tiempo que entraba en el ascensor y nosotros la seguíamos—. Saldremos del ascensor riendo y charlando como tres buenos amigos.

—Y luego, ¿qué haremos? —pregunté, acercándome más a ella.

Regina no podía engañarme tan fácilmente. Sabía que por dentro no estaba bien. Era imposible que no le hubiese afectado la situación.

Cuando volví a recordar la imagen de Hugo desabrochándose los pantalones, sentí cómo la sangre borboteaba en mis venas.

De repente, ella me agarró el puño y me acarició los nudillos con el dedo pulgar. Luego, apoyó su otra mano en el hombro de Ronald.

Ambos la observamos con la confusión reflejada en nuestros rostros.

—Lo hemos conseguido —dijo, con una sonrisa tan tranquilizadora que hizo que mi corazón se llenara de ternura.

Qué irónico. Ronald y yo deberíamos estar consolando a Regina, y no ella a nosotros.

¡Para Regina, esto era algo nuevo! En cambio, nosotros estábamos acostumbrados a esta clase de situaciones.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Regina salió con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Vamos?

Ronald y yo nos observamos confusos y también salimos del ascensor.

—¿Os apetece ir al Cine? —preguntó ella y yo fruncí el ceño con fuerza.

Regina enarcó una ceja y observó de reojo la cámara de vigilancia que estaba situada en la esquina de los aparcamientos.

—Sí, por mí perfecto —respondí, casi en un murmullo.

—Ronald, ¿tú también te apuntas? —le preguntó ella cuando llegamos a su coche—. Por favor... —susurró, casi con voz inaudible.

Ronald tragó saliva visiblemente, suspiró y asintió con la cabeza.

—¡Genial! —expresó ella con una sonrisa forzada—. Nos vemos allí entonces —dijo y entró en el coche.

Me froté la frente, apreté el puño con fuerza y maldije por lo bajo. Y, antes de que Regina cerrara la puerta, apoyé la mano en el techo del coche y bajé la cabeza.

La observé fijamente y pude percibir en sus ojos el dolor. Sentí triste mi corazón al verla así.

Con mi otra mano ahuequé su mejilla y con mi pulgar le acaricié los labios.

—Iremos al Cine y luego, te llevaré conmigo a tu primer reparto —susurré, ahora encima de sus labios, y luego la besé con delicadeza, ternura—. Te quiero más que a mi propia vida, princesa... —le susurré cuando separé un poco mis labios de los suyos.

La agarré de la mano y la obligué a salir. Luego, la insté a rodear el coche y le abrí la puerta del copiloto.

—Entra —le ordené con delicadeza y ella me hizo caso.

Cuando ella tomó asiento, yo entré en el coche y, sin decir más nada, arranqué el motor y me incorporé a la carretera. Cuando observé por el espejo retrovisor el coche de Ronald, aceleré un poco más.

Quería llegar al Cine cuanto antes.

—¿Estás bien? —le pregunté a Regina, al mismo tiempo que le agarraba la mano.

Le besé los nudillos y ella sonrió.

—Sí, estoy demasiado bien, ese es el problema.

—¿A qué te refieres?

—No sé, estoy asustada por mi actitud. Debería estar sintiendo algún tipo de remordimiento por haber deseado la muerte de Hugo... pero no es así —confesó

y entrelazó sus dedos con los míos—. Estoy tan agradecida de haberos conocido, Marc... Gracias a vosotros, he descubierto quién soy realmente.

Desvié por unos segundos los ojos de la carretera para observarla fijamente.

—Yo sí que estoy agradecido por que hayas aparecido en mi vida. Gracias a ti, yo también he descubierto quién soy realmente —dije, volviendo a besarle la mano—. ¿De verdad que ese cabrón no te llegó a hacer nada?

Ella negó con la cabeza y yo suspiré más calmado.

—¿Por qué no me contestabas el maldito teléfono, Regina? Casi no llego a tiempo para salvarte... —murmuré entre dientes, sin dejar de apretar las mandíbulas con fuerza.

—Estaba cabreada.

Yo volví a desviar la mirada de la carretera y la observé con confusión.

—¿Conmigo?

Ella asintió con la cabeza.

Inspiré fuertemente y solté el aire de un golpe.

—Todo lo que hago es porque te quiero, y no estoy vacilando, Regina —dije, apretándole más la mano—. La idea de perderte me perturba. No quiero ponerte en peligro. Antes, prefiero morir.

—No me pasará nada, Marc...

—¿Cómo estás tan segura de ello? ¿Acaso no eres consciente de lo que estuvo a punto de hacerte ese cabrón en el taller?

—Sí, soy consciente de los peligros que me rodean, pero también sé que tengo a un héroe a mi lado.

De forma automática, levanté el pie del acelerador. Clavé mi mirada en la de ella, sorprendido por su contestación, y contento por saber que para ella yo era su héroe.

Sonreí como un idiota y, lleno de euforia y alegría, volví a acelerar el coche.

Cuando llegamos al Cine, Ronald y yo aparcamos los coches y salimos de ellos.

Me acerqué a Regina, la agarré de la mano y empezamos a caminar hacia el Cine. Cuando entramos, Samantha y varios miembros de la banda nos observaron.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó Samantha, acercándose a mí y observando de reojo a Regina—. ¿Y por qué cojones ella sigue aquí? Lo único que nos traerá son problemas.

—No volveré a decírtelo, Samantha, no te inmiscuyas en mis asuntos. Y ella —dije, observando a Regina—. Sigue aquí porque yo lo quiero. —Giré la cabeza y observé a mis compañeros de la banda—. Necesito las llaves de la furgoneta, hoy quiero llevar a Regina a su primer reparto.

Agarré con más fuerza la mano de Regina y observé seriamente a Samantha para que dejara de intimidarla. Hace años, Samantha y yo nos liamos un par de noches, pero eso no implicaba nada. Yo no la quería, ni siquiera llegué a sentir nada por ella.

¡La única que era capaz de ponerme el corazón a mil por hora era Regina!

—Por supuesto, jefe —comentó Charly y del bolsillo de su chaqueta sacó un juego de llaves—. La mercancía ya está lista. Estábamos esperando tu autorización para salir al reparto.

—¿Qué zona es la que queda por repartir la mercancía? —le pregunté, atrayendo a Regina hacia mí.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Nuestro barrio —comentó y yo tampoco pude evitar no sonreír.

—Perfecto —dije cuando él me lanzó las llaves de la furgoneta—. Ronald, ¿vienes? —le pregunté.

Ronald asintió con la cabeza.

—¿Dónde está William? —pregunté a mis hombres, antes de salir del Cine.

—Ha ido con su mujer al ginecólogo —respondió Roy—. La paternidad le está afectando.

Yo sonreí y observé de soslayo a Regina. Su cara reflejaba confusión. Le rodeé los hombros con mi brazo y no pude evitar sonreír como un idiota ante la idea de que algún día llegara a ser padre.

¡Joder!

Regina estaba despertando en mí sentimientos ocultos, jamás vividos anteriormente.

—Vigilad el perímetro. Y cualquier novedad que suceda, avisadme —les ordené y Samantha se cruzó de brazos como una niña caprichosa sin dejar de fulminar con la mirada a Regina.

—Entendido, jefe.

Salimos del Cine y caminamos hacia el garaje. Ronald abrió la puerta y los tres entramos en el garaje. Regina observó todo con la boca abierta. Allí dentro había siete coches deportivos, cuatro furgonetas blindadas y tres motos.

Pulsé el mando para abrir una de las furgonetas y Ronald abrió la puerta corredera.

—Está todo dentro —dijo él, entrando en el maletero y cerrando las puertas.

Abrí la puerta de la furgoneta y observé a Regina con el ceño fruncido. Ella quedó estática, sin apenas pestañear.

—Gina...

—¿Adónde vamos? ¿Qué clase de mercancía repartís?

Yo sonreí con dulzura y caminé hacia ella. Le enmarqué el rostro con las

manos y la besé.

—Confía en mí. Sé que te hará bien ver esto, luego... hablaremos seriamente. Tengo una duda que necesito aclarar —le dije y ella asintió lentamente con la cabeza.

Subimos a la furgoneta y salimos a la calzada. Noté que Regina se ponía tensa, que se alteraba su respiración. Apoyé mi mano encima de su rodilla y le sonreí para tratar de tranquilizarla.

En un principio, mi intención era llevar a Regina a casa, pero no quería dejarla sola y encerrada en su habitación, porque su mente no dejaría de pensar en todo. Simplemente quería que se olvidara de lo que acababa de suceder.

—Sé que te va a gustar lo que vas a ver —dije, y ella tragó saliva visiblemente.

Seguí conduciendo durante quince minutos hasta que llegamos a un barrio muy apartado de la ciudad. Conducir por aquellas carreteras abandonadas y mal asfaltadas era una temeridad, más aún con aquel horroroso tiempo. La lluvia se había convertido en una tormenta que apenas me dejaba ver la carretera.

Observé de reojo cómo Regina miraba concentrada las casas casi derrumbadas de aquel solitario barrio. Seguí conduciendo hasta llegar a una especie de patio cubierto. La lluvia dejó de golpear el techo de la furgoneta y en el parabrisas.

Entonces, aué el motor de la furgoneta y esperé. Estaba nervioso. Llevar a Regina al barrio donde nació era realmente importante para mí.

¡Muy significativo!

Ronald salió de la furgoneta y abrió la puerta del copiloto.

—Ya vienen —comentó él, sacándose la chaqueta—. Ya he repartido la mercancía en bolsitas individuales —dijo y luego clavó la mirada en Regina—. Ahora sabrás lo que uno siente cuando hace el bien.

Regina giró la cabeza hacia mí y me observó con el ceño fruncido, confundida visiblemente.

—¿Quiénes vienen? —preguntó ella, casi en susurro apenas audible, con el miedo reflejado en el rostro.

Yo sonreí con dulzura y le hice un gesto para que se bajara del auto.

—Míralo por ti misma —le dije sin borrar la sonrisa, al mismo tiempo que me bajaba del coche y cerraba la puerta.

Rodeé la furgoneta y observé a lo lejos cómo mis antiguos vecinos corrían hacia el patio sin importarles la lluvia, ni la tormenta.

Sonreí como un tonto cuando observé a los niños corriendo entre risas y gritos.

—¿Qué estamos haciendo exactamente aquí? —preguntó Regina,

observando con curiosidad cómo aquella masa de gente se acercaba al patio.

—¡Marc! —gritó uno de los niños cuando llegó al patio.

—¿Qué pasa, campeón? —dije, al mismo tiempo que lo alzaba en brazos y le revolvió el cabello—. ¿Te has portado bien estos días?

—Sí, he sacado sobresalientes en el colegio.

—Ese es mi chico —dije, bajándolo de nuevo al suelo.

—¿Quién es ella? —preguntó otra niña cuando llegó de segunda.

—Es mi chica.

Yo observé a Regina y sus mejillas se sonrojaron.

—Tu novia —dijo la misma niña con una sonrisa de oreja a oreja, justo cuando el resto de los vecinos llegaron al patio.

—¡Marc! ¡Ronald!

Todo el mundo empezó a saludarnos, mientras los más ancianos se acercaban a mí para abrazarme con afecto.

De repente, Regina se vio rodeada por varias personas, quienes no dejaron de preguntarle al mismo tiempo quién era.

—¡Ey!, la vais a asustar —dije, al mismo tiempo que agarraba a Regina de la muñeca y la atraía hacia mí—. Ella es Regina, mi novia —comenté sin preámbulos y sin importarme lo ridículo que pudiera verme haciendo eso públicamente—. Así que, tratarla bien. Ella es una más de la familia.

—¡Bienvenida, Regina!

—¡Encantada de conocerte, Regina!

Todo el mundo empezó a aplaudir y a sonreír con afecto y alegría, siendo bien recibida por todos.

—¡Bueno ya sabéis el procedimiento! —gritó Ronald, acercándose al maletero e interrumpiendo el momento—. Dos filas. A la izquierda los menores de dieciocho años y a la derecha los mayores de esa edad. ¿Está bien? Tenemos que ser rápidos, no estamos seguros aquí. Así que, venga. ¡Filas!

Ronald abrió las puertas traseras de la furgoneta y yo clavé la mirada en Regina para ver su reacción. Y, como me lo temía, ella quedó anonadada cuando observó cientos de bolsitas de plástico con billetes dentro.

—Robar al ladrón... —murmuró ella y, a pesar del barullo, la escuché perfectamente—. Eres Robin Hood.

Yo sonreí con dulzura cuando ella recordó el apodo que mi madre usaba conmigo.

Acerqué mi boca a su oreja y le susurré:

—Simplemente devolvemos el dinero que ha sido robado. Dinero de fondos públicos.

—¡Echadme una mano! —gritó Ronald y yo alcé a Regina de las caderas y la

subí al maletero de la furgoneta.

—Ayuda a Ronald a repartir la mercancía —le dije y ella parpadeó varias veces como si le costase asimilar lo que estaba sucediendo.

Entonces, sin esperármelo, ella sonrió, consiguiendo iluminar el patio entero.
¡Dios!

Regina era jodidamente perfecta.

Ella no dudó en actuar con rapidez. Agarró varias bolsas de dinero y empezó a repartirlas en la fila izquierda para los niños.

—¡Gracias! —le dijo una niña que sonrió ampliamente mostrando su sonrisa sin dientes.

Seguí observándola, embobado.

¡Uff!

Me gustaba verla jugando y riendo con los niños. Aquella imagen hizo que fantaseara con ser padre.

¡Ser el padre de los hijos de Regina!

—Vaya, qué calladito te lo tenías, jovencito —dijo una de las ancianas del barrio, la más veterana del vecindario, mientras se colocaba a mi lado con la ayuda de un bastón. Yo carraspeé varias veces, despertándome de mis pensamientos—. La chica es guapa, muy guapa.

—Es más guapa por dentro —dije sin dejar de sonreír mientras la observaba trabajar.

—Sí, si está aquí haciendo esto es porque tiene buen corazón —volvió a hablar la anciana—. Tu madre estaría orgullosa de ti, Marc. Si existiera más gente como tú, el mundo estaría mucho mejor. Ahora no tengo miedo de dejar esta vida, sabiendo que tú y los chicos del barrio estáis luchando por conseguir un mundo mejor —dijo y yo me giré para observarla con una sonrisa.

—Si el dinero no es suficiente para comprar medicinas, avisadme y os traeré más.

La anciana apoyó su mano en mi hombro y me dio unos toques cariñosos.

—Gracias, muchacho. Sin ti, los niños no podrían ir a la escuela y los viejos como yo no podríamos comprar las medicinas que nos hacen falta.

Sonreí ampliamente, mientras la observé ponerse en la fila.

Cuando volví mi atención a Regina, me di cuenta de que me estaba mirando. Su mirada hizo que me diera un vuelco al estómago y que mi corazón empezara a palpar a una velocidad vertiginosa.

—¡Regina!, ¿puedo ayudarte? —preguntó uno de los niños y ella no dudó ni un segundo en alzarlo en brazos y subirlo al maletero de la furgoneta.

A ella le daba igual que el niño estuviera empapado y sucio. Como había dicho la anciana, si Regina seguía a nuestro lado, a pesar de haber vivido

situaciones peligrosas, era porque tenía un buen corazón.

El niño le dio un beso en la mejilla y ella empezó a reír.

¡Uff!

Definitivamente, no quería tener un hijo con Regina... ¡quería tener muchos niños con ella!

Volví a sonreír como un tonto mientras me masajeaba las sienes. Tenía que dejar de pensar de aquella forma o terminaría asustando a Regina.

¡Dios!

Nunca creí en el amor a primera vista, sencillamente no creía en el amor, hasta que conocí a Regina. Creía que la gente enamorada exageraba sus sentimientos, pero... ¡joder! El amor era una sensación increíble, mágica.

Inspiré fuertemente y, sin dejar de observar a Regina, pensé nuevamente en algo que no dejó de rondarme la cabeza todo el día: Marco Abante.

«Luego... hablaremos seriamente. Tengo una duda que necesito aclarar», recordé la frase que le dije.

Nunca había sentido celos de nada ni de nadie. Pero aquella rabia, unida al estremecimiento del miedo e impotencia, se parecía sospechosamente a los celos.

¿De qué conocía Regina a ese hombre? ¿Y por qué estaba tan segura de que Marco caería en sus redes?

De repente, como si ella me hubiese leído la mente, desvió su atención del niño para observarme a mí. Escruté sus ojos brillantes y su semblante alegre. Pero cuando ella apartó el cabello a un lado, observé en su cuello marcas de dedos.

Inconscientemente, apreté los puños con fuerza al ser consciente de la puta realidad. No podía ser un egoísta. Yo no podía ofrecerle una vida segura a Regina, ni tampoco formar una familia con ella.

Si ella nunca me hubiera conocido, tal vez nunca se hubiera enterado de que en las empresas de su padre había violadores.

«Si nunca la hubieras conocido, ella seguiría desprotegida. Acuérdate, la gente mala puede estar en cualquier parte y aparecer en cualquier momento», habló la voz de mi interior y, entonces, recordé la conversación de Olivia y *Dark*.

Era cierto. Todo pasaba por algo y si el destino decidió ponerme a Regina en mi camino, fue por algo.

Iba a cuidarla. Iba a hacerla feliz. Iba a protegerla...

¡Joder!

¡Iba a hacer cualquier cosa que estuviera a mi alcance para mantenerla a salvo!

Cuando terminamos de repartir el dinero, volvimos directamente al Cine. Había conseguido que Regina se olvidara de lo que sucedió en Pacific Heights, porque no dejó de hablar de los niños de mi barrio y de lo sorprendida que se había quedado al descubrir lo que hacíamos con el dinero. Literalmente, no dejó de hablar durante los quince minutos de trayecto.

En cambio, yo no pude pronunciar ninguna palabra. Simplemente me limité a asentir con la cabeza porque, cada vez que observaba las marcas de los dedos de Hugo en el cuello de Regina, la cólera hervía en mi interior.

Cuando llegamos al garaje, bajé de la furgoneta y caminé directamente hacia el lado derecho del auto. Le abrí la puerta a Regina, sin darle tiempo a que ella lo hiciera, y la agarré de la mano para sacarla del coche.

—Si sucede algo, llámame —le dije a Ronald, quien me observó con el ceño fruncido sin comprender mi inesperada reacción.

Sin soltarle la mano a Regina, la obligué a caminar hacia el interior del Cine. Cuando entramos, ya no quedaba rastro de Samantha ni de ningún miembro de la banda. Empujé la puerta de vaivén del pasillo y caminé deprisa. Me di cuenta de que a Regina le costaba caminar porque sus zapatillas resbalaban en el suelo, así que, disminuí la velocidad, pero sin detener el ritmo.

Bajamos las escaleras del sótano y fuimos directos a mi despacho.

—¿Qué bicho te ha picado? —me preguntó ella cuando entramos en la habitación y cerré la puerta con seguro.

Tragué saliva y la observé fijamente. No sabía cómo preguntarle de qué conocía a Marco Abante sin parecer desesperado.

«Da igual cómo se lo preguntes. Estás desesperado», reconoció la vocecita de mi interior.

—Marc, ¿estás bien? —volvió a preguntar ella, dando un paso al frente.

—Regina —dije, pasándome la mano por la cara y luego jalándome los extremos de mi cabello.

Suspiré con fuerza, rodeé el escritorio y me dejé caer en la silla. Abrí el cajón inferior y saqué una cajetilla de tabaco. Estaba tan tenso que necesitaba fumarme un cigarrillo con urgencia.

No solía preocuparme de soltar por mi boca lo que pensaba, pero con Regina era todo tan distinto... ¡joder!

Y cuando estaba a punto de encender el pitillo, ella golpeó el escritorio con sus dos manos.

La observé, con el pitillo en la boca, perplejo por su inesperada reacción.

—Deja de darle vueltas a la cabeza y dime qué pasa —dijo ella, sacándome el cigarrillo de la boca—. Soy yo la que debería estar fumando y suspirando con frustración. Casi me violan, pero por eso no voy a ponerme triste, sino a entrenar

más duro y aprender a usar un arma para defenderme de monstruos como Hugo.

—Ey, ¿qué coño crees que vas a hacer? —le pregunté, incorporándome como un resorte para sacarle el cigarrillo de la boca y el merchero de la mano—. Ni se te ocurra fumar esta mierda. —Con los ojos cerrados, dejé caer la cabeza contra el respaldo. Regina no dejaba de sorprenderme cada día—. Para estar tan relajada, como dices estar, te veo muy tensa. ¿No tienes nada que decir? —inquirí, volviendo a abrir los ojos y observándola seriamente.

Yo sabía que Regina tenía ganas de hablar sobre algo, se lo notaba a simple vista. No había que ser muy listo para saber que ella necesitaba desahogarse.

—Sí, quiero hablar sobre algo —confesó ella, de brazos cruzados y con el ceño fruncido.

—Yo también... —murmuré entre dientes.

—Pues hagamos una cosa —sugirió ella, inclinándose sobre el escritorio—. A la de tres, diremos al mismo tiempo lo que nos está perturbando por dentro.

Yo tragué saliva, lentamente. Iba a quedar como un estúpido celoso si le preguntaba de qué conocía a Marco Abante.

¡Joder!

—Vale —dije, incorporándome del asiento e inclinándome también sobre el escritorio.

Ambos quedamos a escasos centímetros de distancia.

—Uno —habló Regina, observándome fijamente sin apenas pestañear—. Dos...

Yo apreté las mandíbulas mientras mi corazón palpitaba con fuerza. Nunca había estado tan nervioso.

—Tres...

Tomé una profunda bocanada de aire y ambos gritamos al mismo tiempo:

—¿De qué conoces a Marco Abante?

—¿De qué conoces a Samantha?

Primero, nos observamos fijamente, luego confusos y, finalmente, rompimos a carcajadas que no pudimos controlar.

—De todo lo que te ha pasado hoy, ¿Samantha es tu preocupación? ¿En serio? —le pregunté, negando con la cabeza sin poder creérmelo y rodeando el escritorio para acercarme a ella.

—¿Os habéis liado? —inquirió, yendo directa al grano y haciendo caso omiso a mi pregunta.

—Sí.

Ella desvió la mirada al suelo y se mordió el labio inferior. No quería que se sintiera así.

¡No quería que estuviera celosa porque no había motivos para estarlo!

¿Acaso no se daba cuenta de lo que sentía por ella?

—Me he liado con varias mujeres, Gina, pero eso no significa nada. Ahora, estoy contigo, me gustas tú.

A ella se le escapó una sonrisa y negó con la cabeza.

—¿Todas las chicas con las que te has liado son como Samantha? —me preguntó y aquello me pilló desprevenido. ¿A qué se refería? —. Ella y yo no nos parecemos en nada, Marc.

—Lo sé, y por eso me encantas —dije con voz seria, acercándome más a ella—. Tú eres única, Gina.

¡Y era cierto!

Ella era la única mujer que quería.

Cuando el silencio se cernió sobre nosotros, supe que me tocaba hablar.

—¿Te has liado con Marco Abante? —le pregunté, sintiendo un nudo en el estómago.

—Sí.

Ahora fui yo quien desvió la mirada al suelo y apretó las mandíbulas. No me había engañado con mi presentimiento.

—Fuimos pareja —siguió hablando ella—. Pero él es una etapa del pasado que no quiero recordar. Ya no me caía bien y ahora que sé que también es un proxeneta, menos aún.

«Regina no ha tenido mucha suerte en sus relaciones. Y cuando hablo de relaciones, me refiero a cualquier tipo de relación. Relación familiar. Relación de amistad. Y relación amorosa», recordé las palabras de Ethan.

—Ese hijo de puta te ha hecho daño, ¿verdad? —le pregunté, agarrándola por los hombros e intimidándola para que hablara.

—No quiero hablar del tema —susurró ella, dando dos pasos atrás.

—Tu padre me dijo que sufriste con tu última relación amorosa. ¿Qué te hizo ese hijo de puta, Gina?

Di un paso más, la acorralé contra la pared y puse un brazo a cada lado de su cuerpo.

Ella me observó fijamente, prestando atención a mis facciones.

—Nada —murmuró, no muy convencida de sus palabras. Yo enarqué una ceja, la agarré de la barbilla y la obligué a observarme—. Era un altanero. Me trataba como si fuera un cero a la izquierda, de la misma manera que Isabella y Olivia me tratan.

—¿Te pegó? —pregunté con el semblante serio.

Regina abrió los ojos como platos y noté cómo sus músculos se tensaron.

—Contéstame.

—Sí, una vez... —murmuró con voz apenas audible.

Yo me separé de ella, apreté los puños y golpeé de lleno la pared en la parte superior de la cabeza de Regina.

¡Maldito hijo de puta!

Un hombre que pega a una mujer, no es un hombre... ¡es un cobarde!

Cerré los ojos con fuerza e intenté contar mentalmente hasta diez, antes de que saliera de allí corriendo y yo mismo encontrara a Marco Abante.

—Marc, ya no estoy con él, esa etapa está enterrada en el pasado —habló ella, acariciándome el rostro.

Yo suspiré con cansancio y apoyé la mejilla en la palma de su mano.

—No tenía ni idea de que él se dedicase a explotar mujeres para fines comerciales. De saberlo, yo...

—¿Todavía lo quieres?

Ella abrió los ojos como platos y se le escapó una risa.

—¿Estás celoso?

—Respóndeme, por favor —rogué, apoyando mi frente en el hueco de su cuello.

Ya me sentía lo suficientemente ridículo como para rogar.

—Por Dios, Marc —expresó ella, agarrándome el rostro y obligándome a observarla—. Te quiero. Nunca he sentido esto por ningún hombre —confesó y aquello, para mí, fue más que suficiente. Ella había pasado un sinfín de cosas por mi culpa y, a pesar de todo, seguía a mi lado. ¿Qué más necesitaba para saber que Regina me amaba? —. Pero yo sí que estoy asustada porque Samantha es hermosa y mírame, yo...

—Shh.

La hice callar con un beso apasionado. No quería que ella se comparara con ninguna mujer, y menos aún con las chicas que estuve en el pasado.

¡Regina era única, inigualable!

—Marc, escúchame, hablo en serio... —murmuró ella entre beso y beso.

—No, no voy a dejar que digas estupideces —dije, volviendo a besarla con voracidad.

No quería escucharla decir tonterías. No había nada más que hablar.

Le sujeté las muñecas por encima de la cabeza y me agaché para besarle el cuello, justamente encima de las marcas de los dedos de Hugo.

—No dejaré que nadie te haga daño, Gina. ¡Nadie! —exclamé y le devoré el hueco del cuello.

—Lo sé...

Ella gimió y yo sonreí contra su piel.

Dios, quería demostrarle que literalmente ardía por ella. La deseaba tanto...

Con la mano que tenía libre le saqué la chaqueta y se la arrojé al suelo.

Luego, metí la mano bajo su camiseta y le acaricié la barriga, mientras seguía apoderándome de su cuello con estremecedores besos.

—Marc —murmuró ella cuando mi mano le acarició los pechos por encima del sujetador.

Desesperado, le saqué la camiseta por la cabeza y clavé mi mirada en su sujetador. Le bajé un tirante y le di un beso en el hombro.

—Si alguien te hace daño, Gina, no le daré una segunda oportunidad, ¿lo entiendes, verdad? —le pregunté casi en un susurro mientras le bajaba el otro tirante.

Pero ella parecía concentrada en mis tocamientos porque apenas balbuceó algo con sentido.

Yo sonreí embobado y le saqué los pechos por encima del sujetador.

—¡Dios Santo! —gritó ella.

Mientras le succionaba el pezón, bajé mi mano por su abdomen. Y cuando llegué al elástico de sus pantalones de deporte, deslicé mis manos hambrientas.

Atrapé sus labios y dejé que su gemido invadiera mi boca. Le aparté a un lado el elástico de sus braguitas para tocarle su sexo húmedo.

—Estás lista para mí, cariño —gruñí con voz ronca.

—Siempre estoy lista para ti.

Empecé a estimularla lentamente con mis dedos, y después le introduje mi dedo índice en su sexo caliente, arrancándole un grito de placer que juraría que se había escuchado en todo el edificio.

—La gente va a pensar que te estoy torturando —murmuré, con la boca tan seca que casi no podía ni hablar.

—¡Y eso estás haciendo! —protestó ella con un gruñido—. ¡Hazme el amor de una vez, joder!

—Esa boquita...

La besé con vehemencia y le atrapé el labio inferior, succionándolo con violencia.

—¡Au! —se quejó ella cuando le solté el labio.

—No sé si será buena idea hacerte el amor ahora porque estoy lleno de cólera por dentro. No quiero desahogarme contigo y hacerte daño —confesé, introduciéndole otro dedo y moviéndolo en su interior con más fuerza—. ¿Qué te parece si voy a buscar a ese hijo de puta que te hizo sufrir en el pasado y, antes de matarlo, le doy las gracias por haberte dejado ir porque así yo he podido conocerte?

—Marc —dijo ella en un tono suave de advertencia mientras jadeaba sin poder contener los gemidos.

De repente, se colgó de mi cuello y me rodeó con sus piernas sin dejar de

succionarme la boca frenéticamente, mientras su lengua se entrelazaba con la mía.

Y a punto de bajarle los leggins y yo desabotonarme los vaqueros, su móvil sonó.

Simultáneamente, los dos giramos las cabezas y observamos el bolsillo de la chaqueta.

Ella se puso pálida, sus ojos casi le salen de sus órbitas y su boca formó una «o» perfecta.

—Mi padre —murmuró ella, bajándose de mis brazos y vistiéndose con rapidez.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sin dejar de observar sus movimientos nerviosos.

—Acaba de suceder un asesinato en una de sus oficinas y sabe que yo he estado allí —dijo y yo me golpeé mentalmente.

El teléfono de Regina dejó de sonar, pero al poco rato empezó a sonar el mío.

Saqué el móvil del bolsillo de mi vaquero y observé un número desconocido en la pantalla.

—Creo que es mi padre —dijo ella cuando terminó de vestirse.

—Eso sería imposible, no le he dado mi número de teléfono a tu padre.

Ambos nos observamos con confusión y, sin perder más tiempo, contesté a la llamada:

—¿Diga?

—¿Marc? —habló la voz de un hombre al otro lado de la línea.

—Sí —respondí tenso.

—Soy Ethan, el padre de Regina. ¿Estás con ella? —Su voz sonaba desesperada, angustiado diría yo. Espera... ¿cómo sabía mi verdadero nombre? —. Hijo, ¿estás ahí?

Sacudí la cabeza, revolví el cabello y asentí:

—Sí, sí... —murmuré y carraspeé para aclararme la voz—. Regina está conmigo. ¿Ha pasado algo?

La cara de Regina se descompuso y empezó a gesticular con las manos, pero yo no la comprendí.

—Gracias al cielo. Acaba de suceder algo grave en las oficinas de Pacific Heights. Tres de mis empleados han tenido una discusión y... ¡Uff! —la voz de Ethan se fue aando, como si le costase explicar lo que acababa de suceder—. El recepcionista me ha dicho que ellos tres se reunieron con Regina, pero no sé si le ha llegado a pasar algo o...

—Tranquilo —dije, observando a Regina seriamente—. Ella está bien. Yo mismo fui a recogerla a las oficinas porque habíamos quedado para ir al cine

—expliqué y ella empezó a negar con la cabeza—. Ya te lo he dicho: quiero a Regina más que a mi propia vida.

—No tienes ni la menor idea del miedo que he pasado cuando me comentaron que Regina estuvo reunida con ellos tres. Pero cuando los de vigilantes de seguridad me dijeron que tú también habías ido a las oficinas, me sentí más aliviado —confesó Ethan y yo sentí una alegría enorme, indescriptible—. ¿Puedes decirle que venga a casa, por favor? Necesito verla.

—Por supuesto, Ethan. No te preocupes. La llevaré ahora mismo.

—Gracias, hijo —dijo y finalmente colgó el teléfono.

«Hijo», pensé para mí mismo sin dejar de sonreír para mis adentros.

—Tengo que irme —habló Regina, despertándome de mi ensimismamiento.

—¡Espera ahí! —le ordené, agarrándola del brazo y tirando de ella hacia mi pecho—. ¿Por qué tu padre me ha llamado Marc?

Los ojos de Regina se abrieron con sorpresa.

—Es una historia muy larga, pero te prometo que no le dicho quién eres realmente.

—Entonces, ¿él no sabe que soy Marc Clayton?

Regina negó con la cabeza y sentí una decepción en mi interior. Por un momento, creí que Ethan sabía que en realidad era Marc Clayton y que me había aceptado sin importarle mi pasado tan complicado y peligroso.

—Sigues siendo Mathew Connor, bueno... —murmuró ella, mordiéndose el labio inferior—. Eres Mathew Marc Connor Clayton, pero le dije que te gusta que te llamen Marc.

Yo enarqué una ceja y sonreí ladino.

—¿Y te ha creído? ¡Joder!

—Esa boquita.

Regina me agarró por el cuello de la camiseta, obligándome a inclinarme hacia ella, y me besó con voracidad.

—Nos vemos mañana. Quiero estar presente en la reunión y saber cuál es tu plan para la misión del sábado. Espero que reflexiones sobre lo que te he dicho. Sé que os puedo ayudar en esta misión.

La observé alejarse hacia la puerta, embobado, sin apenas pestañear por el beso que me había dado. Entonces, agarré mi chaqueta, la misma que le había dejado, y le envolví los hombros desde atrás.

—Créeme, lo pensaré. Todo lo que tiene relación contigo me importa demasiado y le doy mil vueltas.

La abracé fuertemente y la cargué en brazos.

Ella sonrió con dulzura mientras yo subía las escaleras del sótano.

—¿Qué estás haciendo?

—El suelo está húmedo.

—¿Y?

—Antes me he dado cuenta de que tus zapatillas resbalan en el suelo.

Ella me observó fijamente mientras esbozaba una sonrisa que podría derretir el mismísimo Polo Norte.

Cuando llegamos a la primera planta, le saqué mi chaqueta de los hombros y nos cubrimos las cabezas con ella.

No le di tiempo a rechistar porque salí afuera, corriendo, mientras la lluvia arreciaba con fuerza. Abrí su coche, la senté en el asiento del copiloto y luego rodeé el auto para entrar en el lado del piloto.

—¡Mierda! —exclamé, arrojando la chaqueta en la parte trasera del coche.

Regina empezó a reírse y, sin previo aviso, me agarró la cabeza y me besó.

—Esa boquita... —susurró sobre mis labios y volvió a tomar asiento.

Yo me mordí el labio inferior, reprimiendo una sonrisa, encendí el motor y me incorporé a la calzada.

—Puedo conducir —dijo ella.

—Lo sé, pero prefiero llevarte yo mismo a casa —dije, cambiando de marchas y serpenteando el tráfico.

—Gracias —susurró ella, bajando la mirada a sus manos.

—No tienes por qué dárme las, Gina. Hago esto porque te quiero —confesé, al mismo tiempo que sacaba el móvil de mi bolsillo y llamaba a Ronald.

—Dime —contestó Ronald, al otro lado de la línea.

—Necesito que vengas a recogerme en la casa de Regina. Estaré allí en menos de diez minutos —dije y colgué el teléfono.

Agarré la mano de Regina y manejé con nuestros dedos entrelazados hasta llegar a su casa.

Y cuando llegamos a la mansión Jones, puse el coche enfrente del portalón y esperé a que los vigilantes de seguridad abrieran las puertas.

—Puedes quedarte a cenar —habló ella, justo cuando el motor del portalón empezó a sonar y las puertas se abrieron.

Yo me desabroché el cinturón de seguridad cuando observé el coche de Ronald por el espejo retrovisor.

—Creo que tu padre quiere hablar contigo a solas. Él también te quiere y ahora mismo te necesita —le dije, al mismo tiempo que le enmarcaba el rostro con las manos y la besaba en el frente.

—¡Joder! —rechistó ella y yo la observé confuso, hasta que su ceja se enarcó de manera picarona.

—Esa boquita... —murmuré y, sin apenas terminar la frase, le atrapé los labios y la besé con ternura.

—Avísame cuando llegues y prométeme que no harás nada de lo que puedas arrepentirte.

La volví a besar y le guiñé un ojo.

—Me gusta que te preocupes por mí, princesa. Hasta mañana, intenta descansar —le dije y salí del coche.

Corrí hacia el deportivo de Ronald, entré y me sacudí el cabello.

—Pensé que ibas a quedarte a cenar con tu suegro —dijo Ronald con tono burlón, al mismo tiempo que arrancaba el coche.

—¡Espera! Quiero asegurarme de que ella entra en la casa —comenté y observé cómo el coche de Regina entraba en la mansión.

Cuando el portalón de la casa se cerró, me dejé caer contra el respaldo del asiento y suspiré con tranquilidad.

—¿Cómo estás? —le pregunté a Ronald cuando éste se incorporó a la calzada.

A él se le escapó una sonrisa débil y alzó los hombros.

—Toda mi vida llevo deseando matar a los cabrones que hicieron daño a Ana... y mira —comentó, dejando caer los hombros con pesadez—. Al final, no he sido capaz de hacerlo.

—En el fondo sabes que no somos asesinos. Créeme, ya hemos hecho justicia por lo que hicieron.

Abrí la guantera y saqué la cajetilla de tabaco de Ronald. Necesitaba un cigarrillo urgentemente.

—A veces pienso que lo que hacemos no tiene ningún sentido —comentó él.

Ronald me miró atentamente cuando me puse el pitillo en la boca y lo encendí con el mechero.

Aspiré profundamente, con fruición.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, Marc, ya sabes a lo que me refiero. Somos una de las bandas más buscadas del país. Para el mundo, somos asesinos —comentó con rabia mientras adelantaba a un coche a toda velocidad—. Hasta hace poco pensé en abandonar esta mierda de trabajo, pero cuando llegó Regina al grupo... mi manera de pensar cambió radicalmente.

Abrí la ventanilla para expulsar el humo mientras prestaba atención a sus palabras.

—¿Regina? —le pregunté para asegurarme de que había escuchado bien.

—Sí.

Ronald pisó el acelerador y el motor rugió.

—Cuando me di cuenta de lo que le estuvo a punto de suceder a Regina en aquel taller abandonado, algo en mí se encendió —explicó Ronald, al mismo

tiempo que apretaba el volante con fuerza—. Hacía años que no sentía una ira tan incontrolable, Marc.

Yo lo observé seriamente mientras el cigarrillo se consumía entre mis dedos. Después de un silencio incómodo, Ronald volvió a hablar:

—He pedido ayuda a varios amigos de la ciudad para localizar a Gordon.

—*Dark...* —murmuré por lo bajo con la mirada perdida.

—Sí. Dos personas me han llamado por la tarde para avisarme de que Gordon está en la ciudad. Lo han visto solo, tomando una cerveza en un bar.

—Ese hijo de puta... —gruñí como un animal rabioso—. Hay que encontrarlo, antes de que él nos encuentre a nosotros.

—Por eso no te preocupes. Haré lo que sea para que ese cabrón no se acerque a Regina. Me da igual con quién me tenga que enfrentar para protegerla.

Abrí y cerré la boca un par de veces, atónito por lo que estaba escuchando.

—¿Por qué te importa tanto Regina?

Ronald paró en un semáforo en rojo y me observó con la confusión reflejada en el rostro. Él alzó los hombros y los dejó caer con pesadez.

Yo aulé el cigarrillo en el cenicero del coche y subí la ventanilla cuando me di cuenta de que la lluvia estaba mojando el salpicadero.

—Te gusta Regina, ¿verdad? —le pregunté, con el puño tan apretado que sentí mi propio dolor.

Un rayo iluminó el cielo. De repente, sonaron varios truenos, uno tras otro, tan fuertes que pareció abrirse el techo del coche.

—Sí —respondió Ronald.

REGINA

Aparqué el coche en el garaje y esperé unos segundos, antes de salir afuera. Cualquiera otra persona en mi situación habría actuado de distinta forma, pero haber estado a punto de ser violada no me hizo sentirme triste ni acobardada, ¡al contrario! Lo que quería era entrenarme duramente y exterminar a los monstruos como Hugo.

¡No iba a dejarme amedrentar por nadie!

Abrí la puerta, salí afuera y caminé hacia las escaleras para ir a la primera planta de la casa. A medida que subía los escalones, pude escuchar las voces de Olivia, Isabella y Ethan, pero había otra voz masculina que no reconocí.

Abrí la puerta y me encontré con mi padre en el pasillo, caminando cabizbajo de un lado a otro de la sala con las manos a la espalda.

—Papá —hablé y él alzó la mirada para clavarla en mi rostro.

—Regina...

Mi padre me estrechó entre sus brazos y me abrazó durante unos segundos.

—¿Estás bien? —le pregunté con preocupación.

—No tan bien como quisiera. No me hace gracia saber que mis empleados son violadores y asesinos —comentó él con tono serio—. ¿Tú cómo estás?

—Bien —murmuré por lo bajo.

—¿Por qué demonios has ido a las oficinas de Pacific Heights? Sabes perfectamente que aquí, en San Francisco, tenemos un taller propio para reparar los ordenadores —dijo mi padre.

—Lo sé, pero... —sentí un nudo en la garganta que me impidió tragar saliva. No quería seguir mintiendo a mi padre—. Papá, quiero que esto no se vuelva a repetir. Ofrecemos al mundo seguridad informática, pero no somos capaces de ofrecer seguridad a nuestros propios empleados —le dije y él asintió con la cabeza—. Tenemos que empezar a controlar a los empleados de todas las oficinas. Tenemos que... —Tragué saliva con cierta dificultad, dudando en terminar la frase—. Tenemos que hacer justicia.

—Sí, cariño. Te prometo que esto empezará a cambiar —dijo y yo le sonreí—. Ya he hablado con los vigilantes de seguridad. A partir de mañana, empezaremos a investigar a fondo la vida privada de todos los empleados. No voy a permitir que gente como Hugo Wreston, Justin Gordon y Alex Dop estén

en libertad.

Lo observé durante un momento mientras pensaba en su contestación, entonces asentí con la cabeza lentamente. Mi padre tenía la actitud perfecta para estar en la banda de Marc, sin lugar a dudas.

—¡Hermanita! —exclamó Olivia, saliendo del comedor y acercándose a nosotros—. Te estábamos esperando para cenar.

Yo me mordí la lengua para evitar soltar un impropio delante de papá.

—Sí, Olivia ha traído a su novio a cenar —comentó mi padre, por primera vez, descontento.

Lo observé confundida y, al mismo tiempo, asombrada.

—¿Su novio? —pregunté sin dejar de parpadear.

—Ven, quiero que lo conozcas —dijo ella, agarrándome del brazo y arrastrándome hacia el salón—. ¡Te va a encantar! Es una pena que Mathew no haya podido venir para presentárselo.

Ella me soltó el brazo y se acercó a un hombre alto, demasiado alto diría yo, y muy corpulento.

Cuando Olivia se acercó a su novio, lo golpeó con la punta del dedo índice en el hombro y éste se giró para observarla.

—Gordon, ella es Regina, mi querida hermanita —habló ella con una sonrisa.

Aquel desconocido me examinó de arriba abajo, y sus ojos se quedaron clavados en mi rostro. Probablemente, la anterior Regina se habría sentido intimidada, pero la nueva Regina no bajó la mirada ni un instante.

—Encantado de conocerte, Regina —habló él, al mismo tiempo que estiraba la mano.

Yo dudé por unos segundos, pero finalmente le estreché la mano.

—Llevaba tiempo queriendo conocerte. Olivia me ha hablado mucho de ti. —Él y Olivia esbozaron una sonrisa como de complicidad.

—Gordon tiene un montón de empresas en Latino América y España —dijo Isabella con una sonrisa de oreja a oreja.

—Y sabe hablar cuatro idiomas, ¿no es genial? —preguntó Olivia sin dejar de acariciarle el brazo a su novio.

—Sí —respondí en un susurro mientras Gordon no retiraba su mirada de mí.

—Cariño, si estás cansada puedes irte a dormir —habló mi padre, apareciendo por mi espalda.

—Me parece un gesto de mala educación que ella se vaya a su habitación con un invitado en casa —dijo Isabella y yo dejé escapar un suspiro de cansancio.

—No te preocupes, papá. Cenaré algo y luego iré a acostarme un rato. Hoy

estoy algo cansada —le dije a mi padre y éste me sonrió con afecto.

Mi padre rodeó la mesa y tomó asiento al lado de Isabella. Gordon le apartó la silla a Olivia para que se sentara y, antes de que yo llegara a tomar asiento, él se adelantó en apartarme la silla para que me pudiera sentar.

—Gracias —le dije con el ceño fruncido, un poco sorprendida por su actitud.

—Gordon es todo un caballero —comentó Olivia cuando él se sentó entre nosotras dos.

—No sabía que tenías novio —murmuré, aún sorprendida por la noticia.

Hasta hace poco, Olivia quiso tirarle los tejos a Marc...

—Ya ves, quería que fuera secreto, pero Gordon y yo ya llevamos tres meses juntos —aclaró Olivia sin borrar su estúpida sonrisa.

Yo rodé los ojos y me serví una cucharada de sopa, pero cuando desvié la mirada hacia mi padre, me di cuenta de que éste me estaba observando con una sonrisa.

No pude reprimir una risilla cuando él, inesperadamente, también puso los ojos en blanco con aborrecimiento mientras Olivia seguía alabando a su nuevo noviecito.

Me moví inquieta en el asiento y acomodé el pelo en una coleta alta. Pegué un brinco en la silla cuando Gordon rozó sus piernas con las mías.

A punto de recriminarlo, él se adelantó a hablar:

—Lo siento —dijo con una sonrisa débil.

Sinceramente, me sorprendí por lo educado que era.

—Vaya, veo que habéis hecho buenas migas —comentó Isabella, sin quitarnos el ojo de encima.

Olivia me fulminó con la mirada y paró de hablar sobre una anécdota que, sinceramente, empezaba a ser larga y aburrida.

—Lo siento, hermanita, Gordon ya está pillado.

—Regina ya tiene a Marc —dijo mi padre con una sonrisa y yo abrí los ojos como platos—. No tengo nada contra ti, muchacho —le habló a Gordon—, pero Marc es el hombre que todo padre desearía para su hija.

—Papá... —murmuré en voz baja, sintiendo calor en las mejillas.

—¿Marc? —preguntó Gordon y su rostro se transformó en algo extraño que no pude descifrar.

—¿No se llama Mathew Connor? —preguntó también con curiosidad Olivia, confusa por la noticia.

«Mierda», pensé para mí misma.

—Sí, resulta que mi amigo Mathew, en realidad, se llama Mathew Marc Connor Clayton. ¿No es gracioso?

—¿Clayton? —volvió a preguntar Gordon y su rostro, ahora, se desencajó

por la sorpresa.

Yo lo observé fijamente.

—¿Lo conoces? —inquirí, esperando su respuesta.

Gordon se encogió de hombros y finalmente negó con la cabeza.

—No, no lo conozco —dijo, pero sus palabras no sonaron convincentes—. Pero no me importaría conocerlo algún día de estos —confesó con una sonrisa.

—Sí, estaría bien que los cuatro quedáramos para ir a cenar —comentó Olivia, pero su idea hizo que me entraran arcadas.

De nuevo, Olivia empezó a hablar de algo que no me pareció relevante. Así que, desconecté del mundo y seguí concentrada en terminar la sopa que preparó Giselle. Pero cada vez que la cuchara tocaba mis labios, podía sentir la mirada de Gordon clavada en mí.

Dejé la cuchara en el plato, coloqué una mano bajo el mentón y lo observé descaradamente. Enarqué una ceja, esperando a que, por lo menos, desviase la mirada, pero él sonrió amigablemente.

Yo fruncí el ceño, negué con la cabeza y seguí comiendo la sopa.

—... el vestido, ¿Regina? —preguntó Olivia, despertándome de mi ensimismamiento.

Parpadeé un par de veces, me mordí el interior de la mejilla e inspiré fuertemente.

¡Mierda!

—Perdona, Olivia, no te estaba escuchando. ¿Qué me has preguntado?

Ella me miró con una rabia indescriptible. Olivia odiaba que la ignoraran.

—Olivia te estaba preguntando si ya has encontrado un vestido para la cena del sábado —habló Gordon, calmando la tensa situación.

—Ah —respondí y tardé unos segundos en contestar—. Creí que Isabella se encargaría de eso —dije, observándola con una ceja enarcada.

Isabella se revolvió incómoda en el asiento cuando mi padre la observó seriamente, esperando una respuesta.

—Bueno, creí que preferirías comprar un vestido a tu gusto —comentó ella con una sonrisa fingida.

—Oh, vaya, pues has creído bien. A partir de ahora, yo misma me encargaré de comprar mi ropa, gracias —le dije con una sonrisa radiante y con un tono cargado de sarcasmo.

Olivia empezó a carcajear como si le hubieran contado un buen chiste. Todos la observamos con confusión.

«Definitivamente, esta tía está como una puta cabra», habló la vocecita de mi interior.

—Mamá, creo que no le estás haciendo un grato favor a Regina. Ella no

entiende de moda —dijo ella sin poder evitar la risa.

Si su intención era hacerme daño con esa clase de temas, no lo iba a conseguir conmigo. Tenía otros problemas más importantes en la cabeza que pensar en qué vestido llevar el sábado.

—Olivia, no deberías hablarle así a tu hermana —habló Gordon.

Mis ojos se abrieron como platos y mi boca se desencajó.

¿Por qué Gordon me estaba defendiendo?

—Muchacho, me estás cayendo bien... —murmuró por lo bajo mi padre, pero Isabella apretó los labios enfadada.

—Gordon, simplemente he dicho una realidad. Regina no tiene idea de cómo vestir elegante. No quiero que mi hermanita sea el hazmerreír de la gente, ¿entiendes?

Yo observé a Olivia aún con la boca abierta por la sorpresa.

—Bueno, desde mi punto de vista, creo que Regina es preciosa con cualquier cosa —comentó Gordon, otra vez, defendiéndome ante la lengua viperina de Olivia—. Pero la más hermosa de todas las mujeres sigues siendo tú —dijo él, acariciándole el mentón a Olivia y tratando de confortarla con sus palabras.

Parpadeé un par de veces, sacudí la cabeza y enarqué una ceja. Observé a mi padre y éste se encogió de hombros, mientras Isabella seguía de brazos cruzados.

De repente, nadie volvió a pronunciar ninguna palabra al respecto.

¡Dios!

El silencio quería gritar. La situación era realmente incómoda y tensa.

—Bueno... —carraspeó mi padre nerviosamente. Su mujer estaba enojada con él y Olivia estaba colérica. Las dos juntas, enojadas, eran peor que una bomba—. Creo que deberíamos terminar la cena y...

—¿Por qué defiendes tanto a Regina, Gordon? —preguntó Olivia en un grito, interrumpiendo a mi padre.

Yo tragué saliva con cierta dificultad, mientras prestaba atención a ellos dos.

Gordon dejó de comer y sonrió con tranquilidad.

¡Uff!

Él no tenía ni idea de cómo era Olivia cabreada.

—No la estoy defendiendo. Simplemente estoy diciendo la verdad —comentó él, al mismo tiempo que entrelazaba sus dedos debajo del mentón—. No hay necesidad de que intentes humillar a tu hermana, Olivia.

Olivia frunció el ceño con fuerza y sus fosas nasales se dilataron.

«Oh, oh», pensé para mí misma.

—Bueno, Gordon, Olivia también está diciendo la verdad con respecto a la forma de vestir de Regina —comentó Isabella, al mismo tiempo que se limpiaba la boca con una servilleta.

Yo enarqué ambas cejas, sorprendida por el debate.

¿En serio estábamos discutiendo por mi manera de vestir? Pensaba que ellas dos podían ser ridículas, pero no tanto.

—¡Ya basta! —expresó enojado mi padre, haciendo callar a Isabella. Se levantó del asiento con la mirada llena de rabia—. Quiero que vosotras dos le pidáis disculpas a mi hija por lo que habéis dicho. ¡Ahora mismo! —gritó con un tono iracundo.

—Papá... —murmuré con voz inaudible, mientras lo observaba absorta.

Isabella apretó los labios en señal de desaprobación, pero mi padre no cedió y la miró muy enojado.

—Si no le pides disculpas a mi hija, arás las consecuencias. Eres mi pareja, pero ella es mi vida —le dijo Ethan a Isabella y ésta expiró aire por la nariz, como un toro dispuesto a embestir.

De repente, Isabella giró su cabeza y clavó su mirada en mí. Tragué saliva cuando sentí su mirada llena de odio.

—Regina, te pido disculpas si te has sentido ofendida. No era mi intención —murmuró ella entre dientes.

Yo sabía perfectamente que Isabella no se sentía arrepentida por sus palabras, pero por lo menos, mi padre había conseguido darle un toque de atención y bajarle los humos.

—Gracias, Isabella. Olivia, por favor, estamos esperando para escucharte —habló mi padre, cruzándose de brazos y lanzando puñales con la mirada.

Nunca había visto a mi padre de aquella manera, pero podía entender su postura. Acababa de enterarse que en las oficinas de Pacific Heights se cometió un asesinato y que sus empleados resultaron ser unos violadores.

¡Maldita sea!

Era normal que mi padre estuviera a la defensiva y era normal que él defendiera a su hija, de la misma manera que una hija defendería a su padre.

Olivia no se amilanó, ¡al contrario! Ella levantó el mentón y desafió a mi padre con la mirada.

—No voy a disculparme por haber dicho la verdad —respondió ella con aire altivo.

Los puños de mi padre se cerraron en un ademán de furiosa impotencia y exclamó con fuerza:

—Si no muestras respeto por mi hija, me veré obligado a replantear tu futuro en esta casa.

Los ojos de Olivia casi se salen de órbita.

—¿A qué te refieres? No puedes echarme de casa, legalmente soy tu hija...

—Eres la hija de mi actual pareja —la interrumpió él—. Y si no te disculpas

ahora mismo con mi hija —dijo, recalcando la dos últimas palabras—, para mí serás una simple desconocida.

Olivia tragó saliva nerviosamente y balbuceó un par de cosas sin sentido.

—Ethan —habló Isabella, incorporándose del asiento—. Si echas a mi hija de casa, yo me iré con ella.

Inesperadamente, mi padre alzó los hombros con indiferencia.

—Hazlo, nadie te lo prohíbe. Las dos sabéis de sobra dónde está la salida —contestó con parsimonia, al mismo tiempo que se guardaba las manos en los bolsillos de su pantalón de traje.

Isabella se puso pálida con la respuesta de mi padre.

Yo no daba crédito a lo que estaba sucediendo, no me podía creer que, por fin, este día hubiese llegado.

Isabella le dirigió una mirada de advertencia a su hija. Ella asintió con la cabeza, sin dejar de apretar los dientes y, finalmente, cedió:

—Lo siento, Regina —murmuró por lo bajo, tiró la servilleta sobre el plato y salió del salón enfada, echando chispas por los ojos.

Sin apenas pasar un minuto, Isabella también se retiró del salón para perseguir a su hija.

El silencio volvió a cernirse en el salón. Gordon se levantó de su asiento y apoyó su mano en mi hombro. Durante la discusión, me había olvidado por completo de la presencia del novio de Olivia.

—Yo también pido disculpas. Me siento totalmente avergonzado por la actitud de Olivia. Para nada apruebo que ella trate mal a su hermana.

—No pasa nada, muchacho —le dijo mi padre con una sonrisa débil—. No ha sido tu culpa. Lo siento si te has sentido incómodo durante la cena. Supongo que en todas las familias hay problemas de este tipo.

—Déjeme corregirlo, señor Jones. En todas las familias hay problemas, pero no de este tipo. Una hermana nunca debería hablarle así a otra hermana —comentó Gordon, dejándome totalmente sorprendida por su contestación. ¿Por qué me estaba defendiendo de su propia novia?—. Regina, mañana intentaré hablar con Olivia.

—No tienes por qué hacerlo. No podemos caer bien a todo el mundo —dije, siendo realista y dura conmigo misma.

—De eso nada, Regina —habló mi padre con rabia—. Si Olivia e Isabella siguen hiriéndote con sus comentarios, las echaré de casa. ¡Las echaré de mi vida! —exclamó, al mismo tiempo que caminaba hacia la esquina del salón y suspiraba con frustración.

Fruncí ligeramente el ceño, sorprendida por la respuesta de mi padre. Sabía que él estaba susceptible de más, lo conocía demasiado bien.

—Papá, espérame en el despacho, por favor —le dije a mi padre y luego giré la cabeza hacia Gordon—. Si no te importa, preferiría que nos dejaras solos, por favor. Ya es algo tarde y creo que lo mejor es que te vayas —dije, sin importarme lo más mínimo si a él le parecía bien o mal.

—Por supuesto, Regina —contestó Gordon, al mismo tiempo que asentía con la cabeza—. Os dejaré solos para que habléis. De todos modos, encantado de haberte conocido —dijo él, volviendo a estrecharme la mano—. Espero que no sea la última vez que nos veamos y, nuevamente, disculpas por lo de esta noche.

—Gracias —murmuré y lo acompañé hasta la salida.

Cuando cerré la puerta, caminé hacia el despacho de mi padre sin dejar de pensar en Gordon. Creía que el novio de Olivia iba a ser una persona prepotente y desagradable, pero para mi sorpresa, Gordon era un tío muy educado y bastante respetuoso.

Abrí la puerta del despacho, entré y sentí un pinchazo en el corazón al ver a mi padre cabizbajo y triste.

—Papá, dime la verdad, por favor —le rogué, al mismo tiempo que me acercaba al escritorio—. ¿Qué ha sucedido realmente para que hayas reaccionado así con Isabella y Olivia?

Mi padre alzó la vista y se dejó caer en el respaldo de la silla.

—Me siento triste por no haberte defendido mucho antes, Regina. Triste por no haberme dado cuenta de lo que ellas te están haciendo —comentó con voz aada mientras encendía el portátil.

Yo me acerqué a la silla y me senté frente a él.

—Papá, no quiero verte así. Quiero que seas feliz.

—Y yo también quiero que tú seas feliz, hija —comentó él con los puños cerrados—. Amo a Isabella, pero tú estás por encima de ella. Si mi propia pareja no respeta a mi hija, entonces tampoco me respeta a mí.

Inspiré fuertemente y dejé escapar el aire lentamente. Volví a clavar la mirada en sus ojos y, antes de decir algo, él se adelantó en hablar:

—Marc me ha ayudado a abrir los ojos.

A partir de ese momento se acentuó mi confusión.

¿Marc? ¿Qué tenía que ver él con todo esto?

Abrí la boca con la intención de preguntárselo, pero él me interrumpió:

—La noche que le enseñé a Marc mi colección de coches, él me dio su más sincera opinión sobre Isabella y Olivia, sin importarle lo que yo pudiera pensar —dijo con una sonrisa débil—. Él no estaba engañado, Isabella no me quiere.

Me mordí el labio inferior e hice fuerza con los dientes para que las palabras no brotaran desmandadas. No podía contarle la verdad a mi padre, aunque mi corazón me lo rogase.

¡No podía hacerlo!

—Marc se preocupa demasiado por ti, y me gusta —comentó él con una sonrisa.

—Lo sé —respondí con voz débil—. Papá, sé que ahora estás enojado... muy enojado. Así que, te pido por favor que no hagas nada ahora mismo y que esperes a mañana. Tengo miedo de que eches a Isabella y a Olivia de casa y que luego te arrepientas.

—No sé cómo tienes un corazón tan noble, cariño —comentó mi padre con las lágrimas en los ojos—. A pesar de que ellas dos intentan humillarte, tú quieres justificar sus actos y darles otra oportunidad.

«Hay gente que merece una segunda oportunidad, pero otras no», recordé la frase de Marc.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza para alejar aquellas palabras. Observé seriamente a mi padre y asentí con la cabeza.

—Sí, papá, algunas personas merecen una segunda oportunidad, en cambio otras no.

—Está bien cariño —habló él, asintiendo con la cabeza—. Les daré otra oportunidad. Pero si vuelven a faltarte el respeto, las echaré de nuestras vidas.

Yo me levanté, rodeé el escritorio y lo besé en la frente.

—Intenta descansar —le susurré cálidamente en el oído—. Hoy hemos tenido un día muy ajetreado.

—Sí... —murmuró él entre dientes, al mismo tiempo que aaba el ordenador—. Mañana es otro día.

Le enmarqué la mejilla con la mano y él me besó en la palma.

—Mañana verás las cosas de otra manera. Avísame si los vigilantes te envían algún dato sospechoso de algún empleado de las empresas, por favor. Quiero estar al tanto de lo que sucede y de con quién me rodeo.

«Quiero estar al tanto para hacer justicia», pensé para mí misma.

—No te preocupes, estarás al tanto de todo cuanto suceda —dijo él.

Salimos del despacho y le di otro abrazo, antes de que él entrara en su habitación. Luego, entré en mi dormitorio y me tiré sobre la cama. Me puse boca arriba y clavé la mirada en el techo.

«—¿Te arrepientes de lo que hiciste?»

—Para nada. No sabes el morbo que siento cuando follo a una mujer a la fuerza. Y no tienes ni idea de lo duro que estoy ante la idea de follar a mi jefa.

—Deberías estar en la cárcel.

—Sin pruebas, nunca iré a la cárcel. Además, si entro en la cárcel, tarde o temprano cumpliré mi condena y volveré a estar en libertad. Lo que me extraña es que ninguna otra compañera de trabajo haya confesado que la he violado.

Supongo que, en el fondo, ellas también disfrutaron con el sexo».

Me senté en el borde la cama, mientras jalaba de mi cabello. Quería gritar, pero no de miedo, sino de impotencia por no haber matado yo misma a Hugo.

¿Cómo podía existir gente así?

«Hay gente que merece una segunda oportunidad, pero otras no», volví a recordar la frase de Marc.

Agarré el mando a distancia y encendí la televisión.

¡Necesitaba distraerme!

Entonces, el presentador de un programa de investigación empezó a hablar:

—En el debate de esta noche hablaremos de lo sucedido en el Hotel Empire. Tenemos con nosotros al inspector Baldwin, director del operativo de esa catastrófica noche. Por favor, inspector, cuéntenos qué se sabe de los sospechosos.

—Bueno, está claro que nos enfrentamos a una banda de peligrosos y expertos delincuentes. Creemos que este grupo está constituido por asesinos y ladrones, que actúan en lugares claves para adquirir mayor cantidad de dinero.

—Permíteme hacer un pequeño inciso sobre el tema, inspector, porque si mal no recuerdo, los medios televisivos confirmaron que los delincuentes asaltaron a cinco políticos y empresarios corruptos. ¿No es así?

—Sí, efectivamente las víctimas, por simple casualidad, resultaron ser también delincuentes, pero eso no justifica el acto de esta banda criminal. Dos de esos cinco empresarios y políticos quedarán exentos de ir a la cárcel porque no hay pruebas contundentes para culparlos.

Apreté el mando con tanta fuerza que creí que lo iba a romper. La banda de Marc no había asaltado a esos cinco empresarios y políticos por simple casualidad, sino porque sabían que esos hombres eran ladrones.

Nosotros no éramos una banda de criminales, ¡éramos justicieros!

Subí el volumen y seguí escuchando la entrevista:

—Entonces, estamos hablando de una banda muy peligrosa, ¿cierto? Porque hay mucha gente que enlaza a esta banda de criminales con otros sucesos que, aparentemente, parecen actos de justicia. Mucha gente cree que esta banda de delincuentes se dedica a repartir justicia, ¿no es así?

El inspector empezó a reírse, al parecer, aquello le había causado gracia. Yo negué con la cabeza sin sacar la vista de la pantalla del televisor:

—Por favor, los justicieros solo existen en las películas de super héroes. Incluso nuestros jueces no tienen que aplicar la justicia, sino aplicar las leyes. Repito: esta banda de delincuentes es muy peligrosa y pido nuevamente la colaboración de los ciudadanos para intentar localizarla. Escucharemos cualquier información o dato de interés que nos ayude a descubrir a estos criminales que

merecen estar en la cárcel.

Cambié de canal y arrojé el mando contra los cojines de la cama. La sociedad estaba engañada, los malos no éramos nosotros.

Fruncí el ceño con fuerza, al mismo tiempo que me levantaba de la cama y caminaba de un lado a otro, pensando en una idea.

«Los Siete Magníficos», «El Protector», «Jack Reacher»... Había un montón de películas que podían representar a la banda de Marc.

¡Los héroes también existían en la vida real, no solo en las películas!

De repente, la bombilla se me encendió.

—Eso es... —murmuré por lo bajo mientras chasqueaba los dedos y asentía con la cabeza.

Salí de la habitación y fui directa a mi despacho. Entré y cerré poniéndole el seguro a la puerta. Me acerqué al escritorio, tomé asiento en la silla y encendí el ordenador.

Tenía que abrirle los ojos a la sociedad, no iba a permitir que la gente nos viese como delincuentes, ¡porque no lo éramos!

Nosotros nos dedicábamos a encerrar gente mala y a aniquilar monstruos.

Cuando terminé de escribir en el ordenador, imprimí el archivo Word y esperé a que las hojas salieran de la impresora. Me levanté de la silla, me acerqué a la impresora y agarré el primer folio.

Sonreí de medio lado y leí en voz alta las dos palabras escritas en letras mayúsculas, color rojo y borde negro:

LOS JUSTICIEROS

LOS JUSTICIEROS

MARC

Apenas había pegado ojo en toda la noche. Ronald, mi amigo desde la infancia, también le gustaba Regina, la mujer que me había robado el puto corazón.

No, no, no, no... ¡esto no podía ser cierto!

¡Joder!

De todas las mujeres que hay en el mundo, ¿por qué él tuvo que fijarse en ella? Ronald no lo entendía. Para mí, Regina era mi vida. Ella no era otra más, ella era la única.

—Marc —me llamó William, chasqueando sus dedos enfrente de mi rostro.

Parpadeé un par de veces y observé a William con el ceño fruncido.

—He llamado a la puerta tres veces, pero como no me has contestado entré. Ni te has dado cuenta de mi presencia. ¿Qué te pasa? —me preguntó de brazos cruzados.

Yo sacudí la cabeza, me levanté del asiento como un resorte y di una última calada al pitillo, antes de aplastarlo contra el cenicero.

Luego, observé mi reloj de pulsera y me di cuenta de que ya eran las seis de la tarde.

¡Joder!

—Estaba pensando en la misión de mañana. ¿Ya están todos reunidos arriba?

William asintió con la cabeza, se descruzó los brazos y habló:

—Sí, incluida Regina —dijo y escuchar aquel nombre hizo que el vello de mi nuca se erizara—. ¿Ya has decidido quién irá mañana a la misión?

—Aún no —respondí contundente, al mismo tiempo que salíamos de mi despacho y subíamos las escaleras del sótano—. Tengo que pensar en la misión de mañana, pero también tengo que proteger el Cine de la banda de los hermanos Smith —dije, apretando el puño con fuerza mientras caminábamos por el pasillo.

—Lo sé, si eso deja que yo cuide del Cine. Los chicos de la banda necesitan a alguien que los guie —murmuró William, antes de empujar la puerta de vaivén y entrar en la discoteca.

—Sí, ya tenía pensado dejarte a ti en el Cine...

Las puertas y las ventanas del Cine estaban cerradas. La luz era tenue, casi oscura, y algunos de los miembros de mi banda estaban sentados en los taburetes

y otros pocos apoyados contra la barra.

Busqué a Regina con la mirada y cuando mis ojos se encontraron con los suyos, sentí que me derrumbaba. Pero cuando me di cuenta de que Ronald estaba a su lado, sentí cómo el borboteo de mi sangre se elevó hasta el infinito.

—Bueno, chicos. Necesito que estéis en silencio mientras Marc nos explica la misión. Luego, al finalizar la charla, podréis dar vuestra opinión —habló William y luego tomó asiento en el taburete de la barra.

Todos esperaron a que yo empezara a hablar, pero toda mi atención estaba puesta en Regina.

Tragué saliva con dificultad, apreté los puños e inspiré fuertemente, antes de hablar:

—Mañana, a las nueve en punto de la noche, Ronald, Lexi y yo entraremos en el restaurante de Elías. Los dos porteros que habrá en la puerta principal no nos pedirán la identificación. Como os dije ayer, mis excompañeros de la policía nos ayudarán en esta misión —dije, al mismo tiempo que caminaba hacia la barra—. Charly y Roy, vosotros dos os encargaréis de llevar el dinero en la furgoneta número dos y de hackear las cuentas bancarias de Marco Abante y Fran Gómez. Os quiero estacionados en la parte trasera del restaurante, junto a los contenedores, a las diez en punto. Ni un minuto más, ni un minuto menos —les ordené, al mismo tiempo que agarraba una botella de cerveza—. Lexi, tú te encargarás de Fran Gómez. Lo llevarás a la parte de atrás del restaurante y le tirarás los tejos. Luego, Charly y Roy saldréis de la furgoneta, totalmente encapuchados, y secuestraréis a Fran y a Lexi. Tenéis que conseguir que Gómez os diga las contraseñas de sus cuentas bancarias y, cuando las tengáis, lo soltaréis y fingiréis que os lleváis secuestrada a Lexi como rehén. —Paré de hablar para tomar un largo trago de cerveza. Todos seguían en silencio, atentos a cada una de mis palabras. Sin poder contener la curiosidad, observé descaradamente a Regina y a Ronald—. Ronald y yo nos encargaremos del italiano. Lógicamente, no le tiraremos los tejos, pero sí le tiraremos de la lengua... literalmente —comenté, al mismo tiempo que apretaba los puños y sonreía con malicia.

—¿Y quién será la sexta persona? —preguntó Regina, rompiendo el silencio. La observé fijamente. Ella se mordió el labio inferior, reteniendo su rabia.

—Regina, por favor, las normas son las normas. Antes debemos esperar a que Marc termine de explicar el plan —dijo William.

Regina asintió con la cabeza, pero sin sacarme la mirada de encima.

Inspiré fuertemente, y seguí hablando:

—Como todos sabéis, nuestro mejor piloto de coches fue capturado por la policía en la misión del Hotel Empire. Así que, Ronald y yo necesitamos a un voluntario para que conduzca nuestro coche y nos saque de allí cagando leches.

Mis excompañeros de la policía no nos podrán ayudar fuera del restaurante, porque cuando salgamos del recinto, habrá federales en cada una de las esquinas de la ciudad. Después de lo que sucedió en el Hotel Empire, la policía estará preparada para cualquier imprevisto —dije y me bebí de un trago toda la cerveza—. Así que, si no hay objeciones, quiero que levantéis la mano aquellos que seáis buenos conduciendo. Os recuerdo que será una persecución en toda regla: coches patrullas y, posiblemente, helicópteros. La sexta persona tendrá una responsabilidad muy importante en la misión.

Apoyé la cadera contra la barra y esperé a que uno de mis hombres levantase la mano, pero nadie lo hizo. Tragué saliva con dificultad y, antes de seguir hablando, Regina levantó su mano.

Yo la observé con la confusión reflejada en el rostro y el resto de los presentes me imitaron.

—Yo me ofrezco voluntaria —habló ella con parsimonia, sin importarle ser el centro de atención.

Parpadeé un par de veces, atónito por su respuesta.

—¿Tú?

—¿Acaso ves a alguien más con la mano levantada? —me preguntó con sorna.

Yo enarqué una ceja, totalmente sorprendido por su respuesta.

—Regina, espero que no te ofendas porque apreciamos tu valentía, pero va a ser una misión complicada y muy difícil —comentó William, preocupado—. No creo que debas participar.

—¿Eres tú quién toma la decisión final? —le preguntó ella y William, con los ojos abiertos por el tono mordaz de Regina, negó con la cabeza—. Exacto. La decisión final la toma Marc.

Todos clavaron sus miradas en mí, esperando a que hablara.

Me humedecí los labios y sonreí de medio lado. Aquella mujer no hacía más que sorprenderme. No tenía ni puñetera idea de dónde sacaba la valentía.

—Gina, no necesito a un conductor que sepa acelerar, frenar y aparcar —dije, acercándome más a ella—. Lo que necesito es a un conductor profesional que sepa serpentear el tráfico, sacarse de encima a la policía, escabullirse por los callejones y mantenernos con vida.

Cuando mi cuerpo quedó a unos pocos centímetros de distancia del suyo, observé de reojo a Ronald.

¿Por qué estaba tan callado? ¿Por qué cojones no hablaba? Si de verdad le gustaba Regina, ¿por qué no ponía objeción alguna?

—En resumidas cuentas, me necesitas a mí —dijo ella con voz seria y de brazos cruzados—. Sabes perfectamente que me encanta el mundo del motor.

—Lo sé —dije con una sonrisa tontorróna, perdido en su mirada, mientras recordaba la conversación con Ethan sobre su Chevrolet Camaro.

Sacudí la cabeza para alejar aquellos pensamientos y volví a ponerme serio con ella.

—Pero eso no implica que seas capaz de escapar de una persecución.

Ella me miró fijamente a los ojos casi como si quisiera desafiarme.

—Déjame demostrártelo —dijo y el resto de la banda clavó sus miradas en ella, igual de sorprendidos que yo.

—¿Qué? —Fue lo único que pude contestar.

Ella dio un paso al frente, quedando a escasos centímetros de mí. Se cruzó de brazos y respiró profundamente.

—He dicho que me dejes demostrarte que sí estoy capacitada para conducir un coche. Te dejo que elijas a tus mejores conductores —dijo, cargando énfasis en las dos últimas palabras—. Si ellos son capaces de pillarme, me olvidaré de la misión. Pero si yo soy capaz de escapar de ellos, me dejarás participar en la misión.

Tragué saliva con dificultad, fruncí el ceño y observé de soslayo a mis compañeros de la banda. Todos se veían conformes con la propuesta de Regina.

—¿Conoces San Francisco? —le pregunté, obviando la respuesta y volviendo a hablar—. El restaurante de Elías está en Sausalito lo que implica que para volver a casa tenemos que usar el puente Golden Gate. Habrá mucho tráfico y, por su puesto, coches patrullas. ¿Eres consciente de eso?

Ella asintió con la cabeza, sin apartar la mirada de mí. Yo la miré fijamente a los ojos, buscando alguna señal que indicara que me estaba tomando el pelo, pero Gina hablaba muy en serio.

—A mí me parece bien —habló Charly y luego, el resto de la banda asintió con la cabeza.

—A mí también. La veo muy convencida de sus propias palabras. Así que, dejémosla que nos demuestre de lo que es capaz —dijo Lexi, de brazos cruzados y con una sonrisa.

Regina sonrió y aquel gesto hizo que mi corazón se acelerara. Luego, observé de reojo a Ronald y su rostro parecía distinto.

—Está bien —dije, sacándome del bolsillo del pantalón las llaves del auto—. Iré contigo y conducirás mi coche.

—De eso nada —contestó ella, alzando el mentón para desafiarme con la mirada—. Yo conduzco, yo elijo el coche.

—¡Joder! Esta tía cada vez me cae mejor —comentó Charly, mientras otros reían por el comentario de Regina.

Yo apreté las mandíbulas con fuerza para reprimir palabras amargas. Ese día

no estaba de buen humor y Regina no me estaba ayudando a calmarme.

Hice un gesto con la cabeza para que todos me siguieran. Caminé con paso firme a la salida y abrí la puerta de un golpe. Salí afuera, al mismo tiempo que sacaba del bolsillo de mi chaqueta una cajetilla de tabaco.

Acerqué la caja a mi boca y agarré un cigarrillo con los labios. Lo mantuve allí mientras abría la puerta del garaje. Entré de primero, encendí las luces y esperé a que el resto de la banda entrara de una vez por todas.

Encendí el cigarrillo con el mechero e inspiré el humo muy sosegadamente, hasta los mismísimos pulmones, y me quedé apoyado contra la pared.

—Tienes más huevos que todos estos hombres juntos —comentó Lexi a Regina, mientras ambas mujeres sonreían con complicidad.

Observé a Regina fijamente y moví la cabeza, sintiéndome tontamente confuso.

—Bien, elige el coche que quieras —le dije a Regina, haciendo callar al resto del grupo.

Regina me observó con la cabeza ladeada, vaciló durante unos segundos y finalmente empezó a observar los coches con cautela.

Los coches que solíamos usar para las misiones eran de tipo sport con más de seis cilindros y con una media de 3,9 litros por cilindrada. Es decir, marcas como: Ferrari, Porsche, Lamborghini...

Coches que, estéticamente, pasaban «desapercibidos» ya que en San Francisco era muy habitual ver esta clase de marcas rodando por las carreteras.

—¿Qué le ha pasado a este Ferrari? —preguntó ella, al mismo tiempo que acariciaba la defensa del coche y fruncía el ceño—. ¿Lo habéis vuelto a pintar?

Di un paso al frente, antes de que alguien se adelantara a contestar a Regina.

—Cada vez que utilizamos uno de nuestros coches para cualquier misión, lo volvemos a pintar. Abre el maletero —le ordené y ella lo abrió.

—Matrículas... —murmuró en voz baja con los ojos abiertos.

—Todos los coches tienen más de diez matrículas diferentes en los maleteros. Se me había olvidado mencionarte que, aparte de estar pendiente de despistar a la pasma, tendrás que esconderte en un callejón, bajarte del coche y cambiar la matrícula. Y, obviamente, sacarte el pasamontañas y cambiarte de ropa. Parece algo sencillo, pero no es la primera vez que a alguno de mis hombres se le olvida hacerlo.

Lexi empezó a carcajear y señaló a Charly con el dedo índice.

—Oye, deja de reírte de mí. Esa noche hacía frío y el pasamontañas me daba calorcito —comentó Charly de brazos cruzados.

Di otra calada más profunda y arrojé el cigarrillo. Estaba perdiendo la paciencia.

—¿Ya te has decidido? —le pregunté, un poco brusco para mi gusto.

Ella frunció ligeramente el ceño y me sonrió.

—Quiero ese —dijo, señalando el Ford Mustang GT.

Yo enarqué ambas cejas.

¡Me cago en la puta!

Regina sí que entendía de coches.

—¿Sabes qué clase de coche estás eligiendo? —le pregunté, un poco desconfiado. Aquel Ford Mustang era demasiado coche para ella, o eso creía.

Regina rodó los ojos y suspiró con aborrecimiento.

—Motor V8 5.0, cuatrocientos cincuenta caballos y cambio manual, como a mí me gusta —dijo ella, al mismo tiempo que abría la puerta y observaba el interior con admiración—. Cuando queráis, arrancamos.

Yo negué con la cabeza, me acerqué a ella y la agarré del brazo.

—Antes de arrancar, quiero que te cambies de ropa y te cubras la cara. No nos podemos arriesgar. Conduciremos a velocidades muy altas y la gente denunciará a la policía. Así que, prepárate —le dije con tono duro y ella, en vez de asustarse o de cabrearse por mi actitud hosca, me sonrió.

—Confía en mí. No nos pasará nada. En menos de una hora, seré capaz de salir del restaurante de Elías y de llegar al Cine sin que tus hombres me pillen —dijo con voz segura y se alejó del garaje para ir con Lexi a los vestuarios.

Cerré los ojos tan fuerte que vi estrellitas detrás de mis párpados. Volví a abrirlos, me giré con violencia y caminé hacia Ronald, quien estaba apoyado contra uno de los coches y de brazos cruzados.

Apoyé la mano en el techo del coche y me acerqué a él, intimidándolo con la mirada.

—Si de verdad te gusta Regina, no dejes que consiga llegar al Cine —le murmuré con tono adusto y me separé de él—. Ronald y Charly, subid al Ferrari y al Porsche. No dejéis que Regina gane —dije y me senté en el asiento copiloto del Ford Mustang.

Aquel silencio era matador. Aunque tratase de no mirar a Gina, podía percibir todos sus malditos movimientos. Eran delicados y pausados, como si estuviera relajada, aunque la tensión flotaba en el ambiente.

Ella conducía con tranquilidad, como si no quisiera pasarse los límites de velocidad, mientras nos dirigíamos hacia el punto de partida: el restaurante de Elías.

—Mañana, el puente estará lleno de tráfico —dije, al mismo tiempo que observaba por la ventanilla las vistas del puente de Golden Gate.

Ella sonrió y me acarició la pierna.

—Tienes poca fe en mí, Clayton —murmuró sin sacar la vista de la carretera mientras serpenteaba el tráfico.

Yo negué con la cabeza y, antes de que ella sacase la mano de mi pierna, se la agarré.

—No, Gina. Sé que eres capaz de hacer cualquier cosa, por eso estoy asustado —dije y ella desvió unos segundos la mirada para observarme.

—No puedes ser un egoísta.

Yo enarqué una ceja.

—¿A qué te refieres? —le pregunté con curiosidad.

—Dices que tienes miedo de perderme, pues bienvenido al club. A mí también me asusta la idea de perderte cada vez que sales a hacer una misión o te enfrentas contra un asesino.

—Gina... —murmuré, incrédulo por sus palabras.

—Sé que soy la única que puede sacaros del restaurante sin que la policía os pille. Además, he planeado algo que hará cambiar la mentalidad de la sociedad sobre nosotros.

Ahora, enarqué ambas cejas.

—No preguntes —me ordenó ella, callándome antes de hablar—. Mañana lo verás.

Inspiré profundamente y bajé un poco la ventanilla para que entrara aire fresco.

—Si gano la carrera, seré vuestra piloto y os ayudaré a secuestrar a Marco Abante.

Yo apreté los puños.

—De eso nada.

Ella siguió acelerando mientras Ronald y Charly nos seguían en sus respectivos coches.

—Marc, tú no puedes entrar en el restaurante. Mi padre te reconocerá, no es buena idea.

—¿Ah, no? ¿Y qué propones hacer? —pregunté un poco enojado ante la idea de que Regina se reencontrara con su ex novio.

—¿Quieres que Ronald y Lexi vayan al restaurante? Pues perfecto —dijo y yo la observé fijamente, su rostro era de concentración total—. Mueve las figuras de la siguiente manera: el alfil y el caballo entrarán en el restaurante. Los dos peones esperarán en una furgoneta en la parte trasera del local, mientras el caballo lleva a Fran Gómez hacia los peones. Luego, la reina se encargará de engatusar a Marco y de llevarlo a la salida del restaurante, hacia la zona de los aparcamientos, con la excusa de hablar sobre temas del pasado. El alfil acompañará a la reina, escondido en todo momento para no levantar sospechas,

por si las cosas se ponen feas. Y, cuando la reina y Marco estén alejados del restaurante, el rey y el alfil fingirán el secuestro de Marco y de la reina. Harán el mismo procedimiento que los dos peones y el caballo. Y luego, la reina se encargará de sacar al rey y al alfil de allí... sanos y salvos Apenas pestañeé, concentrado en cada palabra de Regina. No iba a negarlo, las ideas de Regina eran buenas... ¡jodidamente espléndidas!

Pero había una parte en la que no estaba de acuerdo y se lo dije:

—No dejaré que estés a solas con un proxeneta.

No sé en qué momento Regina consiguió que Charly y Ronald la perdieran de vista.

¡Joder!, ¿dónde demonios estaban?

—No te preocupes por ellos, están detrás del camión blanco —dijo ella como si me hubiese leído la mente, y cuando observé por el espejo retrovisor vi sus coches intentando adelantar al camión—. Dentro de ti, sabes que el plan es perfecto. No me pasará nada. Marco no es tan tonto como para intentar hacerme daño en un lugar público.

—No es nada personal, pero dese hijo de puta quiero encargarme yo mismo —dije, al mismo tiempo que apretaba las mandíbulas.

—¿Seguro que no es nada personal? —me preguntó y yo sonreí ladino.

—Tus enemigos, Gina, son mis enemigos. Y el dolor que sientes tú, se multiplica por mil en mí. Así que, ese cabrón ará por lo que te hizo y por lo que le está haciendo a cientos de mujeres. ¿Está claro?

Ella apretó el volante con fuerza y asintió con la cabeza sin decir nada. Aceleró un poco más y, en menos de media hora, llegamos a los aparcamientos del restaurante de Elías.

Regina aparcó el coche en los aparcamientos y, detrás nuestra, Charly y Ronald.

—Cuando tú quieras —murmuré, al mismo tiempo que ella y yo nos cubríamos las caras con una pañoleta y el cabello con una visera negra—. Tendrás unos tres minutos de ventaja.

Ella frunció el ceño con fuerza y me observó con la boca abierta.

—Eso es injusto —rechistó con rabia—. Sabes de sobra que la policía tardará entre cinco y diez minutos en localizarnos y dar la orden de búsqueda y captura.

Hizo un mohín con los labios, pero no esbozó ninguna sonrisa para suavizar la dureza de su rostro.

—¿Quieres rendirte? —le pregunté, siendo consciente de que aquella pregunta era una provocación en toda regla.

Regina giró la llave de contacto. El motor se encendió y petardeó. Pisó el

acelerador un par de veces e hizo rugir el motor. Luego se cruzó en el espejo retrovisor con los rostros de Ronald y Charly, quienes también hicieron rugir sus motores.

—Espero que ellos dos tengan clínex suficientes para luego limpiarse las lágrimas —dijo y, antes de que yo reaccionara a su comentario, Regina pisó de nuevo el acelerador, sacó el freno de mano y el coche arrancó a toda velocidad.

Las ruedas del Ford chirriaron cuando Regina giró bruscamente el volante, dejando un poco de goma en el asfalto.

Yo me agarré al salpicadero, sorprendido por sus buenas dotes de conductora.

—Esta canción me gusta —expresó ella, al mismo tiempo que adelantaba a toda velocidad los coches y subía el volumen de la radio.

—La idea es llegar vivos al Cine —le grité para hacerme escuchar por encima de la música.

Ella sonrió.

Se veía feliz, radiante, muy segura de lo que estaba haciendo.

«¿De qué te sorprendes? Le gustas, incluso cuando ella creía que eras un criminal. El peligro no le asusta, la excita», habló la voz de mi interior.

—¡Regina! —grité cuando el coche se desvió por unos callejones apartados de la carretera principal.

—Lo tengo todo calculado. La idea es llegar sanos y salvos al Cine, pero también que nadie inocente resulte herido. No voy a conducir como una loca y arriesgar la vida de otras personas. Te dije que confiaras en mí, conozco estas calles como la palma de mi mano —explicó y siguió acelerando, pero serpenteando el tráfico con agilidad y sutileza.

Era cierto, Regina no conducía de forma brusca e intentaba que a los otros coches no le sucediesen nada. Y eso me gustaba porque esa era la idea, hacer justicia y no crear más caos entre el caos.

—Yo también conozco estas calles —dije y, automáticamente, pensé en Ronald y Charly, quienes conocían perfectamente aquellos callejones.

—La pañoleta no me deja casi respirar —dijo ella, al mismo tiempo que la movía hacia abajo.

—¡No! Ni se te ocurra hacer eso, o estarás perdida. Fíjate a tu alrededor, ¡joder!

Ella, sin dejar de conducir, observó cómo varias personas grababan el coche con sus teléfonos móviles.

—Si sacas la pañoleta, la policía no buscará la matrícula de un coche, sino nuestros rostros —le dije y ella asintió con la cabeza.

—¡Mierda! —Regina frenó en seco y sentí los frenos derrapar ligeramente

sobre el suelo irregular y lleno de gravilla.

Ronald paró el coche, justo enfrente de nosotros. Regina puso la marcha atrás, pero cuando sus ojos observaron el coche de Charly en la parte trasera, su rostro se puso pálido.

Yo intenté reprimir una risa cuando Charly y Ronald la encerraron en el callejón. Regina estaba perdida, pero ella, en vez de rendirse, apretó el volante con fuerza y negó con la cabeza.

—No soy buena peleando, pero soy muy buena en otras cosas —dijo, sin sacarle la vista a Ronald, quien nos observó fijamente, atento a lo que iba a suceder.

Ella volvió a acelerar el coche, dio un volantazo y se metió en un estrecho callejón entre dos casas viejas.

—Regina, ¿qué coño estás haciendo? —le pregunté, casi gritando.

Ella no levantó el pie del acelerador. Aquella calle era tan estrecha que las paredes casi rozaban la carrocería del Ford Mustang. Observé por el espejo retrovisor a Charly, quien intentó seguirnos, pero no pudo.

«Idiota», pensé para mí mismo mientras observaba cómo Charly intentaba dar marcha atrás por el callejón.

A lo lejos, vi el cruce de la comarcal con la autovía. Observé de reojo a Regina. Estaba concentrada en conducir y de salir de allí.

De repente, el coche se tambaleó al pasar por encima de un bache y, cuando salimos del callejón, Regina disminuyó la velocidad. La observé y vi la confusión reflejada en su rostro. Volví la mirada al frente y, entonces, me di cuenta de lo que sucedía. Ella tenía que elegir una dirección. Girar a la derecha para meterse en la autovía o mejor escapar a la izquierda en la carretera convencional.

Abrí la boca para decirle a Regina que se rindiera, pero ella, sin pensárselo más veces, giró el volante hacia la izquierda. Volvió a pisar el acelerador, y el coche se incorporó de nuevo a la calzada a toda velocidad.

Rodeé con el brazo el respaldo del asiento del conductor, inquieto por la situación.

¿Dónde cojones estaba Ronald?

De repente, en menos de cinco minutos, Regina ya estaba circulando por el puente Golden Gate. Su sonrisa le llegaba de oreja a oreja, pero la felicidad le duró poco tiempo cuando Ronald intentó adelantarnos con su Ferrari.

—¡Mierda! —expresó ella, apretando el volante con rabia.

Bajó la velocidad, puso una marcha más fuerte y cuando el coche de Ronald quedó a la misma altura que nuestro coche, Regina aceleró a fondo, a más de doscientos kilómetros por hora. El entorno se volvió una imagen vertiginosa

entre un tráfico cada vez más denso.

De repente, el Ferrari de Ronald se fue acercando hasta ponerse a la misma altura que el Ford. Observé a Ronald enojado, pero entonces me di cuenta de que él estaba más cabreado que yo.

—¿Qué coño está haciendo? —gritó ella cuando Ronald se metió bruscamente en nuestro carril.

Regina supo controlar muy bien el coche y, con un giro rápido del volante, se incorporó en el tercer carril. Aceleró otra vez, sin miedo. Casi sin darme cuenta, ella empezó a perseguir a Ronald.

¡A convertirse en una segunda sombra!

—Ahora mismo, si Ronald fuese un coche patrulla, nos desharíamos fácilmente de él —comentó ella, al mismo tiempo que aceleraba más a fondo y se acercaba a Ronald.

—¿Cómo estás tan segura de ello? —le pregunté con el ceño fruncido, nervioso y tenso.

—Mañana yo me encargaré de conducir, pero tú y Ronald os encargaréis de ayudarme a despejar la carretera. Tu pistola —dijo ella, agarrando el volante con una mano y con la otra apuntando las ruedas del Ferrari de Ronald—. Un tiro en los neumáticos del coche y a mí me darás ventaja para librarme de la pasma.

Abrí la boca sorprendido con las ideas de Regina.

Ella sonrió de medio lado y volvió a pisar el pedal hasta el fondo, sin disminuir la velocidad.

—Si Ronald quiere jugar, jugaremos —murmuró ella, adelantando a Ronald e incorporándose en su carril con violencia.

Ronald se vio obligado a frenar de golpe cuando se dio cuenta de que no tenía espacio libre para desplazarse al primer carril. Regina sonrió victoriosa y volvió a acelerar, esta vez, por el carril central mientras adelantaba a los demás coches con agilidad.

—¿Qué está haciendo? —gritó Regina, al mismo tiempo que observaba por el espejo retrovisor cómo Ronald se acercaba a nosotros sin disminuir la velocidad.

—Su trabajo —respondí con una sonrisa de medio lado.

Ronald tenía que conseguir detener a Regina, costara lo que costase.

—¡Joder! —exclamó ella cuando Ronald nos golpeó por detrás y casi pierde el control del coche.

Ronald volvió a intentar sacarnos de la carretera y Regina se vio obligada a pisar el freno, consiguiendo que el coche derrapara hacia un lado.

—Mierda, mierda... —murmuró ella, agarrando con fuerza el volante y estabilizando el coche con rapidez.

Yo observé, atento y callado, cada movimiento ágil de Regina. Ella no había mentido, sí que sabía conducir.

Regina cambió de marcha con violencia y volvió a acelerar sin miedo alguno, poniéndose en paralelo a Ronald e intentando echarlo de la carretera con varias arremetidas infructuosas.

—¡Regina, para! —grité alarmado mientras Ronald trataba de esquivarla.

—Mañana, cuando tengamos encima a los policías, no creo que me ordenes parar el auto —dijo ella y yo la observé con detenimiento.

Y justo cuando Regina y Ronald intentaron golpearse con los morros del coche, nos encontramos con un coche de policía que estaba aparcado en el arcén.

«Genial», pensé para mí mismo.

Giré la cabeza y clavé la mirada en Ronald, quien conducía paralelo a nuestro coche. Le hice un gesto con los dedos y él asintió con la cabeza.

—Regina, la apuesta se termina aquí. Ahora, por el amor de Dios, acelera todo lo que puedas —le dije, al mismo tiempo que observaba por el espejo retrovisor las luces del coche de policía acercándose hacia nosotros.

—De eso nada. —Negó ella con la cabeza, pisando el pedal del acelerador hasta el fondo—. Si llego al Cine, ganaré la apuesta y mañana me dejarás participar en la misión.

Fruncí el ceño con fuerza, enojado por la terquedad de aquella mujer, pero cuando el coche de policía nos embistió por detrás, parpadeé varias veces y me concentré en lo que estaba sucediendo.

—Esquívalo —le ordené a Regina cuando el policía comenzó a echarnos luces mientras aceleraba a fondo, casi a punto de embestirnos otra vez.

Regina miró por el espejo retrovisor cómo se acercaban los coches por el carril izquierdo, pero aquello no pareció importarle. Ella dio un volantazo a la izquierda, bajó un cambio y aceleró a fondo. El coche se revolucionó y yo me agarré al salpicadero cuando observé un camión.

—¡Regina! —grité cuando ella rebasó al camión por los pelos y consiguió dejar atrás el coche de policía.

No dejamos de circular a doscientos kilómetros por hora y en menos de cinco minutos cruzamos el puente Golden Gate. Regina no disminuyó la velocidad y yo no volví a abrir la boca. Estaba sorprendido.

Regina acababa de vivir en primera persona una persecución y no se veía asustada, ¡al contrario! Parecía contenta y satisfecha.

—¡Joder! —gritamos los dos cuando Ronald apareció por sorpresa y casi nos golpea con el coche.

Ella apretó el volante con fuerza y no se amedrentó. Aceleró más a fondo y clavó la mirada en la carretera, haciendo caso omiso a las provocaciones de

Ronald.

—Dije que lo iba a conseguir y eso haré —comentó ella entre dientes, al mismo tiempo que se incorporaba por carreteras secundarias y esquivaba a los demás coches.

Yo apreté los puños tan fuerte que mis nudillos se tornaron blancos. Ronald no podía permitir que Regina llegase al Cine, ¡joder!

—Ronald, Ronald... —ella chasqueó la lengua con desaprobación cuando observó cómo Ronald se acercaba hacia nosotros.

Y antes de que Ronald golpease el Ford para sacarlo de la carretera, Regina frenó de golpe y el Ferrari de Ronald salió disparado contra la cuneta. Los neumáticos del Ford chirriaron y Regina volvió a hundir el pie en acelerador.

—¿Está bien? —preguntó ella, un poco preocupada mientras se revolvía incómoda en el asiento.

Yo giré la cabeza y observé el Ferrari intentado dar marcha atrás sin éxito.

—Sí —respondí con voz casi inaudible y bastante decepcionado.

Ella siguió conduciendo sin disminuir la velocidad y, en menos de diez minutos, observé a los miembros de mi banda afuera del Cine.

Apreté las mandíbulas y negué con la cabeza. Regina había ganado la maldita apuesta.

La observé fijamente sonreír y ella, antes de llegar al Cine, me sonrió con dulzura.

¡Dios!

Verla sonreír era maravilloso.

Tragué saliva con esfuerzo, nervioso. Nunca había creído en el amor. Nunca había sentido un instinto protector hacia nadie. Y nunca me había enamorado... ¡hasta que conocí a Regina!

¡Joder!

No podía permitir que ella participara en la misión. ¡No quería arriesgarme a perderla, ahora que la había encontrado!

¡Maldita sea!

Creía que la gente cuando estaba enamorada exageraba con sus sentimientos, pero ahora mismo daría mi vida por Regina.

Pum.

—¡Ah! —gritó Regina cuando algo nos golpeó en la parte trasera del coche, consiguiendo que éste derrapara.

Regina frenó y consiguió que el coche parara de girar, pero cuando clavamos la mirada al frente, nos dimos cuenta de que el Ferrari de Ronald estaba aparcado enfrente de la puerta del Cine.

Yo, inconsciente de mis actos, no pude reprimir una risa nerviosa. Regina me

observó con el ceño fruncido, entre una mezcla de decepción y enojo.

Yo alcé los hombros y sonreí:

—Ronald ha llegado primero —dije, pero ella quedó callada y pensativa—. Gina... —murmuré con preocupación.

Ella se bajó del coche, cerró la puerta con fuerza y caminó hacia la entrada del Cine. Yo salí del coche y la perseguí corriendo, la agarré del brazo, pero ella se soltó con violencia.

Los miembros de la banda observaron a Regina con tristeza, como si les hubiese afectado que ella no hubiese ganado la apuesta.

—¡Eres un tramposo! —acusó ella a Ronald, picándolo en el pecho con el dedo índice.

Ronald apretó los dientes y sonrió con malicia.

—La apuesta era llegar al Cine. Y eso he hecho —murmuró él entre dientes, observando a Regina fijamente.

Yo di un paso al frente y me coloqué al lado de Regina. De repente, el Porsche de Charly apareció en escena, pero todo el mundo tenía su atención puesta en Regina.

—Lo siento, Gina, pero Ronald ha ganado la apuesta —le dije, sin sacarle la mirada de encima.

Ella negó con la cabeza y observé cómo su mentón le temblaba entre una mezcla de angustia e ira.

—¡Joder con la chica! —expresó Charly, al mismo tiempo que se acercaba a nosotros—. ¡Regina, de aquí en adelante soy tu fan número uno! Tíos, tenías que haberla visto conduciendo. ¡Enhorabuena por haber ganado, tía! —la felicitó Charly, pero el silencio de todos nosotros hizo confundirlo—. ¿Qué pasa?

Lexi dio un paso al frente, de brazos cruzados y con el ceño fruncido. La conocía perfectamente, y sabía que estaba enojada.

—Ronald ha embestido a Regina, segundos antes de que ella llegara al Cine —comentó Lexi, fulminando a Ronald con la mirada.

El resto de la banda asintió con la cabeza, incluido William.

—Las embestidas estaban permitidas en la apuesta —comenté de malas maneras y cansándome del asunto—. Os recuerdo que mañana no habrá solo embestidas, sino también balas volando en todas las jodidas direcciones. No hay vuelta atrás, Regina no participará en la misión. ¡Punto!

Ella giró la cabeza y clavó su mirada en mí. Sentí que el mundo se abría bajo mis pies cuando percibí la tristeza en sus ojos color marrón.

—Lo siento, princesita...

—No es cierto, no lo sientes —comentó ella con tono mordaz. La furia se aglomeró en sus ojos color castaño.

Antes de que Regina se largara de allí, William negó con la cabeza y dio un paso al frente:

—¡Espera, Regina! —gritó él y ella se detuvo—. Teóricamente, la apuesta la ha ganado Regina —comentó Will y yo lo observé con una ceja enarcada—. El primero que llega al Cine gana, y quien llegó al Cine primero fue Regina.

—¿Qué coño estás diciendo, Will? Yo llegué primero —comentó Ronald con los puños apretados—. Yo he ganado la apuesta.

William negó con la cabeza.

—Regina ya estaba en los aparcamientos, antes de que tú llegaras.

De repente, el resto de la banda empezó a murmurar entre ellos y a asentir con la cabeza.

—Es cierto. William tiene razón. Regina ha ganado la apuesta —comentó Lexi.

—Sí, Regina ha ganado —dijo Charly.

—Sí —respondieron otros al mismo tiempo.

Yo no daba crédito a la situación. Estaba paralizado, pensativo y no supe cómo demonios reaccionar. Quería matar a William y quería hacer callar a mis compañeros de la banda...

—Lo siento, Ronald —dijo Regina, guiñándole un ojo y sonriendo con dulzura.

—No sabes las ganas que tengo de que llegue mañana —le dijo Lexi a Regina, sonriéndole con complicidad.

Todos se acercaron a Regina para felicitarla, todos menos Ronald y yo. Alcé la vista del suelo y la clavé en Ronald, quien no dijo nada, pero su mirada expresaba todo. Él tampoco estaba contento ante la idea de que Regina participara en la misión de mañana.

—No —murmuré por lo bajo, pero todos pararon de hablar para prestarme atención.

Inspiré fuertemente, exhalé el aire de un golpe y clavé la mirada en los ojos de Regina.

—No participarás en la misión.

Ella abrió y cerró la boca un par de veces, llena de estupor.

—Eso es injusto... —balbuceó en apenas un hilo de voz, pero luego cuadró los hombros y me fulminó con la mirada.

Yo enarqué ambas cejas, fingí mi mejor sonrisa y le contesté:

—No, pequeña. Te recuerdo que quien toma las decisiones aquí soy yo, tanto en lo que se refiere a la banda como a lo que se refiere a ti. Tú misma lo reconociste.

Observé la tristeza incrustada en sus ojos llameantes de lágrimas. Su

expresión delataba la decepción que la embargaba.

Yo sentí un pinchazo en el corazón cuando se acercó a mí:

—Sé que eres tú quien ejerce de líder y toma las decisiones, pero está claro que sin el equipo no existiría esta banda de justicieros. No estoy de acuerdo, pero respeto tu decisión —claudicó, al mismo tiempo que asentía con la cabeza—. Buena suerte para mañana... os hará mucha falta.

Giró sobre sus pies, dándome la espalda, y comenzó a caminar diciendo:

—Ni se te ocurra venir a buscarme, Marc. Hoy no quiero hablar con nadie.

La observé marchar con un nudo en el estómago. Sus palabras me habían dolido como un aguijónazo, pero el hecho de que no quisiera que la buscara me había dolido aún más.

Cuando ella entró en su coche, salió de allí a toda velocidad, sin apenas devolver una mirada hacia nosotros.

Bajé la vista al suelo e inspiré fuertemente.

—Marc qué harem... —habló William, pero no le di tiempo a que terminara la frase.

—Preparaos para la misión de mañana. Al final, iremos cinco al restaurante: Charly, Roy, Lexi, Ronald y yo. El resto vigilaréis el Cine y a la banda de los hermanos Smith.

—¿Pero quién conducirá vuestro...

Clavé la mirada en William y sin decir nada, lo hice callar.

Apostaría que, en esos momentos, mi mirada auguraba sangre. No estaba de buen humor.

La idea de que Regina no participara en la misión de mañana me tranquilizaba, pero la idea de que ella estuviera enojada conmigo... ¡me atormentaba!

REGINA

Cuando Elías cortó la cinta roja para inaugurar su restaurante, la calle se colapsó. Había un montón de gente, apenas cabía un alfiler, pero no todos los presentes podían entrar en el restaurante. Los dos porteros de la entrada se encargaban de dejar pasar a las personas que solamente estaban apuntadas en la lista.

Mi padre me envolvió los hombros con el brazo, mientras con la otra mano sujetaba a Isabella. Observé un instante a Isabella y a Olivia de reojo, y pude darme cuenta de que estaban hermosas con aquellos vestidos largos y ajustados a sus tonificados cuerpos.

—Estás hermosa, cariño. Pareces una princesa —susurró mi padre en mi oído.

«Princesa», pensé inconscientemente en Marc.

Sacudí la cabeza para alejar cualquier pensamiento relacionado con Marc y entré en el restaurante de Elías. Aquella noche me había decantado por un vestido negro palabra de honor y me había recogido el pelo en un moño alto y flojo. Lucía un estilo clásico y elegante.

Los camareros sacaban sin parar una bandeja tras otra, ofreciendo pastelillos tan diminutos que se podían comer de un solo bocado. De repente, Elías apareció, lo que provocó aplausos entre los invitados.

Mi padre le soltó la mano a Isabella para también aplaudir. Una orquesta empezó a tocar en el salón del restaurante, mientras el animado bullicio de voces seguía hablando y gritando.

—Vengo ahora. Quiero felicitar a Elías en persona —dijo mi padre y yo asentí con la cabeza.

Entrelacé los dedos delante de mi cuerpo, sintiendo cada músculo en tensión.

—¡Ah!

Me di la vuelta, alarmada, cuando escuché aquel grito. Entonces, observé a varios niños corriendo de un lado a otro del salón.

Cerré los ojos, expulsé el aire de golpe y me acaricié la nuca.

—Eres una paranoica —murmuró Olivia, sacándose un espejito del bolso y acercandoselo a la cara—. Debo reconocer que no has tenido tan mal gusto eligiendo ese vestido —confesó, al mismo tiempo que se pasaba un dedo por

debajo del ojo.

Fruncí el ceño y abrí la boca con la intención de responder algo, pero las palabras no me salían. Estaba tan nerviosa que podía escuchar los latidos de mi corazón.

Volví mi mirada hacia el frente, después hacia la entrada, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha... ¡pero nada! No había rastro ninguno de Lexi, Ronald o... Marc.

De repente, Olivia me peinó con los dedos, tratando de sujetar unos mechones en el moño.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté con la confusión reflejada en el rostro.

—Estoy tratando de que estés presentable. Tu exnovio te está observando.

Enarqué una ceja, giré la cabeza hacia la izquierda y vi a Marco Abante observándome de reojo.

Tragué saliva con cierta dificultad. Hacía más de medio año que no lo había vuelto a ver y lo que ahora mismo sentía por él era asco.

«Proxeneta», recordé.

Apreté los puños con fuerza y él se dirigió a mi encuentro. En cada zancada sonreía más, en cambio yo no.

—Ahí viene —comentó Olivia con un deje burlón.

—Regina —habló Marco cuando se acercó a nosotras—. Estás... —tragó saliva y me repasó con la mirada, de arriba abajo—. Estás hermosa.

Mis músculos se tensaron y mi mandíbula también. No quería hablar porque si lo hacía, de mi boca saldría todo tipo de insultos.

¡Uff!

¿Cómo podía tener la cara de hablarme después de todo lo que me hizo?
¿Cómo tenía la poca vergüenza de explotar a mujeres para fines sexuales?

¡Marco era un cabrón!

Olivia no dejó de sonreír, la situación le parecía graciosa. Desde luego, a mí no me hacía ni puñetera gracia.

Suspiré sonoramente, di un paso para largarme de allí, pero Marco me sujetó de la muñeca para detenerme. Clavé la mirada en su mano encima de mi muñeca y luego lo observé directamente a los ojos.

—Quiero hablar contigo, por favor —dijo.

—Te doy tres segundos para que saques tus pezuñas de mí —murmuré entre dientes y él abrió los ojos como platos.

Abrió la mano, lentamente como si estuviera sorprendido por mi contestación, y yo me liberé de su agarre.

El ambiente estaba tenso y empeoró cuando Marco negó con la cabeza:

—Quiero hablar contigo —dijo, pero ahora el tono de su voz era más serio.

Yo enarqué una ceja y no pude evitar sonreír cínicamente.

Marco estaba acostumbrado a la antigua Regina, la gatita dócil que apenas arañaba, pero ahora la leona que llevaba dentro era más fuerte que la gatita domesticada.

Abrí la boca con la intención de gritarle todo cuanto pensaba de él, pero alguien apareció por mi espalda y me rodeó la cintura con el brazo.

Giré lentamente la cabeza y observé la cicatriz en el ojo de Ronald. Él me sonrió con tranquilidad y luego desvió la mirada hacia Olivia y Marco.

—Regina, hacía tiempo que no te veía —comentó él con una sonrisa cercana. Olivia dio un paso al frente y frunció el ceño.

—Tú... —dijo, chasqueando los dedos con cara pensativa—. ¿Nos conocemos?

Ronald sonrió de medio lado y negó con la cabeza.

—Creo que te equivocas de persona. Nunca te he visto en mi vida —mintió—. Bueno, si me permitís, os robaré un rato a Regina. Gracias.

Ronald me agarró la mano y me obligó a caminar en línea recta, lejos de allí.

—¿Dónde están los demás? —murmuré casi en un susurro cuando llegamos a la esquina de la habitación.

Un camarero nos ofreció un cóctel y Ronald no dudó en agarrar uno y beberlo de un trago. El camarero abrió los ojos como platos cuando Ronald dejó la copa vacía en la bandeja y agarró otro cóctel.

Al parecer, no era la única que estaba tensa y nerviosa.

—Gracias —le dijo Ronald al muchacho, al mismo tiempo que alzaba la copa.

Cuando el camarero se largó para seguir trabajando, Ronald clavó su mirada en mí.

—Lexi está en la mesa de Fran —murmuró, clavando la mirada detrás de mí.

Yo giré la cabeza sutilmente y observé a Lexi charlando muy amistosamente con Fran Gómez.

—¡Guau! —expresé como una idiota cuando recorrí con la mirada el vestido color celeste de Lexi y su cabello rizado. Fran Gómez se la estaba comiendo con la mirada.

—Gómez ya ha picado el anzuelo —volvió a hablar Ronald, antes de beberse el cóctel de un golpe—. El problema es Marco Abante. Creo que va a estar complicado sacarlo afuera del restaurante —dijo y yo giré la cabeza para observarlo a los ojos.

—¿Dónde está Marc? —pregunté, yendo directa al grano.

¡Necesitaba saber algo de él!

Ayer por la noche, Marc me llamó y me envió mensajes de texto, pero yo no

quería hablar con nadie. Estaba muy cabreada con él. Cabreada y dolida, para ser más exactos.

Ronald dejó la copa sobre la mesa.

—Marc está afuera, en la parte trasera del restaurante —dijo y observó con tensión la hora en su reloj de pulsera—. Joder, Regina, te juro que lo que te voy a pedir no es nada fácil para mí.

Me crucé de brazos y lo observé con atención.

—¿A qué te refieres?

Ronald se pasó las manos por la cara y sopló con frustración.

—Primero de todo, quiero disculparme contigo. Fui un idiota, ¿vale?, no debí hablarte así. William y el resto de la banda tenían razón. Tú ganaste la carrera —confesó—. Pero no quería que te involucraras en esta misión. No quiero que estés en peligro, Regina. ¿Lo entiendes? —me pregunto, mientras sus ojos mostraban preocupación.

Cerré los ojos e inspiré con fuerza.

—Ronald, da igual, no quiero seguir hablando sobre esto y, sinceramente, ahora mismo me voy...

—Necesito tu ayuda —me rogó, interrumpiéndome y mostrando una cierta inquietud.

Abrí los ojos y lo observé confundida.

—Regina, sé que después de esto Marc me va a matar, pero sin tu ayuda no seremos capaces de pillar a Marco. He visto cómo te mira —dijo, apretando los puños con fuerza—. He visto el deseo en sus ojos. Creo que aún le gustas...

Ronald parecía celoso de que Marco me hubiera hablado.

—Déjame adivinarlo —hablé, adoptando una postura defensiva—. Quieres que te ayude a sacar a Marco del restaurante para que vosotros podáis secuestrarlo, ¿verdad?

Ronald asintió con la cabeza sin pronunciar una palabra.

—Ayer me dejasteis claro que no prescindías de mi ayuda —negué con la cabeza de brazos cruzados. Aún estaba dolida—. No quiero saber nada de la misión. Así que... suerte.

Me di la vuelta y caminé hacia la mesa donde mi familia y yo cenaríamos. Seguí caminando sin siquiera volver la vista atrás. No podía olvidar el «desprecio» que Marc y Ronald tuvieron conmigo.

«No quiero que estés en peligro, Regina. ¿Lo entiendes?», recordé las palabras de Ronald.

«La idea de perderte me perturba. No quiero ponerte en peligro. Antes, prefiero morir», recordé las palabras de Marc.

Frené en seco, fruncí el ceño y agarré con fuerza el bolso. No podía ser una

egoísta. No podía ser tan cabezona. Marc y Ronald simplemente me estaban protegiendo y ahora necesitaban mi ayuda.

¡Maldita sea! ¡No podía fallarles!

A punto de darme la vuelta, mi padre me agarró por el brazo con una sonrisa.

—¿Dónde te habías metido? Te he estado buscando, cariño. Vamos, nos están esperando para cenar.

Yo asentí y caminé a su lado. Volví la mirada atrás, pero Ronald ya no estaba...

Apenas había pegado bocado a los tres platos que nos sirvieron para cenar. Estaba absorta en mis pensamientos y no dejaba de observar la hora en mi reloj de pulsera. Sabía que Charly y Roy llegarían en su furgoneta a las diez en punto.

—Sé por qué tienes el estómago cerrado cariño, y lo siento mucho. No tenía ni idea de que ese gilipollas iba a sentarse en la mesa de enfrente —murmuró mi padre en mi oído.

Parpadeé varias veces y alcé la mirada al frente. Sí, Marco Abante estaba a menos de cinco metros de nuestra mesa.

¡Dios!

Estaba tan ensimismada en mis asuntos que no era consciente de lo que estaba pasando a mi alrededor.

—Tranquilo, estoy bien —le regalé una sonrisa a mi padre y éste asintió con la cabeza.

Fruncí el ceño con fuerza cuando me di cuenta de que Ronald también estaba sentado a unos pocos metros de la mesa de Marco. Ambos nos observamos fijamente sin dejar traslucir la menor emoción.

Agarré con fuerza mi bolso y sonreí débilmente cuando me di cuenta de que allí dentro llevaba algo realmente importante. Algo que haría cambiar la manera de pensar de mucha gente. Pero, para conseguir ese propósito, debía ayudar a la banda de Marc.

Capté la mirada de Marco e hice un movimiento señalándole el pasillo. Él frunció el ceño, desconcertado por mi inesperada actitud.

Me levanté arrastrando la silla, sin preocuparme de las miradas de mi padre y sus socios.

—Cariño, ¿está todo bien? —preguntó él, incorporándose también del asiento.

—Por favor, Ethan, Regina ya no es una niña —comentó Isabella, intentando que no se notara que estaba celosa.

—Sí, papá, todo está bien. Voy a salir afuera un momento. Necesito tomar un poco de aire fresco —le dije esperando ver su reacción.

—Te acompaño. No quiero que estés sola...

—Papá —lo interrumpí y éste me observó con una ceja enarcada. Tragué saliva con fuerza, antes de seguir hablando—. Marc está afuera —solté rápido, casi sin pensármelo.

Una sonrisa picarona se esbozó en la comisura de sus labios.

—Hubieras empezado por ahí —comentó sin borrar la sonrisa de la cara—. Dile que venga, quiero presentarlo a mis socios.

Yo negué con la cabeza.

—Mejor otro día.

En un principio, mi padre enarcó una ceja no muy convencido con mi contestación, pero luego asintió con la cabeza y me dio un beso en la frente antes de que me largara de allí.

Volví a clavar la mirada en Marco y éste, sin quitarme la mirada de encima, asintió con la cabeza y también se levantó del asiento.

Caminé por el pasillo y me paré en la puerta de los servicios. Apoyé la espalda en la pared y esperé a que Marco apareciera.

Pensaba que iba a ser fácil «retomar» el contacto con Marco, pero iba costarme fingir delante de él. Ahora lo veía de distinta manera. Para mí, Marco ya no era un empresario de éxito, sino un proxeneta.

¡Una mala persona!

Me tensé y contuve la respiración cuando escuché unos pasos que se acercaban.

—Regina —murmuró Ronald con voz casi inaudible. Yo abrí los ojos con sorpresa—. No tengo mucho tiempo, ese cabrón viene para aquí. Escucha atentamente. —Ronald me agarró las manos y me observó entre una mezcla de miedo y rabia—. Intenta llevar a Marco a la parte trasera del restaurante —dijo, observando intranquilo la hora en su reloj de pulsera—. El coche de Marc es un Audi RS5 color negro. Pase lo que pase, estaré pegado a ti.

Yo asentí lentamente mientras mi corazón latía a una velocidad incontrolable.

—Ya está aquí... —susurró Ronald, al mismo tiempo que empujaba la puerta del baño y se encerraba dentro sin ser visto.

Marco caminó hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja. Sabía lo que le estaba pasando por la cabeza, así que apreté los dientes con rabia. Exudaba rabia por todos los poros de mi cuerpo y él debió darse cuenta porque su sonrisa se esfumó.

—Regina...

—No hables, no aquí —le ordené, siendo muy brusca con mis modales. La idea era engatusarlo como hizo Lexi con Fran Gómez, pero ni borracha sería

capaz de tirarle los tejos a Marco.

¡No!

—Está bien. —Alzó las manos de manera defensiva—. ¿Dónde quieres hablar?

Yo le hice un gesto con la cabeza hacia la salida.

—Afuera, en los aparcamientos. No quiero que nadie nos vea juntos.

—¿Por qué no hablamos en el baño? —preguntó él con una mirada indescriptible y yo enarqué una ceja.

—¿Qué parte de «no quiero que nadie nos vea juntos» no entiendes? Si mi padre te ve cerca de mí, te volará las pelotas con su escopeta. Y lo sabes...

Marco tragó saliva con dificultad, asintió con el rostro pálido como un fantasma y salimos del restaurante.

El aire de la noche golpeó la piel de mis hombros desnudos, no hacía mucho frío, pero yo me sentía helada.

Me froté los brazos para entrar en calor e intenté esconder los nervios que sentía en aquel momento.

—Creo que ya estamos lo suficientemente alejados —comentó Marco, con las manos en los bolsillos.

Yo ignoré su comentario mientras buscaba con la mirada el Audi de Marc...

—Regina. —Marco me agarró del brazo, tiró de mí y me golpeé de lleno contra su pecho.

Nos observamos en silencio y, por un momento, se abalanzaron en mi mente un sinfín de recuerdos... ¡pero solo malos recuerdos!

Intenté separarme de él sin éxito alguno.

—¡Suéltame o lo lamentarás! Te juro que ya no soy la Regina que conocías, Marco —le grité, intentando zafarme.

—Regina, por favor, escúchame...

—¡Suéltame! —grité con todas mis fuerzas, deseando que Marc o Ronald me escuchasen.

—Lo siento —murmuró él con la voz entrecortada y aquello hizo que dejara de moverme. Mi respiración era agitada, igual que la de él—. Perdóname, por favor —volvió a susurrar con voz triste y arrepentida—. No estuvo bien lo que te hice. Nunca debí tratarte mal...

Lo observé fijamente a los ojos y pude observar algo distinto en su expresión.

—Te echo de menos, Regina. Te echo muchísimo de menos... Eres y seguirás siendo el amor de mi vida —susurró, acercándose más a mi rostro.

Antes de que pudiera reaccionar, alguien me agarró por la cintura, tiró de mí con demasiada fuerza y me separó de Marco. Tardé un par de segundos en darme

cuenta de lo que estaba sucediendo cuando observé a Ronald, con el pasamontañas puesto, agarrando a Marco por el cuello y obligándolo a caminar.

Sentí la respiración agitada de Marc contra mi nuca y, sin previo aviso, me cargó en su hombro como si fuera un saco de patatas. Me agarré a su camiseta con fuerza y cerré los ojos.

Estaba más asustada por saber cómo reaccionaría Marc que por encontrarme con la policía.

Cuando nos acercamos al Audi, Marc me bajó al suelo y lo observé directamente a los ojos. El pasamontañas no me dejaba ver su expresión, pero su mirada no auguraba nada bueno.

—Por favor, os aré. Tengo dinero suficiente, pero no me hagáis daño —rogó Marco con las lágrimas en los ojos, antes de que Ronald le apretara las bridas en las muñecas y lo empujara adentro del coche.

Marc me agarró del brazo, un poco brusco para mi gusto, pero sabía que estaba actuando. Marco tenía que creerse el secuestro.

Cuando me senté en el asiento de atrás, Marco me observó con el miedo reflejado en los ojos. Fruncí el ceño e incluso sentí vergüenza ajena. Marco Abante siempre había presumido de ser un macho alfa, pero él era un simple cachorrillo asustado.

Ronald se sentó en el asiento del copiloto y Marc en el asiento del piloto. Simplemente se escuchaban los sollozos de Marco, mientras Ronald marcaba un número en su teléfono móvil.

Marc y yo cruzamos las miradas en el espejo retrovisor. Sentí un aleteo en el corazón y tragué saliva cuando sentí la boca seca.

—Por favor, os daré todo el dinero que queráis, pero no me matéis —volvió a rogar Marco.

—¡Calla la puta boca! —gritó Ronald, al mismo tiempo que se llevaba el móvil a la oreja—. Traed la furgoneta, ¡ahora! —dijo y yo supe perfectamente que se refería a la furgoneta de Charly y Roy.

—No... —sollozó Marco.

—Marco, cállate la boca por favor —le murmuré, perdiendo la paciencia.

¡Me estaba irritando! Ya estaba suficientemente nerviosa sin su ayuda.

—Tíos, yo... escuchad... yo... puedo ofreceros algo más interesante que el dinero —balbuceó él cuando la furgoneta aparcó de lado del Audi.

Roy y Charly salieron de la furgoneta con las pistolas bajo las chaquetas metidas en las cinturillas de los pantalones y con los pasamontañas puestos.

—Tíos, en serio —siguió insistiendo Marco, acercándose al respaldo del asiento piloto.

—Apártate de mí... —gruñó Marc con rabia, apuntándolo con la pistola, y

Marco volvió a respaldarse contra el asiento trasero.

—Tíos, de verdad, tengo un negocio que sé que os gustará. Puedo ofreceros todas las mujeres que queráis: rubias, morenas, pelirrojas... ¡hasta con el pelo rosa, joder!

Yo giré la cabeza hacia Marco y lo observé con la boca abierta.

—¿Qué? —expresé, incrédula.

Marco me observó fijamente, como si estuviera pensando en un plan y, de repente, las comisuras de sus labios esbozaron una sonrisa maliciosa.

—Tíos, tíos... llevaros a la chica, os juro que no diré nada. Es más, si queréis más mujeres yo os las puedo conseguir, pero ella es la hija del magnate Ethan Jones. ¡Vamos! Ganareis más pasta si os lleváis a ella y... ¡Ah!

Marc y Ronald giraron sus cuerpos para observarme. Sacudí la mano sintiendo un dolor agudo en los nudillos mientras sendos hilos de sangre salían de la nariz de Marco.

—¡Joder, me las has roto! —lloriqueó él con la mano en la nariz.

—¡Eres un cobarde asqueroso! —exclamé, llena de rabia.

Salí afuera, rodeé el coche y le abrí la puerta a Marco. Lo agarré por las solapas de la americana y lo obligué a salir del coche.

—¿Qué estás haciendo, Regina? —preguntó Marco, totalmente confuso.

Ronald y Marc salieron del coche. Charly empezó a carcajear a mandíbula batiente cuando observó la nariz ensangrentada de Marco.

—¿Regina, qué haces aquí? —preguntó Charly—. Este no era el plan, pero me gusta la improvisación —confesó con las lágrimas en los ojos por el entusiasmo.

El mentón de Marco empezó a temblar, mientras me observaba incrédulo.

—Regina, ¿trabajas con esta gente? —su voz sonó temblorosa—. ¿Tu padre lo sabe? ¡Joder! Eres una delincuente.

Yo hice caso omiso a su pregunta y lo ignoré. ¿Una delincuente? ¿En serio?

—¿Qué habéis hecho con Fran? —preguntó Ronald, también ignorando las palabras de Marco.

—Lo hemos arrojado al puente —comentó con un deje burlón Charly, consiguiendo asustar a Marco.

Sabía perfectamente que aquello era mentira.

—Está en la furgoneta con «pelo rosa». Ya le hemos sacado toda la pasta —contestó con aborrecimiento Roy.

Marc se colocó a mi lado, me agarró de la muñeca y me apegó a su cuerpo.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Roy—. No tenemos mucho tiempo.

Hubo un silencio incómodo. Estaba claro que las reglas del plan habían cambiado.

—Vosotros dos y «pelo rosa» os largaréis en la furgoneta —dije, consiguiendo que todos me prestaran atención—. Nosotros tres nos encargaremos de Fran y Marco.

Marco negó con la cabeza.

—Regina, por favor, lo siento. ¡Mierda! Yo te quiero. Yo...

Alcé el puño en el aire para hacerlo callar, pero Marc se me adelantó. Se oyó el ruido de un diente que se partió y luego, los lloros de Marco.

—Hijo de puta, ni siquiera te atrevas a mirarla —comentó lleno de rabia Marc, pero yo lo agarré por la camiseta y lo detuve.

Marc me observó fijamente y yo asentí con la cabeza:

—Te dije que haría algo para abrirle los ojos a la gente. ¿Confías en mí? —le pregunté a Marc.

Sus ojos se achinaron e inspiró fuertemente, como si estuviera peleando consigo mismo. Luego, expulsó el aire de un golpe y asintió con la cabeza.

—Bien —respondí con un hilo de voz—. Subid a Fran al Audi —les ordené a Charly y a Roy, al mismo tiempo que agarraba a Marco por las solapas de su americana.

Ellos dos observaron a Marc, esperando su autorización y, para mi sorpresa, Marc asintió con la cabeza.

Charly abrió la furgoneta, sacó a Fran afuera y yo me acerqué a él. Coloqué a Marco al lado de Fran y los observé con rabia. Luego, sin perder más tiempo, saqué de mi bolso un rotulador negro permanente y, sin dudarlos dos veces, escribí en sus frentes con letras grades: LADRÓN y PROXENETA.

—Regina... —murmuró Marc con voz apenas inaudible.

—Si habláis de lo que ha sucedido esta noche, daros por muertos. Si le mencionáis algo de esto a la policía, daros por muertos —dije, acercándome más a sus rostros—. Si volvéis a cometer el mismo error...

—Daros por muertos —comentó Ronald entre dientes, sin dejar de apretar los puños.

—¿Habéis entendido? —les pregunté y ambos asintieron con las cabezas—. Confesaréis los delitos que habéis hecho y cumpliréis condena. No habrá más oportunidades para vosotros. ¡Ronald, sube al Audi con ellos dos!

Ronald agarró a ambos hombres por el cuello, los arrojó dentro del coche y luego se sentó en el lado derecho de la puerta sin dejar de apuntarlos con la pistola.

—Iros al Cine, antes de que la policía venga —les ordené a Charly y a Roy.

—Ey. —Charly me hizo detener, antes de subirme al coche—. Si yo llego antes que tú, me darás diez pavos.

Yo sonreí débilmente, a pesar de la situación. Me sentía enfadada, triste,

conmocionada, asustada... una mezcla de sentimientos que jamás había experimentado.

De repente, Marc me agarró del brazo y me hizo girar para observarlo. Me enmarcó la mejilla derecha con la mano y me acarició la piel con el dedo pulgar.

—Siento haberte hecho daño. No quería herirte, Gina. Todo lo que hago es para protegerte. Te quiero... más que a mi propia vida, joder... —murmuró con voz cálida.

—Lo sé... —Asentí con la cabeza.

—Confío en ti —confesó él y aquello hizo que las mariposas de mi estómago revolotearan hasta golpearse contra las paredes de mi estómago—. Sácanos de aquí, Gina —me dijo, al mismo tiempo que me deshacía el moño y me colocaba el pasamontañas.

Marc y yo entramos en el coche. Me deslicé tras el volante, giré la llave de contacto y agarré con fuerza el volante.

Ajusté el espejo retrovisor y los espejos laterales, antes de empezar a manejar. Fran y Marco evitaron mi mirada, avergonzados por lo que estaba sucediendo.

¡Por lo que les iba a suceder!

Puse el motor en marcha, arranqué y salí de los aparcamientos. Fuimos en silencio hasta la entrada del restaurante, donde los medios de televisión seguían grabando la inauguración y varios ciudadanos paseaban por las calles sin dejar de sacar fotos.

Conduje despacio, manteniendo el coche en el arcén.

—Regina, ¿qué estás haciendo? Hay cuatro policías en la entrada —murmuró Ronald, apretando la pistola entre sus manos.

Un niño pequeño me observó y frunció el ceño con confusión cuando observó mi pasamontañas. Tragué saliva con nervios, observé a Fran y a Marco a través del espejo retrovisor, antes de que la gente se diera cuenta de lo que iba a suceder:

—Acordaros. Si habláis de nosotros o volvéis a cometer los mismos errores... —Apreté el volante con fuerza—. Yo misma os mataré —finalicé la frase, esta vez clavando la mirada en Marco.

—¡Mami, mami! —gritó el niño de antes, señalando nuestro coche.

—¡Sácalos! —le ordené a Ronald.

Pisé el freno y aceleré el coche, haciendo rugir el motor y captando la atención de aquella gente.

Ronald abrió la puerta del lado izquierdo y arrojó con violencia a Marco y a Fran. Ellos dos cayeron de culos en el arcén.

Varias personas empezaron a chillar y el niño de antes no sacó su mira de mí.

Los reporteros y sus cámaras enfocaron nuestro coche.

—¡Oh, Dios Santo! ¡Son Fran Gómez y Marco Abante! —exclamó con nervios una reportera—. ¡Grábalos, grábalos!

—¿Qué llevan escrito en la frente? —preguntó otro reportero—. Ladrón y proxeneta. ¿Qué está pasando aquí?

Bajé la ventanilla, abrí mi bolso y agarré un fajo de folios. Saqué la mano por la ventana y, antes de arrancar el coche a toda velocidad, los papeles volaron en todas las direcciones.

Coloqué la palanca de cambios en marcha y volé por la carreta, acelerando el coche al máximo hasta dejar atrás las voces y los gritos de la gente. Luego clavé la mirada en el espejo retrovisor, rezando para que los policías me dieran un margen de tiempo para largarme de allí.

Marc abrió mi bolso y agarró uno de los folios. Cuando leyó lo que había escrito, sus ojos se iluminaron de felicidad

—Los Justicieros —murmuró Ronald con otro folio en la mano.

Yo lo observé por el espejo retrovisor y él asintió con la cabeza.

—Mierda... —murmuró Marc, bajando la ventanilla y sacándose el cinturón de seguridad.

A lo lejos ya se escuchaban las sirenas de la policía. Pisé a fondo el acelerador, sin preocuparme porque hubiera tráfico, a la vez que esquivaba los coches que se cruzaban en mi camino.

De repente, un coche policía salió de la intersección y se emparejó al nuestro. Aceleré a fondo, pero el coche patrulla no disminuyó la velocidad. El semáforo se puso en rojo y me encontré, delante, a un camión de la basura. Apreté las manos y aceleré más a fondo.

—¡Regina! —gritó alarmado Ronald cuando observó cómo un montón de coches salían de la intersección.

Esquivé al camión y a los demás coches con facilidad, pero la policía seguía detrás nuestra.

—¿Qué vais a hacer? —pregunté, alarmada, sin sacar la vista de la carretera.

Tenía que tener los cinco sentidos en puestos en la conducción. Podía aparecer cualquier obstáculo y estrellarme con él.

Marc sacó medio cuerpo por la ventana e intentó disparar a los neumáticos del coche patrulla. Resonaron el eco de los disparos en mi cabeza con tanta violencia que me hicieron perder el control del volante.

El neumático izquierdo del coche patrulla explotó y se desinfló, y el caucho ahora golpeaba contra el asfalto. Luego, el coche viró a la derecha y se estrelló contra el escaparate de una tienda de electrodomésticos.

Marc volvió a sentarse el asiento, con la respiración agitada. Seguí

acelerando, concentrada en salir de la ciudad y llegar al Cine.

Sonreí bajo el pasamontaña cuando los neumáticos rodaron sobre el puente Golden Gate.

¡Genial! Faltaba poco...

De repente, una bala atravesó la ventana que tenía justo atrás. Ronald se maldijo por lo bajo, cubriéndose la cabeza con los brazos.

—¡Regina! ¿Estás bien? —gritó Marc.

Mis pensamientos evasivos se mezclaron con la preocupación en su tono de voz.

Asentí rápidamente y seguí serpenteando el tráfico. Ronald usó la culata para romper el cristal fraccionado, consiguiendo una mejor visibilidad. Apoyó su rifle en el reposacabezas y empezó a disparar a los neumáticos del coche patrulla.

—¿Por qué nos siguen? —grité, haciéndome oír entre el ruido de los disparos—. Hemos hecho justicia. Les hemos entregado a Marco y a Fran, ¡joder!

—¡Regina! —gritó Marc.

Frené tan de golpe que el coche se zarandeó de lado a lado. Tres coches de policía obstruían el paso. Eché un vistazo al espejo retrovisor, mordiéndome los labios cuando observé el atasco de coches que tenía detrás.

Volví la mirada al frente y traté de pensar con rapidez.

—¡Bájense del coche! —gritó un oficial por el megafonillo.

Marc golpeó el salpicadero con fuerza y luego me agarró la mano.

—Sácate el pasamontañas —me ordenó—. Diremos que te teníamos secuestrada como rehén. No dejaré que te lleven a la cárcel por mi culpa. No...

Yo fruncí el ceño y pisé el acelerador sin soltar el freno. Sentí una enorme oleada momentánea de adrenalina correr por todo mi cuerpo, pero me mantuve con la cabeza fría.

—Dijiste que confiabas en mí. Os sacaré de aquí, Marc.

Tan pronto terminé la frase, aceleré el coche a toda potencia, sin importarme los tres coches patrulla. Los policías nos apuntaron con las armas y, antes de que soltaran fuego, tiré de golpe la palanca de frenos y giré el volante hacia la izquierda en un movimiento rápido y brusco.

Las ruedas traseras chirriaron y resbalaron sobre el asfalto. No dejé de hacer círculos, hasta que las ruedas levantaron una enorme nube de humo blanco.

Aproveché el momento, me incorporé en el carril de sentido contrario y pasé, a escasos centímetros de distancia, por el coche patrulla que nos obstruía el paso.

Volví a acelerar al máximo cuando se escucharon disparos a lo lejos, pero ninguna bala logró alcanzarnos.

Cuando salimos del puente Golden Gate, con las sirenas detrás nuestra,

levanté el pie del pedal del acelerador y el Audi redujo hasta ciento cincuenta. Giré el volante hacia la izquierda y me incorporé en un callejón sin salida.

Volví a girar el volante, rodeé un edificio y entré en un parking de tres plantas. Crucé los aparcamientos y cuando escuché las sirenas cerca, salí del parking y volví a incorporarme a la calzada, acelerando a todo gas.

Sonreí como una niña cuando me di cuenta de que había despistado fácilmente a la policía.

Serpenteé con agilidad el tráfico y, en menos de cinco minutos, llegamos al Cine sin que nadie nos hubiera seguido. Lexi, quien estaba fumando un cigarrillo con nervios, corrió hacia el garaje cuando nos vio a lo lejos, abrió la puerta con rapidez y yo entré en el garaje sin disminuir la velocidad.

Frené de un golpe, aué el motor y seguí aferrada al volante con la mirada clavada al frente.

Todos los miembros de la banda corrieron al garaje y nos observaron con atención.

Podía sentir los latidos de mi corazón en la garganta. Tenía miedo de desmayarme allí mismo.

Marc apoyó su mano en mi hombro, me sobresalté y lo miré. Ya no llevaba el pasamontañas puesto. Su expresión estaba más relajada, pero su mirada transmitía preocupación. Se acercó más a mí, lentamente, como si no quisiera asustarme, y me sacó el pasamontañas.

De repente, alguien abrió mi puerta y me sacó del coche.

—¡Regina! —exclamó con alegría Lexi, al mismo tiempo que me abrazaba con fuerza—. ¡Lo has conseguido!

—¡Enhorabuena, chicos! —gritó otro de los miembros de la banda.

—¡Bien hecho, Regina! —comentó otro hombre.

Todos hicieron un círculo a mi alrededor, sin dejar de sonreír y reír, felicitándome por lo que había hecho.

—Ya salimos en todos los canales nacionales. ¡Vivan Los Justicieros, joder! —exclamó Roy y todos gritaron un «viva» al unísono.

Yo los observé con una sonrisa embobada.

—¡Dejadme pasar! —exclamó Charly, abriéndose paso entre los miembros de la banda.

Cuando él me observó con una ceja enarcada, no pude evitar soltar una risa.

—Diez pavos, niña —dijo, extendiéndome la mano con la intención de que le diera los diez dólares, pero luego me agarró el hombro y me abrazó con afecto—. Enhorabuena por el trabajo. Has estado genial.

Tragué saliva con fuerza para bajar el nudo de nervios que se me había acumulado en la garganta. Ronald se acercó a mí y me sonrió con afecto. Yo le

devolví la sonrisa y me acerqué a él.

—Siento haberte hablado así en el restaurante. Mi orgullo estaba dolido.

Él negó con la cabeza y me acarició la coronilla.

—Soy yo quien debe disculparse contigo —murmuró, sin quitarme los ojos de encima.

Yo negué con la cabeza y me abalancé sobre él para abrazarlo. Ronald quedó paralizado durante unos segundos, como si no se esperara aquella reacción, pero luego me envolvió entre sus brazos con más fuerza.

—¡Gina! —Marc gritó mi nombre cuando apareció por detrás nuestra.

Lo observé fijamente, haciendo caso omiso a las risas y los gritos del resto de la banda.

Ronald apretó un puño y yo lo observé con el ceño fruncido. Y, sin decir más nada, se alejó de allí.

Marc cerró los ojos, como si tratara de calmar sus nervios, se acercó a mí y me enmarcó la cara con el rostro. Lo observé embobada, perdida en sus ojos color miel verdosos.

—Enhorabuena... —murmuró con voz casi inaudible.

Yo esbocé una sonrisa y coloqué mis manos sobre las suyas.

—¿Sigues enfadado conmigo?

Él frunció el ceño y se acercó a mi rostro, casi rozando nuestras narices.

—Es imposible que me enfade contigo, Gina —dijo y me besó con ternura, pasión, deseo, rabia, miedo...

Pasé mis brazos por sus hombros y crucé los dedos detrás de su nuca. Y de repente, todo sucedió tan rápido que Marc y yo pasamos de estar en el garaje a estar en su despacho.

—Te necesito —murmuró él entre beso y beso—. Te necesito a cada jodido segundo de mi vida.

Marc me tomó por las caderas y me hizo sentar en el borde del escritorio. Él también se sentó en su silla y accionó la palanca para ajustar la altura. Cuando la cabeza de Marc quedó a la altura de mi abdomen, él se inclinó hacia mí.

—Aún tengo la jodida adrenalina corriendo por mis venas —murmuró entre dientes, con rabia—. Si llega a sucederte algo, no me lo perdonaré en la vida. Antes prefiero morir.

—Marc... —susurré, acariciando cada vocablo de su nombre con mi voz.

Sus manos se aferraron a mi vestido y me lo subieron por encima de la cintura. Me puso las manos en la parte baja de los abdominales y luego las deslizó por mis caderas, agarrándome con fuerza, mientras se acercaba a mi centro.

Dejé caer mi cabeza hacia atrás cuando Marc sopló en la tela de mis

braguitas. Sus dedos apartaron la tela y acariciaron mi piel más sensible.

Suspiré de un golpe y él sonrió de medio lado.

—Estás lista para mí —dijo, clavando su mirada en mí y haciéndome estremecer de deseo.

Marc abrió mis piernas y enterró su cabeza en ellas, colocando su boca en mi entrepierna.

Su barba de varios días rozó el lado interno de mis muslos, excitándome más de lo que ya estaba. Su lengua golpeó en mi punto G, alcanzando mis partes profundas.

Lo agarré del pelo, obligándolo a separarse de mí. Él enarcó una ceja, sorprendido por mi reacción, mientras se pasaba la lengua, lentamente, saboreando los vestigios de mis flujos.

Me senté a horcajadas sobre él para inmovilizarlo. Marc se dejó caer pesadamente sobre el respaldo de la silla y me acarició los muslos, observándome intensamente, como si fuera algo realmente importante para él.

No quería perder el fuerte deseo que se había apoderado de mí, así que lo besé con ganas. Bajé mis labios a su cuello y succioné. A él se le escapó un gruñido cuando le desabroché los pantalones y le agarré su enorme erección. Lo acaricié, de arriba abajo, suavemente al principio.

Marc apretó las mandíbulas y los ojos con fuerza, luchando contra el orgasmo que se avecinaba. Luego, me apartó las manos, se agarró su erección y la introdujo dentro de mí.

Empecé a moverme, a cabalgar encima de él, mientras él me ayudaba a seguir el ritmo.

—Eres demasiado perfecta para mí, Gina. Soy un jodido egoísta. Sé que no te merezco. No te merezco... —murmuró, casi gruñendo cuando me agarró por las caderas y empezó a embestirme con una fuerza descontrolada.

Me arrancó gemido tras gemido hasta llevarme a mi primer orgasmo.

—No tienes ni idea de lo mucho que me gustas, ¡joder! —exclamó, mordiéndose el labio inferior y observándome fijamente a los ojos, sin dejar de embestirme con más fuerza—. Cuando Marco te confesó sus sentimientos en los aparcamientos, tuve que controlarme para no abalanzarme sobre él. No quiero que ningún hombre te desee, Gina. Eres mía, princesa.

No sé si fueron sus palabras o los movimientos de su cadera, pero tuve que clavarle las uñas en los hombros cuando un fuerte orgasmo volvió a atravesarme. Marc se tensó cuando también llegó al orgasmo.

Me atrajo hacia su pecho y me abrazó, acariciándome la espalda y besándome en el hueco del cuello. Noté el ritmo de su respiración y los latidos de su corazón.

Cerré los ojos, relajándome con sus caricias.

—¿Te arrepientes de haberme conocido? —preguntó él con voz temblorosa.

Yo me separé de su pecho y lo observé directamente a los ojos.

—No, no me arrepiento —respondí, negando con la cabeza.

Marc suspiró aliviado, me acarició la mejilla y tragó saliva con nervios.

—¿Realmente me amas? —volvió a inquirir, con un deje de inseguridad en la voz.

Yo volví a asentir con la cabeza.

—De la misma manera que tú me amas a mí —confesé y él frunció el ceño sin comprenderme. Me acerqué a sus labios y le susurré—: Te amo más que a mi propia vida.

19

REGINA

Los días pasaron tan rápido que nunca me llegué a dar cuenta de que se habían juntado hasta formar meses. Once meses, para ser más exactos.

Cada día, Marc y yo hacíamos el amor, una y otra vez, en diferentes posturas, en diferentes lugares, en diferentes momentos... Daba igual si esa misma noche habíamos hecho una misión, porque los dos terminábamos descargando nuestra adrenalina de la mejor manera que sabíamos hacer. Nos amábamos. Era algo mutuo y evidente a simple vista.

Nuestra relación amorosa era cada vez más fuerte. La gente decía que las parejas, con el paso del tiempo, dejaban de sentir los mismos sentimientos que en el principio.

¡Y era cierto!

Lo que Marc y yo sentíamos el uno por el otro era mucho más intenso que lo que sentíamos en los primeros meses. Nos necesitábamos el uno al otro, de la misma manera que un pez necesita el agua para vivir. De la misma manera que una flor necesita a la tierra para crecer. Y de la misma manera que la luna necesita al sol para existir.

Por otra parte, para mi padre, Marc era un hijo más. Ethan le tenía un enorme afecto a Marc. Nunca pensé que mi padre aceptaría a mi novio. De hecho, nunca pensé que mi padre tendría un yerno... ¡no como Marc! Y ahora, él era un miembro más de nuestra familia. Ethan y Marc eran como uña y carne.

¡Uff!

Marc era capaz de hacer que me sintiera única, hermosa y muy deseada. Él era capaz de hipnotizarme con una simple mirada, con una simple sonrisa.

Y a medida que pasaban los meses, más fuerte me volvía. Ya sabía usar un arma perfectamente y defenderme físicamente. De hecho, Marc me dejaba tomar las decisiones finales. Confiaba en mí y yo en él. Juntos, formábamos un perfecto equipo. Sabíamos coordinarnos y sabíamos coordinar a los miembros de la banda.

Todo fluía tan bien...

Los canales nacionales, incluso internacionales, no hacían más que hablar de la banda de «Los Justicieros» y de sus hazañas. Incluso muchos civiles organizaron manifestaciones para que la policía dejara en paz a Los Justicieros.

Durante estos once largos meses, hemos encerrado a mucha gente mala en la cárcel y también hemos aniquilado monstruos.

La gente nos admiraba cada vez más, pero ese no era nuestro objetivo. Lo que realmente queríamos era que la gente se uniera a nosotros. Que todo el mundo nos echara una mano y nos ayudara a hacer un mundo mucho mejor.

¡Un mundo justo!

Pero toda esa felicidad se vino abajo cuando hicimos la última misión. Aquella noche lo cambió todo...

—¡Cuidado! —gritó Charly, al mismo tiempo que yo esquivaba un coche.

Giré el volante, pisé el freno y volví a acelerar por la calzada. Observé por el espejo retrovisor las luces de los coches patrulla.

Cuatro coches de policía nos seguían con las sirenas puestas y, detrás de ellos, una furgoneta de un canal de televisión nacional.

Salté un semáforo que cambió a rojo, justo en el mismo instante que pasaba un coche por la derecha y casi colisionamos.

—Hay que deshacerse de ellos —comentó Marc, ajustándose el pasamontañas y sacando medio cuerpo por la ventanilla del lado del copiloto.

—¡Vamos! —gritó Ronald, imitando a Marc.

—¡Oh, sí! Me pido el coche de la policía infiltrada —dijo Charly, cargando el rifle y sacando la cabeza por la ventana.

Los disparos resonaron nítidos dentro del coche.

Yo seguí con la mirada clavada en la carretera, concentrada en despistar a la policía para llegar al Cine cuanto antes. Seguía sin entender a la policía. Habíamos desarticulado a una banda que se dedicaba al secuestro y la trata humana, ¿y así nos lo aban?

—¡Agachaos! —gritó Marc, al mismo tiempo que me cubría la cabeza con su brazo.

Los policías respondieron de nuevo con más disparos. Una bala atravesó la ventanilla trasera, silbó entre nosotros y perforó el parabrisas.

Marc me observó con preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó sin rebajar el tono de voz.

Yo asentí con la cabeza sin sacar la vista de la carretera.

Se oyó la maldición de Ronald y el chasquido metálico de un cargador al ser expulsado. Luego, Ronald volvió a sacar la pistola por la ventana y empezó a disparar contra las ruedas de los coches patrulla.

El neumático de uno de los coches de policía estalló. El conductor perdió el control y movió el volante desesperadamente para lograr que el coche se parase, pero lo único que consiguió fue estrellarse contra otro coche patrulla.

—¡Faltan dos! —gritó Charly a todo pulmón.

—Mierda... —murmuré por lo bajo cuando observé un tráiler enorme intentando girar en mitad de la carretera.

No tenía otra salida, no había otra escapatoria que no fuera cruzando la carretera. Pero de repente, el conductor del tráiler nos hizo una seña con la mano para que cruzáramos.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Marc con la confusión reflejada en su voz.

Yo sonreí ampliamente y pisé el acelerador a fondo.

—Ayudarnos —respondí contundente.

Cuando pasé de largo, el conductor del tráiler giró el volante e invadió por completo la carretera, impidiendo que los dos coches patrulla continuaran persiguiéndonos.

—¡Joder! —expresó Charly, dejándose caer contra el respaldo del asiento.

De repente, Ronald, Charly, Marc y yo estallamos en risas nerviosas, como desahogo tras la tensa situación que habíamos logrado superar con éxito.

—¡No! —chillé alarmada, al mismo tiempo que tiraba del freno de mano y el coche giraba ciento ochenta grados.

Como si todo sucediera a cámara lenta, observé tres coches obstruyendo nuestro paso. Y cuando el coche giró delante de ellos, observé a los hermanos Smith y a su banda sonriendo con mezquindad. De pronto, uno de los miembros de la banda Smith sacó la mano por la ventana.

Abrí la boca alarmada cuando observé una ametralladora.

—¡Acelera, acelera! —gritó Charly, al mismo tiempo que se cubría la cabeza con los brazos.

Solté el freno, aceleré a fondo y me alejé lo más lejos posible de ellos cuando la ametralladora empezó a escupir balas en todas las direcciones.

—¡Ah! —grité invadida por el pánico.

Las balas acribillaron la parte de atrás del Audi, rompiendo las ventanillas.

Con todas las balas que silbaban alrededor, solo resulté herida con los cristales rotos. Observé a Marc con preocupación, asegurándome de que ninguna bala le hubiera hecho daño. Pero cuando observé a Charly y a Ronald por el espejo retrovisor, la sangre se me heló e inconscientemente, levanté el pie del acelerador, atónita por lo que mis ojos estaban viendo.

Charly se llevó ambas manos al estómago mientras reprimía una mueca de dolor, pero no emitió sonido alguno. Observé estupefacta sus propias manos tintas en sangre mientras ésta se esparcía lentamente entre sus dedos.

—¡Regina! —La voz de Marc sonaba como un eco en mi cabeza.

Observé a Charly a los ojos y pude apreciar la angustia reflejada en su rostro.

—¡Regina!

Dejé que las lágrimas salieran mientras el pánico me atormentaba. Estaba paralizada.

Charly tosió y de su boca también salió sangre. Ronal lo ayudó a tumbarse con cuidado sobre el asiento.

—¡Regina! —Marc me agarró por los hombros y me obligó a observarlo a los ojos.

Aquella mirada que me llegaban hasta el alma, e incluso me tranquilizaba en mitad de una persecución. Su mano me enmarcó la mejilla y con el dedo pulgar me limpió las lágrimas.

Otra bala impactó contra la ventanilla del lado del copiloto. Parpadeé varias veces, volviendo a la realidad. Giré la cabeza y observé uno de los coches de los hermanos Smith acercándose hacia nosotros a toda velocidad con la intención de embestirnos. Pero antes de que aquel coche golpeará el nuestro, aceleré de nuevo, desviándome hacia la derecha, y el coche de los hermanos Smith se estrelló contra la pared de un edificio, quedando como un acordeón.

Volví a incorporarme a la calzada, perseguida por los dos restantes autos de los hermanos Smith.

—¡Hijos de puta! —gritó Ronald, perdiendo los nervios.

Marc y Ronald cargaron las pistolas y dispararon a diestro y siniestro contra los hermanos Smith.

—¿Charly? —fue lo único que pude susurrar por mi boca, pero él no contestó—. Charly...

—¡Regina, los tenemos encima! —gritó Ronald con rabia sin dejar de disparar contra ellos.

Volví a acelerar, pero la carretera por donde conducía no tenía ningún desvío. Limpié las lágrimas con la manga de la chaqueta, bajé una marcha y seguí acelerando.

—¡Joder! —exclamó Marc, apartándose de la ventanilla cuando las balas impactaron contra nuestro coche.

—¡Nos van a matar! ¡Estos hijos de puta nos van a matar! —gritó Ronald sin dejar de dispararles.

—¡Ronald! Dispara al capó —le ordenó Marc, al mismo tiempo que volvía a sacar la cabeza por la ventanilla.

Observé por el espejo retrovisor cómo las balas impactaron contra el capó del coche. Un humo blanco escapó del capó, dificultándole la visión a los miembros de la banda de los hermanos Smith. Pero aún quedaba el coche de Alex y Tom.

Marc apretó la culata de la pistola con fuerza.

—Los voy a matar... —murmuró con rabia, apuntándoles a la cabeza, pero

uno de los neumáticos de nuestro coche estalló.

Yo no me amedrenté y seguí acelerando, quemando la llanta.

Marc me observó con el ceño fruncido, se pasó la mano por la cara con frustración y observé sus ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento, Gina —murmuró con voz apenas inaudible, pero yo lo escuché perfectamente.

—¡El coche no va a aguantar mucho más! —gritó Ronald sin dejar de disparar contra el coche de Alex y Tom.

Giré la cabeza, observé a Marc fijamente y luego desvié la mirada a un camión que apareció por el lado derecho. Tragué saliva con fuerza cuando observé un desvío hacia la derecha.

Marc giró la cabeza, observó el camión y luego clavó la mirada en mí.

Él negó con la cabeza.

—No lo digas —le ordené, antes de que abriera la boca—. No digas que no lo conseguiremos.

Aceleré al máximo, haciendo chirriar la llanta pelada mientras me acercaba al camión.

Ronald volvió a tomar asiento con los ojos como platos.

—Sujeta a Charly —le ordené a Ronald.

Bajé dos marchas, pisé el acelerador y me coloqué debajo del camión. Todo se volvió más oscuro, mientras el techo del Audi rozaba con el chasis del camión. Observé con la respiración agitada las enormes ruedas del tráiler. Aquellos neumáticos podrían aplastarnos fácilmente.

Apreté el volante con fuerza y, antes de que el camión se incorporara al carril derecho, giré hacia la salida.

Pisé de nuevo el acelerador y salí de allí echando humo, literalmente. Suspiré de un golpe, expulsando la tensión acumulada en mi interior, cuando me di cuenta de que Tom y Alex ya no nos seguían.

Luego, volví a la realidad y observé a Charly por el espejo retrovisor.

—¿Cómo está? —le pregunté a Ronald, pero su cara no auguraba nada bueno—. Tenemos que llevarlo a un hospital —dije y el volante del coche empezó a vibrar. Sabía que el Audi no iba a resistir mucho más.

Marc me agarró el muslo y me observó fijamente.

—Llévanos al Cine y allí nos encargaremos de Charly.

Yo tragué saliva y asentí con la cabeza.

Cuando llegamos al Cine, Lexi nos abrió el garaje, pero el Audi se había parado justo enfrente de la puerta del Cine.

Abrí la puerta, salí afuera y me acerqué a Charly mientras Ronald y Marc lo cargaban con cuidado. Charly estaba inconsciente, o eso quería creer.

No podía morirse... ¡no!

—Roy, llévalo junto a John —le ordenó Marc.

—¡Ahora mismo! —respondió Roy, entrando en su coche con Charly y saliendo de allí a toda velocidad.

Me acerqué a Marc y lo agarré por el brazo. Él se dio la vuelta y me observó con tristeza.

—¿Quién es John? —le pregunté.

Él se pasó la mano por el rostro y suspiró.

—Es nuestro médico. Tiene una clínica privada cerca de la ciudad. Nos cubrirá las espaldas. Es de fiar y, lo más importante, es el mejor médico de todo San Francisco —dijo y aquello hizo tranquilizarme un poco más.

—Ha perdido mucha sangre... —murmuró Ronald, observando sus manos manchadas con la sangre de Charly.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó William, mientras el resto de la banda intentaba empujar el Audi dentro del garaje.

—Los hermanos Smith —gruñó Marc entre dientes.

—¿Qué? ¿Alex y Tom os han atacado? —preguntó incrédula Lexi—. Cabrones...

Marc estaba absorto mirando el suelo con el ceño fruncido.

—¡Creí que me habías dicho que los hermanos Smith no iban a ser un problema para nosotros, que ellos eran unos cobardes! ¡Pues yo los he visto muy seguros de sí mismos mientras nos disparaban con una puta ametralladora! —exclamé, perdiendo los papeles. Me agarré del pelo, inspiré con fuerza y traté de mantener la calma—. Hay que acabar con ellos —solté sin pensármelo—. Hay que aniquilarlos. Nos dispararon con una ametralladora, sin importarles que gente inocente pudiera morir —dije con el dedo índice en alto.

Marc giró la cabeza y volvió a clavar la mirada en mí.

—No sé en qué momento he permitido esto.

Yo fruncí el ceño mientras él negaba con la cabeza.

—¿El qué?

—¡Ponerte en peligro! —contestó con rabia.

Sus labios estaban húmedos por las lágrimas. Era la primera vez que lo veía llorar.

—Marc...

—¡No, Regina! —gritó, interrumpiéndome—. ¡Casi te matan, joder! Estuvimos a punto de morir para nada. Da igual que la gente nos defienda y nos vean como héroes. Si la policía nos pilla, iremos a la cárcel o, peor aún, nos matarán.

Yo negué con la cabeza.

—¿Cómo puedes decir eso? —le pregunté con la voz rota mientras el resto de la banda me observaba con la mirada triste—. Hacemos lo que hacemos porque es nuestro deber. Nosotros preferimos morir luchando. Marc... —murmuré y tragué el nudo de nervios que se me atoró en la garganta—. Conseguiremos terminar con la banda de los hermanos Smith.

Él empezó a reírse con nervios, mientras se jalaba de los extremos de su cabello.

—Regina, sí, te mentí con respecto a los hermanos Smith —confesó sin dejar de apretar los puños—. Ellos nos ganan en número y actúan sin miedo a nada. Ya los has visto esta noche. Les da igual empezar un tiroteo en mitad de la ciudad con un montón de civiles por las calles. ¡Les da igual todo! —exclamó con los brazos en alto—. Tienen a niños trabajando para ellos, Regina, niños que apenas llegan a los quince años y que están amenazados.

Yo quedé callada, parpadeé un par de veces y negué con la cabeza, rehusándome a darme por vencida.

—Tenemos la ayuda de algunos de tus excompañeros de la policía —le dije, esperanzada por hacerlo cambiar de idea, pero aquello no pareció impresionarlo.

—Alex y Tom también tienen amigos policías —murmuró en apenas un hilo de voz.

Marc se veía cansado y agotado mentalmente.

De repente, el resto de la banda se posicionó detrás de mí, excepto Marc, Ronald, William, Lexi y Samantha.

Yo los observé con el ceño fruncido y uno de aquellos hombres habló:

—Opino como Regina, Marc. No sabemos si Charly saldrá vivo de esta, pero yo también prefiero morir luchando. Quiero ver a Alex y a Tom bajo tierra.

El resto de la banda asintió con la cabeza y, sin esperármelo, Lexi y William se colocaron a mi lado para apoyarme.

—Lo siento, Marc —habló Will—. Llevo siendo tu amigo desde que éramos unos críos, pero Regina tiene toda la razón. No puedo vivir toda una vida sabiendo que gente como Alex y Tom siguen con vida. Dentro de muy poco voy a ser padre y quiero un mundo seguro para mi futuro hijo.

Parpadeé varias veces para ahuyentar las lágrimas que se habían agolpado en mis ojos.

Marc y Ronald me observaron sin decir palabra, pero dejando traslucir sus emociones.

—Ronald —gruñó Marc como un animal salvaje enfurecido cuando su otro «alfil» se colocó a mi lado.

—Lo siento, Marc. Pero no dejaré a Regina sola... —murmuró Ronald con voz suave y cálida.

Yo lo observé asombrada, aún sin creermelo sus palabras.

Volví la mirada hacia Marc esperando a que él reaccionara como los demás. Nos observamos sin decir nada. Su expresión era de pura angustia y preocupación.

Di un paso al frente, pero la arpía de Samantha le acarició el hombro. Yo fruncí el ceño con fuerza y la fulminé con la mirada mientras ella sonreía con mezquindad.

Marc negó con la cabeza y su cabreo volvió a hacer acto de presencia.

—No. No haréis nada sin mi permiso. No permitiré que nadie más de mi equipo corra peligro, y menos tú —dijo, señalándome con el dedo índice—. Yo soy quien toma las decisiones aquí. Y ahora, iros a casa. ¡Todos! —ordenó, sin quitarme la mirada de encima—. William... —murmuró entre dientes, al mismo tiempo que cerraba los ojos y pensaba en lo que iba a decir—. Lleva a Regina a casa.

Y, sin decir más nada, sin ni siquiera despedirse de mí, Marc se dio media vuelta y se largó de allí para entrar en el Cine. Samantha alzó el mentón en un gesto altivo, sonrió de medio lado y entró en el Cine detrás de Marc.

Una oleada de celos invadió mi cuerpo. Di un paso al frente con la intención de buscar a Samantha para dejarle claro un par de cosas, pero William me agarró por el brazo y me lo impidió.

—Es mejor que no vayas... —susurró William lentamente—. Yo también tengo mujer y sé cómo él se siente ahora mismo. Estuvo a punto de perderte, Regina. Es normal que ahora esté cabreado consigo mismo...

Simplemente, me quebré y terminé llorando sobre su hombro sin dejar de pensar en Charly, en los hermanos Smith y, por supuesto, en Marc...

¿Por qué?

¿Por qué las cosas se tuvieron que complicar tanto?

20

MARC

Golpeé la pared totalmente frustrado sin dejar de gruñir. Me llevé la mano al pelo y lo revolví más de lo que ya estaba.

Las lágrimas seguían humedeciendo mi piel, no las podía controlar.

¡Joder!

Estuve a punto de perder a Regina... ¡y todo por mi culpa! Nunca debí permitir que ella se involucrara en mi mundo. Era un puto egoísta. Ella no se merecía a un hombre como yo. Ella se merecía una vida tranquila, sin peligros alrededor.

—Marc... —murmuró Samantha melosamente, acercándose a mí—. ¿Estás bien? ¿Quieres que te ayude a relajarte? —preguntó, pasándome la mano por el hombro.

Yo la observé con enojo y le aparté la mano de un golpe.

—La única mujer que puede relajarme y tocarme es Regina. Espero que te quede claro eso, Samantha. Tú —dije, señalándola con el dedo índice—, no eres ella.

Salí del Cine con la esperanza de que Regina siguiera fuera, pero ya no había nadie. Era normal, yo mismo les había ordenado a todos que se largaran a sus casas.

¿Qué esperaba?

Inspiré con fuerza, alcé la vista al cielo estrellado y solté el aire de un golpe. Ya estábamos en navidad.

Una fecha que yo repudiaba, hasta que conocí a Regina. Por primera vez en tantos años, quería pasar las navidades junto a ella. Quería decorar el árbol de navidad con ella, comer sus galletas caseras, ver películas al lado de la chimenea... ¡joder!

«No puedo vivir toda una vida sabiendo que gente como Alex y Tom siguen con vida. Dentro de muy poco voy a ser padre y quiero un mundo seguro para mi futuro hijo», recordé las palabras de William como si lo tuviera frente a mí.

Cerré los ojos, apreté los puños y asentí con la cabeza, decidido a arreglar las cosas por mí mismo.

Saqué el teléfono móvil del bolsillo de mi chaqueta, busqué un número en los contactos y llamé. Al segundo pitido, Tom contestó la llamada, pero no le di

tiempo a hablar:

—En «las ruinas», ahora —dije y, sin esperar una contestación, colgué el teléfono.

Entré en mi coche, lo encendí y me dirigí hacia el lugar que yo mismo le indiqué a Tom Smith.

Sí, las ruinas. Un edificio abandonado que la banda de los hermanos Smith solía usar para vender droga.

Aceleré el coche y apreté el volante con fuerza.

Cuando aparqué frente a las ruinas, salí del coche y caminé hacia el interior del abandonado edificio.

Tres miembros de la banda sonrieron con malicia y me apuntaron con sus pistolas.

—Vaya, vaya. ¿A quién tenemos aquí? —preguntó uno de ellos con tono irónico.

Clavé la mirada en el más jovencito de los tres. A penas llegaba a los quince años y parecía realmente asustado de sujetar un arma entre sus manos.

—¡Bajad las armas! —ordenó Tom, apareciendo de la nada.

Los tres hicieron caso y bajaron las pistolas.

Tom se acercó a mí con una sonrisa de medio lado, se cruzó de brazos y me observó con una ceja enarcada.

—Una noche bastante movidita, ¿no? —habló con un deje burlón que hizo revolverme el estómago.

—Uno de mis hombres se está debatiendo entre la vida y la muerte —dije, apretando los dientes con demasiada fuerza—. Debería matarte ahora mismo.

Tan pronto dije eso, los tres hombres volvieron a apuntarme con las pistolas.

—¡He dicho que bajéis las armas, joder! —exclamó enojado Tom, consiguiendo que los tres hombres bajaran la vista acobardados—. Has tardado más de lo que pensaba, pero la última vez que te vi te lo dije: algún día tendrás que recurrir a mí. Y, ¡aquí estás! —exclamó con una sonrisa.

Tom dio un paso al frente:

—Si quieres vivir tranquilo, únete a nosotros —dijo y aquello hizo sacarme una sonrisa.

—Antes muerto —comenté con sinceridad.

El rostro de Tom estaba serio a más no poder, nunca lo había visto así.

—Así que, te da igual la vida de tus amigos... incluso de tu chica —comentó con indiferencia mientras se limpiaba las uñas.

Yo abrí los ojos como platos y me abalancé sobre él. Saqué la pistola de la cintura del pantalón y lo apunté en la frente.

—Ni se te ocurra mencionarla —murmuré entre dientes sin bajar el arma.

Juré que haría lo que fuera para mantener a Regina a salvo. Se lo había prometido a su padre, quien ahora era como un padre para mí, y me lo había prometido a mí mismo.

—¿Mencionar a quién? ¿A Regina Jones? ¡Uff! No sabría decirte cuántas noches he soñado con ella —habló Alex, quien apareció por detrás nuestra con una sonrisa.

Me di la vuelta y lo observé. No venía solo, traía con él a cuatro hombres más.

Apreté la culata de la pistola con fuerza, tratando de relajarme y no dispararle en la cabeza.

—No sé cómo tienes lo huevos de venir aquí solo...—murmuró Alex.

Yo sonreí de medio lado, al mismo tiempo que sacaba del bolsillo de mi chaqueta una cajetilla de tabaco.

—Si me matáis, mi banda y mis excompañeros de la policía irán a por vosotros —comenté con parsimonia, mientras encendía el cigarrillo.

Tom se guardó las manos en los bolsillos, sonrió con gracia y asintió con la cabeza.

—Entonces, si no has venido a hacer negocios ni a matarnos, ¿a qué has venido, Marc? —preguntó él, esperando a que hablara.

Yo aspiré el humo del cigarrillo.

—A avisaros, antes de que las cosas se pongan feas para vosotros dos —dije con un tono mordaz.

Era un hombre que no vacilaba...

—¿Eso es una amenaza? —preguntó Alex, acercándose más a mí.

—No eres tan tonto como creía... —comenté con gracia, consiguiendo cabrear más Alex—. Si intentáis atacar a algún miembro de mi banda, aréis las consecuencias.

Tom soltó una carcajada estridente.

—¿Y qué harás si te desobedecemos? Si nos tocas un pelo, irás a la cárcel. Acuérdate de que nosotros también tenemos muchos amigos en el cuerpo de la policía.

Yo aspiré con más fuerza el cigarrillo e hice un anillo con el humo.

—Sí, tal vez vaya a la cárcel, pero me aseguraré de que vuestros huesos sean los barrotes de mi celda.

El silencio inundó el ambiente y, justo cuando pensé que lo tenía todo bajo control, Tom empezó a carcajear en alto.

Yo giré la cabeza y lo observé lleno de rabia.

—Veo que no conoces el carácter mi hermanito pequeño, Marc —comentó Tom y yo volví la mirada a Alex, quien no dejó de apretar los dientes—. Está

bien, haremos una tregua... por ahora —volvió a hablar Tom, acercándose a mi lado y sacando un cigarrillo de mi cajetilla de tabaco—. Pero eso no quita que mi hermanito Alex tenga derecho a darte una paliza por haberlo amenazado —dijo, guiñándome un ojo y apartándose hacia atrás.

Yo sonreí de medio lado y lancé el cigarrillo a lo lejos cuando los cuatro hombres de Alex se acercaron a mí con caras de pocos amigos.

Cuatro contra uno.

Una pelea justa...

21

REGINA

Me observé una y otra vez en el espejo de mi habitación. Llevaba puesto un vestido de tirantes, largo, ajustado y brillante. Me había rizado el cabello y maquillado con esmero.

Debería estar feliz. Se acercaba la navidad, una de mis fechas favoritas, y hoy era mi cumpleaños.

¡Sí! Veintiocho años.

Pum, pum.

—Con permiso —dijo mi padre, al mismo tiempo que entraba en la habitación.

Seguí observando mi reflejo sin dejar de suspirar y, justo detrás de mí, mirándome fijamente, apareció mi padre.

Giré la cabeza, lo observé a los ojos y le sonreí débilmente.

Él se acercó a mí con los ojos inundados de lágrimas.

—Mírate, estás hecha una mujer —susurró, apenas en un hilo de voz. Estaba tan emocionado que le costaba hablar—. Hoy es un día especial, deberías estar irradiando felicidad. ¿Qué ocurre?

Yo alcé los hombros y los dejé caer. Volví a observar mi reflejo en el espejo y solté:

—Marc no va a venir —dije muy segura de mis palabras mientras las lágrimas se acumulaban en mis ojos.

Mi padre dio un paso al frente, apoyó su mano en mi espalda y se inclinó hacia mí para limpiarme una lágrima de la mejilla.

—¿Por qué no? —preguntó él con un tono serio.

Meforcé por tratar de relajarme y no echarme a llorar.

—No sabe que hoy cumplo años —confesé.

¡Y era cierto!

No le había dicho a Marc que hoy iba a ser mi cumpleaños. Él no tenía ni idea. La última vez que lo vi, fue ayer por la noche...

Mi padre sonrió débilmente, me abrazó con afecto y me acarició la espalda.

—Marc te ama, Regina, te ama de verdad. No creo que sea capaz de pasar un día sin verte. Ahora, vamos a celebrar tu cumpleaños como te lo mereces —dijo y yo me enganché de su brazo.

El trayecto en coche fue realmente corto. Mi padre había reservado un restaurante en el centro de la ciudad para celebrar mi cumpleaños junto a algunos empleados de las empresas.

Cuando entré en el enorme salón del restaurante, me encontré con Olivia e Isabella esperándonos con unas sonrisas de oreja a oreja.

—¡Felicidades, Regina! —gritaron ambas mujeres al mismo tiempo que aplaudían.

El resto de los invitados también empezaron a aplaudir y a felicitarme.

Mi padre me rodeó los hombros con el brazo, instándome a entrar. Estaba incómoda. Esta no era la idea que tenía de celebrar mi cumpleaños.

Quería a todos los miembros de la banda allí conmigo. Para mí, ellos eran mi familia. Después de todo lo que vivimos durante once meses, podía poner la mano en el fuego por ellos.

De repente, alguien se acercó a mí por detrás.

—¡Felicidades, Regina, estás hermosa!

Observé a Gordon con una sonrisa y le correspondí al abrazo.

Gordon, el novio de Olivia, también se había convertido en un miembro más de la familia. Sinceramente, me caía mucho mejor que Olivia.

—Te noto algo triste, ¿pasa algo? Supongo que ya no te gusta cumplir años, ¿no? Ya te estás acercando a los treinta... —bromeó y aquello hizo sacarme una risa.

—Sí...

—Te has pintado los labios de color rojo como te recomendé —comentó Olivia, apareciendo por detrás nuestra.

Esa noche Olivia estaba más animada de lo habitual, incluso más amable, algo realmente raro viniendo de ella.

—Sí —respondí, pasándome la lengua por los labios.

«Los pintalabios son molestos y manchan mucho», recordé la frase de Marc.

—Lo siento, vuelvo ahora —les dije a los dos y me alejé de allí sin dejar de pensar en Marc.

Busqué mi móvil en el bolso, pero un coro de voces cantando «Cumpleaños Feliz» irrumpió en mitad del salón del restaurante. Abrí la boca sorprendida cuando observé a los miembros de la banda, excepto Samantha, Charly y Marc, entrar en el restaurante con una tarta enorme y cantando a todo pulmón.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos y corrieron por mis mejillas hasta que pude sentir su sabor salado.

Mi padre se acercó a mí con una sonrisa:

—Marc y yo estuvimos planeando darte una sorpresa. Me dijo que te haría mucha ilusión un cumpleaños sorpresa con tus amigos, así que... ¡aquí están!

—exclamó mi padre, señalando a los miembros de la banda con una sonrisa.

Parpadeé un par de veces para quitar las lágrimas y observé a Lexi acercándose a mí con la tarta.

—Feliz cumpleaños, amiga —dijo y aquello hizo sacarme una sonrisa y más lágrimas de emoción.

William me acarició la cabeza y sonrió con afecto. Entonces, desvié la mirada a Ronald quien me observó fijamente.

—Ronald... —murmuré por lo bajo acercándome a él y abrazándolo—. Gracias por haber venido.

Él bajó la vista para clavarla en mis ojos y sonrió, un poco más tranquilo cuando me envolvió entre sus brazos.

—Feliz cumpleaños —murmuró un poco avergonzado.

—¿Y Marc? —preguntó mi padre, buscándolo con la mirada—. Ya debería estar aquí, tal y como lo hemos planeado.

Los de la banda se mostraron renuentes a hablar. Yo fruncí el ceño con fuerza cuando noté un pinchazo en el corazón. Tenía un presentimiento. Sabía que algo malo había sucedido.

—¿Dónde está Marc? —pregunté, tratando de no mostrar el temor en mi voz.

—Alteza —habló la voz de Marc y los miembros de la banda hicieron un pasillo para observarlo con sorpresa.

Al parecer, ellos tampoco se esperaban encontrarlo allí.

Cuando mis ojos conectaron con los de Marc, sentí un vuelco en el corazón. Su rostro parecía cansado y a la altura de su labio inferior sobresalía un pequeño moratón.

Marc se acercó a mí, con las manos en los bolsillos, sin dejar de escrutarme con intensidad. Hizo una reverencia, luego levantó una mano y me acarició la mejilla con los dedos. Empezó en el pómulos y terminó en la barbilla.

—Pareces una reina... no, rectifico mis palabras. Eres una reina... mi reina —susurró suavemente mientras sus ojos examinaban mi rostro—. Feliz cumpleaños, preciosa.

Apreté los dientes para reprimir un sollozo. Di un paso al frente y ambos quedamos a menos de un metro de distancia. Clavé la mirada en el moratón de sus labios. Él se dio cuenta de lo que estaba observando y me alzó el mentón para obligarme a observarlo a los ojos.

Se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Lo siento, Gina. Siento haberte hablado así —Su aliento chocó contra la piel sensible de mi cuello—. No he podido comprarte nada, pero lo que te voy a regalar significa mucho para mí.

Me separé de él para observarlo cuando se desabrochó el collar. Marc se

colocó a mi espalda, me puso el collar sobre la piel y me lo abrochó en la nuca. Me di la vuelta, lentamente, mientras sujetaba entre mis dedos la pequeña cruz de plata.

Fruncí el ceño cuando me di cuenta de que el anillo no estaba allí.

De repente, Marc se plantó de rodillas delante de mí y me enseñó el anillo. Sentí todo mi ser temblando cuando lo observé a los ojos.

Todos quedaron callados, observándonos fijamente.

Marc inspiró antes de hablar y sonrió con nervios.

—Le he pedido tu mano formalmente a tu padre —confesó, sin quitarme la mirada de encima—. Como sabrás, este anillo fue un regalo de mi madre. Me lo dio con la esperanza de que algún día se lo regalase a la mujer que me haría feliz toda mi vida. A mi futura esposa.

A Lexi se le escapó un sollozo de emoción.

Yo abrí y cerré la boca un par de veces, pero Marc siguió hablando:

—No hace falta esperar más años para que pueda casarme contigo, Gina. Sé que eres la mujer que he estado esperando toda mi vida. Sé que eres la futura madre de mis hijos. Sé que eres mi otra mitad...

Él tragó saliva con nervios, me agarró la mano y, antes de colocarme el anillo en el dedo anular, volvió a hablar:

—Regina Jones, ¿quieres casarte conmigo?

Traté de respirar profundamente, de inspirar un aire que no era suficiente. Sentí un hormigueo en mi estómago mientras mi corazón martilleaba con fuerza en mi pecho.

Estaba tan emocionada que perdí la voz, así que asentí con la cabeza mientras las lágrimas corrían por mis mejillas.

Marc sonrió, también con las lágrimas en los ojos. Me besó en los labios, después me agarró la mano y besó el anillo en mi dedo anular.

—Te amo —murmuró contra mis labios.

Todos aplaudieron y gritaron de alegría. Abracé a Marc con fuerza, pero se le escapó un gemido de dolor. Me separé de él y lo observé con el ceño fruncido.

Él me sonrió, restándole importancia y abrazó a Ethan. Mi padre, aunque intentase controlar su emoción, no fue capaz de controlar las lágrimas.

Marc volvió a rodearme la cintura con el brazo, sonriendo a los miembros de la banda, pero su cuerpo se tensó como la cuerda de una ballesta.

Dirigí mi mirada en la misma dirección que la de él y pude ver a Gordon a lo lejos.

—¿Marc? —susurré en apenas un hilo de voz cuando me di cuenta de que los miembros de la banda también se tensaron.

Sin decir más nada, Marc se abalanzó sobre Gordon, golpeándolo de lleno a

un lado de la cabeza.

Los empleados de la empresa de mi padre empezaron a chillar mientras Marc y Gordon empezaron a pelear entre sí.

—¡Marc! —chillé, aterrada cuando Gordon le partió el labio inferior.

Marc estaba débil y dolorido, si seguía peleándose con Gordon terminaría mal.

—¡Marc, para! —volví a chillar, tratando de acercarme a él.

¿Por qué se había ensañado de esa manera con el novio de Olivia?

—¡Ethan haz algo! —gritó Isabella mientras Olivia observaba la pelea con la boca abierta.

—¡Marc, muchacho, detente! —ordenó mi padre cuando Marc agarró a Gordon por el cuello de la camisa.

—Te dije que la próxima vez que te viera te mataría —murmuró Marc entre dientes y yo abrí la boca con sorpresa—. No dejaré que le hagas daño a mi familia.

—Marc, espera... —intenté acabar la frase, pero en la entrada del restaurante se escuchó una explosión y varios tiros.

Mis ojos casi se salen de las órbitas cuando observé a un montón de hombres armados y con máscaras de personajes de terror.

—¡Feliz cumpleaños, Regina! —exclamó la voz de Tom Smith, quien a pesar de llevar una máscara lo había reconocido al momento.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal pues pensé mil cosas en un instante.

Observé a mi padre y, sin pensármelo dos veces, lo agarré de la mano y corrí con él hacia el pasillo cuando las balas impactaron contra el techo del restaurante, consiguiendo asustar a los invitados.

—¡Regina! ¿Quiénes son esos hombres? —preguntó mi padre gritando.

Negué con la cabeza y observé a los miembros de mi banda esconderse detrás de las columnas. Sabía que no podían hacer nada. No podían exponerse sin sus pasamontañas.

Intenté buscar a Marc con la mirada, pero no lo encontré.

—Sal de tu escondite, Regina. Si colaboras, nadie saldrá herido —volvió a gritar Tom, disparando contra las paredes del restaurante—. Mi hermanito quiere darte su regalo personalmente.

Cerré los ojos con fuerza y apreté los puños. Y, antes de salir del pasillo para entregarme a Tom, Marc me tapó la boca, tiró de mí y me pegó la espalda contra su pecho.

—Ni se te ocurra hacerlo —susurró en mi oído, arrastrándome por el pasillo mientras mi padre nos perseguía.

Traté de patalear y soltarme de su agarre, no iba a permitir que nadie

resultase herido por mi culpa.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó mi padre, entre una mezcla de miedo y rabia—. ¡Marc! ¡Regina!

Marc hizo caso omiso al cabreo de mi padre y me enmarcó el rostro con las manos.

—No hay tiempo para explicaciones. ¿Tienes la copia de la tarjeta de mi casa? —me preguntó, sin ni siquiera observar a mi padre a los ojos. Yo asentí lentamente—. Bien. Tú y tu padre os iréis a mi casa. Ahí estaréis más seguros.

Yo enarqué una ceja y negué con la cabeza.

—¡No! Tengo que ayudar a la banda. No me largaré de aquí.

Marc apretó los dientes con rabia.

—Si no lo haces por mí, hazlo por tu padre.

Yo desvié la mirada a mi padre, quien se veía asustado y aturdido. Tragué saliva con fuerza y asentí con la cabeza. No podía poner en peligro a mi padre.

No...

Marc volvió a enmarcarme el rostro con las manos y me besó entre una mezcla de rabia y desesperación.

—Terminaré con esta pesadilla. Al igual que William, yo también quiero un mundo seguro para ti y nuestros futuros hijos —dijo y, antes de que pudiera contestarle, Marc se largó hacia el salón del restaurante.

Intenté perseguirlo, pero mi padre me agarró por la muñeca.

—No sé qué es lo que está pasando, pero me fio de Marc y no te dejaré volver allí adentro. Debemos irnos —dijo y sus palabras me sorprendieron.

Cuando salimos por la parte lateral del restaurante, mi padre y yo corrimos hacia los aparcamientos. Antes de entrar en el coche, Isabella gritó detrás nuestra:

—¡Ethan!

Ambos giramos la cabeza y la observamos corriendo hacia nosotros junto a su hija.

Ellas dos se veían aterradas y, por un momento, me sentí mal conmigo misma por haberme olvidado de ellas.

—Subid al coche —ordenó mi padre y ellas entraron sin rechistar.

Me deslicé detrás del volante, arranqué el motor y salí a toda pastilla de allí.

El silencio fue sepulcral. Nadie se atrevió a abrir la boca para comentar lo que estaba sucediendo.

¡Ni siquiera mi padre!

Cuando llegamos al apartamento de Marc, pasé la tarjeta por el lector y las puertas se abrieron.

—¡Mierda! ¡Me he dejado el móvil en el coche! ¡Déjame la tarjeta, por

favor! —sollozó Olivia, limpiándose las lágrimas con un pañuelo.

Yo le tendí la tarjeta y ella la agarró.

—No tardes —le ordené y ella asintió con la cabeza.

Isabella se sentó en el sofá mientras mi padre se servía una copa de whisky del minibar de Marc. Inspiré fuertemente, observé el anillo en mi dedo anular y cerré los ojos.

—Tengo que volver al restaurante... —murmuré.

Mi padre se bebió de un golpe el whisky y me señaló con su dedo índice.

—No, no te dejaré volver allí. Esos hombres te querían a ti, Regina.

—Lo sé... por eso tengo que volver —susurré—. No puedo dejar a Marc solo, ni a la banda. Me necesitan.

—¿La banda? ¿Qué banda?

Cerré la boca de golpe. Quería contarle a mi padre que yo, en realidad, era una de los integrantes de la banda de Los Justicieros.

Mi padre caminó hacia mí con zancadas amplias y me agarró del brazo.

—Me da igual todo. Si vuelves al restaurante, yo te acompañaré. Seré tu sombra.

—¿Ethan! ¿Has perdido el juicio? —preguntó Isabella, incorporándose como un resorte y acercándose a nosotros—. No dejaré que vayas. Todavía no puedes morirte...

Mi padre y yo la observamos con la confusión reflejada en nuestras caras.

«¿Todavía no puede morirse?», pensé para mí misma.

Click.

Giré la cabeza hacia la entrada cuando Olivia pasó la tarjeta por el lector y la puerta se abrió, pero ella no venía sola.

—Gordon... —susurré con voz inaudible.

Mi padre frunció el ceño, me agarró del brazo y me atrajo hacia él.

Gordon sonrió de manera mezquina, al mismo tiempo que me apuntaba con una pistola.

—Vaya, veo que Marc no tiene mal gusto para la decoración —dijo, caminando de un lado a otro del salón.

Yo fruncí el ceño mientras enlazaba cabos sueltos cuando recordé la noche que Marc y yo nos encerramos en la despensa y Olivia traía por primera vez a Gordon a casa. Ahora entendía por qué Marc aquella noche se puso tenso cuando vio a Gordon...

—Deja de perder el tiempo y hazlo de una vez —ordenó Olivia de brazos cruzados sin quitarme la mirada de encima—. ¿Has traído los papeles, mamá?

Isabella sacó de su bolso una carpeta y asintió con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Bien. Espero que tu noviecito tenga un bolígrafo en casa. Tu padre tiene que firmar un montón de papeles, antes de morir —comentó Olivia con parsimonia, mientras buscaba por un boli en los cajones de los armarios.

Yo abrí los ojos como platos sin creerme lo que estaba escuchando.

Di un paso al frente, pero Gordon volvió a apuntarme con el arma.

—¡Sois unas víboras! ¡Me dais asco! No sé cómo sois capaces de asesinar por dinero —exclamé con rabia, pero aquello hizo enojar más a Olivia.

—¡Hazla callar! ¡Mátala de una puta vez! —le ordenó ella a Gordon.

Gordon me observó fijamente. Tragó saliva con fuerza y, por un momento, vi arrepentimiento en sus ojos. Lo habíamos acogido como un miembro más de la familia.

—¡Hazlo, joder! —chilló ahora Isabella.

Pero mi padre se abalanzó sobre Gordon y le agarró el cañón de la pistola. Yo grité con miedo cuando mi padre intentó sacarle el arma.

—¿Qué cojones estás haciendo? —gritó Olivia también asustada, pero asustada por si Gordon le dispara a mi padre y lo mataba antes de firmar los papeles.

—¡Maldito cabrón! —gruñó mi padre, golpeándolo en el pómulo derecho.

Pum.

El disparo resonó por toda la casa. Observé a mi padre tendido en el suelo y sufrí un vacío en mi interior muy extraño, como si mi alma hubiese abandonado mi cuerpo.

Me arrodillé al lado del cuerpo de mi padre, quien emitió un largo gruñido de dolor. La sangre salía a borbotones por el agujero de la bala en el pecho. Acerqué mis manos temblorosas a la herida mientras mis lágrimas caían sobre su camisa.

—¿Qué has hecho, Gordon? Ethan no ha firmado los papeles —gritó Olivia desesperada.

—¡Mierda! —exclamó Isabella.

Yo pasé de sus comentarios y seguí con la mirada clavada en la de mi padre.

—Estoy bien, pequeña. No te dejaré sola —murmuró él, alzando la mano y colocándola en mi mejilla.

Las lágrimas contenidas en mi garganta se soltaron y sollocé como una niña pequeña.

—Tengo que cortar la hemorragia y llevarte al hospital... —murmuré mientras él apretaba los dientes para reprimir un alarido—. Lo siento si te hago daño —le dije, cuando rasgué mi vestido y con aquel trozo de tela presioné sobre la herida.

—Se acabó el dramatismo —dijo Olivia, acercándose a nosotros sin mostrar

un ápice de remordimiento en la mirada. Mi padre la había criado como una hija más, pero a ella no parecía importarle los sentimientos—. ¡Dame el arma! No tienes cojones para matarla.

Gordon le tendió el arma con las mandíbulas apretadas y Olivia me apuntó con la pistola a la cabeza.

La observé a los ojos sin amedrentarme. Mi padre trató de moverse, pero yo se lo impedí.

—P-por... p-por favor... —rogó él con voz apenas inaudible.

—Nos veremos en el infierno, Regina —dijo Olivia, sin borrar la sonrisa de la boca.

Bajé la vista a mi padre y le acaricié la mejilla, limpiándole las lágrimas de las mejillas.

—Te quiero, papá —fueron mis últimas palabras, antes de que se escuchara un disparo.

Pum.

Alcé la vista lentamente y observé el vestido de Olivia tintado en sangre. Ella cayó de rodillas, mientras la sangre se vertía en el suelo.

Isabella empezó a chillar despavorida, a tirarse de los pelos como una loca y, sin previo aviso, otra bala voló por los aires hasta impactar en su entrecejo.

Volví la mirada hacia la entrada y observé con la boca abierta a Alex Smith con la pistola entre sus manos. Dos miembros de su banda entraron y se colocaron a ambos lados de su cuerpo.

—Vaya, no contaba con esto —habló él, acercándose hacia nosotros—. Cuánto tiempo sin vernos, *Dark*.

El rostro de Gordon se puso pálido como si hubiera visto un fantasma.

—Alex yo...

Pum.

Gordon cayó al suelo, muerto.

El aire se me atoró en la garganta y cubrí con mi cuerpo a mi padre.

—Creí que estabas en el restaurante —murmuré sin quitarle la mirada de encima mientras él caminaba por el salón.

—Esa era la idea. Haceros creer que mi hermano y yo estábamos en el restaurante. Ha sido muy fácil entrar en el edificio porque la idiota de tu hermanastra dejó las puertas abiertas.

—¿Qué vas hacer con nosotros?

Alex me observó sin borrar la sonrisa y ladeó la cabeza con gracia.

—¿Con vosotros? —preguntó con confusión.

—Con mi padre... —murmuré asustada.

—¡Ah! No, no, no —dijo, al mismo tiempo que negaba con las manos—. No

soy un asesino, Regina —comentó con un deje burlón en la voz—. No le haré nada a tu padre. Aunque mirándolo bien, tal vez le haga un favor matándolo. Está agonizando de dolor...

Yo bajé la vista y observé el rostro contraído de mi padre.

—Marc no ha hecho una buena jugada... —habló Alex, acercándose al tablero de ajedrez.

Observé cómo él esbozaba una sonrisa ladina, al mismo tiempo que agarraba la figura de la reina entre sus manos.

—Entonces, ¿qué vas a hacer conmigo? —le pregunté, yendo directa al grano.

Él acercó la figura de la reina a su rostro y sonrió.

—Menos matarte, te haré de todo —respondió y aquello hizo que mis entrañas se comprimieran—. Ahora me queda esperar a ver qué figura moverá Marc, porque la reina se queda fuera del juego.

Como si todo sucediera a cámara lenta, Alex arrojó la figura de la reina al tablero y ésta revotó un par de veces para, finalmente, caer enfrente a las demás figuras...

MARC

—¡Marc! ¿Qué hacemos? —gritó William, escondido detrás de una de las columnas del salón.

—¡Largaos de aquí! —grité a todo pulmón para hacerme oír en el salón.

—Regina... —volvió a hablar Tom, al mismo tiempo que disparaba contra las columnas y avanzaba hacia nosotros para acorralarnos contra la pared—. Sal de tu escondite, pequeña.

Pegué la espalda contra la columna y apreté las mandíbulas con fuerza.

Los miembros de la banda y yo no podíamos sacar las pistolas y disparar a diestro y siniestro. No teníamos los pasamontañas y había un montón de testigos en el restaurante.

A lo lejos, se escucharon las sirenas de la policía. Suspiré de un golpe al darme cuenta de que mis excompañeros de la policía habían recibido mi mensaje de texto.

—Mierda, ¡retirada! —ordenó Tom a los miembros de su banda—. Ya nos veremos muy pronto, Marc. Muy pronto...

Apreté los puños con fuerza, luchando contra el deseo de sacar la pistola y dispararle a Tom.

Saqué la cabeza, con cuidado de que ninguna bala me diera, y observé a los miembros de la banda de Tom correr hacia la salida, concretamente por el lateral derecho para no encontrarse con la pasma.

Tomé aire profundamente llenando mis pulmones al máximo. Salí de detrás de la columna, me pegué a la pared rozándola con el brazo, y empecé a deslizarme con sigilo hacia el fondo del pasillo.

De repente, el resto de los miembros de mi banda me persiguieron.

—Os dije que os largarais de aquí —susurré en voz baja, al mismo tiempo que corría hacia los aparcamientos.

—Esta es nuestra única oportunidad para matar a Tom, Marc. Y tú solo no podrás conseguirlo —murmuró Will—. Dispersaos por el aparcamiento y esconderos detrás de los coches. A mi señal, disparad.

El resto de mis hombres asintieron a la orden de Will y corrieron a esconderse detrás de varios coches.

Ronald me agarró por el hombro, antes de esconderse detrás de un coche. Yo

lo observé con el ceño fruncido mientras el corazón me latía a mil por hora.

—Lo mataremos —dijo y, agachado para no ser visto, se escondió detrás de un auto.

Yo saqué el cargador de la pistola y conté las balas a través de los agujeritos laterales. Me sujeté el labio inferior con los dientes y corrí agazapado entre los coches.

—Entrar de una vez en los putos coches, tenemos que largarnos ahora mismo —habló la voz de Tom, al mismo tiempo que se acercaba hacia nosotros.

Apoyé la espalda contra la parte trasera de un coche y observé a William. Él asintió con una sonrisa nerviosa, alzó su dedo pulgar e inspiró fuertemente, antes de gritar:

—¡Ahora!

Mis hombres salieron de sus escondites y sin dudarlos dos veces, dispararon contra los hombres de los hermanos Smith. Para nuestra suerte, el idiota de Tom solo había llevado diez hombres con él. Y, en menos de dos minutos, nueve de los diez hombres habían caído muertos.

Observé a Tom a través de la mira, dispuesto a poner fin a todo. Le apunté al pecho y apreté el gatillo sin dar cabida a otro pensamiento.

El cuerpo de Tom cayó al suelo y yo corrí hacia él. Quería asegurarme de que estaba muerto. Asegurarme que aquel monstruo no siguiera hiriendo a gente inocente, ni reclutando a más niños en su banda.

—¡Marc, tenemos que irnos! ¡La policía está cerca! —gritó Lexi.

Por un momento me olvidé de todo cuanto sucedía a mi alrededor mientras observaba a Tom allí tendido, tosiendo y escupiendo sangre espesa.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —le pregunté mientras él sonreía.

—En algún momento... —susurró, casi atragantándose con su propia sangre—. ¿Te has preguntado dónde está mi hermanito?

Fruncí el ceño con fuerza.

—¡Marc! —gritó Ronald a lo lejos mientras las sirenas se aproximaban a nuestra dirección.

—Sigue hablando —le ordené a Tom, apuntándolo con la pistola.

Tom empezó a reír a carcajadas, intentando disimular el dolor. La sangre salía a chorros de su herida en el pecho.

—Si de verdad piensas que has terminado con la guerra, estás equivocado. No conoces a mi hermano Alex. —Tom tragó saliva y apretó las mandíbulas con dolor—. Mi hermano pequeño es el demonio en persona. Si no fuese por mí, Alex ya os habría matado a todos hace tiempo.

Yo lo agarré por las solapas de la chaqueta y lo sacudí con fuerza. Se estaba desangrando demasiado rápido y necesitaba respuestas a las dudas que rondaban

por mi cabeza.

—¿Dónde está? —le urgí.

Tom sonrió ampliamente mientras sus ojos se movían de un lado a otro sin control alguno.

—Acabo de hablar con él por teléfono. No sabía que Gordon, alias *Dark*, también estaba interesado en tu chica... —Tom carcajeó en alto. Su pecho se convulsionó y comenzó a atragantarse con su propia sangre.

Yo lo arrojé al suelo de nuevo y sentí cómo los nervios me invadían por dentro.

Me había olvidado de Gordon... ¡joder!

Corrí hacia mi coche mientras el resto de mi banda salía de los aparcamientos a toda pastilla, lejos de la pasma.

Me incorporé a la calzada y me di cuenta de que Will, Ronald y Lexi me estaban siguiendo en un coche.

Yo seguí acelerando sin levantar el pie del acelerador. Quería llegar cuanto antes al apartamento y cerciorarme de que Regina estaba a salvo. Nadie podía entrar en el edificio sin la llave.

Bajé la rampla para entrar en el garaje y me di cuenta de que las puertas estaban abiertas. Mi respiración se atoró en mi garganta cuando me temí lo peor.

Salí del coche corriendo y pasé la tarjeta por el lector de las escaleras de emergencia y subí a la tercera planta sin darle descanso a mis pulmones.

Observé la puerta de mi apartamento abierta y caminé lentamente en el interior de mi vivienda con la pistola en la mano.

—Regina... —susurré con un hilo de voz apenas audible.

Cuando entré en el salón, el corazón se me paralizó.

Gordon, Isabella y Olivia yacían sin vida en el suelo. Entonces, escuché un alarido en medio del silencio absoluto.

Me acerqué al centro del salón y observé a Ethan malherido, pero todavía con vida.

—Mierda, Ethan, mierda... —murmuré, al mismo tiempo que me sacaba la chaqueta y cubría su herida de bala—. ¿Dónde está Regina? —pregunté lleno de preocupación cuando observé un trozo de tela del vestido de Gina encima de la herida de Ethan.

Mis amigos entraron en el salón, pero no dijeron nada. Al igual que yo, se quedaron mudos.

¡Sin palabras!

—Marc —murmuró Ethan con dificultad, alzando su mano y enmarcándose la mejilla—. Se la han llevado...

Mi corazón dejó de latir y sentí un pinchazo en el pecho.

¿Alex Smith se la ha llevado?

«Mi hermano pequeño es el demonio en persona. Si no fuese por mí, Alex ya os habría matado a todos hace tiempo».

—¡Tenemos que llevarlo a un hospital! —dijo Lexi, acercándose a nosotros.

Ethan negó con la cabeza, intentó incorporarse y una lágrima salió de su ojo derecho.

—Si lo hacéis, la policía os interrogará.

Yo le apreté la mano y lo observé cabreado.

—Tu vida es más importante, Ethan. No dejaré que te mueras.

—Yo lo llevaré al hospital —se ofreció William, alzando en brazos a Ethan con cuidado—. Les diré que nos atacaron en el restaurante. Lexi y Ronald que se deshagan de los cuerpos y que limpien el apartamento.

Yo asentí con la cabeza y me acerqué a Ethan.

—Lo siento...

Ethan apretó las mandíbulas y me agarró el brazo.

—¿Qué clase de padre sería si no me preocupara por mi hija, Marc? Desde el primer día que te involucraste en su vida, investigué tu vida privada. Exagente de la policía y líder de la banda de Los Justicieros —dijo y yo abrí los ojos como platos—. Regina dejó las pruebas en la impresora de mi despacho.

Cerré los ojos y me pasé la mano por el pelo.

—Lo siento, Ethan, yo...

—Cállate, Marc. Desde que mi hija está contigo la he visto más feliz que nunca. ¿Crees que no me asusta la idea de perderla? Pues claro, pero en su mirada veo a una mujer luchadora. Ella tiene un espíritu indomable. Nadie puede detenerla... Lo que vosotros hacéis por el mundo es admirable.

Ethan sollozó de dolor y se agarró al pecho.

—Tengo que llevarlo, antes de que pierda más sangre —murmuró William, pero Ethan me agarró la mano y apretó con más fuerza.

—Una vez me dijiste que querías a Regina más que a tu propia vida. —Yo asentí lentamente mientras los nervios me asfixiaban. ¡Amaba a Regina! —. Salva a mi hija, Marc...

William se largó del salón y Ethan soltó mi mano.

Yo quedé paralizado en medio del salón mientras las lágrimas amenazaban por rodar en mis mejillas.

—¿Dónde está Regina? —preguntó Ronald, acercándose a mí con los puños apretados mientras Lexi cargaba a Isabella en su hombro y la llevaba fuera del apartamento—. Dime que Alex no la ha secuestrado, por favor...

Yo lo observé a los ojos y las lágrimas salieron al ruedo. Intenté hablar, pero no podía. Estaba en estado de shock.

—Marc, dime que...

Ring, ring.

El sonido del móvil nos sobresaltó. Lo saqué del bolsillo de mi pantalón y observé un número desconocido. Tragué saliva y descolgué el teléfono, al mismo tiempo que lo acercaba a mi oreja.

—¡Marc! —Al fondo, escuché a Regina gritar.

—¡Regina! —grité, caminando de un lado a otro con nervios—. ¡Regina! ¿Dónde estás? ¿Estás bien, pequeña? ¡Dime algo!

—Marc, Marc, Marc... —Alex chasqueó con la lengua al otro lado del teléfono—. Deja de gritar, ella no te escuchará.

Apreté las mandíbulas tan fuerte que me dolieron los músculos.

—Si le haces algo, Alex. Si le tocas un pelo, te juro que...

—¿Qué? ¿Qué harás? ¿Matarme como lo hiciste con mi hermano? —preguntó y, para mi sorpresa, Alex empezó a reír a carcajadas estridentes—. Si crees que la muerte de mi hermano me va a afectar o me voy a sentir amenazado, déjame decirte que me importa una mierda. Tom era demasiado blando para este trabajo. Me has hecho un favor, Marc. Ahora soy el líder supremo de la banda Smith. Sin mi hermano tocándome los huevos, las cosas van a cambiar mucho.

Inspiré con fuerza y me jalé los extremos de mi cabello.

—No le hagas daño, por favor. No le hagas daño, haré lo que sea, Alex...

—Lo único que podía hacer ahora era rogar, incluso me pondría de rodillas si Alex me lo pidiera.

¿Qué podía esperar de una persona que se alegraba por la muerte de su propio hermano? Tom tenía razón. Alex era el mismísimo demonio en persona.

—Sabes perfectamente dónde encontrarme, Marc —dijo y, antes de que yo pudiera preguntarle el lugar, Alex volvió a hablar—: No sabía que te gustaba jugar al ajedrez —dijo, cambiando radicalmente de tema, mientras escuchaba al fondo los sollozos de Regina.

Clavé la mirada en el tablero y me acerqué a la mesa lentamente. Tragué saliva cuando observé a la reina tumbada frente a las demás figuras. Con la mano temblando, agarré la figura de la reina y la apreté en mi mano.

—¿El ajedrez no te ha enseñado que con un mal movimiento puedes perder a tu reina? —preguntó Alex y, a pesar de no poder verlo, sabía que estaba sonriendo—. Jaque, Clayton.

EPÍLOGO

No sabía con exactitud cuánto tiempo llevaba encerrada en aquella habitación, pero apostaría que dos o tres horas. Ya no tenía control sobre mis lágrimas y, cada vez que pensaba en mi padre, la tristeza me invadía todo el cuerpo.

¿Seguiría vivo?

Cerré los ojos mientras pensaba en Marc. Alex lo había llamado. Ese maldito cabrón había llamado a Marc para chantajearlo, ¡lo sabía! La banda no podía aceptar ningún tipo de trato con Alex. Lo había escuchado decir que la muerte de su hermano no le había afectado en absoluto. Alex era un monstruo. No había posibilidad alguna de negociar nada con él.

La banda de Marc debía mantenerse alejada de ellos.

—¿Sigues de morros? —preguntó Alex de brazos cruzados mientras caminaba en círculos a mi alrededor.

Estaba sentada sobre una silla y mis manos estaban atadas en los reposabrazos con cuerdas. Intenté soltarme, pero las cuerdas rozaron en mis muñecas haciendo que gimiera de dolor.

—Mátame de una vez —le dije sin amedrentarme.

Alex paró en seco y se acercó a mi rostro.

—No tengo intención de matarte. Me gustas —dijo, susurrando encima de mis labios.

Yo le escupí en la cara y sonreí con malicia, pero él me golpeó la mejilla derecha. Alex dejó caer una sonrisa de satisfacción y se limpió la cara con las mangas de su chaqueta.

—Tenía pensado follarte delicadamente, pero voy a follarte duro. ¡Hasta que grites de dolor! —dijo, desabrochándose el cinturón.

—Desátame y verás cómo te hago gritar de dolor —lo amenacé.

El golpe en mi mejilla escocía y sabía que iba a pegarme otra vez, pero me daba igual. No iba a callarme.

Antes de que Alex terminara de bajarse la cremallera de su pantalón vaquero, uno de sus hombres irrumpió en la habitación.

Alex lo fulminó con la mirada, pero cuando el hombre le susurró algo en el oído, su expresión cambió radicalmente.

Me observó con una sonrisa sádica, se mordió el labio inferior y se abrochó el cinturón.

—Es una pena que no pueda hacerte mía... por ahora —dijo y sin darme una

explicación más clara, se largó del habitáculo.

El hombre de antes se acercó a mí, desanudó la cuerda de los reposabrazos y me obligó a caminar.

Antes de salir de la habitación, me cubrió la cabeza con un saco, me ató las muñecas con una brida y me cargó sobre su hombro.

Mi corazón palpitaba desesperadamente, era como si quisiera salir corriendo de mi pecho para no sufrir.

—¿Adónde me lleváis? —grité a todo pulmón cuando aquel hombre me arrojó dentro de un vehículo—. ¿Qué estáis haciendo?

—¡Hazla callar, me duele la cabeza, joder! —gritó otro hombre y alguien me golpeó en la nuca.

Me mordí el labio inferior para reprimir un sollozo y el coche arrancó sin yo saber hacia dónde nos dirigíamos.

Por las voces, supe que en el auto había dos hombres.

—Si nos tienden una emboscada, moriremos —habló uno de los hombres.

—No digas gilipolces. Ellos saben que con Alex no se puede jugar. Y cierra el pico. La chica está escuchando todo.

Cerré los ojos y traté de pensar en lo que estaba sucediendo. ¿Emboscada? ¿Acaso la banda de Marc hizo un trato con esta gente?

Después de casi veinte minutos de trayecto, el coche se detuvo. El único ruido que se oía era mi respiración.

—Ahí vienen. Sácala afuera —ordenó el hombre.

Yo me tensé cuando alguien abrió la puerta trasera y me agarró con violencia.

—Espera a que Alex nos llame y nos confirme que la entrega está hecha —habló el mismo hombre mientras caminábamos.

Me tropecé un par de veces. No veía nada, absolutamente nada.

—Soltarla —habló la voz de Ronald.

Yo abrí los ojos como platos y sentí alivio al escuchar su voz. La banda estaba allí, conmigo.

—¿Crees que soy gilipollas? —preguntó el mismo hombre de antes.

—Sí, sí lo creo —contestó Ronald con gracia, pero su voz estaba llena de odio.

De repente, se formó un silencio incómodo y eterno para mí. Me estaba poniendo nerviosa, quería ver qué estaba pasando allí y quién estaba allí.

De repente, sonó el tono de los mensajes del móvil del hombre que me estaba sujetando.

—Todo está correcto —murmuró él—. ¡La chica es vuestra! —dijo y me empujó hacia adelante.

Creí que terminaría de rodillas en el suelo, pero alguien me agarró antes de que mi cuerpo impactara contra el suelo.

—Cabrones... —gruñó Ronald, quien seguía sujetándome con fuerza.

Ronald me sacó la bolsa de tela de la cabeza, rompió la brida de mis muñecas y me escrutó con intensidad.

—¿Te han hecho algo? ¿Estás bien? —me preguntó, alzando la mano hacia mi mejilla derecha donde Alex me había golpeado.

Yo asentí.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estáis aquí? —pregunté observando a mi alrededor mientras los hombres de los hermanos Smith se alejaban de allí.

Estábamos en un callejón oscuro y muy apartado de la civilización. Observé a Ronald, quien aún me sujetaba por el brazo. Luego clavé la mirada en Lexi quien seguía cabizbaja y apoyada contra el lateral del coche. Y por último, observé a William hablando por teléfono.

¡Algo iba mal!

Lo presentía...

—¡Mi padre! —exclamé invadida por el pánico cuando lo peor se me pasó por la cabeza—. ¿Cómo está mi padre?

Ronald me agarró por los hombros y trató de tranquilizarme.

—William ha llevado a tu padre al hospital. Hace menos de dos horas salió de quirófano, pero todo ha salido bien. Ethan está fuera de peligro.

Cerré los ojos, me llevé la mano al pecho y dejé que las lágrimas corrieran libremente por mis mejillas. Todo había salido bien.

Volví a abrir los ojos, pero las miradas de mis amigos me hicieron temer lo peor.

—¿Y Marc? ¿Por qué no ha venido? —pregunté con voz temblorosa—. ¿Dónde está Marc? ¿Por qué Alex me ha dejado libre? ¿Qué está pasando?

Las lágrimas me nublaron la vista, pero observé claramente cómo William se acercaba a mí y me ofrecía su móvil.

Yo parpadeé un par de veces y lo observé confundida.

—Si yo fuera tú, no perdería el tiempo. Tenéis dos minutos para hablar —murmuró Will con la voz rota.

Agarré el móvil y lo acerqué a mi oreja con la mano temblorosa.

—Dime que no eres tú... —susurré entre sollozos.

—Princesa —habló Marc desde al otro lado del teléfono—. No llores, por favor.

—Marc... —intenté hablar, pero me salió un sollozo.

—¡El tiempo corre! —escuché la voz de un hombre gritar al otro lado del teléfono.

—Gina, no tengo mucho tiempo. Lo siento. Siento mucho haberte puesto en peligro, nena. Lo siento muchísimo. Espero que algún día tú y tu padre podáis perdonarme, aunque no me arrepiento de nada porque gracias a ello te he conocido. —A Marc se le escapó un sollozo desgarrador. Yo tuve que hacer tripas corazón para no terminar llorando como una niña pequeña—. No podía permitir que Alex te tuviera secuestrada. Una vez te dije que un rey sin su reina no es nadie. Siempre serás mi reina, Gina. No habrá otra mujer que pueda sustituirte en mi vida.

—¡No! Una reina sin su rey tampoco es nadie. Marc, no lo hagas. Hablaré con Alex y le pediré que...

—¡Se te acabó el tiempo! —gritó el mismo hombre de antes mientras escuchaba como él y Marc forcejeaban.

—¡Marc! —chillé despavorida cuando escuché el sonido de puñetazos.

—Gina, si algo aprendí del amor es que has de morir por tu reina. ¡Te amo!

Como si todo sucediera a cámara lenta, escuché el sonido de un disparo al otro lado de la línea y mi móvil golpeándose contra el suelo cuando me resbaló de las manos.

Pum.